
Tu pasado, mi presente y lo que seremos juntos
SONIA PUENTE

Tu pasado, mi presente y lo que seremos juntos

SONIA PUENTE

Título original: Tu pasado, mi presente y lo que seremos juntos.
© de la obra Sonia Puente.
Junio, 2025

Depósito legal: AND.250-2025
Safe Creative: 2505121725286

Diseño de portada: Gabriela Rey (@madameardent)
Corrección: Sandra de @correccionessandrag.
Maquetación: Sonia Puente.
Imagen de la autora: Dona Secret.
Imágenes del interior de Freepik, Pixabay y Canva.

Aviso legal: Reservados todos los derechos. Queda prohibido reproducir el contenido de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio analógico y digital, sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Todos los personajes, escenarios, eventos o sucesos de esta obra son ficticios, producto de la imaginación de la autora, cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

ÍNDICE

Capítulo 1
Lidia
Capítulo 2
Lidia
Capítulo 3
Felipe
Capítulo 4
Lidia
Capítulo 5
Lidia
Capítulo 6
Felipe
Capítulo 7
Lidia
Capítulo 8
Felipe
Capítulo 9
Lidia
Capítulo 10
Lidia
Capítulo 11
Felipe
Capítulo 12
Lidia
Capítulo 13

Felipe
Capítulo 14
Lidia
Capítulo 15
Lidia
Capítulo 16
Felipe
Capítulo 17
Lidia
Capítulo 18
Lidia
Capítulo 19
Felipe
Capítulo 20
Lidia
Capítulo 21
Lidia
Capítulo 22
Felipe
Capítulo 23
Lidia
Capítulo 24
Felipe
Capítulo 25
Lidia
Capítulo 26
Lidia
Capítulo 27
Felipe

Capítulo 28
Lidia
Capítulo 29
Felipe
Capítulo 30
Lidia
Capítulo 31
Lidia
Capítulo 32
Felipe
Capítulo 33
Lidia
Capítulo 34
Felipe
Capítulo 35
Lidia
Capítulo 36
Felipe
Capítulo 37
Lidia
Capítulo 38
Felipe
Capítulo 39
Lidia
Capítulo 40
Felipe
Capítulo 41
Lidia
Epílogo

Amaia
Agradecimientos
Sobre la autora

Para aquellos que saben que el amor no tiene edad,
porque el corazón reconoce a su otra mitad,
sin importar el tiempo.

PARA MIS LECTORES
EN FORMATO DIGITAL

ESPERO QUE DISFRUTÉIS
MUCHO CON ESTA
NUEVA HISTORIA.

CON CARIÑO,





Capítulo 1

Lidia

Tengo el estómago del revés, y no es solo por los nervios de cambiar de ciudad y dejar toda mi vida atrás. La culpa es del avión. Odio viajar en esos trastos infernales. Soy una mujer que le gusta tener los pies en el suelo. Las alturas no van conmigo. Menos mal que todo ha ido como la seda y he aterrizado en el aeropuerto de Heathrow sin complicaciones.

Mientras espero a que la cinta de equipaje me devuelva mi bonita maleta color morado, pienso en todo lo que he dejado atrás. Hay cosas que me duelen mucho más que otras. Por ejemplo, tener que separarme de mi amiga Rocío. Llevamos juntas desde que éramos bien pequeñas y su compañía va a ser una de las cosas que más voy a echar de menos en mi nuevo destino. La parte positiva es que perderé de vista a mi padre y aquí, no podrá ejercer tanta presión ni volverme loca con sus exigencias.

Cuando me propuso dirigir la sucursal de bufete de abogados de la familia en Londres me enfurecí. Llevo muchos años soportando sus desplantes, su falta de cariño y esas imposiciones que me obliga a cumplir. Por ese motivo, pensé que este ofrecimiento que a cualquiera le habría parecido una gran oportunidad, era una forma muy sutil de sacarme del medio. De deshacerse de su imperfecta hija. Lanzarla a la jaula de los lobos para que ella solita se dejara comer. A estas alturas, debería tener claro que Lidia O'Connor no se rinde con facilidad. Soy una gran abogada, con un enorme palmarés de casos ganados, aunque parece que eso no basta para satisfacer a mi progenitor. Tengo una gran tenacidad y espíritu de lucha.

Desafortunadamente, he heredado eso de papá. Así que somos dos caras de la misma moneda, ambos igual de obstinados. Supongo que nunca llegará a perdonarme lo que le sucedió a mi hermano Edgar. El problema es que yo tampoco.

Estoy tan metida en mis pensamientos que, cuando me doy cuenta de dónde me encuentro, tengo que correr detrás de la maleta morada que acaba de pasar delante de mí. Les pido disculpas a una pareja que se interpone en el camino de mi objetivo, que no es otro que evitar que la dichosa maleta vuelva a dar la vuelta o desaparezca, a riesgo de que no salga de nuevo. Los oigo quejarse, pero ahora mismo me importan un carajo sus reproches. Cuando casi estoy llegando a mi objetivo, alguien tiene la buena fe de recuperarla y sacarla de la maléfica cinta. Elevo la mirada y me encuentro con la maravillosa sonrisa de un hombre muy apuesto. Viste unos pantalones de pinzas en color negro y un polo rojo con los botones desabrochados. Parece joven. Debe tener tres o cuatro años más que yo. Así que le calculo unos treinta y dos. El conjunto es muy llamativo, pero lo que más destaca son sus ojos color miel. Freno a tiempo de chocarme con su cuerpo. Vaya, jamás imaginé semejante recibimiento.

—Creo que perseguías esto —dice en un perfecto inglés y con una voz profunda.

—Sí, gracias. Estaba despistada y casi la pierdo.

—Parece que tienes demasiadas cosas en la cabeza. —Frunzo el ceño ante su comentario.

—¿Me estabas espiando? —Su carcajada consigue relajar algo el ambiente.

—Imposible no hacerlo. Tu pelo llama bastante la atención.

Así es. Mis genes irlandeses me han proporcionado una tez blanca llena de pecas, unos ojos color verde esmeralda y un pelo de un rojizo intenso que no pasa desapercibido. En el colegio, tanto mi hermano Edgar como yo éramos los niños raros. Ser diferente nunca me supuso un problema. En cambio, él no lo llevó tan bien. Edgar

era un chico tímido, moderado y responsable. Se parecía mucho a papá y era todo lo opuesto a mí. Yo fui la alocada, la que siempre se metía en problemas y la que debió morir ese fatídico día.

—¿Estás bien? —me pregunta el guapetón devolviéndome al presente.

—Sí, claro. Te voy a dar un consejo. Si esta es tu manera de ligar —le indico mientras señalo la maleta—, que sepas que es original, no obstante, poco efectiva. No a todas las mujeres nos gustan los príncipes azules que nos salven del villano. Hubiera rescatado a mi equipaje yo sola, pero muchas gracias por el esfuerzo.

—De nada. Entonces, ¿no habrá ninguna compensación por el trabajo? Un café, una cena, tu nombre…

—¿Qué te parece si me acompañas a la salida y me lo pienso por el camino? —le pido juguetona. Me encantan estos tira y afloja de los hombres para llamar la atención de una mujer.

No busco una relación seria. He venido aquí a trabajar y a demostrarle a mi padre, de nuevo, que puedo con todo lo que me eche y que esta sucursal será una de las mejores. No recibiré un alago por su parte, pero sí la satisfacción de lograr otro triunfo. Aunque sé que el esfuerzo se llevará casi toda mi energía, no puedo descuidar mi vida personal y nunca está de más tener el contacto de un hombre guapo, para posibles emergencias. La visión de un rostro masculino, con barba de varios días, labios carnosos y suaves, y arrugas en el contorno de sus bonitos ojos, aparece en mi mente sin pedirme permiso. Para que desaparezca, sacudo la cabeza de manera leve, a fin de que nadie piense que estoy loca y centro mi atención en el mozo que va a mi lado.

—¿Estás en Londres por trabajo o por ocio?

—Vengo a pasar una temporada por temas de negocios. ¿Y tú?

—Regreso a casa. Vivo aquí, en Kensington. Soy el propietario, junto con un amigo, de una cadena de restaurantes.

—Y fuiste a España, ¿para?

—¿Cómo sabes que vengo de allí?

—Estabas esperando tu maleta en la misma cinta que yo. —Lo miro y sonríe.

—Eso significa que también he captado tu interés.

—Ni confirmo ni desmiento.

Sí. Este hombre ya llamó mi atención hace un instante. A mí y a la mayoría de las mujeres. Sería una idiotez negar lo guapo e interesante que es. Estoy convencida de que pasaríamos un buen rato juntos. Parece culto, y seguro que tendríamos muchas cosas de las que hablar. Aunque no es eso justamente lo que me interesa de él.

—Bueno, ya estamos llegando a la puerta de salida. Ha sido un placer conocerte, pelirroja.

—Lo mismo digo. —Nos aguantamos la mirada un segundo hasta que rompe el contacto a la vez que niega con la cabeza y me regala una bonita sonrisa.

—No vas a decirme tu nombre, ¿verdad?

—No, pero voy a hacer algo mejor. Te daré mi número de teléfono por si un día estás libre y te apetece que quedemos. De alguna manera tendré que compensar tu ayuda.

Al abrirse las puertas, salimos y mi acompañante se aparta a un lado para no obstruir el paso de las demás personas. Saca su teléfono del bolsillo, lo desbloquea y me lo tiende. Entro en los contactos y escribo «pelirroja» acompañado de mi número. Se lo enseño y se ríe a la vez que lo coge y se lo guarda de nuevo.

—Te llamaré —afirma con rotundidad.

—Eso espero —respondo con una sonrisa mientras me alejo de él.

Me gusta que no insista en llevarme ni alargue más nuestro encuentro. La verdad es que ha conseguido entretenerme y que mis nervios, debido a esta nueva a ventura, se hayan aplacado un poco.

Ha ganado bastantes puntos y ojalá se acuerde de mí y decida llamarme.

Al salir del aeropuerto, me recibe el típico día desapacible de Londres. Todavía no llueve, aunque está a punto de hacerlo. Me dirijo hacia uno de los taxis y le doy la dirección al amable señor que se coloca detrás del volante, después de guardar mi equipaje en el maletero. Envío varios mensajes con el propósito de informar de mi llegada. El primero es para Rocío. Le prometo que haremos una videollamada una vez esté instalada. El segundo a mi progenitor, a fin de que se dé cuenta de que soy una niña obediente y que ya me he alejado lo suficiente de él. Mi madre ni siquiera se molesta en preocuparse. Desde que falleció Edgar, se olvidó de que tiene otra hija y vive rodeada de pastillas, alcohol, lágrimas y depresiones. El tercer mensaje que respondo tiene como destinatario a Hailey, la persona que llevará mi agenda en este país. Ha sido una suerte poder contar con ella para todas las gestiones necesarias. Le indico que mañana me pasaré por el despacho.

Tengo más mensajes pendientes de leer, pero son de Felipe y cuando cogí el vuelo con el objetivo de cambiar de vida, también lo incluía a él. Desearía que dejar de pensar en Felipe fuera tan simple como tomar distancia. Es todo lo que busco en un hombre. Apasionado, inteligente, responsable, maduro, guapo y muy sexi. El problema es que no le gusta el compromiso. Es un alma libre, pero una persona rota. Trabaja para la familia de mi amiga Rocío, es el chófer y hombre de confianza del señor Scott. Y, a pesar de todas esas cualidades que he nombrado, a sus cuarenta y cuatro años, sigue soltero y sin previsión de dejar de serlo. Estuvimos tonteando durante varios años. Nuestras desavenencias eran fuertes y provocaban que nos separáramos, aunque no tardábamos mucho en caer uno en brazos del otro. Sé que siente algo por mí, eso se nota, pero también cree que soy una niña consentida y que nuestra diferencia de edad es un impedimento para tener algo más que sexo del bueno. El problema es que yo sí estoy enamorada de él. Creí que Felipe era el hombre de mi vida. Ahora ha llegado el momento de

olvidarme de esas manos que me acariciaban con cariño, de su boca buscando mis labios, de su cuerpo encima del mío, protegiéndome, consumiéndome, logrando que cada vez que estaba con él, se apoderara de un pedacito de mi alma. A ver cómo la recupero ahora.

Capítulo 2

Lidia

Cuando le doy mi nombre al portero, se apresura, con mucha amabilidad, a ofrecerme la llave del apartamento que será mi nuevo hogar. El hombre, bajito, desgarbado y lleno de energía me informa que se llama James y que se encarga del correo y de gestionar cualquier inconveniente que pueda haber.

—Si necesita alguna cosa, no dude en pedírmela. Bienvenida, señorita O'Connor.

—Muchas gracias, James —le respondo delante de la puerta que contiene la letra A del segundo piso.

Se toca la gorra a modo de saludo y lo veo desaparecer dentro del elevador. Giro la llave y una vez la puerta cede, arrastro la maleta al interior y me apoyo en la madera cuando se cierra.

—Bienvenida a tu nuevo hogar, Lidia —me digo a mí misma.

Vi el apartamento a través de fotos que me envió Hailey. No es que sea muy grande, pero es suficiente para mí y está cerca de la oficina. Además, tengo la sensación de que voy a pasar poco tiempo aquí. Hay mucho trabajo que hacer en el bufete.

Lo que más me llama la atención del piso es la claridad que entra, gracias a los grandes ventanales y a la cantidad de objetos que hay en color blanco, empezando por el sofá de tres plazas. Sonrío. Es un punto muy positivo. Arrastro la maleta por el suelo de parqué y la dejo al lado de un sillón tapizado en verde oliva. Atravieso la puerta de cristal que me lleva a una pequeña cocina de muebles lacados en gris y una isla que resalta por su encimera en

mármol blanco. Una lástima que apenas vaya a utilizarla, porque cocinar no es mi fuerte.

Vuelvo sobre mis pies y me adentro en un corto pasillo que me lleva al resto del apartamento. Tiene dos habitaciones, una de ellas está acondicionada como despacho, y la misma cantidad de baños. El sonido de mis zapatos desaparece en el suelo enmoquetado y me recibe una enorme cama, acompañada de dos mesitas. Lo mejor es el acceso a una terraza que tiene un muro elevado, perfecto para no caer en la tentación de mirar hacia abajo y acabar con un ataque de pánico. Aquí no tengo a quién llamar si eso sucediera.

Me siento en la cama y dejo caer mi cuerpo hacia atrás. Unas lágrimas recorren mis sienes al darme cuenta de lo sola que estoy. No puedo evitar sacar mi móvil del bolsillo trasero del pantalón, desbloquearlo y fijar la mirada en la redondita de color rojo que me informa que tengo cinco mensajes sin leer. Soy consciente de que son de Felipe y que debería eliminarlos y bloquear su número, pero aún no puedo hacerlo; es muy pronto.

La última vez que nos vimos fue hace dos semanas y, aunque me juré no volver a caer en sus redes, me fue imposible evitarlo. Nuestra atracción física es demasiado intensa. Es inevitable que salten chispas cuando nos encontramos en el mismo lugar. Siempre creí que era un problema sexual no resuelto y que, una vez lo hiciéramos, pues sería igual que con el resto de los hombres, un buen polvo y listo. Por mi parte, no fue así y por la suya, me parece que tampoco, aunque él se niegue a reconocerlo. Me he dado cuenta, de que, lo que queda en pie de mi corazón, empieza a estar comprometido. No voy a permitir que nadie más lo rompa, bastante tengo con mis progenitores.

Acordarme de ellos me provoca una serie de sentimientos difíciles de explicar, pero lo que prima es la rabia y, esta me da las fuerzas para levantar la cabeza, alzar el mentón y decir «aquí estoy yo». Y eso hago, nuevamente. Me seco las lágrimas y doy un salto para ponerme en pie. Esto solo ha sido un pequeño momento de debilidad. Desbloqueo el teléfono y busco uno de los últimos

álbumes de una diva como Beyoncé. Escucharla es una apuesta segura para levantar mis ánimos. Me desplazo por el apartamento bailando al ritmo de *Texas Hold'em*, solo me faltan mis botas de *cowboy* y el caballo. De momento tengo que conformarme con mi maleta de ruedas. Recorro la estancia hasta el dormitorio, subida a horcajadas. Si alguien pudiera verme por un agujero, pensarían que estoy mal de la cabeza. Tengo que bajar de mi corcel improvisado, ya que la moqueta no acompaña al desliz y llevo mi equipaje al bonito vestidor que se encuentra en la habitación. Una de mis partes favoritas del piso. He optado por dedicarme a organizar toda mi ropa en su sitio correspondiente. Dejaré para otro momento el resto de las cajas que están en la estancia que tiene su uso como despacho.

La voz de la diva queda interrumpida por el sonido de una videollamada. No hace falta que mire el móvil para saber de quién se trata. La cara de mi chica vitamina ocupa toda la pantalla. Descuelgo con una gran sonrisa. Es justo lo que necesitaba.

—Hola, cielo. ¿Ya estás instalada?

—Estaba en ello —le cuento a mi amiga Rocío a la vez que giro la pantalla para que vea mi bonito vestidor del que ya cuelga alguna prenda.

—¿Solo te has llevado esa maleta?

—Claro. Estoy en Londres, nena. Aprovecharé para ir de compras —le confieso una vez mi rostro vuelve a quedar visible.

—Cuéntame, ¿qué tal te han recibido?

—De maravilla. Con decirte que ya he triunfado en el aeropuerto…

—No esperaba menos de ti —responde con una sonrisa.

—Aunque no sé si lo volveré a ver.

—¿Tan feo era?

—Al revés. No te imaginas que pedazo de manos tenía. —Su carcajada me hace reír a mí también. Ambas compartimos una fascinación por las manos masculinas. Mientras el resto se fija en un

buen trasero, nosotras lo hacemos en los dedos largos y las uñas bien recortadas.

—Entonces, ¿cuál ha sido el problema?

—En realidad, ninguno. Acabo de llegar y me apetece calma. Tengo que estar centrada. Le he dado mi número para que sea él quien dé el paso de vernos de nuevo. Si no me ha engañado es un empresario muy ocupado, así que será complicado quedar.

—Si le interesas de verdad, encontrará algún hueco en su apretada agenda.

—Eso espero, porque si se diera el caso, estaría dispuesta a ceder a una cena o lo que surja. Pero dejemos de hablar de mí. ¿Qué tal está todo por ahí?

—Igual que antes de que te fueras hace unas horas, aquí sigue sin haber nada interesante. Sin embargo, allí seguro que sí hay algo digno de ver. ¿Por qué no me muestras el apartamento?

Cedo. Así que me desplazo por las estancias mientras mi amiga me expresa con ilusión todo lo que llama su atención. Necesitaba esta charla. Espero que el trabajo me ayude a entretener la mente. No imaginaba que me sentiría tan sola. Ojalá supiera lo que me ocurre. Soy una mujer libre y hace tiempo que me independicé. Era eso o volverme loca. Viajo sola y suele suceder más a menudo de lo que me gustaría. Jamás había sentido una nostalgia tan intensa. Me imagino que se debe a que, en esta ocasión, mi cabeza sabe que no es un simple viaje de diez días y después regresaré a casa.

—Me encanta, Lidia. Es muy acertado para ti. Estarás genial.

—Eso espero.

Mi tono de voz ha salido más desinflado de lo que me gustaría. Lo último que deseo es preocuparla. Rocío pasa por un buen momento en su vida y no quiero convertirme en esa espinita que le impida ser tan feliz como se merece.

—Pensaba que estarías más emocionada por esta aventura.

—Lo estoy. De verdad que sí. Solo tengo que hacerme a la idea. Cuando empiece a trabajar, seguro que ya no tendré tiempo de

lamentarme.

—Lidia, prométeme que no te encerrarás en las obligaciones laborales. Quiero que disfrutes de la vida. Los años pasan muy rápido. Cuando mires atrás, debes estar orgullosa de lo que has conseguido en todos los ámbitos.

—Haré lo que pueda, amiga. Sabes que mi objetivo aquí es volver a demostrarle a mi progenitor, que no soy la hija inútil que él piensa. Pero tranquila, no me olvidaré de divertirme.

—Todo el mundo, incluido tu padre, sabe lo gran abogada que eres. Este reto lo debes hacer por y para ti, Lidia.

—¿Qué tal si dejamos el tema? No quiero que acabemos la llamada discutiendo —le pido. Sé que sus acciones están llenas de cariño, pero por mucho que lo intente, nunca entenderá la relación con mi padre. El suyo es maravilloso y siempre contó con su apoyo.

—Está bien. ¿Qué vas a hacer ahora? —pregunta para cambiar de tema.

—Voy a llenar semejante preciosidad de agua, sales y espuma. Necesito relajarme —le cuento mientras señalo la increíble bañera ovalada que adorna el centro del baño.

—Me parece un plan magnífico. Ojalá pudiera charlar más rato contigo, pero tengo una cena de trabajo y todavía debo prepararme.

—No hay problema, cielo. Ponte bella y arrasa con todo. —La oigo reír y me doy cuenta de lo mucho que voy a echar de menos nuestros encuentros.

—Hablamos otro día y recuerda que solo estoy a una llamada, ¿vale?

—*I know, baby*.

—Qué tonta eres. Te quiero, Lidia.

—Y yo a ti.

Suspiro y cierro los ojos un momento para evitar desmoronarme de nuevo. Solo puedo flaquear una vez por día y la de hoy ya la he utilizado. Abro el grifo de la bañera y lo ajusto a la temperatura

ideal. Me acerco a los tres botes de sales de baño que se encuentran en una de las estanterías y los abro para escoger el que más me apetezca. Me decanto por el recipiente de color naranja. Huele a melocotón y me encanta. Lanzo unas cuantas perlas y las acompaño de una pequeña muestra de mi gel de ducha preferido. Mañana debería ir a hacer una compra.

Mientras espero a que se llene, apoyo el trasero en la esquina y recupero mi móvil. Al desbloquearlo, la mirada se me desvía de nuevo a ese círculo rojo. Acerco el dedo para entrar en la aplicación, pero al final no lo hago. Vuelvo a intentarlo y dejo el índice en el aire mientras analizo los pros y los contras de leer los mensajes de Felipe. «La última vez», me pide un lado del cerebro. «No lo hagas, no se lo merece», indica la otra. Me pueden las emociones, las ganas y la soledad.

Felipe

Te has ido sin despedirte de mí.
Sabes que voy a echarte mucho de menos.

Llámame si me necesitas.
Espero que hayas llegado sin contratiempos.

¿Por qué no respondes a mis mensajes?
Solo dime que estás bien.

Debería lavar mis sábanas, porque todavía tienen tu olor.
Joder, bruja de fuego, ¿qué voy a hacer ahora sin ti?

Tu silencio me deja claro que ya no quieres saber más de mí.
Lo respeto, aunque no lo comparta.
Espero que seas muy feliz en Londres.

No soy capaz de controlar las lágrimas que recorren mi rostro mientras leo sus mensajes. Estoy enamorada de este hombre, pero también cansada de que Felipe no se aclare con sus sentimientos. Para mí, ahora mismo, no es suficiente con dos o tres polvos a la semana. Yo quiero más, él no. Está claro que la edad es solo un número, porque la que actúa de manera adulta soy yo. Y eso que nos separan dieciséis años.

Bloqueo el teléfono sin contestarle. Felipe debe formar parte de mi pasado. Él así lo quiso. Ahora no puede comerme la oreja con palabras bonitas. Ya es demasiado tarde.

Capítulo 3

Felipe

Este es mi quinto café y apenas son las ocho de la mañana. Llevo unos días en que tengo dificultad para dormir y descansar. Las noches han vuelto a ser interminables, llenas de sombras que me persiguen. Las pesadillas han regresado, esas que pensé que había dejado atrás, junto al uniforme que colgué, hace ya unos años, al regresar del ejército.

Cada vez que cierro los ojos, veo los rostros de mis compañeros donde se refleja el mismo miedo que yo sentía. Los sonidos de las explosiones resuenan en mis oídos, los gritos con órdenes caóticas, la desesperación… Despierto con el corazón latiendo de manera desbocada, empapado en un sudor frío y sintiendo que mi cuerpo aún se encuentra en el campo de batalla. La cicatriz de mi abdomen palpita con fuerza, igual que si cobrara vida y yo volviera a estar herido. Nunca he dejado de estarlo, pero de otra manera. A veces, ni siquiera estoy seguro de si me encuentro en mi habitación o si el infierno ha venido a buscarme de nuevo.

Durante el día, intento ignorar el cansancio que pesa sobre los hombros. Me enfoco en mis responsabilidades. Acompaño a Alfred Scott a sus reuniones o a los diferentes viajes, pero la concentración es un bien escaso.

Otro de los inconvenientes que ha aparecido en mi vida, es que mis pensamientos vuelan hacia Lidia, más a menudo de lo que me gustarían. Nunca he sido un hombre de relaciones serias. Nadie me enseñó a querer. Mi padre también fue militar. Un coronel recto y entregado a su trabajo. Siempre tuvo la esperanza de que yo, su

único hijo varón, siguiera sus pasos. Para eso fui criado con mano dura y disciplina. Mi madre era la que nos trataba, de manera cariñosa y como lo que éramos, dos pequeños con ganas de comerse el mundo, a mi hermana y a mí. Nunca se me dio opción a escoger una profesión. «Felipe va a ser un gran militar, igual que yo y mis generaciones anteriores», repetía mi padre con orgullo. ¿Quién se atrevía a replicar semejante afirmación? Su deseo casi me lleva a la tumba y me convirtió en un ser frío. Por ese motivo, siempre encontré una excusa para mantener las distancias con las mujeres y no tener así que comprometerme con ninguna. No iba a permitir que otra persona dominara mi vida, sin darme opción a decidir.

El problema es que Lidia es diferente. Ella tiene una manera de entender mis silencios y de ver más allá de lo que muestro. Esa preciosa y guerrera bruja de fuego se ha metido en mi piel de una forma que jamás imaginé posible. Es más joven que mi hermana. Joder, si casi podría ser su padre. Uno precoz, eso sí. Lidia es una mujer valiente, luchadora y la hostia de sexi. Su risa ha iluminado mis días oscuros, y su presencia era un refugio al que acudir cuando me encontraba sobrepasado, aunque nuestra relación se ha basado más en el placer y el sexo. Ahora, en las noches solitarias, echo de menos la calidez de su cuerpo, cuando apoyaba su cabeza en mi pecho después de un increíble orgasmo. Es la única mujer, que me ha hecho sentir que, tal vez, hay un lugar para mí fuera del caos en el que se ha convertido mi vida.

Ahora, Lidia se ha ido. Cuando me dio la noticia, pensé que era lo mejor. Alguien como ella no se merecía cargar con los fantasmas que arrastro. Me convencí de que, dejarla ir, era un acto de cordura y madurez, aunque quizás solo ha sido cobardía. Podría haberla retenido, pero sería muy egoísta por mi parte. El inconveniente es que el arrepentimiento por no actuar de otra manera se mezcla con la nostalgia, creando un nudo en mi pecho que no sé cómo deshacer.

He intentado encontrar distracciones, realizo ejercicio y salgo a correr más veces de las que ya solía hacerlo, sin embargo, nada

parece funcionar. Si a eso le añadimos su falta de respuesta a todos mis mensajes, las jornadas se vuelven demasiado largas y se están convirtiendo en una auténtica tortura. Me pregunto si algún día encontraré la forma de dejar atrás lo que viví y hallaré la paz que tanto preciso.

En mis noches de insomnio, me pregunto si debería buscarla, si tendría que explicarle lo que nunca he podido expresar. Ella es distinta, Lidia es especial para mí y jamás se lo dije. Se fue pensando que era una más. Así la traté, a fin de no ver comprometido lo poco que queda en pie de mi corazón. He sido un imbécil, pero ahora ya es tarde. Tal vez, algún día, haya una oportunidad de reconciliar el pasado con el presente. En el fondo, sé que el primer paso es enfrentarme a mí mismo y a los recuerdos que me mantienen prisionero.

Ahora, solo me queda seguir adelante. Quizás en el futuro, las pesadillas se desvanezcan. Hasta que llegue ese momento, debo aprender a vivir con los recuerdos, esperando que el tiempo calme el dolor y me permita descubrir mi rumbo. Confío en que aún no sea tarde.

La puerta trasera del coche se abre y da paso a Alfred. Estaba tan despistado con mis penas, que no he reaccionado a tiempo para salir del vehículo y asistirlo. Menos mal que todavía estamos en casa. Sería un desastre si eso sucediera en otro lugar.

—¿Vamos al despacho, Alfred? —Veo por el retrovisor que arruga el ceño al oír mi pregunta. Mierda, seguro que ya me ha dicho antes a dónde desea ir.

—Claro, pero eso será después. Como te he comentado en el salón, primero debemos realizar una parada en el ayuntamiento.

—Tienes razón. Disculpa.

—¿Te sucede algo, Felipe? Hace unos días que estás raro. Pareces agotado y te despistas con facilidad. Que conste que no te recrimino nada, solo me preocupas.

—Estoy bien. Llevo varias noches sin descansar de manera adecuada y me está pasando factura.

—¿Cuánto tiempo hace que no te coges unas vacaciones? Mi hija dice que te exploto y que debería darte descanso. Si es así, házmelo saber. Me he acostumbrado tanto a ti, que quizás la rutina no me permite darme cuenta de que Rocío está en lo cierto.

—No te preocupes. El trabajo no tiene la culpa y su hija no debería estar tan pendiente de todo el mundo.

—Ya sabes cómo es. ¿Puedo hacer algo por ti? Soy tu jefe, pero también tu amigo.

—Lo sé. Muchas gracias. A lo mejor, en unos días, me cojo un fin de semana que tengas tranquilo y me voy al sur a ver a mi hermana.

—Me parece una idea estupenda —dice Alfred conforme con mi propuesta.

El sonido de su teléfono corta nuestra charla y el resto del trayecto lo hago centrado en la carretera. Acompaño a mi jefe al ayuntamiento y lo espero hasta que termina su reunión. Parece que le ha ido bien, porque no para de comentar el gran acuerdo que acaba de cerrar y como beneficiará a la ciudad.

Lo dejo, con su alegría, en el despacho y le informo que aprovecharé que no tiene que salir hasta la hora de comer, para realizar unos encargos que me ha pedido Sara, su mujer. Me subo al coche con la esperanza de que el trayecto y estar entretenido me despejen la cabeza. El problema es que el cansancio es un depredador astuto y te tienta de manera constante, llevándote hacia instantes que no deseas.

Conduzco mientras mis pensamientos divagan más allá de la carretera. Se atraviesan en mi mente conversaciones a medias, tareas pendientes y el rostro de Lidia. El murmullo del motor y la música de la radio, se funden con el zumbido de mi cabeza. Y entonces, en un abrir y cerrar de ojos, un destello cruza mi visión. Un coche que surge de la nada, se lanza a toda velocidad hacia mí,

ignorando el semáforo en rojo que nos separa. El impacto es brutal y siento cómo el coche gira con violencia, mis manos se aferran al volante, aunque poco puedo hacer para controlar la situación. Los airbags amortiguan parte del golpe. Todo se vuelve un torbellino de caos y confusión. Siento un dolor punzante en mi brazo izquierdo, pero en ese momento, el miedo y la adrenalina, frenan cualquier otra sensación. Mi coche se detiene contra otro que se encuentra estacionado, con un ruido sobrecogedor. Por culpa de mi estado mental y mi cansancio, no he sido capaz de reaccionar a tiempo.

Cuando por fin se hace el silencio, la realidad se impone. Estoy atrapado y con el corazón latiéndome a un ritmo frenético. Mi mente regresa al pasado y vuelvo a sentirme aquel joven militar herido en combate. A mi alrededor comienzan a agolparse las personas. Sus rostros muestran una mezcla de alarma y curiosidad. A través de mi ventana rota, una voz amable me pide que mantenga la calma, que ya viene la ayuda. Estoy tan aturdido, que ni siquiera puedo responderle.

El ruido de las sirenas y las luces parpadeantes se apoderan del lugar en cuestión de minutos. Intento concentrarme en mi respiración, aferrándome a cualquier cosa que me mantenga en calma para no caer en un ataque de ansiedad. A pesar del dolor en mi brazo, siento una sensación de gratitud al verme liberado por los bomberos. «Podría haber sido peor», pienso y me repito esas palabras como un mantra cuando oigo que alguien dice que el otro conductor no ha corrido con tanta suerte y ha fallecido.

Una vez en el hospital, las enfermeras y los médicos se mueven con eficiencia y precisión. Me dejo hacer, ni siquiera estoy seguro de que no tenga algo más que una lesión en el brazo. La herida de mi abdomen palpita con rabia. Hay momentos en los que dudo si estoy aquí debido al accidente de tráfico o a los enfrentamientos con los enemigos. Noto cómo evalúan mi estado, asegurándose de que mi brazo roto recibe la atención adecuada. No sé en qué momento pierdo la conciencia.

Despierto en una habitación con paredes blancas y una luz fluorescente que daña mis ojos. Tardo un instante en comprender dónde me encuentro. El olor a desinfectante y el sonido del monitor cardíaco me confirman que estoy en el hospital. Intento moverme, pero un dolor agudo en el brazo izquierdo me hace soltar un quejido.

—No te muevas, Felipe —me pide la voz de Alfred Scott—. Menudo susto nos has dado.

—Lo siento —murmuro con la boca seca.

—Voy a llamar a la enfermera.

Presiona el botón y una mujer con rostro amable no tarda en acercarse y explicarme que he tenido mucha suerte. A pesar de la gravedad del accidente, solo me he roto el cúbito y el radio, aunque me han operado para estabilizarlos.

—Podría haber sido mucho peor —dice con una sonrisa tranquilizadora.

—Una manera curiosa de pedirte unas vacaciones —comenta mi jefe con un tono divertido.

—Ahora van a ser obligatorias —apoya la enfermera.

Agradezco en silencio su amabilidad y que traten de restarle importancia al suceso. En mi interior, un sentimiento de alivio se mezcla con la culpa. Sé que, si hubiera estado más alerta, tal vez podría haber evitado el accidente. No puedo seguir así, debo tomar una decisión.

Capítulo 4

Lidia

Cuando mi padre casi me impuso que asumiera dirigir esta oficina, no tenía muy claro que fuera una buena opción para mí. Londres, con su cielo gris y sus calles bulliciosas, no me parecía un lugar muy prometedor. Además, suponía estar lejos de mi gente, sobre todo de Rocío. Pero él sabe cómo retarme y también que me encantan las causas perdidas y, en este momento, esta filial lo es.

La oficina se encuentra situada en un elegante edificio del centro de la ciudad, con ventanales que ofrecen una vista impresionante del Támesis. Papá apostó fuerte por este lugar. Se convirtió en la inversión más costosa hasta la fecha y no nos podemos permitir su bajo rendimiento. El anterior director general no ha hecho un buen trabajo y el posicionamiento de O'Connor Legal Grup en el Reino Unido ha descendido de manera considerable.

Entro en el bufete con energía y una gran sonrisa, igual que una niña pequeña en su primer día de colegio. Lo que no tengo tan claro es cómo saldré. Espero que ilusionada por volver y no disgustada por tener que hacerlo de nuevo. Sé a lo que me enfrento y también que la gente no confía en que la hija del presidente que solo tiene veintiocho años sea capaz de dirigir el despacho sin acabar de hundirlo. Me imagino que su idea es que vengo a pasármelo bien. La niña consentida que se aburre en casa y ha decidido jugar con el castillo de papá para entretenerse. Muy pronto se darán cuenta de que no es así.

He estado más veces en la oficina, aunque ahora es distinto y vengo para quedarme y no de visita. Saludo al personal de la recepción al entrar y camino por el pasillo hacia mi nuevo despacho. Siento las miradas de los empleados y también algunos susurros que se detienen a medida que paso. Ese gesto me hace sentir una intrusa en mi propia casa. No esperaba una alfombra roja, pero tampoco este silencio incómodo que me deja un sabor amargo. Por desgracia, la bienvenida que tengo es tal y como la había previsto.

La única persona que parece contenta de verme es Hailey, mi secretaria. Me recibe con una sonrisa cálida y su pelo rizado despejado de la cara gracias a una diadema. Debe rondar los cincuenta y cinco años y posee una mirada dulce e inteligente.

—¡Hola, Lidia! Bienvenida. Es un placer tenerte aquí —dice con entusiasmo.

—Gracias, Hailey. Estoy muy emocionada con esta nueva aventura, aunque también un poco nerviosa, para qué te voy a engañar —respondo sin dejar ver la inquietud que se ha apoderado de mí.

—No debe de ser sencillo mudarte a otra ciudad y tener una responsabilidad tan importante como la tuya —apoya en un tono compasivo—. Pero ven, te acompañaré a tu despacho. Espero que te sientas cómoda. Me he asegurado de que no te falte de nada, aun así, cualquier cosa que necesites, solo tienes que decírmelo y lo solucionaremos.

—No te preocupes, ya verás que yo no soy tan exigente como mi padre y me conformo con poco.

Entramos en un amplio espacio con muebles de caoba y estanterías repletas de libros legales. Apenas hay decoración y no cabe duda de que siempre ha sido ocupado por hombres. Me siento detrás del escritorio y le sonrío a Hailey que no para de toquetearse las manos, nerviosa. Por lo menos hay alguien que quiere agradarme y eso me hace sentir algo de alivio en este entorno tan hostil.

Coloco el portátil encima de la mesa, donde ya se encuentran varias carpetas con documentos de diferentes casos. Me aseguro de que la reunión que solicité, con el propósito de ponerme al día, esté programada para las diez de la mañana. Es mi oportunidad de conocer al personal con el que voy a trabajar. Es la primera vez en mi vida, que tengo la sensación de que soy un cordero al que van a llevar al matadero. Intento quitarme esa percepción para no condicionarme y le pido a Hailey si me puede traer un café mientras acabo de organizarme. Tengo suficiente con los primeros cinco minutos para darme cuenta de que hay más trabajo del que me imaginaba. Ahora entiendo por qué mi padre me ha mandado aquí.

La sala de conferencias en la que tendrá lugar la reunión es espaciosa, con una larga mesa de madera y sillas de cuero a ambos lados. La mayoría de los empleados ya están sentados. Recibo las miradas curiosas y escépticas cuando entro acompañada de Hailey. Me recuerdan a un jurado listo para dictar sentencia, pero en este caso, ni siquiera se ha realizado todavía el juicio.

—Buenos días —saludo, tratando de sonar segura—. Gracias por vuestro tiempo. Me voy a presentar, aunque supongo que todos me conocéis. Soy Lidia O'Connor y desde hoy ocuparé el cargo de directora general en esta oficina. Como ya sabéis, el desempeño y las cifras no están alcanzando los resultados esperados, así que nos queda un arduo camino para reparar lo que falla y que esta filial de O'Connor Legal Grup, vuelva a estar en lo más alto. Estoy ansiosa por trabajar con todos vosotros, a eso he venido, pero os pido paciencia y confianza.

Hay un murmullo de asentimiento general, sin embargo, el ambiente sigue siendo tenso. Robert, un hombre de cabello canoso que se encuentra a mi derecha y que es uno de los abogados que más tiempo lleva con nosotros, es el primero en hablar:

—Lidia. Puedo tutearte, ¿verdad? —Asiento con la cabeza. Sé que parece una pregunta amable, no obstante, me consta que no es así. No creo que él me tratase de usted con la diferencia de edad que hay entre los dos—. Con todos mis respetos. Eres muy joven y

la mayoría nos preguntamos si estás preparada para este desafío. Aquí hay otras leyes, otra forma de trabajar y dudo que tengas la experiencia necesaria.

Ha ido directo a la yugular. Vaya con Robert. Su tono ha sido cortés, pero hay un filo en sus palabras que no me pasa desapercibido. El resto de personal contiene el aliento y se ha formado un silencio estremecedor. Me imagino que ahora esperan algún numerito con el que poder chismear lo que resta de jornada laboral. Pues se van a quedar con las ganas. La actuación de Robert me ha servido para identificar a uno de los leones que quiere ocupar este puesto y tiene el orgullo herido al verse relegado por una jovenzuela.

—Estoy aquí porque el presidente del grupo cree que puedo aportar una visión diferente al bufete. —Otro motivo es que quiere verme caer, aunque eso no lo digo. Sería feo—. Confío en mi formación, mi intuición, así como en mis ganas de superar retos. En la vida, nadie tiene todas las respuestas; por eso, trabajaremos juntos, igual que un equipo. Mi puerta siempre estará abierta para recibir consultas, ideas y sugerencias. Es importante que todos contribuyamos si creemos en la misión. Si alguien no lo ve así y piensa que estaría más satisfecho en otra organización, podemos llegar a un acuerdo para que ambas partes queden contentas.

Repaso la sala con la mirada. Hay gente que baja la cabeza, otros que sonríen y también identifico los que sé que me darán más problemas.

—Este lugar se había convertido en una dictadura —afirma una mujer joven y rubia que está sentada al fondo de la sala. La mayoría de las personas asienten con la cabeza, apoyando el comentario—. Sinceramente, pienso que hacía falta otra visión, aires nuevos.

—Me alegra oír eso. ¿Cómo te llamas?

—Marta Hernández.

—Muy español —respondo con una sonrisa manteniendo el idioma para no ofender a nadie.

—Así es. Nací en Salamanca.

—Marta, soy de las que creen en el trabajo en equipo y en que cualquier idea suma. Quizás no para un caso en concreto, pero a lo mejor sí para otro. Nadie tiene la verdad absoluta y estoy convencida de que las personas que actúan con ese tipo de autoridad conocen de antemano sus puntos débiles. Se sienten amenazados y tratan de imponerse para no ver peligrar su puesto. No me gusta ese tipo de gente, así que, en ese aspecto, las cosas van a cambiar.

Los murmullos, en esta ocasión más positivos, invaden la sala. No me pasa desapercibida la mirada retadora de Robert. Como él, seguro que hay unos cuantos más. Solo debo identificarlos y mantenerlos a raya.

—Señores y señoras, esto era un primer contacto. Me consta que tenéis mucho trabajo, así que no voy a largar más la charla. Cualquier otra duda o aportación me encontraréis en mi despacho. Gracias a todos por la paciencia y el apoyo —comento para disolver la reunión.

Regreso a mi oficina y me dejo caer en la silla. La tensión de mi cuerpo se afloja. Sé que puedo con este reto, aunque eso no significa que la lucha no me desgaste. Soy una mujer de carne y hueso, de esas que sienten y padecen, pero que saben ocultarlo. Por eso poca gente me conoce en profundidad. Bien podría ser una bruja de fuego, como suele llamarme Felipe. Resoplo al darme cuenta de que ese hombre vuelve a estar en mis pensamientos de nuevo. Puedo enfrentarme a abogados despechados, a jueces despiadados e incluso a un padre que jamás ha confiado en mí. Lo triste, es que va a ser muy difícil quitarme a Felipe de la cabeza y me da mucha rabia.

Hailey se asoma con una taza en las manos y su sonrisa cercana y comprensiva.

—Te traigo un té. No sé si te gusta, pero como vas a quedarte en este país una larga temporada, me imagino que tendrás que

acostumbrarte.

—Gracias por la confianza que depositas en mí. No va a ser fácil y va a llevar tiempo, pero estoy decidida a hacer que este despacho mejore —le indico mientras le doy un sorbo al té y le guiño un ojo. No voy a negar que prefiero el sabor del café y en casa no pienso cambiar esa costumbre.

—Si alguien puede hacerlo, esa eres tú. Estoy aquí para lo que necesites.

Le sonrío a modo de gratitud. Una vez Hailey abandona la oficina, giro la silla y miro por la ventana hacia la ciudad con la taza todavía en la mano. Menos mal que apenas hay altura. Sabía que este comienzo no sería fácil, no obstante, no pienso rendirme a la primera de cambio.

El móvil vibra encima de la mesa informándome de que he recibido un mensaje. Le presto atención y elevo una ceja al ver que se trata de un número desconocido.

Lidia O'Connor, ese es tu nombre.

Además de guapa y pelirroja, también eres abogada.

Y de las buenas.

No soy un acosador, me he enterado de casualidad.

Los temas legales de mis restaurantes, los maneja tu despacho.

Volveremos a vernos

Tu caballero andante del aeropuerto.

Me muerdo el labio inferior para no soltar una carcajada. Menuda casualidad, con la cantidad de bufetes de abogados que hay en la ciudad. Dejo mi bebida en la mesa y me apresuro a desbloquear el portátil para entrar en la base de datos. Me saca ventaja y debo averiguar su nombre. Busco por sector empresarial y dentro de esa carpeta por restauración. Reviso cuatro empresas, hasta que a la quinta doy con la correcta. LondSpa Corporation. El capital está dividido en partes iguales entre Maverick Webb y Pablo

Muñoz. La foto que acompaña al expediente de Maverick confirma que se trata del hombre del aeropuerto. Sonrío, yo también sé jugar mis cartas. Lo dejo en visto, ya le contestaré más tarde o quizás no.

Al parecer, Londres está lleno de posibilidades. Me sorprendo al darme cuenta de que estoy deseando que nos volvamos a ver. Como bien me ha dicho Rocío, la vida no solo es trabajo. Por una vez y sin que sirva de precedente, le voy a hacer caso.

Capítulo 5

Lidia

Segundo día en el despacho y está siendo más tranquilo de lo esperado. A pesar de que se oye el sonido del teléfono y hemos recibido alguna visita, el ambiente se ha destensado de manera considerable.

Esta tarde tenemos una prueba de fuego. Vendrá a reunirse conmigo uno de los clientes más importantes. Estaba bastante decepcionado con la gestión anterior y se oían rumores de que buscaba un nuevo bufete que llevara sus temas legales. Aquí empieza mi primera batalla. No puedo permitir que eso suceda.

Cierro la última carpeta que me queda por revisar. Deberíamos contratar a alguien para digitalizar toda esta documentación y que no tuviéramos que cargar con miles de papeles en un caso. Levanto el móvil a fin de comprobar si he recibido algún tipo de notificación. Cuando trabajo, me gusta tenerlo en silencio. En mi cara se debe notar la decepción al ver que no hay novedades. Ni de Maverick ni tampoco de Felipe. Tendría que estar contenta, pues soy yo la que mantengo la distancia con ambos. Así que no acabo de comprender a qué se debe este pellizco que recibo en el corazón.

Suspiro y me apoyo en la silla ergonómica. Tengo que centrarme en lo importante y, ahora mismo, no es otra cosa, que el despacho remonte. El teléfono que hay situado en la mesa suena, sacándome de mi momento de lamentación. Es la extensión de Hailey.

—Si vas a darme malas noticias, prefiero que te las guardes hasta el final del día. —La oigo reír bajito.

—No, tranquila. De momento va todo sobre ruedas.

—Menos mal —respondo aliviada.

—Sé que no tienes ninguna visita programada hasta la tarde, pero hay aquí un cliente que pregunta por ti. Dice que le urge hablar contigo. Le he comentado que estabas ocupada, sin embargo, sigue insistiendo.

—¿De quién se trata? —indago extrañada. De momento pocos clientes saben que hemos cambiado de director y que yo estoy al frente.

—Es el señor Maverick Webb. Tiene una cadena de restaurantes…

—Sé quién es, Hailey —informo mordiéndome el labio inferior. Vaya, parece que ha cogido el toro por los cuernos—. Dame tres minutos y hazlo pasar.

—Claro.

Cuelgo la llamada y rebusco en mi bolso hasta encontrar el pequeño espejo que siempre me acompaña. Echo un vistazo a mi imagen. Está mejor de lo que imaginaba. Aun así, localizo el pintalabios y le doy un repaso a mi boca. Me saco las gafas y atuso mi pelo rojizo justo antes de que Hailey toque en la puerta. Doy paso y ahí está él. Con la misma sonrisa seductora que llamó mi atención en el aeropuerto.

—Señor Webb —saludo, intentando disimular lo mucho que me afecta tenerlo aquí delante. Casi no recordaba lo guapo que era en persona.

—Señorita O'Connor —responde con voz ronca—. Espero no estar interrumpiendo.

—Aquí siempre hay cosas que hacer, pero es usted bienvenido. Siéntese, por favor. —Le indico la silla frente a mi escritorio y trato de mantener la compostura—. ¿Quiere tomar algo?

—No, se lo agradezco. La visita será breve.

—Gracias, Hailey. —Mi secretaria sonríe y se va dejándonos solos.

Maverick se sienta y me observa con esos ojos que parecen buscar respuestas. Noto un ligero nerviosismo, pero también esa emoción que pellizca el alma y que no se puede ignorar.

—Así que ahora soy el señor Webb.

—Estamos en un entorno laboral. Es usted mi cliente y debo tratarlo como tal.

—No he venido a hablar de trabajo, así que puedes llamarme Maverick o Mav, si lo prefieres. —Asiento a la vez que entrelazo mis manos encima de la mesa para evitar que note mi nerviosismo.

—¿A qué has venido?

—Te envié varios mensajes —dice con una sonrisa juguetona—. Pero no recibí respuesta. No estoy acostumbrado a que las mujeres me dejen en visto.

Intento contener el rubor que sube por mi cuello. Me desenvuelvo mejor detrás de una pantalla. Ahí todos somos valientes.

—Lo siento. He estado bastante ocupada con el trabajo y no he podido contestarte. Tampoco preguntabas nada en concreto. —Me encojo de hombros restándole importancia.

Maverick asiente mientras se cruza de piernas y me ofrece una pose de lo más sensual. Hay algo en su presencia que me hace sentir cómoda.

—Yo también he estado ocupado. No ha sido sencillo descubrir quién eras, ¿sabes? Y desde que te vi en el aeropuerto no he podido dejar de pensar en ti. —Sus palabras son directas y noto un fuego sincero en su mirada. Empieza a hacer mucho calor en este despacho.

Nos quedamos en silencio por un momento. Es una tontería negar que hay una conexión entre nosotros, igual que sucedió el día que nos conocimos.

—¿Cómo has descubierto quién soy? —indago para romper con la intimidad que se ha generado.

—Fue por casualidad. Al contar con tan poca información, realicé varias búsquedas por Internet sin éxito y resulta que tenía la solución encima de la mesa. Sales en la revista mensual de empresas y negocios.

Ya no me acordaba de esa publicación. Es un reportaje que nos hicieron a mi padre y a mí hace dos meses. De esas entrevistas en las que solo hay mentiras y te pasas las dos horas que dura con una sonrisa falsa en el rostro. Si la gente supiera lo que hay detrás de esas fotografías…

—Odio ese tipo de revistas —confieso—. ¿Debo preocuparme por tu acoso?

Se lleva uno de sus dedos a la barbilla antes de contestar. Me sonríe de manera sensual, gesto que me hace apretar las piernas por debajo de la mesa. Me remuevo e intento que mi mente regrese a la charla y se aleje de todas esas imágenes, no aptas para menores, por culpa de la falta de sexo.

—No tendría necesidad de buscarte si no fueras tan juguetona y me hubieras dicho tu nombre.

—Era para ponerte a prueba —miento. Ni siquiera pensé que podría interesarle tanto como para invertir su valioso tiempo en buscarme en las redes.

—¿Y la he superado?

—Sabes que sí. No pensaba que fueras de esas personas que necesitan que le regalen los oídos.

—Y no lo soy. Solo quería asegurarme de que aceptarás si te invito a cenar un día de estos. Me encantaría continuar charlando contigo y conocerte mejor en un lugar que no sea tu oficina.

Me detengo a pensar. No debo desviarme de mi objetivo laboral, pero la idea de pasar más tiempo con Maverick es tentadora.

—Suena bien y sería una buena forma de compensar tu esfuerzo —respondo, sonriéndole. Él me devuelve el gesto,

satisfecho con mi decisión.

—Perfecto. Ahora que ya te tengo localizada, te enviaré un mensaje para buscar un hueco en nuestras apretadas agendas. Esta vez espero una respuesta por tu parte —bromea guiñando un ojo.

Nos retamos con la mirada durante un instante. El juego se ha puesto interesante y los dos lo sabemos. No puedo evitar, aunque solo sea por un segundo, que la imagen de Felipe se pasee por mi mente impidiéndome disfrutar por completo del momento. Rompo nuestro contacto bajando la mirada. Maverick se levanta y yo lo imito. Me ofrezco a acompañarlo hasta la puerta del bufete.

—Gracias por venir. Ha sido una agradable sorpresa —digo de manera sincera.

—Me ha gustado mucho verte de nuevo. Te escribiré para esa cita —me provoca con su voz cálida. Elevo una ceja al darme cuenta de que hemos pasado de cena a cita en apenas unos minutos.

Sonríe. Nos despedimos con un apretón de manos y esa invitación en el aire. Mientras se aleja por el pasillo que lo llevará a los ascensores, me doy cuenta de que tengo muchas ganas de quedar con él, de conocerlo un poco mejor. También soy consciente de que, físicamente, es bastante distinto a Felipe y no solo porque sea más joven.

Maverick tiene el pelo oscuro, muy negro, con un corte desfilado que, por cómo le cae el flequillo, precisa un retoque. Posee unos ojos pícaros del color de la miel y una nariz casi perfecta. Nada que ver con el pequeño desvío que adorna la de Felipe. Maverick es poseedor de un cuerpo atlético. Se nota que hace ejercicio y se mantiene en forma, sin embargo, carece de esos músculos marcados, que sí tiene Felipe y que tanto me gusta repasar con mis dedos. No debería compararlos. Ambos gozan de cualidades positivas y, sin duda, también aspectos negativos. Otra de las diferencias y, quizás la más importante, es que Maverick vive en la misma ciudad que yo y Felipe… Él perdió su oportunidad.

Regreso a mi despacho e intento concentrarme en el trabajo. No es una tarea sencilla, ya que mi mente sigue repasando el momento en que Maverick apareció en el bufete. Su inesperada visita ha añadido un toque de emoción a mi jornada y no puedo evitar sonreír al pensar que este hombre podría ser un gran apoyo para mí en esta ciudad en la que me siento tan sola.

La reunión de la tarde ha sido todo un éxito y, aunque todavía no nos han confirmado su permanencia, sé que les he causado una buena impresión y que se han dado cuenta de que las cosas van a cambiar.

Sobre las ocho de la tarde, entro en mi apartamento. Me deshago de los tacones y suspiro de alivio al notar el frescor del parqué bajo mis pies. Dejo el bolso en el primer sillón y me dirijo hacia la cocina para guardar una ensalada de esas preparadas que me he comprado en la tienda de la esquina. Necesito una ducha, el pijama y una sesión de película o serie que encuentre interesante en alguna de las plataformas de pago.

Mientras me dirijo hacia el baño para deshacerme de la ropa, el móvil, que he dejado en el mármol, vibra anunciándome la entrada de un mensaje. Quizás sea Rocío, para preguntarme que tal me ha ido el día. También puede ser mi padre, en este caso, su objetivo sería echarme en cara alguna cosa. O Maverick invitándome, mañana sábado, a esa cena pendiente. No obstante, mi corazón quiere que sea de Felipe, diciéndome que me echa de menos, tanto como yo a él. Sacudo la cabeza, enfadada con mis pensamientos.

Toco la pantalla para salir de dudas. El mensaje es de mi amiga. Sonrío, aunque mentiría si dijera que no me siento un poquito decepcionada. Entro en el texto y mis ojos se van humedeciendo a medida que leo:

Me ha pedido que no te lo diga, pero debes saberlo.

Felipe ha tenido un accidente con el coche.

Está bien, no te asustes.

Solo se ha roto un brazo.

Quizás te apetezca enviarle un mensaje.

No le digas que me he chivado.

Te quiero.

Mi corazón golpea con fuerza y acelerado en mi pecho. Debería llamarlo o, como dice Ro, enviarle un mensaje para saber qué tal se encuentra. A pesar de todo, somos amigos o eso quiero creer. No puedo evitarlo y rompo a llorar. Sé que Rocío me ha dicho que se encuentra bien, pero podía haber sido algo más grave y yo tan lejos. Gestionar la soledad está siendo más complicado de lo que me imaginaba. Debería calmarme para poder tomar una decisión. Qué hago, ¿lo llamo o le envío un mensaje? Lo que daría ahora por un abrazo suyo.

Capítulo 6

Felipe

Aquí sigo, en la cama del hospital, alternando mi mirada entre el techo blanco de la habitación y el trozo de cielo azul que se divisa desde la ventana. Estoy cansado de escuchar todas las desgracias que anuncia el telediario y de ver cómo varias personas se pelean y se insultan en esos programas de televisión que emiten a media tarde. Desvío la vista hacia mi brazo enyesado que descansa sobre mi abdomen. Esta tontería me tendrá fuera del mundo laboral durante una temporada.

Resoplo, al sentir el agobio al que me llevan mis pensamientos. ¿Qué cojones voy a hacer metido en casa todo el día? Menos mal que ha sido el brazo y cuando el dolor remita, podré salir a correr sin problema.

Mientras me revuelco en mi desdicha, la puerta de la habitación se abre de manera silenciosa. Una cabellera rubia se asoma y la sonrisa de Amaia, mi hermana, me sorprende. Hace meses que no nos vemos y, en teoría, ella no debería saber nada de lo que ha ocurrido. Supongo que Alfred o Rocío se habrán ido de la lengua.

—No pensabas avisarme, ¿verdad? —me reprocha sin ni siquiera saludarme.

—Te iba a llamar cuando estuviera en casa. Solo me he roto un brazo. —Frunce los morros ante mi excusa.

Trae una bolsa de papel en una mano y arrastra una pequeña maleta con la otra. Eso me demuestra que no está aquí de paso. Lo último que quiero es poner patas arriba su vida. Ella sí ha conseguido ser feliz. Se casó con un gran hombre que la respeta y la

quiere con locura y tienen un pequeño diablo que es mi debilidad. Me da pena estar tan lejos de ellos y perderme el veloz crecimiento de mi sobrino.

—Menos mal que Rocío me ha llamado para informarme de lo sucedido —se queja mientras se apodera de una silla y la acerca a la cama.

—Esa muchacha es una chivata —refunfuño. Sé que lo hace por mi bien, pero a veces no se tendría que meter tanto en mi vida—. No hacía falta que vinieras, Amaia. Tienes tus propios asuntos y no deberías alterarlos por mi culpa. Estoy bien.

—Eres mi hermano, aunque en ocasiones se te olvide. ¿Qué pasaría si fuera al revés? No tengo ninguna duda de que vendrías a verme y a cuidarme —dice mientras deja la bolsa de papel encima de la mesita donde descansa un vaso de agua.

—Por supuesto, pero es diferente, porque yo no tengo una familia propia a la que cuidar. Nadie depende de mí.

—Mi marido se espabila solito y Samuel se ha quedado con su abuela, los ratos que no está en el colegio o que Marc trabaja. Ahora lo importante es que tú te recuperes. Pensé que necesitarías un poco de compañía y algo de comida decente. —Su gesto con la cabeza hacia la bolsa me hace sonreír.

—Te lo agradezco.

Mi hermana se levanta y se acerca a mí para besarme en la mejilla. Sabe que no soy un hombre que demuestre sus sentimientos con facilidad. No me gustan los abrazos e intento evitar los besos, incluso en el sexo. Solo hay una persona que consigue romper esa frialdad por mi parte, pero ahora se encuentra lejos y nunca pensé que la echaría tanto de menos. Maldita bruja de fuego.

—Te he traído unas empanadillas de esa panadería tan famosa que hay en el centro. Quizás debería haber preguntado antes si puedes comerlas.

—Nadie me lo va a impedir. —Mi gruñido se mezcla con la carcajada de Amaia—. Ya no llevo el suero y hace dos días que me

dan algo a lo que llaman comida. Además, nadie se va a enterar, porque las pienso devorar ahora mismo.

Saco las piernas de la cama y aprieto los dientes para evitar soltar una maldición al notar el dolor de mi cuerpo. El golpe me ha dejado magullado y tanto mi abdomen como mi costado tienen un bonito recuerdo en forma de morado. Mi hermana se da cuenta de mi dificultad para moverme y alarga la mano para ayudarme. No me quejo. En ocasiones está bien que alguien cuide de ti, aunque solo sea durante unas horas.

Rebusco en la bolsa y el olor invade mis fosas nasales con rapidez. Le doy un bocado a la empanadilla y mi humor mejora de golpe. Qué puta maravilla.

Conversamos sobre las últimas novedades y Amaia me cuenta los avances de Samuel y también de los nuevos proyectos en los que anda enfrascado mi cuñado. Marc es representante de jugadores de fútbol. Gracias a su profesión, llevan una vida bastante holgada, cosa que permite a mi hermana cuidar del pequeño.

—Ahora Sam ya es más mayor y echo de menos trabajar. Quiero tener tiempo para mí y no solo ejercer de ama de casa. Estoy pensando en retomar mi profesión. Podría comenzar ofreciendo servicios de contabilidad a pequeñas empresas o trabajadores autónomos que necesiten mi asistencia. Si fuera por Marc, ya tendría mi propio negocio, pero prefiero avanzar poco a poco.

—Deberías ir a tu ritmo. Lo importante es que disfrutes con lo que haces. —Nuestras miradas se encuentran y ella me sonríe, comedida—. ¿Sabes? Esta experiencia me ha hecho darme cuenta de lo frágiles que somos y con qué rapidez puede terminar nuestro paso por este mundo.

—Felipe…

—Me gusta mi vida —le indico para evitar que se compadezca de mí—. Es completa y tengo lo que necesito, aunque en ocasiones…

—Te sientes solo —dice, mirándome con una expresión suave—. A veces necesitamos esos recordatorios para que nuestros pies vuelvan a tocar el suelo. No has tenido una vida fácil, hermanito y siempre has salido a flote. Es momento de dejar el pasado atrás. Quizás tendrías que ir de nuevo a un terapeuta. Al volver de combate te fue bien. Eres un hombre maravilloso, Felipe. Solo tienes que creértelo y permitir que la gente lo vea.

Tiene razón y yo lo sé. Sin embargo, uno no se repone con facilidad a tantos años intentando estar a la altura. «Un militar no llora, aguanta con dos cojones, porque para eso estamos. Luchamos por nuestra patria. Salvamos vidas y no hay sitio para ser sentimental». Esas fueron las palabras de mi padre en el funeral de dos de mis compañeros. Aún recuerdo alguna de sus bofetadas por ser «débil». A su lado, mi corazón se hizo pequeñito y nunca volvió a recuperar su tamaño original. En ocasiones, entre los brazos de Lidia, creí que se había reparado, pero algún suceso hacía regresar las palabras de mi progenitor a mi mente y volvía a encogerse.

Cuando estoy a punto de contestarle, la enfermera entra en la habitación con una carpeta en la mano.

—Hola, Felipe —saluda de manera amable—. Traigo novedades. El doctor ha autorizado el alta. Así que, dentro de un rato, podrás irte a casa.

—¡Qué gran noticia! —exclama Amaia, feliz.

Sonrío, aunque una parte de mí se siente nerviosa al saber lo que viene.

—Sí, parece que ya es hora de volver al mundo real —respondo, intentando sonar entusiasmado, aunque no me sienta así. No tengo claro qué haré ahora que no puedo ir a trabajar.

—Vamos a pasar unos días maravillosos. Ya lo verás —dice mi hermana con demasiada ilusión. La quiero mucho, pero no tengo muy claro que pueda resistir tantas horas con ella. A veces es algo intensa.

—Gracias, hermanita. No sé qué haría sin ti. —Recibo un manotazo de su parte al notar el tono sarcástico de mis palabras. Ella siempre gana, así que es una tontería que discutamos.

Amaia es el único pariente cercano que me queda después de la muerte de nuestros progenitores y es todo lo que a mí me falta. Es empática, cariñosa, divertida y está llena de amor. Transmite esa calidez en la que querrías quedarte siempre. Se ha convertido en una mujer fantástica y yo, en alguien muy afortunado de tenerla en mi vida.

Mientras esperamos a que traigan toda la documentación para poder irme, hablamos, reímos y recordamos anécdotas de cuando éramos niños. Mi hermana sabe cómo hacer que lo cotidiano se convierta en algo extraordinario. Por un momento, dejo de ser el adulto gruñón e insensible para transformarme en aquel crío que no tenía problemas importantes y que todavía conservaba la inocencia y también el corazón.

Aprovecho una de sus ausencias al baño para mandarle un mensaje a mi jefe e informarle de que me voy a casa. Propone enviarme un coche, pero rechazo su oferta. Cogeremos un taxi. También le escribo a Rocío, para reprocharle que haya avisado a mi hermana. Me responde con el emoji de santo.

Dos horas después del paso de la enfermera por la habitación del hospital, entramos en mi piso. Suelto un suspiro de alivio cuando mi cuerpo conecta con el sofá. Dejo caer la cabeza y cierro los ojos mientras oigo a mi hermana decir algo de lo aburrido que es mi hogar. La verdad es que lo único que me interesa es que la cama sea cómoda, porque no suelo pasar demasiado tiempo en él. «Eso cambiará durante unas cuantas semanas, amigo mío», se burla mi conciencia.

Me estoy peleando con mis pensamientos cuando suena el timbre. Supongo que será Alfred Scott. Es mi jefe, pero también un amigo. Llevamos muchos años trabajando juntos.

—Ya voy yo, no te muevas —me pide Amaia. La oigo saludar y cómo habla con otra persona hasta que aparece de nuevo en el salón—. Felipe, tienes visita. Estaré en la habitación, deshaciendo la maleta.

Giro la cabeza y mi mirada se tropieza con una preciosa pelirroja que me observa desde el centro del salón, con tiento y esos ojos que siempre me han hechizado.

—¿Qué haces aquí?

Podría preguntarle miles de cosas, pero así soy yo. Un auténtico necio.

Capítulo 7

Lidia

El mensaje de Rocío me tuvo inquieta durante toda la noche. Apenas conseguí conciliar el sueño y sobre las cuatro de la madrugada decidí buscar un vuelo que me llevara de vuelta a España. Era una locura, lo sabía, sobre todo por lo poco que me gusta viajar, pero necesitaba verlo y asegurarme de que estaba bien.

El billete me costó un ojo de la cara, aunque el dinero nunca fue un problema para mí. El primer horario disponible era hacia mediodía. No esperé. Me vestí, puse una muda y los básicos de higiene en una mochila y pedí un taxi que me llevó al aeropuerto. Tuve que permanecer allí varias horas que aproveché para buscar un vuelo de vuelta y avisar a Hailey de que me ausentaría el lunes por temas personales, pues no fui capaz de encontrar un pasaje para esa misma noche.

Fue un trayecto repleto de incertidumbres. Me sentía aturdida por culpa de la falta de descanso, aunque eso me ayudó a no centrarme en el vuelo ni en el miedo a que el avión se cayera. Mi cabeza estaba abotargada y llena de preguntas y reproches. Había momentos en los que tenía claro que hacía lo correcto, sin embargo, otras, me atormentaba por ser tan estúpida y dejarme llevar por los sentimientos. ¿Por qué siempre me fijaba en los hombres equivocados? Felipe jamás me daría la estabilidad que yo deseaba. Entonces, ¿por qué narices tenía que rebajarme? El objetivo era olvidarlo para que mi corazón no acabara roto a trocitos tan pequeños, que me fuera imposible recomponerlos. ¿Y qué hacía yo?

Correr a las primeras de cambio. Ni siquiera habían pasado dos semanas desde la última vez que nos vimos, por el amor de Dios.

Aterrizo sobre las tres de la tarde, aturdida y con un enorme dolor de cabeza. Le doy la dirección del piso de Felipe al taxista, aunque no tengo ni idea de si estará allí o todavía sigue en el hospital.

Cuando la mujer rubia con una bonita sonrisa me abre la puerta, sé que he tenido suerte.

—¡Hola! ¿En qué puedo ayudarte? —pregunta al verme ahí parada con cara de tonta. No esperaba que tuviera compañía y menos de una mujer tan guapa. Qué rápido me había sustituido.

—Me he enterado del accidente de Felipe y solo venía a interesarme de cómo estaba. Siento la molestia. Quizás debería haber llamado antes.

—No te preocupes. Seguro que le hace mucha ilusión recibir visitas. Está algo desanimado —me susurra para que él no la escuche. Mis labios se estiran en una sonrisa contenida—. Adelante, lo encontrarás en el salón.

Sigo sus pasos, después de que cierre la puerta, a pesar de que conozco todas las estancias de este lugar. Las he recorrido más de una vez desnuda. Recordar los momentos tan íntimos que vivimos hace que mis ojos se inunden de lágrimas que evito derramar.

Lo primero que veo es la mesa del salón. Ahí encima hemos follado más de una vez. El corazón empieza a acelerarse y lo hace con más rapidez cuando oigo su voz, dura, ronca y penetrante.

—¿Qué haces aquí?

—Me enteré de tu accidente y, como tenía que viajar por trabajo, he aprovechado para saber qué tal estás —miento de manera descarada. No tiene por qué enterarse de mi locura. Veo que, a él, no le afecta nuestra distancia tanto como a mí. La prueba es la rubia que está en la habitación, deshaciendo las maletas—. Debería haber llamado, no era mi intención molestarte.

Mi gesto con la mano, señalándole el pasillo para hacer referencia a la mujer que me ha abierto la puerta, provoca que arrugue el ceño. La rabia empieza a bullir en mi interior. No se le ve ni una pizca de afectado. ¿Qué cojones tiene este hombre en el pecho? Ya sé que no me prometió un amor para toda la vida, pero joder, hemos pasado muchos momentos íntimos juntos. Digo que algo debe sentir por mí para repetir en tantas ocasiones, aunque sea amistad.

—Tú nunca molestas. Solo me ha sorprendido verte. No te esperaba.

Nuestras miradas se retan y las chispas que siempre surgen cuando estamos cerca siguen ahí, llenas de energía. Me muerdo el labio inferior a fin de contener las ganas de tirarme a su cuerpo y besarlo como si no hubiera un mañana. Felipe es una droga para mí, y con esta visita, me estoy dando cuenta de que me he vuelto una adicta a él y eso es lo peor que me podría pasar. No debo perder el control, tengo que mantenerme firme. Lo nuestro es imposible.

—¿Cómo te sientes? —pregunto rompiendo el silencio y el momento de intimidad prohibido.

—Me he roto un brazo —responde señalándose el cabestrillo que lo oculta—. Voy a estar una buena temporada sin poder trabajar. Solo llevo unas horas en casa y ya me subo por las paredes. Por el resto, bien. Y ahora que estás aquí, mejor.

—Felipe… —le increpo y giro mi cabeza hacia el pasillo para asegurarme que su nuevo ligue no nos oiga. Parece una buena chica y emite unas vibraciones muy positivas. Sin duda lo que él necesita.

—No te preocupes. Amaia no es una cotilla y no le importará nuestro acercamiento. —Frunzo el ceño mientras lo escucho y veo que da dos pasos hacia mí. Una pequeña mueca de dolor se apodera de su rostro. Alarga la mano para tocarme. Retrocedo, enfadada.

—Eres un descarado. Espero que esta actitud de mierda sea por culpa de los medicamentos —gruño con los dientes apretados.

—Necesito tocarte —susurra con un tono de desesperación que impacta en mi alma con fuerza—. Te he echado mucho de menos.

—Sí, ya lo veo. No has tardado nada en meter a otra mujer en casa. Está deshaciendo la maleta para vivir contigo, Felipe. ¿Tengo que recordarte la reacción que tuviste el día que yo te insinué que iba a traer mis cosas y así no tener que correr todos los días de arriba abajo? Estuviste dos meses ausente, sin llamarme ni verme. Ahora me queda claro que el problema siempre fui yo —suelto con la voz cargada de emoción. No quiero llorar—. Mira, me alegro mucho de que estés bien, de verdad y que seas muy feliz. Tengo que irme.

—Lidia, espera —me pide a la vez que su mano se apodera de mi muñeca. Me giro con tanto ímpetu, que tropiezo con su pecho y quedo demasiado cerca de él. Hace un nuevo gesto de dolor, aunque eso no le impide hablar—. Me parece que esa cabecita tuya se ha creado una película que no corresponde a la realidad. Amaia es mi hermana. Rocío la llamó para informarle y ella no ha dudado en venir a cuidarme. Aunque no sea necesario, claro.

Noto que mi cuerpo se relaja al escuchar sus palabras. No debería afectarme, sin embargo, siento un gran alivio. Es como si hubiera estado durante horas soportando el peso de un enorme saco, y ahora lo han retirado de mis hombros. Elevo la cabeza y me encuentro de nuevo con sus increíbles y profundos ojos. Le brillan llenos de deseo. Conozco esa mirada. La tengo incrustada dentro de mi cerebro y suele invadir mis pensamientos más veces de las que me gustaría. Podría ser de amor, pero según Felipe, él nunca se enamora, no es capaz de entregar su corazón. Dice que no tiene. Espero que, algún día, una mujer pueda demostrarle que no es así. Es un hombre increíble que está claro que arrastra un duro pasado y lo único que debe hacer es pasar página y dejarse llevar.

—No quiero olvidar tu olor —dice apoyando su frente en la mía.

—Pero debes. Nos hacemos daño y no nos lo merecemos.

—Lo sé —admite y siento el peso de sus palabras. Siempre hemos sabido que nuestra relación no estaba basada solo en el

sexo, aunque Felipe sea reticente a admitirlo—. Pero también sé que soy incapaz de sacarte de mi cabeza. Me has embrujado y ahora no sé cómo acabar con el encanto.

—Todo pasará cuando encuentres a otra que llene tu cama. —La mueca de su cara me demuestra que le ha dolido mi respuesta.

Mis palabras son punzantes y cumplen su objetivo principal, dañarlo. No miento. Es lo que él siempre dice: «Yo solo estoy hecho para follar. No sé lo que es el amor y nunca lo sabré, porque no tengo corazón. Así que no te enamores de mí, bruja de fuego. Eres demasiado buena para que alguien como yo te destroce».

Nos miramos y, en ese momento, el mundo exterior parece desvanecerse, dejándonos en una burbuja de sentimientos no dichos que flotan entre nosotros. Felipe cierra los ojos un momento y yo me acerco para acariciar su mejilla. Inclina la cabeza y hace más profundo el contacto.

—Me alegro mucho de que solo haya sido un susto. Te quiero, Felipe. Sin embargo, necesito avanzar y si tú no estás dispuesto a hacerlo conmigo, es mejor que evitemos vernos y sigamos con nuestras vidas por separado —le confieso en un susurro. Me pongo de puntillas y me acerco a su mejilla para dejar un beso profundo y lleno de sentimientos.

Cojo distancia y le muestro una sonrisa rota. Me giro, recojo la mochila que había dejado en el suelo y abandono la vivienda casi a la carrera. Me precipito por las escaleras. No espero el ascensor por miedo a que salga y consiga retenerme con alguna de sus palabras. Es la segunda vez que lo dejo atrás y es la cosa más complicada que he hecho en mi vida.

Una vez pongo un pie en la acera, ya me es imposible controlar mis lágrimas. Me desplazo calle arriba sin un rumbo concreto. Una hora más tarde, y algo más calmada, decido coger un taxi que me lleve hasta mi piso. Enciendo las luces y suspiro de alivio al encontrarme de nuevo en un lugar conocido. En mi hogar. Aquí también atesoro muchos recuerdos con Felipe, pero me obligo a no

pensar más en él. Ahora tengo una nueva vida y debo centrarme en seguir adelante.

Decido darme una ducha, seguro que el agua caliente repondrá mi tristeza. Me desnudo a medida que avanzo, dejando mi ropa tirada por el suelo. Ya me encargaré luego de recogerla. Espero a que el agua esté caliente, como a mí me gusta, entro en el cubículo y acciono todos los chorros para que masajeen mi cuerpo cansado. Un cuarto de hora después, doy por terminada mi sesión de relajación. Me pongo ropa cómoda que encuentro en el cajón y me tumbo en el sofá.

Mi tranquilidad dura poco cuando el móvil empieza a sonar en la mesa baja. Resoplo al ver el nombre de mi padre en la pantalla. Seguro que se ha enterado de que estoy en España. Valoro si contestar o no, el problema es que es capaz de presentarse aquí y montarme un numerito que no me apetece tener que soportar.

—Hola, papá —respondo tratando de sonar despreocupada.

—¿Se puede saber qué narices haces en España? —pregunta con la voz tensa, mezclada con un toque de enfado.

—Necesitaba recoger unas cosas y he decidido hacer una escapada.

—Lidia, no puedes desaparecer cuando te dé la gana y menos por un capricho absurdo. Tienes unas responsabilidades que cumplir.

—Lo sé. Soy mayorcita, padre. No me he ido para siempre, si lo que te preocupa es que deje la sucursal colgada. Mañana al medio día regreso. Así que no hace falta que te inquietes tanto. A ver si vamos a tener que lamentar un ataque al corazón por culpa del estrés.

—Te crees muy graciosa, ¿verdad? Ponte las pilas, porque a la mínima queja que reciba de Londres, te las vas a tener que ver conmigo. Y no te va a gustar.

Cierro los ojos y suelto todo el aire que contenían mis pulmones cuando el pitido me informa que ha colgado. Sí, así de amable, cordial y cariñoso es mi progenitor. El dolor de cabeza regresa y yo

solo tengo ganas de chillar y patalear como una niña pequeña. Cojo un cojín, me lo llevo a la cara, y desahogo mi rabia contra el objeto que impide que el sonido haga temblar las paredes de mi piso. Al final, la que va a sufrir el ataque, a mis veintiocho años, soy yo.

Capítulo 8

Felipe

No puedo evitar sentir una mezcla de alegría y tristeza que me oprimen el pecho. Su visita ha sido una auténtica sorpresa, tan breve y a la vez intensa que me ha dejado aturdido. Me he vuelto a sentar en el sofá y mi mirada se ha perdido en algún lugar del suelo. El eco de su voz todavía resuena en mi mente. «Te quiero, Felipe. Sin embargo, yo necesito avanzar y si tú no estás dispuesto a hacerlo conmigo, es mejor que evitemos vernos y sigamos con nuestras vidas por separado». Está claro que la he perdido, aunque en verdad, nunca la tuve.

El sonido suave de las pisadas de Amaia al entrar en el salón hace que salga del aturdimiento. Mi hermana sabe quién es Lidia y que es especial para mí. Es la única persona a la que le tengo la confianza suficiente para contarle mis preocupaciones. Ella me ayuda a ver lo que sucede desde otra perspectiva y aporta ese lado tierno del que yo carezco.

Se acomoda junto a mí y me observa con esos ojos tan parecidos a los míos que siempre han sido capaces de ver a través de mi oscuridad.

—¿Quieres hablar? —indaga con suavidad. Respiro hondo, tratando de ordenar mis pensamientos antes de responder.

—No sé qué puedo decir —confieso en un susurro. Amaia sonríe con comprensión y coloca una de sus manos sobre mi muslo para reconfortarme.

—Sé que esto es difícil de manejar, pero desahogarte quizás te ayude a aclarar lo que sientes. ¿No crees?

Miro hacia la ventana, donde las primeras gotas de lluvia comienzan a golpear el cristal. La tarde se ha puesto tan gris como mi alma.

—Lidia es una mujer increíble, pero hay demasiadas cosas que nos separan. Es joven, está llena de vida y se merece ser feliz. Debe encontrar a una persona que la complemente, que le ofrezca una estabilidad y un amor incondicional.

—¿Y ese no puedes ser tú? —interroga Amaia. Suelto una risa burlona.

—Yo carezco de casi todo lo que ella precisa. Por no hablar de los años que nos separan. Soy una persona antisocial, que no tiene corazón y ni siquiera sabe cómo amar a alguien. Eso me convierte en un ser egoísta y aburrido al que le quedan seis años para alcanzar los cincuenta y lo hará solo. A mi lado, Lidia acabaría apagándose.

—Vaya, veo que de autoestima andas sobrado, ¿eh? —responde irónica. La miro y mis labios se estiran en una sonrisa triste—. ¿Crees que, si fueras todo eso que has dicho, esa mujer te diría que te quiere?

—¿Has estado escuchando? —le reprocho.

—No cambies de tema y responde a mi pregunta.

Medito la respuesta durante unos segundos. Nuestra relación intermitente se ha basado en el sexo. Mucho y muy bueno, por cierto. Han sido escasas las veces que hemos salido a cenar o que nuestras conversaciones han tenido como objetivo profundizar en las vidas privadas. Lidia ni siquiera conocía la existencia de mi hermana.

—Nuestra conexión y atracción es casi perfecta en la cama. Nos compenetramos bien. Ella es la locura y yo el que tiene los pies en el suelo. Supongo que ese hecho ha llegado a confundir sus sentimientos.

—Pues yo la he oído muy segura de sí misma. Que sea más joven no significa que sea tonta, Felipe. Apenas la conozco, pero estoy convencida de que sabe lo que quiere. El problema no es ella,

tampoco vuestra diferencia de edad, sino tu falta de autoestima. Debes dejar el pasado atrás de una vez y avanzar, hermanito. Sé que la severidad de papá te hizo demasiado daño, aunque deberías saber que muchas cosas de las que él pensaba carecen de sentido. Ya no está entre nosotros, así que intenta no transformarte en alguien similar a él. Tú eres mucho mejor. Si no tuvieras corazón ni sentimientos, ¿te parece que ahora estaríamos hablando de Lidia?

—Nadie consigue despertar tantas emociones en mí como ella.

—Cuéntame, ¿qué la hace diferente? —propone.

Cierro los ojos y dejo que imágenes de la bruja de fuego acudan a mi mente. Es una mujer pícara y sarcástica, valiente y fuerte. Preciosa, eso también. Son demasiadas cosas.

—Es su forma de ver el mundo, de no tirar la toalla, de luchar por lo que quiere. Siempre bromea, aunque yo sé que es su manera de ocultar el dolor. Su risa es contagiosa y todo brilla un poco más cuando está cerca.

—Caramba. Mira —pide y extiende el brazo con el objetivo de mostrarme que tiene la piel erizada—, para ser tan oscuro, has dicho cosas muy bonitas y profundas de ella. Este eres tú, Felipe. Un hombre que abre su alma y es maravilloso.

—Y ahora, ¿qué hago con esto que me oprime el pecho? —pregunto mientras dejo que la frustración se cuele en mi voz.

—Esa respuesta la tienes que encontrar tú. ¿Quieres alejarte de ella y seguir con tu vida de soledad o prefieres luchar por tus sentimientos y ser otra persona mucho más feliz? Recuerda que yo siempre estaré aquí para apoyarte, sin importar lo que decidas.

Amaia descansa la cabeza en mi hombro y el silencio nos envuelve. La gratitud llena mi cuerpo. En momentos como este, me doy cuenta de lo afortunado que soy de tenerla junto a mí. Sus consejos siempre me motivan a seguir.

Está claro que su planteamiento no es sencillo. Por un lado, se encuentra la comodidad de lo conocido. La soledad no me hace infeliz. Vivo a mi manera, sin que nadie me condicione. Tengo sexo

cuando, donde y con quien quiero, sin tener que dar explicaciones. «¿Cuánto tiempo hace que eso no sucede, machote?», me recuerda esa molesta voz interna que aparece cuando no toca y siempre suele tener razón. Tengo la respuesta muy clara. Hace más de dos años, desde la primera vez que me acosté con Lidia. A partir de ahí, solo ha sido ella.

Ese pensamiento me lleva a la otra opción. Seguirla, confesarle que me encanta estar a su lado. Es mucho más arriesgada, porque me expone y corro el riesgo de acabar destrozado sin posibilidad de renacer. ¿Qué pasa si me lanzo y ella me rechaza? Además, tendría que transformar toda mi vida, mudarme de país, dejar mi empleo…, demasiados cambios a los que todavía no estoy preparado.

—Gracias, Amaia. No sé qué haría sin ti —le confieso a fin de romper el círculo de mis pensamientos. Oigo su risa alegre.

—Bueno, yo tampoco sé qué harías sin mí. Pero para eso están los hermanos, ¿no crees?

Dejo un beso en su cabeza y, por un momento, la tristeza se disipa y es remplazada por la calidez de nuestra relación. La lluvia en el exterior se convierte en un suave telón de fondo que marca el ritmo de las respiraciones pausadas.

—¿Te apetece un poco de chocolate caliente? —pregunta mi hermana levantándose del sofá.

—Me vendría genial, pero siento informarte que no hay. Intento no tener tanto dulce en casa.

—Hablas con la madre de un pequeño ratón. Mi bolso es muy parecido al bolsillo de *Doraemon*.

—¿De quién?

—Son unos dibujos animados. Alucinarías con la de cosas que caben en algo tan pequeño —dice enseñándome una especie de saco en el que se podrían meter el cinco inicial de un equipo de baloncesto. Introduce la mano y rebusca en su interior—. ¡Aquí está! Hice una parada en una pequeña tienda antes de entrar en el hospital. También compré esto.

En mi regazo aparece una bolsa de chucherías. Soy un fanático de estas gomas dulces, pero hacía un montón de tiempo que no las comía. Sonrío con nostalgia por todos aquellos momentos vividos en nuestra infancia.

Mientras Amaia se dirige a la cocina, me quedo mirando la lluvia a la vez que me llevo una golosina en forma de plátano a la boca. Sé que debo tomar una decisión antes de que sea demasiado tarde. Lidia es una mujer preciosa y no tengo ninguna duda de que, en Londres, habrá hombres más inteligentes y jóvenes que yo, también con menos traumas que podrán conquistar su corazón. Solo de pensarlo, una rabia poderosa me recorre el cuerpo. Suerte que cuento con el apoyo de mi hermana y, espero que, con el tiempo, encontraré una manera de aceptar que hay algo más detrás de este Felipe condicionado por su padre.

Amaia regresa con dos tazas humeantes y se sienta a mi lado de nuevo.

—Aquí tienes, para calentar el alma.

La acerco a la suya y ella no duda en chocarla a modo de brindis. Le doy un sorbo, con cuidado de no quemarme y dejo que el calor del chocolate me reconforte. Todo se ve de manera diferente cuando el dulce entra en el cuerpo.

Nos saltamos la cena. Imposible ingerir algo más después de la enorme taza de chocolate y toda la bolsa de chucherías. Sin duda, esa es una de las causas de que lleve más de una hora con la mirada perdida en el techo sin poder cerrar los ojos. La otra tiene nombre de mujer. No he sido capaz de sacarme a Lidia de la cabeza y eso me está volviendo loco. Necesito decirle mil cosas antes de que regrese a Londres. No quiero que se vaya con la sensación de que ella para mí es solo sexo. Tengo su mirada triste clavada en el cerebro y eso me provoca malestar en la boca del estómago.

Echo un vistazo al móvil para saber qué hora es. Marca las doce y media. Es tarde, pero no quiero esperar más. Cambio con una mano y de manera torpe mis pantalones del pijama por unos de

deporte. La parte de arriba es una camiseta simple, así que servirá. Me coloco la sudadera con esfuerzo y suerte que las zapatillas carecen de cordones. Me muevo con sigilo para no despertar a mi hermana. Cojo las llaves, la cartera y el móvil. Mientras llega el ascensor, llamo a un taxi y me informa que estará disponible en dos minutos. Espero en el portal. Intento no pensar en lo que voy a hacer. Es una auténtica locura, sin embargo, jamás me he sentido más seguro de algo. Me siento en el vehículo, le doy la dirección al conductor y cruzo los dedos para que todavía no esté dormida. ¿Será esta una locura de amor?

Capítulo 9

Lidia

Hace un buen rato que me acompaña el murmullo de la televisión de fondo. Es uno de esos programas de debate, pero no tengo ni idea de cuál es el tema que los tiene tan encendidos. Desde que he regresado de mi ridícula visita improvisada a Felipe, no he sido capaz de concentrarme. Mi mente no deja de darle vueltas a lo que ha ocurrido hace unas horas. ¿En qué diablos pensaba al rebajarme de esa manera?

La verdad es que mi lado iluso esperaba otra cosa. Tal vez una bienvenida más cálida o que demostrase más felicidad al verme. En su lugar me encontré con una mirada intensa, llena de esa atracción que nos envuelve cada vez que estamos juntos, aunque también de esa frialdad tan habitual cuando el momento se pone más sentimental. Me siento decepcionada, con otra patada en el culo. Debería aprender de mis errores y no menospreciarme de nuevo. Felipe me hace daño, lo sé. Ojalá alguien pudiera darme una pastilla mágica, que fuera capaz de quitarme todos estos sentimientos. No tengo ni idea de cómo gestionarlos y eso me enrabia.

—¿Realmente no siente nada por mí? —pregunto en voz alta al vacío.

Conozco la respuesta, aunque hay un lado de mi cerebro que no se conforma. Sus caricias, esos besos profundos, las miradas penetrantes dicen una cosa. Su razón, la realidad y sus palabras, expresan otra distinta. Quizás mi enamoramiento por él me lleva a imaginar cosas que no están ahí. Si es así, Felipe es un gran actor.

Sigo batallando con mis pensamientos cuando el timbre de la puerta me saca de mi ensimismamiento. Miro el reloj que hay en la pared. Pasan cuarenta minutos de medianoche. Me levanto preguntándome quién podrá ser a estas horas. Me aproximo de puntillas por miedo a que sea algún ladrón o quizás un asesino moderno que avisa que viene a matar. El espejo de la entrada me devuelve una imagen algo desastrosa. Llevo el pelo recogido en un moño despeinado que resiste gracias a un bolígrafo. Las gafas resaltan mis ojos verdes, pero también las ojeras debido a la falta de sueño. Me he puesto una camiseta vieja que encontré en uno de los cajones y me llega a medio muslo y mis pies están cubiertos de unos calcetines dispares y algo chillones.

El golpe de los nudillos en la puerta me sobresalta y provoca que suelte un pequeño grito. Me llevo la mano a la boca, cabreada por delatarme. Mi corazón se ha acelerado y late con fuerza, asustado. No son horas de visita, así que es posible que sea mi padre. Suele ser así de inoportuno.

—Lidia, soy Felipe. Sé que estás ahí. Te he oído —dice con su voz ronca y firme.

Mierda. ¿Qué narices hace aquí? Ha tenido un accidente y acaba de salir del hospital, debería estar descansando.

—Ábreme, por favor.

Lo valoro unos segundos. Si ha venido será por alguna razón de peso. Podría esperar a mañana o enviarme un mensaje. ¿Y si ha sucedido algo grave? Abro la puerta y lo observo con curiosidad. Él parece estar bien.

—¿Puedo pasar?

Asiento, un poco aturdida. Me hago a un lado para dejarlo entrar. Cierra la puerta tras de sí y se queda ahí quieto, delante de mí, como si no supiera por dónde empezar. Su mirada me recorre el cuerpo y no puedo evitar llevarme las manos al bajo de la camiseta para ocultar parte de mis piernas desnudas. Sus ojos regresan a los míos y noto el fuego y la pasión en ellos. Mi sexo palpita

emocionado por todos los recuerdos de nuestros momentos juntos que se amontonan en mi cabeza.

—Lo siento —dice rompiendo el silencio incómodo que se había instalado entre nosotros—. No esperaba verte y… creo que no reaccioné de la mejor manera.

—No, no lo hiciste —respondo y mi voz sale más fría de lo que pretendía. Me cruzo de brazos a fin de intentar protegerme de otra decepción. Felipe parece notar mi defensa y da un paso hacia mí. Sus ojos buscan los míos.

—Me encantó verte. Es solo que… —Hace una pausa para encontrar las palabras adecuadas—. Me pillaste por sorpresa y no supe cómo manejarlo.

—Te acojonaste, vaya. Seguro que pensaste que venía a reclamarte algo, pero tranquilo. Mi visita no era para pedirte matrimonio ni tampoco anunciarte que estoy embarazada —replico a la defensiva.

—Joder, Lidia. —Se lleva la mano sana al rostro y aprieta con sus dedos el puente de la nariz.

Es el hombre más serio que conozco y me encanta desequilibrarlo. Parece raro, pero esa cualidad de él fue la primera que llamó mi atención. Cada vez que lo veía en casa del padre de Rocío o nos hacía de chófer, me sorprendía que ni siquiera esbozara una sonrisa. Siempre actúa de manera correcta y nunca se sale del guion. Aún no sé cómo se fijó en mí, saltándose todas sus normas. Ese es un motivo que me lleva a pensar que nuestra relación no es solo sexo, por mucho que él insista en que sí, porque no tiene corazón y todas esas mierdas.

—¿Por qué? —indago sin bajar la guardia—. Quiero saber por qué te sorprendió tanto.

Suspira y se pasa la mano por el pelo. Un gesto que le he visto realizar miles de veces cuando está nervioso.

—Me costaba mucho hacerme la idea de que no volvería a verte en una temporada. Y de pronto, ahí estabas de nuevo. Todas mis

defensas se vinieron abajo. No sé qué me pasa contigo. Creía que la distancia lo haría más simple y no ha resultado así.

—A ver si vas a estar enamorándote de mí —lo provoco elevando una de mis cejas, interrogativa.

—Sabes que eso no es posible, pero tú siempre has sido especial. Solo hay que ver cómo reacciona mi cuerpo al tenerte cerca. —Me enseña la piel erizada de su muñeca.

Mis brazos flojean y caen a mis costados, llevándose mi guardia al carajo. Está claro que no es una declaración de amor, sin embargo, es lo más bonito que Felipe me ha dicho desde que empezamos a tontear.

—¿Podrías ser un poquito más claro? No sé si entiendo lo que me quieres decir —pregunto y, ahora, mi voz es apenas un susurro.

—Estoy diciendo que me importas más de lo que crees, Lidia —confiesa a la vez que da dos pasos hacia delante, arrinconándome entre su cuerpo y la pared—. Ojalá no tuviera el corazón tan roto, nena.

Cierro los ojos y me muerdo el labio inferior mientras intento recuperar la cordura, que ha desaparecido por culpa de su cercanía y de ese olor tan masculino que desprende.

—No hagas eso —me reprocha a la vez que su pulgar libera mi labio y lo recorre con suavidad. Mi mirada se encuentra con la suya y los dos ardemos, como sucede siempre que estamos cerca—. Me muero por besarte.

Su aliento recorre mis labios y yo solo tengo ganas de que lo haga de una maldita vez. Jadeo cuando noto los dedos de la mano que no tiene lesionada, recorrer mi muslo con calma. Quiero que me desnude, que me coma las tetas, que pierda sus dedos en mi interior. Deseo alcanzar un orgasmo con él. Echo de menos la forma que tiene de penetrarme, ruda y considerada a la vez. Estoy tan excitada que, como siga así, me voy a correr sin que apenas me toque. No sé si voy a resistir mucho más sin lanzarme a sus brazos.

Él es consciente de mi angustia, pero no hará nada hasta que yo dé el paso o se lo pida.

Esto no está bien, los dos lo sabemos, sin embargo, es casi imposible resistirse a la cantidad de sentimientos que se apoderan de mí. Mi respiración se ha vuelto errática y se altera cuando sus dedos se pasean cerca de mi sexo.

—Cada vez que estoy contigo, siento que todo está bien y esa sensación me asusta, porque me encuentro perdido cuando no estás a mi lado. Mi cabeza solo piensa en ir a buscarte, desnudarte y follarte sin control. Como tú y yo sabemos.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan hablador?

—¿No eras tú la que se quejaba de mi falta de comunicación? —responde con una nueva pregunta. Quiere jugar, y ha dado con una experta.

—Deberías escoger mejor los momentos —indico llevando mi mano a su miembro por encima del pantalón de deporte.

Lo encuentro erecto y me encanta saber que todavía tengo el poder de excitarlo tanto. Sisea. Aprovecho para acercar mi boca a su mandíbula y le doy un mordisquito juguetón en esa barba de varios días. Me encanta su olor o esos gruñidos salvajes que hace cuando disfruta con mis atenciones.

Su mano buena se deshace del lápiz, provocando que la melena caiga por mis hombros. Envuelve varios mechones en un puño y tira de él para que levante la cabeza. Acerca su boca a la mía y pasea la lengua, juguetón, por mis labios. Gimo cuando sus dientes se apoderan del inferior. Ese gesto me hace perder el control de forma definitiva y me lanzo a su boca.

Nos besamos de manera efusiva, tanto, que nuestros dientes impactan en varias ocasiones y las lenguas se buscan, desesperadas por unirse a una batalla descontrolada. Jadeamos mientras nos prodigamos roces y caricias en nuestros respectivos sexos. Su miembro está caliente y muy excitado. Paseo uno de mis dedos por la punta y recojo su humedad mientras dos de los suyos se mueven,

ágiles, en mi interior. Nos deseamos tanto que ni siquiera nos hemos movido del recibidor.

—Será mejor que vayamos al sofá —le pido entre besos—. No quiero hacerte daño en el brazo.

Felipe da un paso atrás y nuestros ojos, nublados por el deseo, se retan. Un escalofrío me recorre el cuerpo al notar la distancia y, por un momento, creo que va a echarse atrás, arrepentido por lo sucedido. Me separo de la pared con el objetivo de dirigirme al salón y le ofrezco mi mano. Parece que duda un momento. Le sonrío, para tranquilizarlo y que sepa que a mí también me apetece disfrutar de una buena sesión de sexo. Mañana ya me lamentaré si se da el caso. Nuestros dedos encajan a la perfección y lo arrastro, aliviada con su decisión.

—¿Estás segura de esto? —pregunta antes de seguirme.

—Sí. Solo es sexo, lo sé. Un polvo no va a cambiar nada.

Su semblante no realiza ningún gesto que me indique que mis palabras le hayan afectado. A mí, sí, porque daría cualquier cosa con tal de oírle decir que me ama tanto como yo a él. Eso nunca sucederá, así que sonrío y lo miro, provocadora.

Recorremos el corto pasillo que da al salón. Felipe se sienta en el sofá y yo no dudo en colocarme a horcajadas. Mi sexo conecta con el suyo por encima de la ropa y uno de nuevo nuestros labios. Su mano libre vuela a mi pecho izquierdo. Encaja a la perfección, como si estuvieran hechas de manera exclusiva para él. Retuerce el pezón y yo me dejo llevar por el placer. Busco su miembro dentro del pantalón y lo muevo con cambios de velocidad. Le gusta y a mí me encanta verlo tan entregado. Levanta un poco el culo y le bajo las prendas que dejan en libertad su polla preparada para mí. Aparto el tanga hacia un lado y encaro nuestros sexos. Me mantengo en el aire a la espera de su conformidad.

—No he estado con ninguna mujer desde que te has ido.

—Yo tampoco con ningún hombre.

Hace años que tomo la pastilla anticonceptiva y nuestra relación, aunque rara e inestable, era exclusiva por parte de los dos. Así que no dudo en dejarme caer hasta su miembro que me llena por completo. Suspiramos a la vez. Es una sensación maravillosa y no sé si seré capaz de sentir algo similar con otro hombre.

—Muévete despacio o no resistiré y me harás quedar en ridículo.

Obedezco, no porque me lo haya dicho él, sino porque quiero alargar todo lo que pueda nuestro encuentro. En esta posición yo tengo el poder, yo soy la reina y me muevo a mi antojo. Mi sexo recorre el suyo y lo moja debido a la humedad que provoca mi placer. Nos corremos casi a la vez entre jadeos. Nuestros nombres rebotan en las paredes que tantas veces nos han oído follar.

No sé en qué momento acabamos tumbados en el sofá, acariciándonos con calma. Recorro con mis dedos las pequeñas arrugas de expresión que envuelven sus ojos, así como su corta barba que me cosquillea en las yemas. Empieza a tener alguna cana que lo hace más interesante. Esta es otra despedida, otro corazón roto y un nuevo fin para nuestra extraña relación.

Me dejo llevar por el sueño mientras su cuerpo envuelve el mío. Cuando despierto, lo hago sola. Me he quedado tan relajada que no sé en qué momento se fue. Encuentro una nota a mi lado. Los ojos se me llenan de lágrimas mientras me incorporo para leerla.

Ojalá nos encontráramos en otra vida.
Una en la que yo no estuviera tan roto.
En la que mi corazón latiera con fuerza.
Y lo haría por ti.

Me llevo el papel al pecho y permito que mis lágrimas salgan sin control. Esta será la última vez que llore por él. Prometido.

Capítulo 10

Lidia

Han pasado quince días desde mi regreso a Londres. Cada mañana me despierto con la esperanza de que el dolor que me dejó mi escapada a España se disipe un poco. Intento concentrarme en mi rutina diaria, pero a menudo me encuentro perdida en mis pensamientos, reviviendo aquellos momentos que compartí con Felipe. No soy capaz de sacarme las palabras de su nota de la cabeza.

Me sirvo una taza de café en la cocina de mi apartamento mientras reviso la agenda de hoy. Mi padre se ha encargado de tenerme entretenida para que no disponga de tiempo libre y no pueda realizar escapadas fugaces. Apenas ejerzo, todo son informes y papeleo, que muchas veces resuelvo gracias a Hailey. El despacho está remontando, aunque a pasitos muy lentos. En ese aspecto, estoy contenta.

El teléfono vibra anunciándome la llegada de un mensaje. Echo un vistazo a la pantalla y sonrío al ver que es de Maverick. Unos días atrás me escribió para informarme de que no se había olvidado de mí, pero que un imprevisto lo hacía volar a España y que estaría fuera una semana. Hemos intercambiado varios textos y su encanto y frescura me hacen sentir cómoda. Sé que su interés por mí es sincero, aunque me ha dejado claro que, de momento, no busca una relación, solo divertirse y que el destino se encargará de hacer el resto.

Hola, pelirroja.

Espero que estés bien.

Anoche regresé a Londres.
Tengo un hueco mañana para cenar.
¿Te apetece quedar conmigo?

Leo los mensajes varias veces e intento descifrar mis propios sentimientos. No sé si estoy preparada para conocer a otro hombre. Una parte de mí se aferra a Felipe, pero la otra le reclama que él se encuentra lejos y que nunca me dará lo que yo necesito. Está claro que no puedo seguir en este torbellino emocional, así que decido aceptar su cita.

Hola, Maverick.
Todo bien por aquí.
Muy liada y con mucho trabajo.

He revisado mi agenda y ¡sorpresa!
Mañana tengo la noche libre.
Me encantará salir a cenar contigo.

Una mezcla de duda y nerviosismo revolotea por mi estómago. Es la primera cita que tendré a solas con un hombre que no sea Felipe en mucho tiempo. «Ahí está otra vez. Deberías olvidarlo y pasar página», me reprocha la parte razonable de mi cerebro. «Está enamorada, insensible. No se borra a un hombre con tanta facilidad de la mente y del corazón», replica la parte afectiva. Sacudo la cabeza para que se callen de una vez y leo la respuesta que me acaba de llegar.

Es maravilloso que nuestros chacras se hayan alineado.
Cuando puedas mándame la ubicación y te recojo.
¿Te va bien sobre las siete?

Perfecto.
Esta es la dirección de mi piso.

Nos vemos mañana.

Sonrío al recibir el emoticono lazándome un beso. Quizás este acercamiento con Maverick es justo lo que necesito para dejar atrás todo lo vivido con Felipe y empezar de nuevo aquí, en Londres.



Paso la mañana en la oficina sin apenas levantar la cabeza de los miles de papeles que decoran mi mesa. Estoy harta de analizar números y hacer estadísticas. Estudié para ser abogada, me gustan las leyes y ejercer mi profesión. Se me da bien defender un caso en los tribunales, pero según mi padre, para manejar el bufete, debo hacer de todo. ¿Me gusta la idea? Pues la verdad es que nada en absoluto. ¿Para qué narices está el departamento contable?

Una bandeja aterriza encima de los papeles, impidiéndome continuar con el trabajo. Elevo la cabeza y me encuentro con la sonrisa amable de Hailey.

—Necesitas parar un rato. Ensalada mixta, una porción de tarta de queso y un zumo de esos que tanto te gustan con un montón de frutas y vitaminas —dice mi magnífica secretaria.

—Eres un sol, Hailey. Últimamente, tengo una pesadilla recurrente, y es que una gran cantidad de papeles me persigue para aplastarme. Cuando me alcanzan, me tiran al suelo y se van colocando uno encima del otro hasta que su peso obstruye mis vías respiratorias. Es horrible.

—Eso le pasa a tu generación, porque ya habéis crecido con la informática. Yo aún recuerdo cuando todo se archivaba en papel. Se precisaban salas auxiliares para guardar semejante cantidad de documentación.

—Es una locura. Con lo sencillo que es tener la información con un simple clic. En este despacho se gasta mucho en papel. Voy a

retirar las impresoras y, a partir de ahora, todo el mundo tendrá que trabajar con esas preciosas tabletas que les hemos proporcionado.

—Me parece una gran idea, pero dales tiempo, ¿vale? Hay empleados de la vieja escuela a la que todavía les cuesta desenvolverse con una pantalla táctil.

—Está bien. Oye, muchas gracias por el almuerzo. No sé qué haría sin ti.

—Yo sí, caer desmayada. Salgo a comer con mi marido. Nos vemos en un rato.

Le lanzo un beso y ella me regala su sonrisa dulce. Decido hacer un parón para probar el manjar que me ha traído Hailey. Destapo la ensalada y le añado la vinagreta de mostaza y miel. Su olor me envuelve y provoca que mis tripas se quejen, anunciándome el hambre voraz que tengo. Me llevo el tenedor a la boca lleno de hojas verdes, un trozo de aguacate y otro de tomate. Está deliciosa.

La pantalla del móvil se ilumina anunciándome una videollamada de mi amiga Rocío. Hace días que no hablamos y, aunque estoy ocupada, siempre me alegra charlar con ella. Ni siquiera le conté que me había escapado a ver a Felipe. Mejor que no lo sepa. Nunca se metió en nuestra rara relación. Nos quiere a los dos y su temor era que nos hiciéramos daño y ella se encontrara en medio.

Contesto la llamada y coloco el teléfono apoyado en un montón de carpetas para que se me vea la cara. Mira, de algo sirve tanto papel. Su rostro aparece en la pantalla e ilumina mi día con su habitual energía.

—Querida amiga, pero si sigues siendo pelirroja —exclama Rocío con una gran sonrisa—. Creí que, con el tiempo que hace que no hablamos, ya estarías llena de canas.

—Muy graciosa. La vida laboral me tiene absorbida. Me alegro mucho de verte.

—Y yo a ti, señorita abogada —dice con un tono burlón—. ¿Cuándo te convertiste en una persona tan seria y ocupada que ni

siquiera tiene tiempo para su amiga?

—Jamás imaginé que esto sería tan complicado. Y, como siempre, mi querido padre no deja de presionarme —le cuento haciendo una mueca mientras remuevo mi ensalada.

—Y por lo que veo, el clima tampoco acompaña mucho. —Giro mi silla y me doy cuenta de que llueve y el cielo está tan gris como mi ánimo.

—Esto suele ser lo habitual. Echo de menos el sol de España y la cervecita en la terraza de un bar. Pero dejémonos de cosas tristes y cuéntame cómo estás tú.

—También muy liada. Mi padre empieza a desentenderse del estudio y las responsabilidades me abruman. Mi vida amorosa va viento en popa, así que soy feliz. —El brillo de sus ojos me indican que no hay duda de que dice la verdad. Se merece todo lo bueno que le pase.

—Me alegro un montón. Ro, cielo, ¿eso que hay ahí detrás es una planta? —le pregunto entornando la mirada.

—En teoría, sí. Ni tiempo tengo para regarla y está un poco, cómo decirlo…

—¿Muerta?

—Quizás no del todo. Yo diría que agonizando —responde echándose a reír.

—Aparte de abastecerla con algo tan vital como el agua, también podrías hablarle. Dicen que las plantas necesitan cariño. Y, pensándolo bien, a mí tampoco me vendría mal un poco de eso —confieso a la vez que me meto el tenedor en la boca.

—¿De agua o de cariño? —pregunta con una mirada astuta.

—De cariño, por supuesto. De agua, voy sobrada —aclaro y señalo a la ventana.

—Deberías salir más por Londres. ¿Dónde está mi amiga fiestera?

—Sepultada entre los papeles. —Giro el teléfono y le enseño el aspecto de mi mesa—. Empiezo a sentirme una mujer vieja, llena de responsabilidades.

—Ojalá pudiera escaparme unos días a visitarte.

—Sería maravilloso. —Las dos suspiramos a la vez. Nos echamos de menos. En los últimos dos años nuestras vidas han cambiado mucho y cada vez es más complicado disponer de tiempo libre para nosotras—. Menos mal que mañana tengo una cita.

Mi noticia consigue sorprender a Rocío que se queda callada y con la boca abierta.

—¿Cuándo pensabas contármelo?

—Lo estoy haciendo ahora.

—Y bien, ¿quién es el afortunado?

—Se llama Maverick. ¿Te acuerdas de que te conté que había triunfado en el aeropuerto? Pues consiguió encontrarme y, lo curioso, es que el bufete maneja sus temas legales. Hemos estado en contacto a pesar de nuestras apretadas agendas y mañana vamos a salir a cenar.

—Ay, Lidia. ¡Qué emocionante! —Pongo los ojos en blanco ante su entusiasmo.

—Solo es una cita con un hombre guapo. No te vengas arriba.

—Pero es el primer paso para recuperar a la Lidia de siempre. Mira, sé que tu objetivo es sacar adelante el despacho, y está bien. Lo que no quiero, es que te pierdas por el camino y que centres tu vida en eso. El amor es bonito, amiga.

—Empiezas a exagerar y eso me da miedo. —Su risa al otro lado provoca que mis labios se estiren—. Maverick es un tío atractivo y sexi. Además, me hace reír, no obstante, de ahí al amor, hay un camino muy largo, que ni él ni yo queremos alcanzar.

—Bueno, lo importante es que disfrutes y descubras que Londres se compone de algo más que el bufete y tu piso. —Mi amiga desvía la mirada del teléfono y habla con alguien que la ha

interrumpido—. Lidia, cielo, tengo que dejarte. Necesito apagar un incendio. Quiero que me llames pronto y me cuentes qué tal tu cita.

—Prometido. Anda, ve y vigila que no te quemes.

—Un besazo.

La videollamada se corta dejándome con una sonrisa en la cara. Rocío es luz y también la cordura que me falta. Aunque, últimamente, parece que los roles están invertidos. Yo soy la responsable y ella la que disfruta de la vida. Necesito ponerle remedio a eso. Abro el envoltorio de la tarta de queso y cojo un trozo con la cuchara. Me lo meto en la boca y gimo de placer de lo bueno que está. No puede ser que me ponga tontorrona comerme un trozo de tarta. Estoy peor de lo que creía.

Capítulo 11

Felipe

Me despierto temprano, como todos los días desde hace varias semanas. Las pesadillas no han desaparecido, incluso tengo la sensación de que cada vez van a más. La buena noticia es que el dolor de mi brazo ha disminuido, aunque todavía está inmovilizado. Coloco mi cuerpo boca arriba y pierdo la mirada en el techo, valorando en qué narices voy a llenar las horas interminables que me esperan en el día de hoy.

Primero haré ejercicio, eso es innegociable. No puedo perder la forma física. Después tendría que ir a comprar, mi nevera da un poco de miedo de lo vacía que se encuentra y a la tarde… De repente, una idea cruza por mi mente: voy a visitar el despacho, a ver qué tal le va al señor Scott. Hablamos a menudo por teléfono, pero no he estado allí desde el accidente y, aunque estoy de baja, tengo ganas de saber cómo están las cosas.

Hace cinco días que mi hermana regresó a su casa, aunque recibo sus llamadas cada día; mañana y noche. Me desenvuelvo bastante bien con una sola mano, así que me preparo un desayuno rápido; café y una tostada con queso fresco y aguacate. Me voy a la pequeña sala de pesas que tengo en mi piso. No es nada del otro mundo, pero me sirve para seguir manteniendo activos los músculos. Cuando termino, me doy una ducha, o lo intento. Es la parte más incómoda de mi lesión. Debo cubrir de manera adecuada el brazo y a veces no es del todo sencillo. Lo importante es estar aseado y oler bien. Busco un pantalón cargo sin botones y una camiseta de manga corta. Colocarme los calcetines tampoco es una

tarea fácil y suelo tardar más de lo que me gustaría. Podría ir sin ellos, pero la temperatura todavía no acompaña para llevar los pies desnudos.

Observo mi reflejo en el espejo y este me devuelve una mirada cansada. Decido ignorarlo. La hora de comer se me ha echado encima y tomo la decisión de coger un sándwich de camino a ASF Arquitectura. Tengo unos cuarenta minutos andando, pero lo que me sobra es tiempo.

Cojo la única sudadera en la que me cabe el brazo lesionado y salgo de casa con la esperanza de que la visita me levante el ánimo y me tenga entretenido unas cuantas horas. Antes de entrar, paro en la cafetería que hay enfrente del edificio de oficinas donde se ubica el despacho y pido un *cappuccino* y un *machiatto*.

En el estudio, el ambiente es el mismo de siempre: bullicioso y lleno de energía, a pesar de ser el momento del almuerzo. La gente viene y va, regalándome sonrisas y palabras de ánimo. No formo parte del equipo de arquitectos ni administrativos, pero al llevar y traer al jefazo o a Rocío, todos me conocen. Me dirijo al despacho de Alfred Scott, sin embargo, al llegar, lo encuentro vacío.

—Ha salido a comer, estará aquí dentro de una media hora —me informa Marcelo, su secretario—. Esas ojeras no te quitan ni un ápice de hermosura. Sigues igual de guapo que siempre, condenado.

—Parece que me echas de menos —le digo a la vez que dejo el *cappuccino* en su mesa. Marcelo es la otra mano del jefe y también un homosexual que nunca se ha escondido, además de divertido y sin pelos en la lengua.

—No lo sabes tú bien. Ahora nadie me trae mi café preferido. Gracias, por cierto. —Eleva el vaso de cartón a modo de saludo y le da un trago—. El nuevo chófer es bastante más antipático que tú. Nunca pensé que llegaría a decir eso.

—Y seguro que no es tan guapo.

—Ahí te doy la razón, aunque no está nada mal. Supongo que hay unas cualidades concretas para conducir coches y cubrirles las

espaldas a los ricos empresarios. Se precisa hombre guapo y sexi, que esté fuerte, sepa manejar un arma, sea arisco, antisocial y tenga cara de malote —indica mientras hace hincapié con las manos al aire en cada palabra. No puedo evitar soltar una carcajada. La verdad es que la mayoría somos así.

—Para la próxima vez que tengamos que buscar personal, te voy a incluir en el grupo de selección. Serías un gran jurado.

—Cuenta conmigo, cariño. —Niego con la cabeza ante su locura.

—¿Rocío está en su despacho? —pregunto a la vez que elevo el otro vaso.

—Sí, ahí anda. No ha querido salir. En un rato tiene una reunión y se ha quedado a ultimar detalles. Le hará mucha ilusión verte.

—Voy a saludarla entonces.

Recorro el corto pasillo que separa la mesa de Marcelo de la oficina de Rocío. La puerta se encuentra entornada y su voz me llega con claridad. Parece que está hablando con alguien por teléfono. Por un momento valoro darme la vuelta y esperar a que termine, pero mis pies se frenan al escuchar el nombre de Lidia y la piel se me eriza al reconocer su voz.

—Y bien, ¿quién es el afortunado? —La pregunta de Rocío se me clava en el pecho, pero contengo las ganas de entrar a la espera de la respuesta de Lidia.

—Se llama Maverick. ¿Te acuerdas de que te conté que había triunfado en el aeropuerto? Pues consiguió encontrarme y, lo curioso, es que el bufete maneja sus temas legales. Hemos estado en contacto a pesar de nuestras apretadas agendas y mañana vamos a salir a cenar.

—Ay, Lidia. ¡Qué emocionante!

¿Qué cojones tiene eso de emocionante? Con semejante nombre, seguro que es un auténtico imbécil. Mis músculos empiezan a tensarse de la rabia que me invade.

—Solo es una cita con un hombre guapo. No te vengas arriba.

—Pero es el primer paso para recuperar a la Lidia de siempre. Mira, sé que tu objetivo es sacar adelante el despacho, y está bien. Lo que no quiero, es que te pierdas por el camino y que centres tu vida en eso. El amor es bonito, amiga.

Debería entrar ahí y ponerle las pilas a mi querida Rocío. Está claro que da unos consejos de mierda.

—Empiezas a exagerar y eso me da miedo. Maverick es un tío atractivo y sexi. Además, me hace reír, no obstante, de ahí al amor, hay un camino muy largo, que ni él ni yo queremos alcanzar.

Cierro los ojos por culpa del dolor que siento en el pecho al escuchar sus palabras. Conozco ese tono de voz. Suena emocionada. Está claro que ese hombre le atrae. No puedo evitar sentir una punzada de celos y tristeza al imaginarla sonriendo y divirtiéndose con alguien que no soy yo. Quizás sea la persona indicada para hacerla feliz, se lo merece. Sin embargo, eso no significa que su comentario no me haga daño.

—Bueno, lo importante es que disfrutes y descubras que Londres se compone de algo más que el bufete y tu piso. —No me apetece seguir escuchando y podría irme, pero hago lo contrario. Asomo la cabeza y mi mirada se encuentra con la de Rocío—. Lidia, cielo, tengo que dejarte. Necesito apagar un incendio. Quiero que me llames pronto y me cuentes qué tal tu cita.

—Prometido. Anda, ve y vigila que no te quemes.

—Un besazo —se despide Rocío con una sonrisa contenida. Cuando cuelga, centra su mirada en mí—. No sabía que ibas a venir.

—Ha sido una decisión de última hora —respondo a la vez que dejo el café encima de su mesa. Me observa con atención, valorando si he escuchado algo de la charla y si es así, cómo me afecta. Trato de disimular y parece que se conforma.

—Creo que se te cae la casa encima, ¿verdad?

—Chica lista. Por cierto, no sé si echarte la bronca o darte las gracias por avisar a mi hermana de mi accidente.

—No quería que estuvieses solo, por lo menos los primeros días. ¿Esta es tu manera de agradecérmelo? —pregunta mientras señala con la cabeza el café.

—¿Qué te hace pensar que no he añadido algún remedio para que te quedes pegada al retrete?

—Me arriesgaré —comenta guiñándome un ojo a la vez que se lleva el vaso a la boca y le da un sorbo—. Puedes ser antipático y bastante gruñón, pero no tienes semejante maldad.

—No deberías ser tan confiada.

—Sabes que no lo soy con todo el mundo, no obstante, a ti te conozco desde hace muchos años, Felipe. Sé que esas arrugas que adornan tu frente significan que estás preocupado y, podría suponer que se debe a tu lesión, sin embargo, algo me dice que lo que te inquieta tiene que ver con una mujer.

—Eres una sabionda —refunfuño.

—Has escuchado parte de nuestra conversación, ¿verdad? —No muevo un músculo, avergonzado por mi actitud. Soy un tío discreto, mi profesión así lo requiere. Este es un límite que no debería haber traspasado—. Tu silencio me da la razón. Lidia está buscando su lugar y quizás tú tendrías que hacer lo mismo.

Ni siquiera sé qué contestar a esas palabras, parezco gilipollas, aquí de pie, igual que un pasmarote. Rocío suelta un suspiro, se levanta de la silla y rodea la mesa para quedar delante de mí. Dos de sus dedos se apoderan de mi barbilla y ese gesto provoca que mi mirada impacte con la suya.

—Vete de vacaciones. Disfruta del tiempo libre, aunque sea forzado. A lo mejor, alejarte de esta ciudad, te ayude a aclarar esas ideas que veo pasear por tu cabeza y no te dejan descansar.

—¿Desde cuándo te has vuelto una gurú de la felicidad?

—Desde que he descubierto lo maravillosa que puede ser. —Deposita un beso en mi mejilla que acompaña con dos toquecitos en mi pecho y sonríe—. Siento mucho no poder quedarme más rato a charlar contigo, pero tengo una reunión que no puedo cancelar.

Vuelve cuando quieras. Sabes que aquí siempre eres bienvenido. Avísanos si decides irte.

Asiento con la cabeza mientras abandona el despacho con el móvil en la oreja contestando una llamada que acaba de entrar. Me dejo caer en una de las sillas y pierdo la mirada por la ventana. Quizás Rocío tenga razón y debería alejarme de todo lo que me recuerda a Lidia. La idea de que esté conociendo a alguien nuevo es como una losa que aplasta mi pecho y me hace sentir estúpido. Soy yo el que quiere mantenerla lejos, el que no puede darle su corazón, entonces, ¿por qué me duele tanto que sea feliz con otro?

De repente, el despacho se ha vuelto más pequeño y opresivo. Me levanto y recorro el pasillo hasta la mesa de Marcelo. Pierde la sonrisa al ver mi semblante serio.

—¿Te encuentras bien? —pregunta.

—Sí. He recordado que tengo una cosa importante que hacer. Dile al jefe que me pasaré otro día.

—Claro. Siempre es un placer verte.

Salgo del edificio con una sensación rara, que no sé definir. Últimamente, esto de sentir emociones desconocidas para mí, me pasa más de lo que desearía. De camino a casa, las calles se mezclan con los colores y sonidos que desprenden la ciudad. Me detengo en un parque cercano, en busca de un instante de paz. El cerebro me funciona a tanta velocidad, que tengo miedo de que explote de un momento a otro. Una ráfaga de viento me acaricia el rostro, pero no logra calmar la tormenta que se ha desatado en mi interior.

Me siento en uno de los bancos solitarios y decido observar a la gente pasar. Todos parecen felices, como si yo fuera el único que tiene problemas. Me doy cuenta de que me he aferrado a la idea de que Lidia y yo jamás podríamos tener una relación seria. Hay demasiadas diferencias en nuestras vidas y, aunque la Bruja de fuego es muy especial para mí, no sé si sabría hacerla feliz. La

realidad me golpea con fuerza al ser consciente de que ya no podré averiguarlo, porque es muy probable que la haya perdido.

Mientras el sol me calienta el rostro, tomo una decisión. No puedo quedarme estancado, debo seguir adelante, aunque el camino sea incierto. A lo mejor, algún día, encuentre la manera de confesarle a Lidia lo que siento por ella. Quizás mi corazón no esté tan dañado como yo me imaginaba. ¿Y si puedo querer? De momento debo aprender a vivir con la ausencia de su sonrisa, sin embargo, nadie me prohíbe luchar y averiguar si mis sentimientos están a la altura.

Rescato el móvil de mi bolsillo del pantalón y entro en una página para buscar vuelos. Creo que ha llegado el momento de hacer caso a la gente que me aprecia. Necesito unas vacaciones. Ahora solo me falta escoger el destino adecuado.

Capítulo 12

Lidia

El día se ha complicado en la oficina. Pretendía salir antes y así disponer de más tiempo y arreglarme con calma para mi cena con Maverick. Apenas falta una hora y acabo de entrar en el piso. Odio cuando todos los astros se alinean para joderme los planes.

Lanzo el bolso en el sofá y corro hasta la habitación. Me desnudo con rapidez y a punto estoy de caerme de morros al quedar mis piernas capturadas por el pantalón gris del traje. Suerte que tengo buenos reflejos y he podido evitar una desgracia. Suspiro de placer cuando el agua caliente recorre mi cuerpo. Si Robert hubiera guardado la información de su próximo caso en el sistema, no tendría que haberme quedado más rato a ayudarlo para que mañana no tenga problemas en el juzgado, y podría activar los chorros y relajarme con calma.

Ya no vale la pena que me recree en mi desgracia, así que me lavo el pelo y salgo de la ducha en menos de siete minutos. Todo un récord. Ayer escogí el vestido que quiero llevar. Elegante, pero también cómoda y sexi. Quién sabe qué nos deparará la noche. En el fondo, sigo sin asimilar que Maverick y yo hayamos quedado para cenar después de la curiosa forma de conocernos en el aeropuerto. En ocasiones, la vida tiene una manera peculiar de unir caminos.

Tres minutos antes de las siete, recibo un mensaje suyo donde me informa de que está abajo, esperándome. Le contesto que ya bajo mientras me doy los últimos retoques frente al espejo. Sonrío al reflejo. Al final el resultado no está nada mal. Cierto madurito fliparía si me viera con los labios rojos y el pelo suelto. Sé que las dos cosas

le encantan. Me lo ha dicho más de una vez. Sacudo la cabeza y miro con rabia a mi imagen, reclamándole que se acuerde de Felipe cuando está a punto de salir con otro hombre. «Deberías olvidarlo de una maldita vez», me reprocho. Cojo el bolso y el teléfono y cierro de un portazo, cabreada conmigo misma.

Maverick me espera apoyado en un elegante coche negro. Viste un pantalón oscuro, con una camisa blanca y una americana color beige. Está muy atractivo. Una sonrisa ilumina su rostro al percatarse de mi presencia. Se separa del vehículo y se acerca a mí con un silbido.

—Caramba, estás preciosa.

—Tú también vas muy guapo. Espero estar a la altura del lugar —indico.

Me acerco a él para darle unos besos. La segunda mejilla se queda en el aire y me sonrojo un poco. Nunca me acuerdo de que en España somos excesivamente besucones. Él nota mi duda y sonríe. Se aproxima a mí de nuevo y sus labios se plantan en la mejilla, poniendo remedio a mi metedura de pata. Parece una tontería, porque soy una mujer lanzada, pero hacía tiempo que no estaba tan nerviosa en un encuentro con un hombre. Parece que he perdido la práctica.

Mi cita me abre, galante, la puerta del coche. Recorremos los quince minutos que nos separan del restaurante con una conversación banal de cómo nos ha ido el día y lo harta que empiezo a estar con tanta lluvia.

El lugar elegido por Maverick pertenece a su cadena de restaurantes. Es acogedor, con una iluminación suave que crea un ambiente íntimo. El *maître* lo saluda de manera respetuosa y cordial, dejando claro que sabe quién es. Nos pide que le acompañemos y nos señala una mesa para dos algo retirada del resto. Una vez sentados y con la carta a nuestra disposición, el hombre nos deja espacio. Ojeo la cantidad de platos y todo suena de maravilla.

—¿Carne o pescado? —pregunta Maverick haciendo que levante el rostro del papel.

—Me gustan las dos cosas, pero hoy prefiero carne. ¿Qué me recomiendas?

—El *roast beef* lo hacen muy bueno y el *Beef Wellington* también está riquísimo.

—Pues me voy a decantar por el *Wellington*.

—¿Vino tinto para acompañar?

—Perfecto.

Mientras coloco la servilleta en mis piernas, él busca al camarero con la mirada. No tarda en aparecer y apuntar nuestro pedido.

—Cuéntame, ¿qué tal por Londres? —indaga rompiendo el silencio.

—La verdad es que he estado tan liada, que ni tiempo he tenido de hacer turismo. Lo único que sé es que la fama de la lluvia es cierta.

Entrelaza sus grandes y cuidadas manos encima de la mesa de manera despreocupada y me sonríe, divertido.

—Deberíamos ponerle remedio a ese pecado. No es porque yo haya nacido aquí, pero ahora vives en una ciudad con mucha cultura y lugares increíbles. En unos días cerraré un nuevo negocio y dispondré de más tiempo libre, así que buscaremos un hueco para llevarte a descubrir rincones con magia.

—Sería fantástico. Qué mejor manera de conocer un sitio que de la mano de un nativo.

—Estaré encantado de acompañarte.

Hemos entrado en un juego de coqueteo que me gusta y hace más amena la cita. La cena transcurre entre risas y anécdotas. Maverick tiene una habilidad especial para contar historias de una forma que me mantiene embelesada. Suelto una carcajada cuando cuenta un problema que tuvo en uno de sus viajes. Me explica que

le gusta el fútbol y que, si dispone de tiempo libre, suele jugar con su grupo de amigos. Además, toca la guitarra en una banda local algunos fines de semana. Me sorprende lo polifacético que es, y cada detalle nuevo que conozco me hace sentirme más cómoda. Él lleva el peso de la charla. Está claro que su vida es mucho más emocionante que la mía.

Además, ¿qué le contaría? Mira, cuando tenía doce años, a Edgar, mi hermano y a mí nos enviaron a un campamento de verano. Era un día de calor y, durante la hora del almuerzo, nos acercamos al río. Haciendo el tonto, mi jersey acabó en el agua y, como soy una puñetera inconsciente, ignoré las advertencias de mi hermano y me lancé a buscarlo. Cogí la prenda, pero el agua bajaba con tanta fuerza, que no fui capaz de alcanzar la orilla. Edgar se lanzó a ayudarme. Si no llega a ser por él, estaría muerta. El problema es que fue mi hermano el que perdió la vida. Y ahora, me toca vivir con la culpa, además de con las miradas de reproche de mi padre y con una madre ausente debido a una depresión desde dicho suceso. Destrocé a mi familia. Quizás no sea una buena persona.

—¿Cómo acaba una chica tan joven dirigiendo la sucursal de un bufete de abogados? —pregunta, curioso, sacándome de mi desdicha.

—Mi padre es el dueño. Las cosas no iban bien en esta sucursal y yo necesitaba un cambio. Así que aquí estoy, intentando que el barco no se hunda —le digo una verdad a medias. No vale la pena que le cuente la mierda de relación que tengo con mi progenitor.

—Una decisión valiente.

—¿Por qué restaurantes? —curioseo para desviar de nuevo la conversación hacia él.

—Mi abuela era una gran cocinera. Siempre decía que le hubiera encantado regentar un local donde hacer felices a las personas a través de la comida.

—Qué bonito.

—Ya que ella no lo consiguió, decidí rendirle un homenaje. Desde muy joven supe que lucharía para ser mi propio jefe y haría algo relacionado con la restauración. Por desgracia, no he sacado la destreza de mi abuela en la cocina, pero sí para la gestión de empresas. Así que busqué un socio y, a pesar de que los comienzos no fueron fáciles, sobrevivimos y ahora las cosas van mucho mejor.

—Si el resto de los locales son como este, estoy convencida de que os irá muy bien. Está todo buenísimo —aseguro llevándome el tenedor de nuevo a la boca.

—Intentamos que sigan las normas de atención al cliente. Los comensales son lo principal. Sin ellos tendríamos que cerrar. Deben salir contentos y no únicamente por la comida. En el Reino Unido disponemos de catorce restaurantes en total, de diferente tipo de gastronomía. Hemos abierto dos en España. Madrid y Barcelona. También estamos negociando para tener presencia en París y más adelante nos gustaría cruzar el charco.

—Vaya, es increíble.

—La verdad es que estamos muy contentos, aunque no tengamos apenas tiempo libre. He tenido mucha suerte con mi socio. Es un hombre increíble. Él se encarga de toda la burocracia y yo soy el que cierro los tratos. Pablo está casado y pronto será papá, así que soy el que más viaja.

—Tiene un nombre muy español.

—Sí, nació en un pueblo de Madrid. Un día podemos quedar los cuatro y te los presento.

En ese momento, regresa el camarero y nos pregunta si ya puede retirar los platos. El *Wellington* estaba increíble, igual que el vino y la compañía. Maverick es un hombre muy interesante a la par que guapo. Me siento cómoda a su lado e incluso es divertido. La noche está siendo perfecta.

Pedimos los postres. Los dos hemos dejado un hueco para el dulce. Resulta que él también es goloso, aunque intenta no abusar.

Como ya me imaginaba, lo compensa con visitas al gimnasio que tiene en el edificio donde vive.

—Nunca pensé que conocería a alguien tan interesante en un aeropuerto. Intento evitarlos, porque no me gusta volar. Bueno, en realidad, lo que detesto, son las alturas en general, me agobio mucho —le explico mientras jugueteo con la cucharilla y mi trozo de *brownie* con helado de vainilla.

—Pues yo me paso media vida en ellos, pero tampoco esperaba tropezarme con una preciosa pelirroja —confiesa mirándome a los ojos—. Mi abuela decía que algunos de los mejores sucesos de la vida ocurren cuando menos te lo esperas.

—Una mujer muy sabia.

—Lo era. Aprendí mucho de ella. Murió hace cinco años y la echo de menos cada día.

—Siento tu pérdida. Tuviste la inmensa fortuna de poder disfrutar muchos años de una persona que te marcó tanto.

Mi mano, en un reflejo sin control, busca la suya y la acaricia para darle apoyo. Maverick observa mi gesto y cuando regresa a mi rostro, lo hace con una tierna sonrisa. La retiro con calma y un poco avergonzada por miedo a sobrepasarme con él. Hasta a mí me sorprende mi reacción. ¿Dónde está esa chica lanzada y algo alocada? Supongo que la dejé en España, con el resto de mi antigua vida.

—Me ha encantado salir contigo, Lidia. Ha sido una cena maravillosa y espero que pronto podamos repetirla —dice Maverick con sinceridad.

—Yo también me lo he pasado muy bien. Ahora queda pendiente la visita por Londres.

—Te prometo que liberaré mi agenda lo antes posible. ¿Te apetece un café o té?

—He comido de maravilla y ya estoy llena. Además, si me tomo algún estimulante a estas horas, es posible que no duerma en toda la noche.

—Pues entonces nos vamos.

Nos levantamos y me mantengo en un segundo plano mientras él habla con el *maître* en la barra. Al salir del restaurante, el aire fresco de la noche nos envuelve. Caminamos hacia el coche y, en el trayecto, no puedo dejar de pensar que este encuentro podría ser el comienzo de algo especial.

—Gracias por esta noche, Maverick. Necesitaba hacer alguna cosa fuera de la rutina —confieso cuando para delante del edificio donde vivo.

—A ti por aceptar la invitación. Nos vemos pronto, ¿verdad? —pregunta con una expresión esperanzada.

—Claro que sí. —Me acerco a su mejilla y dejo un beso sincero. Sonríe y le da un toque cariñoso a mi nariz.

Me hubiera gustado lanzarme a sus labios, pero está claro que no es lo que ambos necesitamos. Algo me dice que, aunque le atraiga mi físico, su corazón sigue comprometido. Es posible que los dos estemos heridos y no sería buena idea desahogarnos con otras personas. Parece un gran hombre y no hay duda de que tenemos una conexión especial, sería una estupidez estropearla por culpa de un calentón.

Salgo del coche y lo despido con la mano mientras arranca y se pierde calle abajo. ¿Quién me iba a decir que acabaría la noche sola? La Lidia de hace unos meses debe de estar descojonándose de la risa.

Capítulo 13

Felipe

Llevo dos días intentando decidir el destino de mis vacaciones. O, mejor dicho, de mi huida de la realidad. Tanto mi hermana como Rocío creen que debería cambiar de aires durante una temporada. Es una buena idea, pero ¿después qué? Esto solo es un parche.

Resoplo, cansado de mirar la pantalla de mi teléfono. Me siento atrapado entre mil destinos posibles sin saber cuál de ellos elegir. En un lugar exótico acabaría muerto de aburrimiento. Además, con la mano todavía inmovilizada, no podría bañarme. Así que, todo lo que tenga que ver con playas, descartado. Quizás me vaya a Egipto o Escocia. En esos países siempre hay lugares que visitar. Otra opción es Nueva York o Los Ángeles. Aunque dichos destinos me salen algo más caros.

Una notificación de las redes sociales, informándome que Lidia ha publicado en su historia, me aleja del dilema. Por un momento dudo si mirarla, pero la curiosidad es más poderosa. Abro su perfil y veo que ha subido dos fotos. En una de ellas se ve la mesa de un despacho, con el ordenador portátil y una taza de té. Sé que es una infusión por el comentario que acompaña a la instantánea: «Acostumbrándome a las tradiciones».

A la siguiente fotografía le presto más atención. Sale Lidia, reflejada en un cristal, guiñando un ojo a la vez que saca la lengua. El corazón me palpita con rapidez al verla, aunque la imagen no sea tan nítida como me gustaría. Durante unos instantes, observo cada detalle. Parece el exterior de un restaurante. Por último, me fijo en el texto «@mavwebb aquí será nuestra próxima cita». Una punzada

de dolor me cruza el cuerpo al darme cuenta de que es posible que haya etiquetado al tipo que conoció en el aeropuerto. Le dijo a Rocío que se llamaba Maverick y coincide con las letras del nombre. De pronto aparece mi lado más cavernícola, el que me impulsa a entrar en el perfil con el propósito de ver que puedo averiguar. Para mi decepción, es una cuenta privada. En la instantánea sale un hombre de espaldas, es moreno y mira una puesta de sol.

—La típica foto chorra. —Ese que habla en voz alta, no es la persona adulta que habita en mí.

Una punzada de frustración se me clava en el pecho al ser consciente de que esto es real. Lidia está empezando a hacer su vida lejos de mí. Será feliz. Si no es con este tío, lo hará con otro diferente, pero no conmigo.

Me levanto y me acerco al mueble del salón de dónde saco una botella de *whisky* y un vaso bajo. Echo dos dedos y me los bebo de un solo sorbo. Vuelvo a rellenar con el mismo contenido, sin embargo, en esta ocasión, decido saborearlo un poco más. Ocupo de nuevo mi sitio en el sofá y me torturo revisando las fotos de su perfil. Mi bruja de fuego es la mujer más bonita del mundo. «Pues, por gilipollas, tendrás que seguir viéndola por las redes sociales. Y no es por nada, pero de tuya tiene bastante poco», se regodea mi vocecita interior.

¿Quién será ese Maverick? ¿Qué significa para Lidia? Las preguntas dan vueltas en mi cabeza mientras intento concentrarme de nuevo en mis vacaciones. Es irónico cómo, en lugar de decidir dónde quiero ir para escapar de mis pensamientos, termino atrapado aún más en ellos.

Sacudo la cabeza y retomo la búsqueda de posibles destinos. Cojo papel y bolígrafo y escribo mis opciones. A ver si así consigo aclarar las ideas. Puedo imaginarme explorando algunas calles de esos lugares, probando la comida o perdiéndome en su cultura. El problema es que mi mente sigue volviendo a Lidia y a ese misterioso Maverick. Gruño, desesperado, por no conseguir controlar a mi

cerebro traidor. No puedo evitarlo y la curiosidad por saber más de ellos me consume.

Me resisto a la tentación de escribirle un mensaje privado a Lidia y preguntarle de manera directa, que siente por ese hombre o si ya me ha olvidado con tanta facilidad. Sé que sería un error. Además, ¿qué derecho tengo yo de entrometerme en su vida si fui el que la alejó? Al final, decido entretener mi mente con las redes sociales e intentar evadirme de mis catastróficos pensamientos.

No tengo muchos seguidores, pero sí es una manera de estar al día de las noticias de deportes o de lo injusta que es la sociedad con los más débiles. Voy pasando publicaciones y, entre la clasificación de la liga de fútbol y un mate de un jugador de baloncesto, me aparece una fotografía de Pablo, un antiguo compañero del ejército. En ella, sale una mujer enseñando su barriga de embarazada y la mano de él encima. «Semana 25. Ya queda menos», es el texto que acompaña a la instantánea. La noticia me arranca una sonrisa. Es bonito saber que pudo rehacer su vida después de pasar por una profesión tan complicada como es la de militar. Decido dejarle un mensaje de felicitación por su próxima paternidad y sigo con la revisión de noticias.

Veinte minutos después, y gracias a un *post* de viajes, he añadido Italia a mi lista de posibles destinos. Me imagino caminando por las calles empedradas de Roma o perdiéndome en la historia de la ciudad, quizás saboreando una auténtica pizza napolitana. La respuesta de Pablo me saca de mi ensoñación:

Madre mía, Felipe.

Cuánto tiempo sin saber de ti.

¿Qué tal te va la vida?

Cuéntame cosas.

Me encantaría volver a verte.

Sonrío al recordar los buenos momentos que pasamos juntos. No todo fue malo. Éramos jóvenes, valientes y sin nada que perder. Mientras no fuimos a la guerra, disfrutamos mucho de las juergas y el buen rollo. Después las cosas se torcieron, no todos regresamos con vida y ese suceso nos marcó más de lo que nos hubiera gustado.

Sí que hace tiempo.
No estoy tan bien como tú.
Aunque sí que conservo más pelo.

¿Qué le has prometido a esa mujer tan guapa para que te aguante?

Yo continúo en España.
Si estás por aquí, podríamos vernos.

Veo que no has cambiado.
Sigues siendo el mismo cabrón de siempre.

Llevo seis años viviendo en Londres.
Con mi mujer embarazada prefiero no viajar.

Podrías escaparte un fin de semana.
O cuando tengas vacaciones.

De pronto, es como si el universo me diera una señal y los astros se alinearan a mi favor. Londres también sería un buen destino para desconectar. Es una ciudad interesante, además podría visitar a Pablo y es lo suficientemente grande para no tropezar con Lidia. Aunque, a decir verdad, no me importaría que eso sucediera.

De hecho, estoy organizando un viaje.
Dispongo de unos días libres.

En realidad, varias semanas.

Me he roto un brazo y no puedo trabajar.
¿Crees que Londres me podría gustar?

Menuda casualidad.
¿Dónde habrás metido ese brazo?
No tengo ninguna duda de que Londres es un buen destino.
Aquí no te aburres nunca.

Fue un accidente de coche.
Podría haber sido peor, así que no me quejo.

Fantástico.
Si decido ir, te avisaré y así podemos vernos.
Cuídate, colega.

Vente, anda.
No te lo pienses más.

Te llevaré a unos sitios increíbles.
Y comerás de puta madre.

Tenemos mucho que contarnos.
Cuídate tú también.

Salgo del chat con una sonrisa en la boca. Este reencuentro, aunque solo sea por texto, ha conseguido que la ilusión regrese a mí. Sé que no durará demasiado, porque tengo varios frentes abiertos que superar. Sin embargo, he recuperado las ganas de hacer vacaciones. Ya no hay duda, acabo de encontrar mi destino y será Londres. El idioma no es un impedimento, me desenvuelvo bastante bien con el inglés. Espero que este cambio de escenario me ayude a aclarar mis pensamientos respecto a Lidia y a mi vida en general.

Con un destino por fin elegido, ya me siento algo más aliviado. La sensación de incertidumbre por no saber a dónde ir se disipa y da paso a una emoción renovada. Hacía tiempo que algo no me motivaba. Entré en una rutina peligrosa y, mientras estaba Lidia, conseguía romper la monotonía. Nuestros encuentros eran la vitamina que me animaban a seguir día a día. Ahora que ella no está, es como si me hubieran metido en una cueva y no pudiera ver la luz del sol. Así de importante es esa mujer para mí. Sin Lidia me voy apagando. No sé si a esta sensación se le puede llamar amor, pero sí que es profunda, tanto que corro el riesgo de volver a aquellos momentos en los que nada tenía sentido. Escapé una vez, sin embargo, no tengo tan claro de que lo pudiera hacer una segunda.

Reservo los vuelos y también mi estancia en un hotel del centro. Siento que este viaje será más que unas vacaciones, puede ser mi oportunidad para redescubrirme a mí mismo y saber qué cojones quiero de la vida. Espero que sirva para darme cuenta de que yo no soy mi padre y de que, como dice mi hermana, también tengo corazón.

Cierro las aplicaciones, satisfecho con la elección. Me he dejado una pasta, pero me lo puedo permitir, así que por esa parte no hay problema. Busco el contacto de mi hermana. Tengo ganas de darle la noticia, aunque no le voy a decir el destino hasta que esté allí. Pensará que lo he elegido para reencontrarme con Lidia y aclarar las cosas, sin embargo, ese no es el motivo. «¿Estás seguro?». Le doy una colleja a esa voz molesta y me olvido de ella cuando Amaia contesta.

—Me voy de vacaciones.

—¿En serio? —pregunta con un tono de entusiasmo en la voz.

—Necesito salir de aquí, olvidarme de todo y centrar mis pensamientos. Tengo cuarenta y cuatro años y ni siquiera sé qué hacer con mi vida.

—Creo que es una gran idea, hermanito. ¿Y ya sabes a dónde ir?

—Todavía no —miento—. Quiero que sea una ciudad en la que pueda visitar monumentos y pasear sin rumbo.

—Pues ya sabes lo que te toca, buscar información. Y, cuando te decidas, ya me cuentas.

—Claro que sí. Voy a ponerme a ello. Te enviaré un mensaje con los detalles, ¿vale?

—Perfecto. Felipe, me alegro mucho de que te hayas decidido. Estoy convencida de que, salir de la rutina, te irá genial.

—Eso espero.

Me despido de mi hermana con mi nueva tarea en mente. Voy hacia la habitación, abro el armario y saco la maleta. Hacer el equipaje con una sola mano es más complejo de lo que me imaginaba y por momentos me frustro y gruño, algo muy de mi estilo. Aunque el buen humor regresa cuando pienso que mañana ya estaré en Londres. Va a ser un gran viaje. Lo presiento.

Capítulo 14

Lidia

Los lunes siempre son complicados, pero después del aburrido fin de semana, yo ya tenía ganas de empezar una nueva jornada. Mientras camino por los pasillos del bufete, puedo sentir los murmullos característicos del personal, a medida que van llegando y se interesan por cómo han ido los días de descanso de sus compañeros.

No sé si ha sido la mejor idea, pero he decidido empezar la semana con una reunión de personal. Es importante para mí mantener a mis empleados informados y, sobre todo, motivados. Soy consciente de que algunos no comparten mi entusiasmo por los cambios que empiezo a implementar. A muchos les cuesta manejarse con la informática, sin embargo, no puedo permitir que sigamos acumulando papel como ha sucedido hasta ahora.

A la hora indicada, llego a la sala de reuniones y veo que la mayoría de las personas ya se encuentran sentadas. Mi mirada se cruza con la de Robert, que se yergue en la silla, haciéndome saber que volverá a plantarme batalla. Estoy preparada para luchar. Es un hombre con una gran experiencia, pero no ha sido de su agrado que mi padre me designara directora. El suyo era uno de los nombres que se barajaban para ocupar el puesto, así que se siente frustrado al ser sustituido por la hija del jefe, que casi podría ser su nieta. Me acerco a la mesa y les doy la bienvenida con una sonrisa. Me espero dos minutos más, hasta que el último trabajador entra y cierra la puerta.

—Bien, creo que ya estamos todos. Antes que nada, buenos días. Espero que hayáis tenido un magnífico fin de semana —saludo a la vez que tomo asiento.

La reunión comienza de manera rutinaria. Repasamos los casos pendientes, las fechas de los juicios y las nuevas estrategias que planeo implementar. Sin embargo, noto que Robert está inquieto. Tiene las cejas fruncidas y sus brazos cruzados son una clara señal de que algo le molesta. Al final, decide hablar:

—Lidia, entiendo que quieres modernizar el bufete, pero siento que estamos perdiendo nuestra productividad. Antes hacía un informe en dos minutos, ahora, con la tableta del demonio, tardo el doble e incluso, hay veces que debo repetir el proceso porque no se guardan los datos —dice con un tono serio.

—Robert, valoro tu opinión y entiendo tus preocupaciones. No es sencillo cambiar las formas de hacer, pero creo que solo es falta de práctica. Necesitamos modernizarnos. Adaptarnos a los tiempos es crucial para nuestra supervivencia —respondo, a la vez que intento mantener la calma.

—¿Supervivencia? —replica él, con un deje de sarcasmo en la voz—. Este bufete siempre se ha conocido por su enfoque personal y la atención al cliente. Me preocupa que, con tanto cambio, estemos dejando eso de lado.

Sus palabras resuenan en la sala, y noto que algunos abogados más veteranos asienten, mostrándole apoyo a Robert. Esto no me sorprende, pero me lleva a cuestionar si estoy avanzando demasiado rápido en las mejoras.

—Comprendo tu inquietud, Robert, y no quiero que perdamos lo que nos hace únicos. No obstante, debemos encontrar un equilibrio. La tecnología y las nuevas prácticas pueden ayudarnos a servir mejor a nuestros clientes, sin sacrificar la calidad. Dudo mucho que hacer un informe a mano o con la tableta, perjudique en la atención que les ofrecemos —explico, tratando de ser conciliadora.

Robert me mira con fijeza, retándome, y por un momento, el silencio se apodera de la sala.

—Quizás podríamos establecer un grupo de trabajo para evaluar qué cambios son necesarios y cuáles deberían esperar —propone un chico alto y rubio, rompiendo el tenso ambiente.

—Es una excelente idea —respondo, aliviada por la aportación —. Incluso, sería positivo que los que mejor se manejan con las tecnologías, dieran apoyo a los que les cuesta más. ¿Qué os parece? Podríamos reunirnos al final de la semana para intercambiar dudas.

La tensión del momento se disipa un poco y continuamos con la reunión. A medida que avanzamos, me doy cuenta de que hay dos equipos bien marcados y el que lidera Robert, no me va a poner las cosas fáciles.

Una vez finalizada la reunión, me quedo unos minutos más en la sala y reflexiono sobre lo ocurrido. Lo que menos me conviene es tener a Robert en contra y que le vaya a mi padre con quejas. No tengo dudas de que se agarraría a ellas para poner en entredicho mi capacidad e intentar dejarme en ridículo de nuevo.

Al abandonar la sala, Robert me alcanza en el pasillo. Al parecer me estaba esperando. Su expresión es más relajada que antes, aunque eso no me tranquiliza.

—Lidia, gracias por escucharme —dice en un tono conciliador que, en vez de calmarme, me altera más—. Sé que no siempre estamos de acuerdo, pero respeto tu liderazgo y confío en que encontrarás el mejor camino para el bufete.

—Gracias, Robert —respondo, con una sonrisa cauta.

Mientras me dirijo a mi despacho, siento su mirada en mi espalda y un escalofrío me recorre la columna. Está claro que debo andarme con ojo. No sé de lo que puede ser capaz este hombre, pero no me he creído ninguna de sus amables palabras.

La puerta se cierra con un suave clic detrás de mí. Suspiro mientras camino hacia la mesa. Estoy agotada. Me siento, apoyo la cabeza en el respaldo de la silla y cierro los ojos un instante. La

tensión que martillea mi cráneo se empieza a disipar gracias al silencio. Suspiro al ser consciente de que acabo de superar una pequeña batalla, aunque estoy convencida de que esto es solo el principio.

El sonido del teléfono me saca de mis pensamientos. Miro la pantalla y veo el nombre de Maverick.

—Hola, pelirroja —saluda con su voz cálida al otro lado de la línea.

—Me vienes que ni caído del cielo. —Después de esta dura reunión, es un placer escucharlo.

—Es muy temprano para tener un mal día.

—Eso me pasa por convocar al personal a primera hora. No volverá a suceder. De los errores se aprende. —Oigo su risa ronca, y provoca que mis labios se estiren en una sonrisa.

—¿Tanto se ha complicado?

—Quizás he exagerado un poco. Ha sido intensa, pero creo que hemos conseguido buenos acuerdos. ¿Qué tal va tu jornada?

—Parece que mejor que la tuya. Nuestras reuniones son muy simples, solo somos dos y, a menudo, estamos de acuerdo.

—No te imaginas qué envidia me das. Supongo que no me has llamado para darme los buenos días. ¿Qué puedo hacer por ti?

—El miércoles he quedado con Pablo, mi socio y su mujer. Me gustaría mucho que vinieras conmigo. Así te los presento y descubres otro de nuestros restaurantes.

La propuesta me toma por sorpresa. Me desconcierta que la otra noche fuera tan precavido y no hiciera el amago de querer acostarse conmigo y que, en nuestra segunda cita, ya quiera presentarme a sus amigos. La verdad es que la idea de pasar tiempo con él es tentadora.

—Sé que parece precipitado y entendería si no quieres…

—No, está bien. Me vendrá genial salir de la rutina y despejar la mente unas horas.

—Fantástico. Estoy seguro de que Pablo y su esposa te caerán genial. Son personas estupendas —comenta con un tono de voz lleno de ilusión. Parece que mi respuesta le ha gustado.

—Seguro que sí —digo, sonriendo a pesar de que él no puede verme—. Cuando tengas un momento me envías la ubicación y allí estaré.

—Solo tienes que prepararte hacia las siete y yo paso a buscarte. ¿Te gusta la comida italiana, ¿verdad?

—Por supuesto. Como de todo, pero casi diría que es una de mis preferidas.

—Pues entonces, estoy convencido de que te va a encantar. Nos vemos el miércoles, ¿vale?

—Claro. Gracias por invitarme, Maverick.

—Un placer. Deseo que estos días pasen rápido para volver a verte, Lidia.

—Igualmente. Hasta el miércoles entonces.

Después de despedirnos, cuelgo la llamada y me quedo un momento en silencio. La emoción del plan inesperado llena el despacho. La idea de la cena me anima y, de repente, el cansancio de la reunión se hace un poco más llevadero.

Me centro de nuevo en el trabajo y me dedico a organizar los papeles de mi escritorio. Mientras lo hago, no puedo evitar pensar en la cena. Preguntas absurdas pasan por mi mente sin poder controlarlas. ¿Cómo serán Pablo y su esposa? ¿Les causaré buena impresión? Qué debería ponerme, ¿algo sexi o más discreto? A la antigua Lidia ni siquiera le importarían esas cosas. Quizás esa inquietud se deba a que estoy cambiando, centrando mi vida.

La idea de la cena con Maverick y sus amigos suena como una oportunidad perfecta para conocerlo mejor en su ambiente. No estoy acostumbrada a ir poco a poco y con tanta calma con un hombre. Siempre he sido directa. De esas mujeres sin pelos en la lengua. Si tenía ganas de sexo, solo debía exponerlo. Suelo llevar el ritmo y la

batuta, incluso con Felipe. Sin embargo, con Maverick es distinto, aunque no tiene por qué ser malo. O eso espero.

Sacudo la cabeza para alejar todas esas dudas que se han apoderado de mi mente. Debo centrarme en las tareas, tengo demasiado trabajo pendiente. Lo último que deseo es recibir una llamada de mi padre para reprenderme por la demora en los resultados.

Conforme avanza el día, no puedo evitar que, de vez en cuando, la invitación de Maverick aparezca en mis pensamientos. Ha sido una sorpresa agradable en este comienzo y, aunque no sé qué me deparará el futuro, estoy ilusionada con estas nuevas experiencias. Aquí soy una Lidia distinta y esta tampoco está tan mal. Echo un poco de menos ese cosquilleo en el estómago que provoca la emoción de realizar cosas sin pensar en las consecuencias. A lo loco, igual que solía hacer mi yo, de unos años atrás. Imagino que, a medida que maduramos, nuestra manera de responder y comportarnos también evoluciona. No se puede ser Peter Pan toda la vida.

Sobre las diez de la noche, dejo el despacho ya desierto para irme a mi piso e intentar descansar. El día ha sido largo, pero la perspectiva de la cena me deja con una sensación positiva. Me pregunto qué otras sorpresas me esperan durante mi estancia en Londres. Por ahora, prefiero dejarme llevar por la emoción de lo que está por venir. Paso a paso y con calma. Saboreando el momento.

Capítulo 15

Lidia

Ha llegado el miércoles y solo faltan treinta minutos para las siete, la hora acordada en la que Maverick vendrá a buscarme. Sé que es un hombre muy puntual y yo sigo sin decidir qué vestido ponerme. Tengo el rojo en una mano y el azul en la otra. No debería ser tan complicado. Solo es una cena. ¿Qué me está pasando?

—Quieres caer bien, Lidia. Demostrar que empiezas a madurar. Que puedes superar a Felipe y mostrarte a ti misma lo fantástica que eres y que te mereces ser feliz —le digo a mi reflejo en el espejo. Limpio unas lágrimas traicioneras que se han escapado y suelto un fuerte suspiro para recomponerme.

Al final, me decido por el vestido azul. Es el que mejor me queda y con el que me siento cómoda. Es absurdo que me preocupen estas cosas, pues a Maverick, tendría que gustarle tal y como soy. Retoco el maquillaje de mis ojos y le doy un toque de color a los labios. Un mensaje de mi cita me informa que ya está esperándome en la calle. El corazón me da un pequeño salto de la emoción. Cojo el bolso, respiro hondo y salgo de mi piso con la sensación de que hoy será una gran noche.

Maverick me recibe con una sonrisa cálida y ojos brillantes. Se separa del coche y noto su mirada repasando todo mi cuerpo. La corta barba que llevaba en la cita anterior ha desaparecido y aparenta ser más joven de lo que es. Está guapo, aunque yo prefiero a los hombres con vello en la cara, igual que… Una nube oscura se sitúa encima de mí y fuerzo una sonrisa. Mierda. ¿Por qué no soy capaz de sacármelo de la cabeza?

—Estás preciosa —dice Maverick mientras se acerca a mi mejilla y deposita un suave beso.

—Tú también vas muy guapo. —Abre la puerta del vehículo y ocupo mi lugar de copiloto.

Durante el trayecto es él quien lleva el peso de la conversación. He salido de casa igual que un globo recién hinchado, lleno de energía positiva y ganas de pasármelo bien, pero a medida que pasan los minutos, he empezado a desinflarme y voy perdiendo aire de manera lenta. Debería reparar el pequeño agujero que se ha formado si no quiero que la noche sea un auténtico desastre. Cuando llegamos al restaurante italiano, el ambiente es acogedor, luces tenues y un suave aroma a albahaca flota en el aire.

Maverick me guía hacia la mesa donde ya se encuentran sentados el socio y su esposa. Los dos se levantan al vernos y nos presentamos de manera amable. Recibo una sonrisa amistosa por parte de Pablo y Amber. Él es un hombre alto, con la cabeza rapada y, a pesar de ser corpulento, transmite un aspecto amigable. Ella tiene un rostro dulce y delicado. Al lado de su marido parece pequeña. En verdad, yo también me siento así. El vestido ancho no oculta su barriga de embarazada. Transmite felicidad y eso me gusta. Una sensación de alivio me invade de inmediato y mi globo ha recibido una inyección de aire.

—Teníamos ganas de conocerte —comenta Pablo—. Maverick nos ha hablado mucho de ti.

—Ah, ¿sí? Espero que fueran cosas buenas —interrogo a la vez que miro a mi cita. Su rostro se sonroja de manera suave y no puedo evitar sonreír.

—No le hagas caso. Cuando lo conozcas, verás que es un poco exagerado —interviene Maverick restándole importancia al comentario.

Ocupamos nuestros respectivos lugares y tanto mi cita como yo nos damos cuenta de que hay un lugar vacío.

—¿Esperamos a alguien más? —pregunta Maverick curioso.

—Ha venido de visita un antiguo amigo de España. Lo he invitado, pero al decirle que éramos dos parejas se ha tirado atrás. No quería hacer de vela. Es posible que se una a nosotros más tarde.

Después de la aclaración, la conversación fluye con naturalidad. Maverick está a mi lado y me voy tranquilizando con cada palabra suya. También ayuda el roce de su rodilla con la mía o sus sonrisas amables.

El camarero llega para tomar nota de nuestro pedido. Me dejo aconsejar por Amber, porque todo tiene una pinta estupenda. Mientras esperamos la comida, hablamos de nuestros trabajos y de los viajes de Maverick. Los hombres discuten de forma animada sobre fútbol mientras Amber charla de su embarazo. Pablo me cuenta que es español y explica cómo acabó en Londres y conoció a su esposa.

—Fue en una fiesta de cumpleaños de un amigo común —narra él emocionado—. Amber contaba algo divertido, porque todo el mundo alrededor de ella no paraba de reír. No pude evitar aproximarme.

—Y desde entonces no ha dejado de escuchar mis historias —bromea Amber guiñándole un ojo. Pablo se acerca y le da un suave beso en sus labios.

—Parece que estabais destinados —comento con una sonrisa.

—Sí, a veces las mejores historias comienzan de manera inesperada —responde Pablo. No puedo evitar mirar a Maverick, que me observa con ternura.

Está claro que los dos pensamos lo mismo. Quizás nosotros también estemos destinados a vivir una bonita relación. ¿Me importaría? Supongo que no. Tiene pinta de ser un hombre centrado, de amor tranquilo y para siempre. Quizás esta Lidia podría adaptarse a una vida llena de momentos bonitos y sin sobresaltos. ¿Será igual en la cama? Una imagen fugaz de Felipe desnudo, empujando en mi interior de esa manera salvaje que tanto placer me

da, aparece sin permiso por mi mente. El globo vuelve a tener una fuga y esta es un poco más grande, así que el aire se pierde con más rapidez.

—¿Va todo bien? —pregunta Maverick en voz baja mientras su mano se sitúa en mi rodilla desnuda. Nuestras miradas conectan y puedo ver la preocupación en la suya.

—Sí, claro —respondo con una sonrisa algo forzada. Ahora estoy muy enfadada conmigo misma—. Con vuestro permiso, voy a ir un momento al baño.

Dejo la servilleta en la mesa y me dirijo hacia el fondo del local. Entro en el servicio y me encierro en uno de los cubículos. Bajo la tapa y siento mi trasero en ella. Hundo la cara entre mis manos y gruño sin hacer ruido. Tengo ahí fuera, esperándome, a un hombre bueno y guapo que demuestra interés por mí. Un hombre con el que podría intentar ser feliz y tener una relación bonita. Me gusta, joder. Entonces, ¿por qué no puedo dejar de pensar en Felipe? Él solo me hace daño y lo único que le interesa de mí es el sexo. Jamás se enamorará y menos de una mujer a la que le saca dieciséis años. ¿A quién pretendo engañar? Se acabó. Tengo que enterrar de una vez mis sentimientos por Felipe y dejarme llevar. Maverick es perfecto para mí.

Lleno mis pulmones de aire y lo expulso con calma. No quiero que mi cita lo pase mal esta noche por mis tonterías. Salgo del cubículo y le echo un vistazo al reflejo que me devuelve el espejo. Atuso mi pelo y fuerzo una sonrisa. No es sincera y cualquiera que me conozca un poco se daría cuenta. Además, tengo los ojos tristes, pero no sé cómo ponerle solución. Por ahora, tendrá que valer así.

Noto la mirada de los tres cuando recupero mi asiento. Cojo la copa del agua y le doy un trago para disimular el nerviosismo que se ha apoderado de mí. ¿Dónde está la Lidia divertida? «Se ha quedado con Felipe en España», maldita voz de la conciencia.

—Lidia, ¿te gusta cocinar? —curiosea Amber para romper el silencio que se ha apoderado de la mesa.

—La verdad es que prefiero comer —contesto con una sonrisa —. El trabajo no me deja demasiado tiempo libre. Además, en casa siempre hemos tenido cocinera y no me he visto en la necesidad de hacerlo.

—Mi mujer es una maravillosa repostera, deberíamos quedar un día en casa para que pruebes uno de sus postres.

—Me encantaría. Los dulces son mi perdición.

—Pues lo organizamos y te avisamos —asegura Amber con su mano en el vientre.

Después del tenso momento, la cena transcurre entre risas debido a las diversas anécdotas que cuentan los hombres. El *risotto* que he pedido está delicioso y Maverick comparte un bocado de su increíble lasaña conmigo. Sin duda, la comida aquí es de diez. No dejamos pasar el postre, que, según Pablo, no es tan bueno como el que hace su mujer. Aun así, la *panna cotta* a mí me sabe a gloria.

Al terminar la cena, Pablo sugiere que vayamos a tomar una copa a un *pub* cercano. Todos estamos de acuerdo, así que nos levantamos para dirigirnos hacia la salida. La noche es fresca y agradable. No hace frío, sin embargo, el cambio de temperatura eriza mi piel. Maverick se percata y me presta su americana. Un gesto muy caballeroso por su parte. No duda en rodear mis hombros con su brazo y me acurruco a su cuerpo. Huele a una mezcla de jabón y perfume terroso con notas de ámbar.

—¿Os parece bien este *pub*? —propone Pablo señalándolo con la cabeza.

—Perfecto. He oído que tienen una buena selección de cócteles —contesta mi cita.

—Espero que tengan alguno sin alcohol —dice Amber apuntando a su barriga abultada.

—Seguro que sí, amor. Le voy a enviar un mensaje a mi colega a ver si quiere pasarse a tomar algo.

Entramos en el local, que nos recibe con una luz tenue y una música ambiente a un tono bastante moderado. A mano derecha,

hay un grupo de chicos jóvenes preparándose para un espectáculo en directo. Encontramos una mesa disponible hacia el final. Echo un vistazo a mi alrededor. La verdad es que es un lugar agradable para una charla entre amigos.

—Lidia, ¿qué te apetece tomar? —me pregunta Maverick. Se ha acercado tanto a mi oído que su aliento ha impactado en mi cuello, haciéndome estremecer. Cojo la carta de cócteles y le doy un repaso rápido.

—Me parece que probaré el mojito —respondo a la vez que conecto mi mirada con la suya.

Se crea un momento lleno de tensión sexual entre nosotros y no puedo evitar morderme el labio inferior. Su boca se estira en una sonrisa provocadora y niega con la cabeza, divertido.

Pablo se pide una cerveza artesanal y Amber un cóctel sin alcohol. Maverick opta por un *whisky*. De pronto, el grupo empieza a realizar unas notas musicales que crean una atmósfera mágica. La canción de *Easy on me* de Adele rebotan en las paredes. No hay cantante, pero la gente que se encuentra en el *pub* canta, emocionada.

—¿Te gusta bailar? —interroga Maverick a la vez que señala una pequeña pista.

—Me encanta, aunque no soy una experta.

—No importa, lo que cuenta es divertirse —dice mientras me lleva al escenario.

Bailamos pegados al ritmo de la música a la vez que la gente canta a nuestro alrededor y otras parejas se unen a nosotros. Compartimos miradas y sonrisas y, por un momento, el mundo se desvanece, dejándonos solos en nuestra propia burbuja. Cierro los ojos y me dejo llevar por su cuerpo. Su mano acaricia mi espalda con cariño. Me gusta. Valoro si besarlo. Lo haría si estuviéramos solos, pero sus amigos no dejan de mirarnos. Cuando la canción acaba, regresamos a la mesa. Amber y Pablo nos reciben con aplausos.

—Hacéis una buena pareja en la pista —indica Pablo.

—Y fuera de ella también —añade Amber picarona.

Me gusta que nos vean así. Apoya esos pensamientos que llevan toda la noche paseándose por mi cabeza. Maverick podría ser una pareja increíble. Nos miramos, cómplices, sin dar respuesta a las insinuaciones de la embarazada.

—Me encanta que hayas aceptado mi invitación esta noche —susurra mi cita a la vez que entrelaza nuestras manos por debajo de la mesa—. Creo que podemos hacer un buen equipo.

—Yo también lo pienso. Estoy disfrutando mucho de esta noche y tus amigos son muy agradables.

—Sí, aunque un poco cotillas. —Sonreímos. Cojo mi copa y le doy un trago al mojito.

—Mi colega vendrá en unos diez minutos —confirma Pablo con la mirada centrada en el teléfono—. Espero que no os moleste. Es un antiguo compañero de batallas de España. Hace mucho tiempo que no nos vemos y, ahora que estará unos días en Londres de vacaciones, es un buen momento para reencontrarnos.

—No hay problema —respondo y Maverick asiente conforme.

Al final la noche se ha arreglado. He conseguido reparar mi globo, que ahora se encuentra hinchado de más. Esta cena no solo ha sido una oportunidad para conocer mejor a Maverick, sino también para hacer amigos nuevos en una ciudad en la que me encontraba muy sola. Me doy cuenta de que recordaré esta noche con cariño. Sin duda, la vida está llena de sorpresas y momentos mágicos.

Capítulo 16

Felipe

Londres es una ciudad llena de vida. Las calles están repletas de gente de todas partes del mundo y, en cada esquina, hay algo nuevo que descubrir. La verdad es que estoy disfrutando de estos días de vacaciones, a pesar de que mi mirada no deja de buscar a Lidia. Como si fuera tan sencillo tropezármela por casualidad. Confieso que busqué la dirección del bufete y no se encuentra lejos del hotel en el que me hospedo. Hay momentos en los que me entran ganas de personarme allí, pero después, recapacito y me sermoneo por parecer un puto acosador.

Ayer recibí un mensaje de mi amigo Pablo para invitarme a cenar con su esposa y otra pareja. Al principio acepté, tengo ganas de verlo y saber qué tal le va la vida. Sin embargo, y después de meditarlo durante todo el día, hace unas horas le envié un mensaje para declinar la invitación. Lo que menos me apetece es ser un espectador de lujo. Mi amigo insistió en que nos viéramos y me ha propuesto quedar en un *pub* para tomar algo. Cedí a ese ofrecimiento, ya que es más informal que una cena. Y hacia allí me encamino.

Cuando llego al *pub*, un lugar acogedor de luces tenues y música en directo, recorro con la mirada la estancia. Hay bastante gente, pero un tío de casi dos metros con la cabeza rapada es fácil de localizar. Pablo se encuentra hacia el final de la sala. Me muevo entre la gente que invade la pequeña pista y que bailan una canción lenta. Cuando me quedan unos metros para llegar a la mesa, mi amigo eleva la mirada y se percata de mi presencia. Una gran

sonrisa ilumina su rostro y le devuelvo el gesto. Se levanta para aproximarse a mí y nos fundimos en un sentido abrazo. Joder, hacía mucho tiempo que no lo veía. Todos los recuerdos de nuestra estancia en el ejército se pasean por mi mente. Tenemos buenos momentos juntos, no obstante, los malos siempre pesan más. Aunque hoy es un día para pasarlo bien y dejar a un lado las desgracias.

—¡Cuánto tiempo sin verte, colega! Estás como siempre, parece que por ti no pasan los años —dice Pablo en español a la vez que palmea mi espalda con efusividad.

—Ya no somos unos chavales. A ti también te veo bien.

—Más gordo y calvo, pero más feliz. Ven, que te presento a mi esposa.

Nos acercamos a la mesa que ocupa una mujer de rostro dulce y amigable. Se pone en pie y puedo apreciar la abultada barriga que se esconde debajo del vestido. La acompaña un hombre que parece algo más joven que nosotros.

—Ella es Amber, la mujer de mi vida y este es Maverick, mi socio. Él es Felipe, un buen amigo. —Nos presenta cambiando al inglés. Oír ese hombre me pone en alerta de inmediato. Seguro que solo es coincidencia. ¿Qué probabilidad hay de que sea el mismo Maverick? Los saludo de manera amistosa—. Falta Lidia, que está en el aseo.

Mierda. Ahora sí que no puede ser casualidad. Intento mantenerme sereno, aunque, por el ceño fruncido de mi amigo, me da la sensación de que fracaso de manera estrepitosa. Miro hacia un lado y al otro en busca de su melena de fuego sin éxito.

—¿Estás bien? —pregunta Pablo.

—Sí, sí. Solo estoy algo cansado y creo que mejor regreso al hotel y quedamos otro día con más calma.

—Ya que estás aquí, tómate una cerveza. Nosotros no tardaremos en irnos. Amber está agotada y mañana tenemos varias reuniones a las que no podemos faltar.

—Es que el día ha sido intenso y…

—¿Felipe? ¿Qué haces tú aquí?

Mi corazón da un vuelco al oír su voz. Me giro despacio y la encuentro con los brazos cruzados en el pecho y cara de cabreo. Está increíble, igual que siempre. Aprieto el puño de la mano que no tengo lesionada para impedir lanzarme a su cuerpo y comerle la boca. Parezco un puto troglodita, pero es que no puedo evitar sentirme así cuando se trata de ella.

—He venido de vacaciones. —Es lo único que soy capaz de decir mientras mis ojos no dejan de observar cada rincón de su rostro.

—¿Os conocéis? —pregunta el tal Maverick con asombro.

«Por supuesto, capullo. Conozco todos los recovecos de su cuerpo. Sé cómo me aprieta su sexo cuando se corre y cuánto le gusta que le diga guarradas mientras follamos. También sé que tiene cosquillas en la parte interior de sus muslos y que sus pecas se acentúan cada vez que le provoco un orgasmo». Me gustaría decirle todo esto y más, sin embargo, está claro que no es ni el lugar ni el momento oportunos. Así que asiento con la cabeza.

—Felipe es el chófer de mi mejor amiga en España —cuenta ella desdeñosa. Sus palabras me atraviesan el alma sin piedad.

—¡Oh, vale! —murmura Maverick, sorprendido.

—Hace años que soy la mano derecha de Alfred Scott, un importante arquitecto. —No sé por qué necesito aclarar mi profesión.

—Menuda coincidencia —dice Amber.

—Ni que lo digas —se queja Lidia. Parece que piensa que la estoy acosando.

—Tenemos muchas cosas que contarnos, colega —interviene Pablo—. Es una pena que quieras irte.

—¿Sabes qué? Haré un esfuerzo y me quedaré. Total, mañana no tengo necesidad de madrugar. —Mi mirada se cruza con la de

Lidia, que entorna los ojos, haciéndome saber lo enfadada que está con mi presencia.

—Genial. Pues acompáñame a la barra y pedimos una ronda. ¿Lo mismo? —pregunta mi amigo al resto que asienten con la cabeza.

Sigo a Pablo entre la gente que se encuentra en el *pub* hasta que llegamos a la barra. Apoyamos los codos y esperamos nuestro turno. Mi amigo sonríe cada vez que me mira. A la cuarta vez, resoplo, malhumorado por su manera de actuar.

—¿Se puede saber qué cojones pasa? —le reprendo.

—Me preguntaba qué narices le has hecho a esa muchacha.

—Nada que no quedara claro desde el principio.

—Joder, Felipe. Han pasado muchos años, pero sigues siendo el mismo cabronazo de siempre.

—No tienes ni puta idea —gruño.

—Vale, pues explícamelo.

—Está claro que este no es el lugar adecuado.

—Mav y ella están empezando algo. Se les ve bien.

—Lo sé. Una amiga en común me lo ha dicho —miento. No puedo contarle que escuché una conversación a escondidas, como un puñetero pirado.

—Me parece que no le ha hecho mucha gracia verte —comenta Pablo con una mueca burlona en el rostro.

—Eso también lo sé. Ha sido una maldita coincidencia.

—¡Ay, Felipe! Lo que no te pase a ti.

El camarero se acerca a nosotros y mi amigo le pide las consumiciones dando por zanjado el tema. Me conoce lo suficiente para saber que, aquí y ahora, no pienso contarle nada más. Cogemos las bebidas y nos acercamos a la mesa. Al llegar, Lidia se pone en pie, me saca los botellines de cerveza de la mano buena y dice sin darme apenas tiempo a reaccionar:

—Ven un momento, tenemos que hablar. —Sus dedos me rodean la muñeca y, como un auténtico torbellino, me arrastra por el lugar.

Me dejo llevar, no tengo ganas de montar un numerito delante de su nuevo chico y de mi amigo. En el exterior, nos recibe el aire fresco de la noche. Lidia se dirige hacia una esquina, se planta delante de mí y sus ojos me observan, llameantes. Elevo las cejas y centro mi mirada en nuestras manos, todavía unidas. Ella sigue la dirección de mi vista y me suelta igual que si el contacto le quemara.

—¿Cómo sabías que iba a estar aquí? —me reclama con enfado.

—No lo sabía.

—Venga, Felipe, esto es mucha casualidad. Hay miles de ciudades y países que visitar y acabas en Londres. ¿Pretendes que me crea que has quedado con tu supuesto amigo sin saber que yo iba a estar con él?

—Pablo y yo coincidimos en el ejército, además, no tengo por qué inventarme este tipo de encuentros. Si quisiera verte, solo tendría que ir hasta las oficinas del bufete. Es verdad que podría haber escogido otro destino, pero no sabía a dónde ir y hablé con Pablo por las redes, me dijo que vivía aquí y decidí venir a visitarlo. ¿Qué coño iba a saber que él y ese tío eran socios?

—Ojalá pudiera creerte.

—Pues no lo hagas, ese no es mi problema.

—Eres un cretino —me reprocha acercándose a mí y encarándome—. No solo careces de corazón, también eres inhumano y cruel. Sabes que trato de reorganizar mi vida lejos de ti y, aun así, tienes el descaro de presentarte aquí y desestabilizar lo que he avanzado.

—No pensaba encontrarme contigo —afirmo de nuevo.

Me duele ver la rabia y la tristeza en su mirada. Me gustaría tener más pelotas y poder decirle cuánto la extraño. Confesarle que me he dado cuenta de que mi vida tiene menos sentido sin ella. «Díselo, idiota. En el fondo sabes que estás aquí para eso»,

interviene mi voz interior. Pero no lo hago. Me callo igual que un maldito cobarde.

—Lárgate, Felipe. Vuelve a España y déjame tranquila —me pide acercándose a mí de nuevo a la vez que su dedo impacta en mi pecho con cada palabra. Se lo capturo, pillándola por sorpresa y me aproximo a su oreja.

—¿Estás segura de que es eso lo que quieres? Dime que ese hombre te eriza la piel como lo hago yo. —Le rozo el cuello con la nariz y mi movimiento hace su efecto—. O que, durante estos días, no has pensado en mis besos. ¿Tampoco has deseado cabalgarme igual que la última vez? —Un gemido abandona su boca y sonrío, vencedor—. Yo me acuerdo de ti cada puto día. Me masturbo pensando que eres tú la que mueve mi polla. Es difícil olvidarte, bruja de fuego.

—No puedes hacerme esto —lloriquea con sus labios muy cerca de los míos.

—Te aseguro que este encuentro no es cosa mía, sin embargo, estoy dispuesto a irme y no volver a encontrarme contigo si eso es lo que quieres. Solo tienes que pedírmelo, nena. ¿Estás dispuesta a olvidar para siempre los momentos que hemos vivido juntos? Porque yo no. —Nuestras miradas se recorren los rostros y debo realizar un enorme trabajo de contención para no cargarla en el hombro e irme con ella de este jodido lugar y lejos del tal Maverick—. Dilo. Tú mandas, haré lo que desees.

Niega con la cabeza y, aunque no emite una palabra, es más que suficiente para saber que he llegado a tiempo y que todavía no me ha olvidado. Debo ir con pies de plomo, porque ni yo tengo claro si esto que me remueve por dentro cuando estoy con ella, será suficiente para Lidia. Acabo con la poca distancia que nos separa, acerco mi boca a la suya y le muerdo ese labio inferior que tanto me gusta. Un nuevo jadeo por su parte eriza mi piel y, a pesar del dolor de huevos que tengo en este mismo instante, retrocedo un paso y sonrío de medio lado.

—Eso creía, pequeña. Y ahora, será mejor que entremos, no vaya a ser que Maverick se ponga celoso. —Me estoy comportando como un auténtico gilipollas.

—Eres un imbécil —gruñe a la vez que me esquiva y entra en el *pub*.

Esta vez mi sonrisa es amplia y de vencedor, porque sé que he conseguido mi objetivo. Espero no cagarla de nuevo.

Capítulo 17

Lidia

Entro en el pub igual que un huracán. Estoy muy enfadada con Felipe. ¿Qué narices se cree? He pasado semanas intentando olvidarlo y reconstruyendo los pedazos de mi vida que se quedaron en ruinas al despedirme de él en España. Me dejó muy claro que nunca quiso nada serio conmigo. Entonces, ¿por qué está aquí en Londres y me dice todas esas cosas? Me prometí no mirar atrás y empezar de nuevo, sin embargo, ni siquiera soy capaz de pedirle que se largue, que me deje seguir con mi vida. Hasta ha tenido el descaro de morderme el labio. Maldito Felipe.

Recorro la pista del local donde el murmullo de las conversaciones se mezcla con el tintineo de las copas, pero antes de llegar a la mesa que ocupa Maverick, Pablo y Amber, me desvío hacia el aseo. No puedo presentarme delante de ellos con esta mala leche que se ha apoderado de todo mi ser. Soy una ilusa. Estaba convencida de que podría olvidarlo con rapidez, no obstante, solo ha faltado su presencia y un acercamiento por su parte, para que vuelva a caer en sus garras. Quizás el enfado no sea tanto con Felipe, sino más conmigo misma.

Observo mi reflejo en el espejo. Tengo los pómulos colorados y mis pecas se han acentuado. No sé si se debe al enfado o a la calentura. Felipe, solo con su acercamiento, ha conseguido excitarme en una décima de segundo. No sé qué voy a hacer para quitármelo de la cabeza y también del cuerpo. Odio sentirme así con un hombre que no se lo merece. La puerta del baño se abre y da

paso a una Amber sonriente. Le devuelvo la sonrisa y se sitúa a mi lado.

—¿Va todo bien? —pregunta mirándome a través del espejo.

—Sí, solo me ha sorprendido encontrarme aquí a Felipe.

—Menuda coincidencia que él y Pablo se conozcan.

—Vaya, parece hecho adrede.

—¿Eso crees? Está claro que no le eres indiferente a ese hombre. —Giro la cabeza y observo a Amber mientras se acerca al espejo para repasar el carmín de sus labios. Supongo que es absurdo negar que hubo algo entre nosotros.

—Estuvimos liados una temporada. Nada serio. Solo sexo, ya sabes —confieso con un tono calmado, restándole relevancia al tema.

—Pues debiste dejar una huella importante, cielo. —Ni siquiera sé qué contestar a eso. Ante mi silencio, Amber sigue hablando—: ¿Sabes que estuvieron juntos en el ejército?

—No tenía ni idea. Felipe es un hombre bastante parco en palabras y pocas veces me ha contado cosas de su pasado.

—Esa época fue muy traumática para ellos. —Una punzada de curiosidad bulle en mi interior. ¿Por qué nunca me ha hablado de eso?

—Me alegro de que se hayan reunido de nuevo.

—Pablo está feliz con la visita de Felipe. Siento mucho que para ti no sea igual.

—En unos días se marchará. Su vida está en España.

—Entiendo. ¿Te puedo pedir un favor? —solicita girándose hacia mí para quedar de frente.

—Claro.

—Mav es una gran persona. Hace tiempo que no nos presentaba a una amiga. Y eso significa que le gustas de verdad. No quiero que le rompas el corazón. Ya lo ha pasado muy mal por culpa de otra mujer y le costó mucho seguir adelante. Pareces una buena

chica, Lidia. Habla con él y cuéntale en qué estado se encuentra tu corazón antes de que se haga más ilusiones.

Asiento con la cabeza y no puedo evitar que varias lágrimas se deslicen por mis mejillas. Lo último que quiero es que Maverick sufra. Amber tiene razón y ahora lamento no haber sido honesta con él desde el principio, pero todavía estoy a tiempo. Está claro que aún no he olvidado a Felipe.

Amber me ofrece un trozo de papel y me limpio los restos de mi tristeza y culpabilidad. Espera a que me recomponga y me sonríe cuando nos acercamos a la puerta. Ahora mismo me siento una niña pequeña a la que le han echado un sermón por portarse mal. No es agradable que una persona que acabas de conocer te ponga los puntos sobre las íes. Si en este momento mi padre pudiera verme por un agujero, estaría disfrutando muchísimo de lo ridícula que me siento. «Nunca estarás a la altura, Lidia. Nadie te respetará, porque siempre metes la pata. Así que no te esfuerces demasiado para que la caída no tenga consecuencias catastróficas», sus palabras me martillean la cabeza y un intenso dolor se apodera de mis sienes. Debería irme a casa y olvidar esta noche. Mañana será otro día.

Al regresar a la mesa, nos encontramos a Pablo y Felipe en una charla animada, ajenos a mi batalla interna. Maverick también interactúa, aunque se mantiene en un segundo plano. Mi mirada tropieza con él y enseguida se da cuenta de mi estado de tristeza. Se levanta y me retira la silla de manera caballerosa. Le muestro una sonrisa de agradecimiento.

—¿Estás bien? —pregunta acercándose a mi oreja.

—Sí, tranquilo. Se me ha levantado un molesto dolor de cabeza, eso es todo —respondo. Estamos muy cerca el uno del otro.

El botellín de cerveza que Felipe tenía en la mano impacta con fuerza en la mesa. Ese gesto provoca que mis ojos se centren en él. Su actitud distendida ha desaparecido para dar paso al hombre serio y que siempre parece enfadado.

—¿Quieres qué nos marchemos?

—Será lo mejor. No deseo fastidiaros la noche. Lo siento, pero tengo un horrible dolor de cabeza y me voy a retirar. Ha sido un placer conoceros y espero que repitamos la experiencia en otra ocasión —comento sin mirar a Felipe.

—Nosotros también nos vamos que se ha hecho tarde. Queda pendiente una comida en casa para que pruebes los postres que hace Amber —dice Pablo con una sonrisa a la vez que se acerca a su mujer y le da un beso en la mejilla.

—Me encantará. Gracias por esta noche.

Salimos a la calle y nos despedimos con la promesa de volver a vernos pronto. Noto la intensa mirada de Felipe cuando mi brazo se entrelaza con el de Maverick.

—Quedamos mañana sobre las ocho y así acabamos de perfilar el contrato, ¿te parece? —le pregunta mi cita a su socio.

—Perfecto. Si no llego llámame, no vaya a ser que me quede dormido.

—Hecho. Felipe, ha sido un placer conocerte. —El aludido le estrecha la mano con fuerza, pero Maverick no cambia el semblante. No hago ningún gesto para acercarme a él y despedirme. No quiero que me toque, sin embargo, él no piensa lo mismo.

—Hasta otro día, Lidia. —Besa mis mejillas, muy cerca de las comisuras de mi boca y mi corazón me traiciona galopando a más velocidad de la necesaria.

Ni siquiera me quedan ánimos para mandarlo a la mierda y contestarle que no habrá otro día, que no pienso verlo de nuevo. Pablo le pregunta si quiere que alguien lo acerque a su hotel, pero rechaza el ofrecimiento, ya que no está lejos de aquí y prefiere ir andando. Mejor, a ver si así le da un poco el aire y recupera esa parte del cerebro que parece haber perdido.

Ponemos rumbo hacia el coche mientras resisto el impulso de volver la vista atrás. No pienso darle el gusto a ese maldito engreído. Lo olvidaré, estoy segura. Solo necesito tiempo. Las luces del elegante vehículo de Maverick parpadean y me abre la puerta. Me

estoy acostumbrando a esta amabilidad. Le agradezco el gesto con una sonrisa. Se sienta detrás del volante y nos incorporamos a la circulación con un silencio bastante incómodo en el interior.

—¿Qué ha pasado ahí dentro, Lidia? —pregunta al parar delante de un semáforo en rojo. Su tono de voz indica una preocupación genuina.

Un nudo se instala en mi garganta y me cuesta tragar. No somos pareja, ni siquiera tenemos algo a lo que llamar relación, pero nos estamos conociendo y la llegada de Felipe ha sido tan incómoda, que está claro que le debo una respuesta.

—Felipe es alguien de mi pasado —respondo con la mirada en el suelo—. No esperaba verlo de nuevo y mucho menos aquí.

Maverick asiente mientras acelera para continuar con la marcha. El silencio regresa de nuevo. Estoy tan nerviosa que no puedo dejar de toquetearme las manos.

—¿Quieres hablar de ello? —Sus palabras son una invitación, no una presión. Aprecio mucho ese gesto de comprensión.

—No lo sé —admito levantando la mirada—. Pensé que había pasado página, que con mi estancia en Londres lo había dejado todo atrás. Ver a Felipe ha hecho que los recuerdos volvieran a mí.

—Las emociones son complicadas y los reencuentros con el pasado nunca son fáciles. Lo sé por experiencia —dice acariciando una de mis manos que descansa en el regazo. Sus palabras me reconfortan porque parece que sabe de lo que hablo.

—Gracias por entenderme. Sé que nos conocemos hace muy poco y que ni siquiera hemos tenido un acercamiento íntimo, pero me siento muy cómoda contigo y me gustaría que fuéramos sinceros el uno con el otro.

—Eres una chica preciosa, Lidia. Si no te he besado todavía es porque deseo hacer las cosas bien y también por miedo. He estado con una mujer durante nueve años. Ya estaba todo preparado para casarnos y unas semanas antes, la pillé teniendo sexo con su mejor amigo. No tengo ni idea del tiempo que hacía que me era infiel. Creí

que sería el amor de mi vida y me costó mucho asumir esa puñalada —me explica apretando el volante con las manos. Hace tanta fuerza, que los nudillos se le ponen blancos—. Como te puedes imaginar, ahora voy con pies de plomo y me tomo las cosas con calma.

—Siento mucho lo que te ha ocurrido y entiendo que seas precavido. Si me llega a pasar algo así, no sé si sería capaz de seguir adelante.

—Me costó, no te creas. Y todavía no tengo muy claro que lo haya superado. Siempre quedan secuelas. Sobre todo, cuando me tropiezo con ellos y los veo cogidos de la mano, felices. Van a tener un bebé, ¿sabes? Jamás pensé en ser padre, nunca lo habíamos hablado.

—Estoy convencida de que volverás a enamorarte, Maverick. Eres un gran hombre y, cuando menos te lo esperes, encontrarás la felicidad.

—Quizás sea contigo.

—Quién sabe. De momento aún nos queda un camino para sanar por separado. Vamos a darle tiempo al tiempo.

—¿Qué te hizo ese idiota para que huyeras de él? —pregunta curioso.

—Nuestra relación fue complicada desde el principio. Primero está la diferencia de edad. Nos llevamos dieciséis años. Aunque esto es más un problema para él que para mí. Nunca me prometió una relación, así que en realidad no me hizo nada. Supongo que nuestro concepto del amor es distinto. Felipe fue alguien importante en mi vida, pero también un hombre de quien necesito alejarme y así poder encontrarme a mí misma. Él no puede ofrecerme lo que quiero y yo me niego a seguir con un romance a medias. —Maverick aprieta mi mano de manera suave, dándome su apoyo.

—Lo fundamental es que ahora sabes lo que quieres y eso es lo que cuenta.

Sus palabras, tan simples, pero tan llenas de significado, me dan la fuerza que necesito para enfrentarme a este inesperado

encuentro. No sé qué narices pretende Felipe, no obstante, no pienso ceder a sus provocaciones. O por lo menos, lo intentaré, aunque visto lo visto esta noche, no será una tarea sencilla.

Capítulo 18

Lidia

El silencio es casi palpable mientras espero mi turno para hablar en la sala con los techos altos y las paredes revestidas de madera oscura del tribunal. El reloj marca las diez de la mañana y unos tímidos rayos de sol se filtran por la ventana. Estoy a punto de defender mi primer caso en Londres. Echaba de menos sentir la adrenalina que me recorre el cuerpo al estar delante del jurado y sobre todo del juez, un hombre de rostro severo y mirada penetrante.

—Letrada, ¿está preparada para presentar su caso?

—Sí, señoría —empiezo con voz firme—. Estamos aquí con el objetivo de demostrar que mi cliente, el señor Murphy, no es culpable de los cargos que se le imputan.

El abogado de la acusación, una mujer de mediana edad con un porte serio, casi amenazador, me interrumpe:

—Con el debido respeto, señoría, las pruebas que se han presentado son concluyentes.

El juez levanta la mano para silenciarla.

—Permita que la defensa termine su argumento, letrada. —Respiro hondo y continúo.

—Como decía, las pruebas presentadas son circunstanciales y no demuestran que mi cliente haya cometido el delito en cuestión. Además, tenemos un testigo clave que no ha podido presentarse por razones de salud, sin embargo, está dispuesto a testificar en cuanto se recupere.

El juez asiente de manera lenta mientras considera mis palabras.

—¿Y qué garantiza que este testigo comparecerá en otra fecha? —cuestiona. Su voz grave resuena en la sala. No me acobardo. He batallado contra individuos más intimidantes.

—Su señoría, este testigo ha proporcionado una declaración jurada y está dispuesto a personarse en cuanto su enfermedad se lo permita. Sin su testimonio, nos vemos injustamente limitados.

El hombre que preside la sala se inclina hacia adelante, se retira las gafas y me observa con el ceño fruncido. El silencio es casi ensordecedor mientras todos esperan su resolución.

—Bien, dado que la defensa ha presentado una razón válida y, considerando la supuesta importancia del testigo mencionado, el juicio se aplaza. Quiero que ambas partes estén preparadas para reanudarlo en dos semanas.

—Gracias, señoría —respondo con un suspiro de alivio y una enorme satisfacción interior.

La abogada de la acusación, aunque bastante frustrada, asiente con la cabeza y le indica al juez que ha entendido su decisión.

Con un golpe del mazo, declara aplazado el juicio. Recojo mis papeles, dándome por satisfecha con lo que acaba de suceder. Es justo lo que buscábamos, así que lo considero una victoria, aunque queda mucha batalla todavía. Mi cliente me agradece el esfuerzo y acordamos reunirnos, en unos días, a fin de preparar la próxima sesión.

Salgo del tribunal y detengo un taxi para que me lleve de vuelta al bufete. Allí, el ritmo es el mismo de siempre. Saludo a todo el personal con el que me tropiezo y les regalo una sonrisa sincera, incluso a Robert, que me observa desde uno de los cubículos con cristalera. Estoy contenta. Me habían contado que este juez es un hueso duro de roer e iba preparada para cualquier cosa.

Poco a poco me voy adaptando a Londres y a esta Lidia responsable. ¿Echo de menos a la anterior? Sí, un poquito. Cada vez

que me acuerdo de esa parte de mi vida, el rostro de Felipe se materializa en mi mente, oscureciéndome un poco la dicha. No sé nada de él desde que nos vimos en el *pub*, y de eso hace dos días. A lo mejor ya ha regresado a España y no tendré que volver a verlo. Una parte de mí desea con fuerza que así sea, sin embargo, a la otra, le encantaría tenerlo cerca de nuevo y que me confesara que me quiere con toda su alma y que no puede vivir sin mí. Sé que eso jamás sucederá, pero es bonito poder soñar.

Me deshago de esos pensamientos de cuento de hadas y vuelvo a recuperar mi alegría a medida que me acerco a la mesa de Hailey. Cuando nuestras miradas se tropiezan, sus ojos brillan de curiosidad.

—Lo has logrado —afirma al ver mi rostro de felicidad.

—Por supuesto. El juez ha aceptado nuestra petición y ha decidido aplazar el juicio —le cuento a la vez que entro en mi despacho. Hailey deja lo que hacía y me sigue—. Me lo habían pintado tan mal, que estaba preparada para lo peor. Parece que hoy los astros están de nuestro lado.

—También puede que se deba a que es viernes y ese juez estaba deseando empezar el fin de semana.

—O que le hayan puesto cachondo mis pecas. —Las dos soltamos una carcajada. Esta mujer se ha vuelto un magnífico apoyo.

—Sabía que lo conseguirías —asegura una vez dejamos de reír —. Eres una gran abogada y una excelente directora.

—Te agradezco las palabras y ojalá todo el mundo opinara igual que tú, Hailey. No habría podido lograrlo sin tu ayuda. Hacemos un gran equipo. —Levanto la palma de la mano y ella no duda en chocarla. Esta mujer siempre tiene una palabra amable o un gesto alentador. Es una estupenda compañera.

Justo en ese momento, unos toques en la madera, nos anuncia la presencia de alguien. La puerta está abierta y allí, plantado, me sorprende encontrarme a Robert. Mi cuerpo se tensa y pierdo la comodidad que siento con Hailey. Este hombre y yo tenemos una

relación complicada. No es mala persona, o eso quiero creer, pero su tendencia a rebatir todas mis propuestas y sus ganas de ocupar mi puesto, me ponen en alerta.

—Pasa, Robert. ¿Qué puedo hacer por ti? —le pregunto mientras mi secretaria nos deja solos, antes de realizar un gesto de sorpresa con los ojos a espaldas de la visita.

—He oído que has conseguido un aplazamiento en el juicio —dice con una expresión que no consigo descifrar. Me pongo en pie y trato de mantener el rostro impasible.

—Sí, así es. No ha sido sencillo, pero lo hemos logrado. —Robert asiente, aunque sus ojos no revelan nada.

—Es impresionante, de verdad. Ese juez tiene fama de no prorrogar sus juicios. Me parece que este caso está en buenas manos.

Me quedo en silencio. La felicitación me pilla desprevenida. Esperaba una crítica o un comentario sarcástico por su parte, no obstante, nada de eso llega. Parece una felicitación sincera. Me siento algo descolocada. ¿Se habrá dado cuenta de que no estoy aquí para pasar el rato?

—Gracias, Robert. Eso significa mucho viniendo de ti —respondo tratando de sonar sincera a pesar de mi sorpresa.

Él asiente de nuevo y, por un momento, parece que va a decir algo más, pero se da la vuelta y abandona el despacho. Lo observo salir y me cuestiono si sus palabras esconden algún significado oculto.

Hailey no tarda en aparecer de nuevo y me lanza una mirada que refleja mi propia confusión, lo que me demuestra que ha estado escuchando.

—¿Te ha felicitado? —pregunta en voz baja, como si compartiéramos un secreto. Me encojo de hombros, intentando descifrar lo sucedido.

—Eso parece. No sé qué pensar. Quizás ha tenido un buen día.

—Ese hombre hace años que no tiene un buen día, Lidia. Se pasa las semanas refunfuñando por todo.

—Pues tal vez está tramando algo.

—Esa opción es más lógica —responde con una sonrisa pícara —. También puede ser que empiece a reconocer tu valía. Sea lo que sea, ha sido agradable ver cómo se rebajaba.

—Quizás, quién sabe —le contesto a la vez que me río por su comentario.

Una pequeña duda se pasea por mi mente. ¿Podría ser que Robert esté cambiando de actitud? ¿O esto es un simple preludio de algún tipo de estrategia para acabar conmigo?

Sacudo la cabeza, decidida a no obsesionarme con ello. He trabajado duro con el objetivo de llegar hasta aquí y no dejaré que alguien como él me robe la alegría de una pequeña victoria.

Le pido a Hailey que me traiga uno de esos tés suyos, que me prepara con tanto cariño, y retomo el arduo trabajo de ponerme al día con la contabilidad y el papeleo para realizar el informe que me ha pedido mi padre. No hay duda de que prefiero pelearme en los tribunales, que estar aquí sentada rodeada de números.

A primera hora de la tarde, mi mente está enfocada en desentrañar los enredos legales de un caso que parece no tener fin. De repente, el sonido del móvil interrumpe mi concentración. Maldigo al darme cuenta de que olvidé silenciarlo, pero al ver el nombre de Rocío en la pantalla, una sonrisa se dibuja en mi rostro.

—¿Qué tal, amiga? —le pregunto al descolgar—. ¿Ha sucedido algo? Es raro que me llames a estas horas.

—Está todo bien, no te preocupes. Me he enterado de una noticia y tenía que contártela —dice mi amiga con emoción. Lo primero que se me pasa por la cabeza es que puede estar embarazada.

—Pues dime, ahora me tienes intrigada.

—Me ha dicho un pajarito que Felipe está en Londres de vacaciones —comenta como si tuviera una primicia entre las manos.

Mi silencio provoca su reacción—. Lo sabías y no me has dicho nada.

Sus palabras hacen que los recuerdos de nuestro encuentro sorpresa llene mi mente de escenas no aptas para menores. Es curioso que un hombre sea capaz de hacerme sentir tantas cosas con un simple roce. Me da mucha rabia no poder controlar mis emociones cuando está cerca de mí.

—Nos encontramos el miércoles por casualidad —admito mientras intento mantener la calma—. Fue todo un poco surrealista, la verdad.

—Me hubiera gustado que me llamaras para contármelo. —Su voz, una mezcla de reproche y tristeza me encoge el corazón.

—Fuiste tú la que pidió mantenerse al margen de nuestra relación. Me costó mucho no poder marcar tu número y explicarte lo que sucedía. Pensé que lo había superado, que este nuevo destino sería el indicado para olvidarlo, pero…

—No ha sido así —acaba ella por mí. Me quedo callada, dándole la razón con mi silencio.

—Resulta que el socio de Maverick también es amigo de Felipe. Así que nos encontramos por casualidad en un *pub*. Bueno, así quiero creerlo yo. Me daría un poco de miedo que estuviera vigilándome. Lo que no entiendo es que hay millones de lugares a los que ir de vacaciones. ¿Por qué Londres?

—Me imagino que para visitar a su amigo y, de paso, si podía verte, pues mejor.

—Ojalá pudiera entender qué mosca le ha picado. Dice que no tiene corazón, que no puede enamorarse y mil mierdas, pero llega aquí y no hace más que provocarme y decir cosas que me confunden. ¿Sabes lo qué es más penoso? Que, si me hubiera pedido que me quedara en España, lo habría hecho.

—Sigues enamorada de él —asegura Rocío con esa intuición que siempre ha tenido para leerme.

—Como una auténtica idiota. El problema es que soy consciente de que jamás seré correspondida y, aun así, no soy capaz de

olvidarlo. Hasta Maverick y sus amigos se dieron cuenta de que hubo algo entre nosotros —le confieso dejando escapar un suspiro.

—Sabes, a veces no tengo tan claro que no sienta nada por ti —añade mi amiga siempre optimista.

—Por supuesto que siente algo por mí, y se llama atracción. Solo me ve como un trozo de carne con la que disfrutar del sexo. Estoy cansada, Rocío. No quiero seguir batallando con algo que nunca sucederá. Necesito que me deje pasar página, centrarme en el trabajo y disfrutar de mi estancia en Londres.

—¿Qué ocurrirá con Maverick? —curiosea.

—He sido sincera con él y me ha entendido. También tiene sus cargas emocionales, así que nos lo tomaremos con calma, como buenos amigos. Y el tiempo dirá.

—Es una gran idea, Lidia. Ese hombre parece una persona agradable.

—Sí. He tenido suerte de encontrarlo.

—¿Te gustaría ver a Felipe de nuevo antes de que se marche? —me pregunta con un tono comedido.

—La verdad, es que no lo sé. Por un lado, sí. Sé que puede parecer una locura, pero echo de menos su seriedad y los gestos que realiza cada vez que intento hacerlo reír mientras se contiene. También el roce de sus manos o cuando me llama bruja de fuego con esa voz tan profunda. Sin embargo, la otra parte de mí desea no tener que tropezarme con él nunca más a fin de olvidarlo y no sufrir por algo que jamás podrá suceder.

—La vida es demasiado corta para no seguir lo que nos dicta el corazón, amiga.

—Lo sé, pero ¿qué pasa cuando los dos corazones no laten al mismo ritmo?

—Negaré haber dicho esto, porque como bien has comentado, me gustaría mantenerme al margen de lo que sea que tenéis. Os quiero mucho a los dos. No obstante, te voy a dar mi opinión y a mojarme un poco. En vuestro caso, creo que la frecuencia es la

misma, solo que el suyo, está algo rezagado y necesita un empujón para alcanzar tu nivel.

El silencio envuelve la línea mientras analizo sus palabras. Es la primera vez que Rocío habla de nuestra relación y su apreciación me han dejado descolocada. ¿Puede ser que tenga razón?

—Sé que tienes mucho que analizar, pelirroja, pero conozco a Felipe y algo me dice que ese encuentro puede ser casualidad, sin embargo, también está ahí para intentar entender sus sentimientos. Medita lo que necesites y ya sabes que cualquier cosa estoy a solo una llamada.

—Muchas gracias, amiga. Me encantaría abrazarte. Aquí la gente es bastante sosa.

—Seguro que pronto nos vemos, cielo.

Me despido de Rocío con un beso y cuando la llamada termina, todos los pensamientos y las palabras se me acumulan en la cabeza provocándome un increíble malestar. Creo que la jornada laboral se ha acabado por hoy. Voy a encerrarme en mi piso y a soltar las penas con una tarrina de helado y alguna serie o película triste que me dé la excusa de llorar un ratito.

Capítulo 19

Felipe

El aire es fresco y el cielo grisáceo amenaza lluvia, pero eso no importa. Hoy es un día especial, porque después de tanto tiempo, podré reunirme con Pablo, los dos solos, desde que dejamos atrás aquellos días de uniforme y disciplina.

Llego a la cafetería donde hemos quedado. Es un pequeño establecimiento con grandes ventanales que dan a la calle. En el escaparate se muestra un gran surtido de dulces y, al entrar, me recibe un increíble olor a café. Pablo ya ha llegado y se encuentra sentado en una mesa del fondo. Me ve y sonríe. Se levanta y nos saludamos con un abrazo.

—Veo que hay cosas que no cambian —le digo señalando el aparador con la cabeza.

—El chocolate es el único vicio que me queda. Y aquí hacen unos *muffins* deliciosos. Solo vengo cuando tengo un evento importante, porque sería mi perdición y acabaría con un ataque al corazón por culpa de un exceso de azúcar. Ahora que voy a ser padre, debo cuidarme para ver crecer a mi hijo.

—¿Eso significa que va a ser un niño?

—Así es. Vamos a tener un muchachote —responde con una inmensa sonrisa—. No te imaginas cómo me alegro de verte, amigo.

—Lo mismo digo. Ha pasado demasiado tiempo. Después de aquella época, intenté alejarme de todo lo que me recordaba a ese mundo, incluidos los compañeros.

—Sí, yo hice algo similar, pero no fue hasta que me marché de España, que conseguí centrar mi vida de nuevo. Para hablar de esto, vamos a necesitar llenar el estómago y coger fuerzas.

—Tienes toda la razón.

Llamamos la atención del camarero y pedimos unos cafés. Pablo se decanta por uno de los famosos *muffins* de tres chocolates y yo una tostada con aguacate, huevos y salmón.

—Tú sí que no has cambiado nada. Sigues siendo el tío serio, fuerte y sano —dice Pablo una vez el camarero se aleja.

—Mi objetivo ha sido olvidar y no he tenido tanta suerte como tú de encontrar a una mujer que me soporte.

—Amber me ha cambiado la vida —afirma con la mirada perdida—. No fue sencillo, la verdad. Mi esposa es una santa y tuvo mucha paciencia. Me ayudó a encajar las piezas rotas de nuevo. Soy muy afortunado. ¿Qué te animó a ti a seguir?

—El trabajo. Llevo muchos años siendo la mano derecha de Alfred Scott. Es un arquitecto de los grandes. Lo acompaño a todos los eventos y me encargo de su seguridad y de la de su familia. Es un buen trabajo, aun así, siento que mi paso por el ejército me dejó tan roto, que no sé si seré capaz algún día de recomponerme como has hecho tú —le confieso. Sé que Pablo me entiende. Vivió conmigo la pérdida de compañeros y lo dura que fue esa etapa.

—Hace unos años que yo estaba igual, Felipe. Hasta que llegó una motivación que me hizo reaccionar. Quizás tu trabajo no te llene tanto como imaginas.

—Puede ser. Últimamente, me cuestiono todo y es desesperante. Tengo la sensación de que, a mis cuarenta y cuatro años, no he hecho nada de provecho en la vida.

La mesa se queda en silencio mientras el camarero deposita nuestro desayuno. Todo tiene una pinta deliciosa. Miro a Pablo y sonrío ante su cara de felicidad al ver la bomba de azúcar que han colocado delante de él.

—Deberías enamorarte —suelta mientras le quita el papel al *muffin.* Elevo las cejas, sorprendido con su respuesta. Como si fuera tan sencillo y el amor lo arreglara todo.

—Ni siquiera sé lo que es amar de verdad. Mi padre se encargó de que no tuviera sentimientos. Me crie en un ambiente tan rígido… Perdí el corazón en aquel campo de batalla —le revelo a la vez que le doy un sorbo al café.

—Entiendo. —Mi amigo afirma con un lento movimiento de cabeza—. Muchos de nosotros sentimos algo similar, pero no teníamos la presión de los padres. Lo que sucedió aquel día nos marcó para siempre. Por nuestro bien, debemos seguir adelante de la mejor manera posible. ¿Has ido a terapia?

—Sí, aunque hace tiempo de eso. Podría considerar retomarla. —Es un asunto en el que he estado reflexionando durante las últimas semanas. Sobre todo, desde que empezaron las pesadillas de nuevo.

—Me parece una idea estupenda. A mí me ayudó mucho. Cuando conocí a Amber, retomé las sesiones al darme cuenta de que, si no cambiaba de actitud, la perdería. No sabía cómo cojones hacerla encajar en mi mundo. Estaba tan confundido, que casi me vuelvo loco. Me enamoré por completo de ella, pero había días en los que no soportaba su compañía. Necesitaba lamerme las heridas solo. Amber siempre respetaba mi decisión, sin embargo, cada vez que la tenía lejos, joder, la ansiedad se apoderaba de mi pecho y me provocaba una sensación tan dolorosa, que en ocasiones creí que me estaba dando un ataque al corazón. Era una auténtica mierda.

Me acerco un pedazo de tostada a la boca mientras analizo sus palabras. A mí me pasa algo parecido desde que Lidia se ha alejado de mí. Saber que no puedo verla ni perderme en su interior mientras me abraza o acaricia mi pelo me provoca un miedo atroz. Y mi pasado regresa de nuevo.

—Sé de qué hablas. Hace unas semanas que las pesadillas han vuelto. La sangre, el ruido de las balas y las explosiones,

compañeros descuartizados…, apenas soy capaz de dormir tres horas seguidas.

—¿Y sabes cuál es el desencadenante?

—Creo que sí.

Pablo me observa y entrecierra los ojos, analizándome. No es tonto y sé que llegará al motivo él solo.

—Es una mujer, ¿verdad? —Afirmo con la cabeza—. Joder, es Lidia.

Ni confirmo ni desmiento, no hace falta, es absurdo. Quizás no debería sincerarme con él, ya que su socio está intentando ligársela, no obstante, precisaba hablar con alguien que me pudiera entender. Una persona que haya estado en una situación similar a la mía y Pablo es la mejor opción.

—Llevábamos cerca de dos años tonteando. Nada serio, porque ella es demasiado buena para estar con alguien como yo. Se cansó de mi actitud de mierda y, desde que está aquí, tan lejos de mí, todo mi mundo se ha desmoronado. Ni siquiera sé si la quiero, porque no tengo ni idea de si mi corazón sabe lo que es eso. Sin embargo, la echo mucho de menos, he perdido la concentración y el puñetero pasado no deja de perseguirme desde que se fue.

—¡Vaya! Estás bien jodido, colega.

—Eso parece. ¿Sabes si hay algo entre Maverick y ella?

—No tengo ni idea. Se están conociendo. El otro día era la primera vez que veíamos a Lidia, pero debe de ser importante para él, porque hacía mucho tiempo que no nos presentaba a una mujer.

Contengo una mueca de dolor al escuchar sus palabras. Puede que vayan más en serio de lo que creía. ¿Y sí en realidad él consigue hacerla feliz? ¿Y sí es el tío que Lidia necesita?

—Quizás debería alejarme —digo en voz alta lo que mi cerebro se niega a reconocer.

—No sé qué contestar a eso, Felipe. Maverick es una persona increíble y quiero que sea feliz, aunque él también tiene sus mierdas

que arreglar. Si fuera tú, hablaría con Lidia. Me sinceraría. Ábrele tu corazón, dile lo que sientes. Si te quiere, tendrá paciencia e intentará ayudarte.

—¿Y si lo nuestro es imposible? —Pablo arquea una ceja, curioso.

—¿Lo dices por tu pasado?

—También, pero sobre todo por la diferencia de edad. Ella es más joven y está viviendo una etapa distinta de su vida. ¿Y si Lidia quiere casarse y tener hijos? No soy capaz de saber si me puedo enamorar y jamás ha pasado por mi cabeza la idea de ser padre. Mi ejemplo de esa figura es bastante precario.

—Sé que sonará a cliché o algo cursi, pero soy de los que piensa que el amor no tiene edad, Felipe. Si te importa de verdad, y yo creo que es así, no dejes que tus pensamientos pesimistas te detengan. Habla con ella, cuéntale cómo te sientes. Siempre fuiste el más valiente de todo el batallón. ¿Dónde queda ahora ese Felipe?

—En aquel campo de batalla, donde perdió el corazón y el alma.

—Eso es lo que tú piensas, pero no perdiste nada, tío. Solo está encerrado ahí dentro —replica señalando mi pecho con el dedo índice—. El problema es que ahora quieren salir, porque se han tropezado con algo bonito, y no le das la oportunidad de hacerlo. Deja de boicotearte, colega. Sácate el palo del culo y empieza a vivir.

Una sonrisa se asoma en mi rostro al escuchar sus palabras y, sobre todo, al notar su felicidad mientras se come el *muffin* y el chocolate le chorrea por uno de sus dedos.

Nos mantenemos un rato en silencio y sus palabras resuenan en mi mente. Aunque la inseguridad sigue presente, me reconforta su apoyo. Sé que tiene razón, que debería lanzarme a averiguar si estas emociones que nunca he sentido son amor, pero todavía no me encuentro seguro para dar ese paso.

Cambiamos de tema y dedicamos las horas siguientes a recordar viejas historias y reírnos juntos de aquellos buenos recuerdos de nuestro paso por el ejército. No todo fue malo. Me doy

cuenta de que hacía mucho tiempo de que no me sentía así de bien y liberado. He echado de menos esos momentos sencillos y la camaradería que solo entienden los amigos que han compartido tanto alegrías como tristezas.

Damos por finalizado el encuentro cerca del mediodía con la promesa de vernos de nuevo antes de mi regreso a España y dejando claro que no podemos permitir que pase tanto tiempo sin estar en contacto. Nos abrazamos en la puerta y lo veo desaparecer por el acceso al metro.

Decido dar un paseo y, mientras camino de regreso al hotel, las palabras de Pablo siguen resonando en mi mente. Sé que mi amigo tiene razón y es hora de enfrentar mis miedos y hablar con Lidia. No sé qué sucederá, pero al menos quiero intentarlo. Otra cosa es que sepa hacerlo. Soy tan desastre para los sentimientos, que es posible que acabe jodiéndolo más. «Así no empiezas bien, Felipe. Hay que ser positivo», me reprocha mi voz interior.

Es curioso que una charla haya provocado estas ganas de comerme el mundo. Me siento algo más liberado y eso es un auténtico alivio. Levanto la vista y me dejo envolver por el bullicio de la ciudad, que parece susurrarme que todo es posible si estoy dispuesto a arriesgarme. Y, por primera vez en mucho tiempo, me siento un poco más valiente. Quizás, después de todo, mi corazón no esté tan dañado como he creído siempre. Ahora solo queda estudiar la manera de acercarme a Lidia y lo más complicado, que me escuche. Conozco a la bruja de fuego y sé que no va a ser tarea fácil.

Capítulo 20

Lidia

Recojo mi melena rojiza en una trenza con el propósito de que no me estorbe el pelo en la cara y la coloco por encima de mi hombro. Busco mis deportivas blancas, me arrodillo y las ato. Ya solo me falta una sudadera y estaré lista para salir a conocer la ciudad.

Ayer por la noche recibí un mensaje de Maverick, proponiéndome un paseo por los mejores sitios de Londres y así, cumplir la promesa de hacerme de guía. Me encanta la idea, pues desde nuestra última cena, esa que no acabó tan bien cómo esperaba, hablamos por teléfono, pero no nos habíamos visto.

Es sábado y el clima es inusualmente amable. Las nubes se pasean por el cielo, aunque según los expertos, no hay amenaza de lluvia. Lo cual es una bendición en este lugar. Mi teléfono emite un sonido avisándome de un mensaje. Sonrío al ver que, como ya es habitual en él, Maverick llega puntual, igual que un reloj suizo.

A pesar de la charla en la que los dos abrimos los corazones, nuestras formas de ser han congeniado a la perfección. Se podría decir que somos amigos y saber que puedo contar con él es un alivio para la soledad que a veces siento en este país. Maverick es encantador y atento. Todo un caballero de esos que ya no se encuentran. Quizás en otra vida nos hubiéramos enamorado locamente, pero en esta, es más complicado. Los dos necesitamos tiempo de sanación. A lo mejor, en algún momento, podamos tener un acercamiento, aunque para mí, lo más importante ahora es contar con su amistad.

Cuando salgo del portal me recibe con las manos en los bolsillos de su tejano y una gran sonrisa en el rostro. También ha optado por un atuendo cómodo, ideal para moverse por las calles de Londres.

—¿Con ganas de aventura? —me pregunta a la vez que deja un beso en mi mejilla.

—Por supuesto. Me muero por saber qué esconde esta ciudad.

—Pues vamos allá. Empezaremos por el museo. Está a dos paradas de metro de aquí —dice tendiéndome una tarjeta de color azul—. Es recargable. Así dejarás de gastarte un dineral en taxis.

Se la cojo con una sonrisa en la cara. Hace tiempo que tendría que haberme hecho con ella, sobre todo después de que Maverick me lo hubiera recordado en varias ocasiones, pero la falta de tiempo por culpa del trabajo no me lo ha permitido. Ahora ya la tengo. Bajamos las escaleras del acceso que hay a unos metros de mi piso mientras hablamos de temas trascendentales.

El majestuoso edificio que acoge el museo británico me deja con la boca abierta. Lo había visto en fotos, pero es mucho más impresionante en vivo y en directo. Lo que acaba de alucinarme es su interior.

—Vamos a descubrir unos dos millones de años de historia y cultura de la humanidad.

—Madre mía, pero aquí podemos pasarnos toda la mañana.

—Y la tarde, si quisieras. Sin embargo, solo disponemos de dos horas para cumplir el itinerario que llevo planeando varios días —remarca guiñándome un ojo—. Si te quedas con ganas, puedes venir en otro momento. Como ves, lo tienes muy cerca de casa y, además, la entrada es gratuita. Así que no hay excusa para repetir.

—Lo haré —comento mientras elevo la cabeza y observo el maravilloso techo.

—Venga, vamos —me pide cogiéndome de la mano y arrastrándome por los pasillos.

Nos reímos al ver esculturas sin cabezas y me saca una foto al lado de un *Moai* de la Isla de Pascua y de la momia de *Katebet*.

También nos hacemos varios selfis. Me cuenta la de veces que han visitado el museo con el colegio y que, en una de ellas, él y dos amigos más se escondieron y después no encontraban al grupo.

—Nos asustamos un montón. Tom empezó a decir que se iban a ir sin nosotros y que tendríamos que dormir aquí dentro, con todos estos trastos viejos. Ver las momias nos puso la piel de gallina y al final decidimos dejar a un lado nuestro falso valor y buscamos un guardia de seguridad para que nos ayudara.

—Viéndote ahora, nunca diría que fuiste un niño temerario.

—Y no lo era, pero ya sabes cómo funcionan las amistades.

Le sonrío mientras nos paramos a observar una impresionante armadura samurái. Seguimos en silencio por los diferentes pasillos del enorme museo hasta que acabamos delante de la colosal cabeza de un faraón. Es sorprendente poder conocer maravillas de todas las culturas en un solo lugar. No hay duda de que volveré otro día con más calma.

—¿Cuál es el siguiente destino? —le pregunto tan ilusionada como una niña pequeña.

—Cerca de aquí hay un mercado que estoy seguro de que te gustará.

Me hace un gesto con la cabeza para que lo siga y recorremos las calles con calma mientras me cuenta anécdotas de su infancia aquí en Londres. Su sentido del humor es contagioso y pronto me encuentro riendo con él. El paseo está siendo ameno y divertido. Justo lo que necesitaba para sacarme de encima la presión del trabajo y también olvidarme de Felipe por un rato. No sé si sigue por aquí o ya ha vuelto a España y, la verdad, es que me importa un carajo. «Deberías ser más convincente, porque eso no se lo cree nadie, bonita», se burla mi conciencia.

—Mira —dice de repente, sacándome de mis pensamientos y deteniéndose delante de una de las famosas cabinas telefónicas de color rojo—. Siempre he pensado que estos cubículos tienen un encanto especial, aunque ya casi nadie las utilice.

—Es cierto —respondo—. Me recuerdan a esas películas antiguas que emitían cuando era niña.

Entro en ella y Maverick no duda en hacerme una nueva fotografía.

Continuamos nuestro paseo por las calles empedradas hasta que llegamos a un mercado al aire libre. Los puestos están repletos de flores, frutas y una gran variedad de artesanía. El bullicio es contagioso y el aire está lleno de aromas frescos.

—¡Qué maravilla! —exclamo a la vez que señalo un puesto con pequeñas esculturas de vidrio—. Nunca había visto unas piezas tan bonitas.

Me acerco para ver mejor y quedo fascinada por la delicadeza de las obras. Tomo una pequeña figura de un gato. Su forma es tan perfecta que parece que va a cobrar vida en cualquier momento. Mi mirada se tropieza con la de Maverick que me sonríe. Cuando estoy a punto de devolverla a su lugar, sus manos me lo impiden. Le entrega un billete al señor que atiende el puesto.

—No hace falta —le reprocho intentando devolver el gato.

—Es un regalo para que recuerdes este día. —No puedo negarme, sería de mala educación. Así que se lo entrego al hombre a fin de que lo envuelva y que no se rompa.

—Pues muchas gracias.

El paseo continúa y nos detenemos en otro puesto, esta vez, de comida. Pedimos el famoso *fish and chips* y caminamos hacia el río. Nos sentamos en un banco con nuestro almuerzo y cierro los ojos cuando unos tímidos rayos de sol me golpean en la cara.

—¿Cómo va el bufete? —pregunta. Me giro para mirarlo y lo observo llevarse un trozo de pescado a la boca.

—Va bien. Es un desafío, porque no pasa por su mejor momento. Estoy aprendiendo a manejarlo —respondo con un encogimiento de hombros.

—Seguro que haces un gran trabajo.

—Lo intento, que ya es mucho. En realidad, lo que a mí me gusta, es prepararme los juicios y enfrentarme a los jueces. Odio el papeleo y tener que ejercer de jefa.

—Pues yo diría que se te da bien mandar —indica con una sonrisa burlona.

—No te creas, y ser la hija del dueño no ayuda. La mayoría piensa que soy muy joven y una enchufada. Así que mi trabajo pierde credibilidad.

—Menuda tontería.

—Ya, pero por desgracia, no todo el mundo tiene una visión tan amplia.

—Igual no te interesa mi opinión, sin embargo, te la voy a dar. Pienso que eres una mujer muy valiente y admirable. Has dejado toda tu vida para empezar de cero en un país que no conoces y lejos de tu gente. Además, te has hecho cargo de un negocio que se tiene que reflotar. No hay muchas personas que se atrevan a todo eso.

—Gracias por levantar mi ego, lo necesitaba —le respondo con una enorme sonrisa en el rostro.

Me acerco a su mejilla para darle un beso de agradecimiento, pero Maverick gira la cabeza y nuestros labios se encuentran. Es un contacto tímido y algo infantil al que no estoy acostumbrada. Ni siquiera ha sido suficiente para saber si me ha gustado. Su rostro enrojece y hace una mueca de arrepentimiento.

—Perdona, no debería haberlo hecho —se disculpa. Está incómodo y su gesto me produce mucha ternura.

—Ha sido muy osado por tu parte —le reprocho seria, aunque me muero de ganas de reírme y me está costando un mundo contenerme.

—Lo sé y lo siento, de verdad. No tengo ni idea de lo que me ha pasado.

Maverick es un hombre demasiado «inglés». Es tan correcto que, si no lo conoces, puede parecer un estirado, pero tiene buen corazón. Eso está claro. Se me hace raro que alguien como él, tan

guapo y joven, se contenga de semejante manera. Si fuera otro ya me hubiera llevado a la cama. No tengo dudas de que le atraigo, aunque su corazón esté dañado. El sexo es diversión, así que yo no me habría negado. Los dos estamos solteros y sin compromiso, lo podríamos pasar muy bien juntos.

Pone los ojos en blanco al ver mi sonrisa y darse cuenta de que le estoy tomando el pelo. Quizás lo único que precisa es un empujoncito y yo puedo dárselo. Me siento cómoda con él. Me hace reír y es detallista. Estoy construyendo una nueva vida, así que voy a dejarme llevar. Enmarco su cara con las manos y le planto otro beso en los labios. Esta vez más profundo y largo, aunque nuestras lenguas se mantengan en sus respectivos hogares.

—¿Qué más sitios hay que visitar? —le pregunto restándole importancia a la nueva unión de las bocas. Lo he dejado sin habla, así que le cuesta unos segundos reaccionar.

—Seguro que todavía no has visto el Big Ben.

—Pues la verdad es que no.

—Ha llegado el día de ponerle remedio.

Tiramos los envases de la comida a la basura y me agarro a su brazo para seguirle el paso. Disfrutamos de una tarde muy divertida y descubro que Londres es una ciudad preciosa. Y eso que, según Maverick, no he visto ni la mitad. Es una buena excusa para otro fin de semana.

Llegamos a mi casa cerca de las nueve. Hemos cenado una pizza y, aunque me encantaría seguir paseando, los dos estamos muy cansados. No se me ocurre invitarlo, porque no creo que acepte. Si quiere algo, tendrá que ser él quien dé el primer paso.

—Gracias por este gran día, Maverick. Necesitaba desconectar.

—Ha sido un placer. Me ha encantado compartir mi ciudad con alguien tan especial como tú —responde mirándome con una expresión que mezcla la sinceridad y la calidez.

A punto estoy de pedirle que suba, pero al final me reprimo. Soy yo la que vuelve a coger la iniciativa para regalarle un beso de

despedida.

—Hasta el próximo encuentro —susurro con un tono provocador.

Él me sonríe, aunque no dice nada. Me giro y entro en el edificio. Sé que sigue ahí afuera, a la espera de verme desaparecer. Saludo al portero, cojo el ascensor y me adentro en casa con una enorme sonrisa. Ha sido un buen día.

Cuando estoy a punto de sacarme la segunda zapatilla, tocan a la puerta. Mi estómago se emociona al saber que por fin se ha animado a dar el paso. Me acerco, abro y lo recibo con una inmensa sonrisa. Esta es una gran manera de acabar la jornada. O no.

Capítulo 21

Lidia

Mi rostro pierde la sonrisa. El cuerpo se me tensa y elevo el mentón en una pose altiva. Mi coraza, esa que había desaparecido con mi estancia en Londres, regresa al ver al hombre que se encuentra al otro lado.

Todavía lleva el brazo en el cabestrillo y sigue siendo igual de guapo y sexi. Eso tampoco ha cambiado. He pasado toda la tarde con un chico encantador y, en ningún momento, he sentido este cosquilleo en el estómago y menos las mismas ganas de pegarle y besarle a la vez, que me invaden al ver a Felipe.

—¿Qué haces tú aquí? ¿Y cómo sabes dónde vivo? —En su rostro aparece una sonrisa, de esas que solo dibuja para mí.

—Yo también me alegro de verte —comenta como si fuera lo más natural estar aquí, en el umbral de mi puerta.

—Responde a mis preguntas —le pido intentando mantener la compostura. Mi voz suena más fría de lo que esperaba.

—Estoy de vacaciones y hace días que no nos vemos. La otra pregunta prefiero no contestarla.

—A lo mejor debo denunciarte por acoso —digo a la vez que cruzo los brazos en mi pecho.

—Quizás sí, pero sé que no lo harás. Me quieres demasiado.

—Eres un engreído —gruño. Mis palabras le hacen sonreír de nuevo.

—Me imagino que esperabas a otra persona, pero tendrás que conformarte conmigo. ¿Puedo pasar?

—No creo que sea una buena idea.

—¿Temes sucumbir a mis encantos? —pregunta con una ceja elevada.

Reconozco que no debería caer en sus provocaciones, sin embargo, soy así de ilusa, y la parte orgullosa de mi ser, cede haciéndose a un lado. Le voy a demostrar que no es tan irresistible como piensa. «La has cagado, bonita», se burla mi conciencia.

Avanza hacia adentro y su cuerpo pasa rozando el mío. Debo hacer un gran esfuerzo para no cerrar los ojos cuando mis fosas nasales se llenan de su olor. Picante, pasional, temerario. Nada que ver con el hombre que ha pasado el día conmigo. Suelto el aire con lentitud para tratar de calmar el torbellino de emociones que me invaden. Cierro la puerta detrás de él y lo sigo. Desprende una seguridad que me fascina. Se sienta en el sofá y yo me quedo de pie, mirándolo con los brazos aún cruzados.

—No deberías haber venido. Creo que te dejé claro el otro día que estoy empezando una nueva vida donde tú no tienes cabida —lo increpo. Mi tono es firme y seguro, sin embargo, no puedo evitar que una parte de mí se sienta emocionada de tenerlo aquí. Eso significa algo, ¿no?

—Tendrías que haber sido más convincente, porque no te creí. Además, me apetecía verte.

—¿Por qué juegas así conmigo? —le pregunto con un tono lastimero. Toda mi fortaleza se ha ido al traste. Estoy cansada de tener que luchar contra mis sentimientos—. Si estás aquí buscando sexo ya puedes largarte.

—Nunca te he obligado a nada —replica con la mandíbula apretada a la vez que se levanta del sofá.

—Por supuesto que no, pero te aprovechas de mis sentimientos hacia ti.

Respiro hondo mientras intento controlar el enfado y la decepción que empieza a burbujear en mi interior. He pasado las últimas semanas haciendo un esfuerzo por olvidarlo, buscando la

manera de rehacer mi vida sin pensar en él cada dos por tres. Y aquí está, desbaratándolo todo con su aparición.

—Esperaba que me conocieras lo suficiente para saber que yo no quiero hacerte daño.

—Pues siento decirte que me lo haces, Felipe —le digo obviando su última frase, porque son palabras vacías—. Cada vez que apareces, trastocas mi mundo. Solo quiero a alguien que me ame, que sea capaz de acompañarme durante el camino. Que me apoye en los días en que la vida se hace cuesta arriba y que se ría conmigo cuando las cosas salen bien. Me has dicho muchas veces que no eres esa persona, así que olvídame de una vez.

—Ojalá fuera tan sencillo hacerlo, bruja de fuego. —Nuestras miradas se encuentran y, por un instante, creo ver amor en sus ojos.

—Intento olvidar… —Mi voz se quiebra y no me permite acabar la frase, pero hago un esfuerzo para recomponerme—. Quiero seguir adelante y ser feliz.

No me aparto cuando su cuerpo se acerca al mío y une nuestras frentes. Me es imposible reprimir las lágrimas.

—¿De verdad piensas que aquí puedes serlo? —Ni siquiera me deja contestar—. Tus ojos ya no brillan y la sonrisa no es la misma. Incluso el color de tus pecas ha disminuido.

Tiene razón. Esta es una versión beta de mí. La Lidia de siempre se quedó en tierra al coger aquel avión que me trajo a este nuevo destino. Supongo que era la única manera que mi subconsciente encontró para romper con todo.

—Sé cómo te sientes —continúa—, porque yo también lo he vivido. La idea de no tenerte cerca…, joder, duele igual que si me estuvieran arrancando el alma.

Su confesión paraliza mi corazón por un segundo. Suena sincero, me echa de menos y no parece que sea solo por un tema sexual. Si está aquí, será por algo, ¿no? «Claro que sí, guapa. Deberías recordar que tiene en la ciudad un buen amigo al que visitar».

—¿Has venido a Londres por mí?

Necesito salir de dudas. Quiero saber si vale la pena volver a ilusionarme. Si está dispuesto a reconocer que siente algo hacia mí. Separa nuestras frentes para mirarme a los ojos y ya conozco su respuesta antes de que hable.

—No. Por lo menos no fue así al principio.

—Joder, qué tonta soy —me quejo alejándome de él.

—Espera, Lidia, permíteme que te lo explique —suplica.

—Lárgate, Felipe. Si no has encontrado a quién follarte en Londres, no es mi puñetero problema.

—Deja de decir tonterías. Te estás comportando como una cría caprichosa.

—¿En serio? No soy yo la que te persigue, así que dime quién es el adulto de los dos.

El silencio se apodera del salón y solo se oyen nuestras respiraciones alteradas. Felipe se lleva los dedos al puente de la nariz. Está sobrepasado. Es un hombre al que no le gusta discutir y en muy pocas ocasiones pierde el control. A veces creo que es algún prototipo bastante currado de un robot; con una carcasa espectacular, pero vacío por dentro. No le gusta hablar de su vida ni de su pasado. En estos dos años de intimidad, solo me ha recordado que no tiene corazón, que él no puede enamorarse, pero eso no sucede sin más. Algo le atormenta y haría lo que fuera por saber de qué se trata. Quizás así sería capaz de entenderlo mejor.

—Vamos a calmarnos, ¿quieres? Hay muchas cosas que me gustaría contarte y sabes que no se me dan nada bien las palabras. Necesito que tengas paciencia, por favor.

—No sé, Felipe —respondo con un suspiro. Su mano coge la mía y ese gesto me obliga a mirarlo a los ojos. Estoy muy enamorada de este hombre.

—Oye, no vengo a causarte problemas, sino a hacerte saber que puedes contar conmigo. Has sido una de las mujeres más importantes de mi vida. Tu marcha ha dejado un vacío que no logro

entender. Tengo miles de dudas, porque hay emociones que nunca he sentido y creo que me volveré loco de un momento a otro.

Las lágrimas vuelven a brotar de mis ojos al escuchar sus palabras y notar sus labios cálidos apoyarse en mi frente. No soy una mujer llorona. Gracias a la presión de mi querido padre y sus reproches he sabido blindar mi dolor, así que no entiendo por qué no puedo ser fuerte delante de Felipe. Me da mucha rabia que vea mi parte vulnerable, esa que muy pocos conocen.

—No llores, nena —me pide algo incómodo. Si fuera en otro momento, me reiría de su falta de empatía y lo mal que gestiona tanto sus emociones como las de otras personas.

—Quizás esos sentimientos que no conoces sean amor —afirmo con precaución mientras sorbo por la nariz. Un gesto algo vulgar, lo sé.

—Ojalá, pero no tengo ni idea, Lidia. Ya te he dicho muchas veces que…

—No sabes amar, porque no tienes corazón —acabo por él. Esa tontería me la sé de memoria—. Eres consciente de que eso es absurdo, ¿verdad? Me gustaría que algún día me contases qué te pasó para que llegaras a esa estúpida conclusión.

Elevo la mirada y me encuentro con sus ojos oscuros. Me observa como si fuera algo preciado y único. Sus dedos colocan un mechón de mi pelo detrás de la oreja y un escalofrío me recorre el cuerpo cuando las yemas acarician mis pecas. Lo conozco y sé que ahora mismo batalla con su interior. No sabe si explicarme lo que se le pasa por la cabeza o si seguir manteniéndose callado.

—Dios, eres preciosa —murmura y deja un beso cariñoso en la punta de la nariz.

La piel se me eriza y un burbujeo recorre mi estómago al darme cuenta de que no conocía esta parte más dulce de Felipe. Nuestros encuentros suelen ser fogosos, llenos de pasión y besos profundos, casi posesivos. ¿Y si está cambiando?

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte en Londres? —le pregunto mientras esa mano grande y que tanto me gusta, sigue acariciando mi mandíbula.

—Ni siquiera lo he pensado. En dos semanas tengo revisión médica y debería regresar. Antes de volver me gustaría que tú y yo pudiéramos aclarar algunas cosas.

—Tengo miedo —confieso, cabizbaja. Sus dedos se colocan en mi barbilla y me eleva el rostro.

—Eres la mujer más fuerte que conozco, nena.

—Yo sí tengo sentimientos, Felipe —le aclaro a la vez que pongo mis manos en su pecho. Noto la fuerza y la rapidez de sus latidos. Es curioso que diga que no tiene corazón—. No quiero volver a sufrir por tu culpa.

Él asiente, aceptando mis palabras y sin presionarme más. Supongo que entiende que esta decisión es complicada para mí. La única manera de que la especie de relación rara que teníamos mejore, sería que él abriera su alma y aceptara que me quiere. El problema es que no tengo tan claro que eso vaya a ocurrir nunca.

—Somos adultos…

—Tú algo más que yo —le interrumpo. Necesito que esta tensión que se ha instalado entre nosotros desaparezca. Y el humor es una buena manera de lograrlo.

—Muy graciosa —se queja dándome un toque cariñoso con el dedo en la nariz—. Me refiero a que hay algunos temas que deberíamos hablar. Solo quiero que sepas por qué soy así.

Su sinceridad me desarma. Es difícil mantenerme enfadada si él está dispuesto a abrir esa parte de su pasado y contarme qué le sucedió. Estoy asustada. Tengo miedo de que sus heridas no se puedan curar. En todos estos años no ha podido sanar, ¿qué se supone que ha cambiado ahora?

—Aquí estaré para escucharte cuando lo necesites. —Suelta todo el aire, infundiéndose ánimos.

—Creo que estoy preparado, aunque solo me falta un pequeño empujón —pide con una pícara sonrisa en los labios. Pongo los ojos en blanco.

—¿De qué se trata?

—Necesito besarte. No te imaginas cuánto añoro tu boca —dice acercándose a mí con lentitud.

Espera la conformidad por mi parte y sabe que la va a tener. Es absurdo que intente resistirme cuando todo mi ser desea sentirlo. No le respondo, pero soy yo la que reduce la distancia que hay entre nuestras bocas y gimo de satisfacción cuando conectamos. Las sensaciones me invaden, las emociones se apoderan de mi alma con tanta fuerza, que no tengo claro de que pueda volver a dejarlo marchar. Nuestras lenguas se buscan con desesperación, se conocen demasiado bien. Y la pasión que siempre nos envuelve se desata con rapidez. He sido una ilusa al pensar que podría rehacer mi vida con otro hombre que no sea Felipe.

Capítulo 22

Felipe

Uno todas mis fuerzas a fin de frenar las ganas que tengo de subírmela al hombro y esconderla en la habitación para perderme en ella todas las noches y cada mañana. Sin embargo, antes de volver a hundirme en su cuerpo tengo muchas cosas que aclarar. Lo último que deseo es hacerle daño. No quiero que vuelva a sufrir por mi culpa. Así que lo primero será abrirle mi alma y que sepa por qué no puedo amarla como ella se merece.

—Deberíamos parar —le pido con la respiración entrecortada. Sonrío ante el pequeño gemido de desaprobación que sale de sus labios—. Aunque me muera de ganas y a riesgo de que mi polla estalle por tu culpa, no pienso follarte hasta que me escuches.

—¿Y qué pasa si lo que me cuentas no me gusta? —pregunta con la cabeza apoyada en mi pecho.

—Pues que seguiré ejercitando mi mano sana.

Su risa retumba en mi interior. Se separa y me mira con el labio inferior entre sus dientes. Paseo el pulgar por su boca y lo libero de su prisión. Su rostro ha vuelto a recuperar el color, dándole fuerza a las pecas que inundan el puente de la nariz y parte de las mejillas. Cuanto más la miro, más bonita me parece.

—Ven, vamos a sentarnos —le pido cogiendo su mano para llevarla hasta el sofá más grande. Necesito cierta distancia, pero que no esté muy lejos. Es contradictorio, lo sé.

Cuando nuestras miradas se encuentran de nuevo, mi corazón late más rápido de lo que me gustaría admitir al percibir el bonito brillo de sus ojos verdes. Tomo una profunda bocanada de aire y

carraspeo, sintiendo la ansiedad enredándose en mi pecho. Las palabras se me acumulan en la lengua, y sé que es el momento de dejarlas salir. Pensé que sincerarme iba a ser más sencillo. Lidia me observa con inquietud. Me conoce y sabe que estas cosas no se me dan nada bien.

—Si no te encuentras preparado, lo podemos dejar para otro día —interviene a la vez que su mano cubre la mía, con el objetivo de darme ánimos.

—No quiero pensarlo demasiado o es posible que no lo haga nunca.

—Vale, tenemos toda la noche y mañana es fiesta —comenta encogiéndose de hombros. Sonrío ante su frescura. Lidia es un rayo de sol, aunque su pelo sea rojo como el fuego.

A veces me pregunto si es consciente de todo lo que provoca en mí. Es un torbellino de emociones que me resulta extraño y aterrador a la vez. He vivido tanto tiempo encerrado en mi propio caparazón que, la idea de abrirme me hace sentir vulnerable. Sin embargo, es la primera vez que tengo ganas de contarle a alguien cómo fue mi vida.

—No fui militar porque yo lo escogiera —empiezo con la mirada centrada en el suelo. Trago saliva para continuar—, crecí en una familia dedicada al ejército. El primero fue mi abuelo, le siguió mi padre y yo no tuve la opción de decidir. Me crie rodeado de disciplina y normas. Mi progenitor era un hombre recto y duro e hizo todo lo posible para que yo fuera como él.

Los ojos de Lidia reflejan empatía, sabe lo que es tener un padre así, pero no puede esconder una chispa de curiosidad. Es consciente de que es un tema del que no suelo hablar con nadie.

—Debió de ser difícil. —Asiento levantando la vista.

—Recuerdo las horas interminables de entrenamiento, las miradas críticas y las palabras ásperas que moldearon mi infancia. Esas experiencias me hicieron fuerte, sí, pero también me dejaron

vacío. Cuando él estaba en casa, no había lugar para el cariño ni el amor. Mi padre siempre decía que las emociones eran una debilidad.

Lidia se inclina un poco y su calidez me envuelve. Es una bruja que tiene el poder de calmar mi ser.

—Sabes que eso es una tontería, ¿verdad? Sentir nos hace humanos.

—La teoría la conozco, sin embargo, nadie me ha enseñado a ponerla en práctica —confieso—. Mi madre falleció cuando mi hermana y yo éramos muy jóvenes y no tuvo la ocasión de enseñarme la otra cara de la vida. Ella era cariñosa y dulce. No logro comprender por qué se interesó en una persona como mi padre.

—Supongo que nunca es tarde para aprender. ¿Crees que yo podría ayudarte? —pregunta sentándose en mi regazo.

—¿Y si no soy capaz de querer?

—Claro que puedes, ya lo haces. —Me mira con una sonrisa y yo elevo las cejas sin entenderla—. Tienes una hermana. Estoy convencida de que la quieres mucho.

—Por supuesto, pero es distinto. Ella está en su casa, con su familia. Con Amaia puedo ser yo mismo. Me conoce y no le importa mi falta de afecto ni mis gruñidos cada vez que intenta ser cariñosa. Tener una pareja es otro nivel. Sería complicado. La comunicación no es mi fuerte.

—Ahora estás hablando —dice pasando sus uñas por mi barba de varios días. Ese simple gesto me eriza la piel.

—Contigo todo es diferente. Me haces querer ser mejor.

—Nadie me ha dicho nunca algo tan bonito.

Acerca su boca a la mía y me besa, varias veces, de manera suave. La dejo hacer, porque en realidad necesito un respiro. Su contacto no tarda en provocar un efecto en mi miembro y Lidia se remueve encima de mí.

—Estate quieta, mujer —gruño.

—A lo mejor debería recompensarte por el gran esfuerzo que acabas de hacer.

—Solo he sido sincero.

—Ves, ¿a que no es tan difícil ser cariñoso? —Niego con la cabeza mientras Lidia coloca las piernas a los lados, quedándose a horcajadas—. ¿Te cuento un secreto?

—Claro.

—No soy una experta, pero me parece que tu mal tiene solución. Es muy probable que no sea sencillo —dice mientras reparte besos por mi mandíbula y el cuello—. Sobre todo, porque ya tienes una edad.

Rodeo con el brazo bueno su cintura y con un movimiento ágil, la tumbo en el sofá y me coloco encima de ella. Lidia suelta un pequeño grito al verse sorprendida, pero cuando nuestras miradas se encuentran, sonríe, seductora.

—Sabes que no deberías provocarme, pequeña bruja. Ya te he dicho antes que he venido a hablar. No pienso follarte.

—¿Y si te lo pido? —cuestiona llevando las manos al elástico de mi tejano. Sus dedos presionan mi polla, que salta emocionada. Entorno los ojos, analizando su movimiento.

—Mi respuesta sigue siendo no. Cuando he llegado has puesto en duda mi visita porque pensabas que venía a por sexo. Y, aunque me muero de ganas de entrar en tu cuerpo, necesito que entiendas que no es lo único que quiero de ti.

—Dios mío, otra vez siendo romántico —se burla. Su actitud me cabrea, porque para mí es un tema bastante delicado. Así que me incorporo, abandonando su cercanía—. No te enfades.

—Te lo tomas a la ligera y para mí es algo serio, Lidia.

—Está bien, lo siento. No quería ofenderte. Pensé que un poco de broma te relajaría.

—Yo no soy como tú. No puedo ocultarme entre risas y guasa —le reprocho. Me doy cuenta de que he metido la pata al ver la

manera en que cambia su semblante.

—Claro, porque es mejor ser un puto amargado y estar siempre de mal humor —ataca a la vez que se pone en pie.

—Por lo menos yo intento enfrentar los problemas, no camuflarlos.

—Vete a la mierda, Felipe. No tengo por qué aguantar tus tonterías.

—¡Oh, vaya! Eso ha sido muy maduro. Gracias por la comprensión —gruño, levantándome yo también del sofá—. Sabes, quizás tienes razón y debería olvidarme de ti y dejarte que hicieras tu vida con un tío soso y aburrido como el tal Maverick.

—Ya te gustaría estar a su altura —replica cruzándose de brazos.

Me encanta casi todo de ella, pero este carácter retador me pone extremadamente cachondo. Puede sonar egocéntrico, sin embargo, apostaría todo lo que tengo, sin temor a equivocarme, de que Lidia no siente por ese hombre ni la mitad de lo que siente por mí. Esta bruja de fuego necesita acción, a una persona que la active y la provoque, no a alguien que se lo ponga fácil. Le brillan los ojos y tiene los labios hinchados y jugosos, perfectos para besar. Sonrío con un deje de burla. ¿Quiere jugar? Pues juguemos.

—Ese tío no me llega ni a la suela de los zapatos —aseguro mientras doy varios pasos hacia ella, que retrocede—. Tú lo sabes y yo también, nena. Nadie te hará disfrutar tanto en la cama ni en la pared. Tampoco tumbada en la encimera ni en un baño público.

Mi tono de voz es provocador y noto cómo se altera su respiración a medida que avanzo hacia ella. Con el último paso, la mesa le impide seguir retrocediendo. Sus ojos verdes casi desaparecen debido a la dilatación de las pupilas. Está tan excitada como yo. No disimulo la dureza de mi miembro, al revés, cuando la tengo retenida, me rozo contra su pierna, para que note como me tiene. Jadea.

—Has dicho que no ibas a follarme —me recuerda con la voz entrecortada.

—Y no lo pienso hacer. Aún hay cosas que necesito aclarar contigo. Sin embargo, creo que precisas calmar un poco ese carácter tuyo tan impulsivo.

—Es tu culpa. Tienes una gran capacidad para alterarme.

—Lo sé y eso me encanta.

Mis dedos han conseguido hacerse un hueco por debajo de la camiseta y se acercan a sus pezones que se endurecen al instante. La oigo gemir y no dudo en buscar esos labios que me vuelven loco. Como siempre sucede, hemos pasado del cabreo al placer en unas décimas de segundo. Los dos somos muy pasionales y es complicado frenar tanta atracción.

Bajo la mano hasta encontrar el botón de su pantalón y lo desabrocho con agilidad, aunque solo disponga de un brazo activo para realizarlo. No necesito más. Busco su lengua en un beso arrebatador y al separarme, arrastro el labio inferior entre mis dientes. Estoy tan cachondo, que me arrepiento de haberle prometido que no la follaría. Los dos sabemos que hablaba de mi polla, pero puedo conseguir que se corra con mis dedos y también con la boca. Dios, hace mucho tiempo que no la saboreo.

—Dime que estás tan cachonda como yo —le pido.

—¿Qué clase de pregunta es esa? —se queja con un gemido cuando alcanzo su sexo y paseo el índice entre los pliegues.

—Contesta.

—Pues claro que lo estoy. Me parece que mi humedad lo afirma.

Por supuesto que sí. Está muy mojada, perfecta para hundirme en su interior, aunque no vaya a hacerlo. Lidia menea las caderas y con las manos acompaña a su ropa para facilitarme la faena. Meto uno de mis dedos en su coño y observo como cierra los ojos ante el placer que le provoco. Añado un segundo dedo cuando noto que su mano busca mi miembro. Le muerdo el mentón de manera suave.

Debería apartarme, porque como siga así, me correré en los pantalones.

—Súbete a la mesa —le pido abandonando su sexo. Lidia gimotea al sentirse vacía. Me observa mientras obedece y se estremece al ver cómo me chupo los dedos—. Delicioso.

Me coloco entre sus piernas y la contemplo desde arriba. Su pelo rojizo se extiende por la madera y las pecas de su rostro son cada vez más visibles. Ahora sus ojos parecen negros y tienen la respiración agitada por culpa de la anticipación a lo que sabe que vendrá. Hinco una rodilla en el suelo y me acerco a su coño mojado. Le doy un lametazo y Lidia grita. Pierdo mi lengua en su interior, alternando todas las zonas de su sexo y haciendo hincapié en ese punto exacto que tanto le gusta. Se retuerce e intenta cerrar las piernas en varias ocasiones, pero se lo impido. Mi objetivo es que se corra en mi boca, y eso es lo que consigo.

No tengo ni puta idea de qué narices es esto que siento aquí en mi pecho, sin embargo, lo que sé con certeza, es que esta mujer es mía. Estoy decidido a tenerla a mi lado para toda la eternidad y haré lo necesario a fin de que eso ocurra.

Capítulo 23

Lidia

Me despierto con el tintineo de la lluvia contra la ventana. Abro los ojos de manera lenta y la suave luz matutina inunda la habitación. Aún con la mente adormilada me encuentro recordando la visita de ayer. Una sonrisa aparece en mi cara. Hacía mucho tiempo que eso no sucedía. Los recuerdos de la noche anterior acuden a mí y tengo que apretar los muslos a fin de no excitarme de nuevo.

Felipe tiene una tremenda habilidad para cabrearme, pero también para hacerme disfrutar con el sexo. Estoy feliz, porque lo que menos me imaginaba cuando abrí la puerta, era que fuera a sincerarse conmigo. Cojo el cojín que se encuentra a mi lado, lo coloco en mi cara y ahogo un chillido. Quizás él no entienda lo que siente, sin embargo, yo estoy segura de que me quiere. Está enamorado de mí, aunque él todavía no lo sepa. Se sinceró como nunca lo había hecho y a pesar de que no supe reaccionar de la manera adecuada, valoro mucho el esfuerzo que hizo.

Sé lo que es tener que batallar con un padre exigente, al que no le importa herir tus sentimientos ni hundirte el ánimo con tal de conseguir lo que él quiere. En ese aspecto, nos parecemos mucho. La diferencia, es que yo sé lo que es querer, yo sí que entiendo a mi corazón y este hace tiempo que me indica que está ocupado por un hombre gruñón y malhumorado. Pero Felipe también es atento y cariñoso en sus gestos. El problema está cuando los tiene que extrapolar con palabras. Ahí se pierde.

Ayer hizo un gran esfuerzo. Rememoro el temblor de su voz, casi imperceptible, al regresar a sus recuerdos. El hombre que

siempre parece tan fuerte y seguro se desmoronó ante la presión del pasado. Comprendí la profundidad de su dolor, pero sé que hay más sucesos que no le dejan avanzar.

Me incorporo en la cama y las sábanas se deslizan con suavidad. Necesito un café, así que pongo rumbo a la cocina. El aire del salón está impregnado de su aroma, una mezcla de madera y tierra mojada. Echo un vistazo a la mesa donde consiguió arrancarme un extraordinario orgasmo, y mi sonrisa se hace más grande. No quiso que le devolviera el placer y se fue de inmediato con una tremenda erección. Me dijo que hoy volvería, pero no comentó la hora, así que lo espero con ansia.

Me preparo un café mientras sus palabras resuenan en mi mente. En el exterior, las gotas impactan formando su melodía. Es el primer día que el tiempo y yo vamos desacompasados. Es un domingo perfecto para disfrutar de la tranquilidad del hogar. Utilizaré la espera y avanzaré en uno de los casos que debo defender la semana que viene. Abro el ordenador y lo sitúo en la encimera, me subo al taburete y pierdo la mirada en el cielo gris.

Felipe y yo llevamos años de idas y venidas, de acercamientos y distancias. A veces pienso que nuestra relación es como esta lluvia que cae: impredecible, pero de alguna manera, siempre presente e indispensable. Recuerdo aquella vez que me preguntó, con una mezcla de curiosidad y desesperación:

—Lidia, ¿por qué vuelves a mi lado si no puedo darte lo que buscas? —Sus dedos acariciaban mi brazo desnudo.

—Porque debajo de todas esas capas de hombre sin sentimientos, hay una persona buena y que estoy convencida de que es capaz de hacerme feliz. —Mi respuesta fue firme y sincera, sin embargo, él se asustó y salió de la cama para encerrarse en el baño. Estuvo más de una semana sin hablarme ni contestar a mis mensajes.

Sigo convencida de mis palabras. Felipe es como un libro que nunca termina de escribirse. Se llena de capítulos inconclusos y

hojas en blanco para anotar nuevos caminos. De alguna manera he aprendido a leer entre sus líneas, adivinando qué se esconde detrás de sus silencios y sé que solo precisa empezar un nuevo episodio en el que se dé cuenta de que sabe querer, que lo ha estado haciendo durante muchos años con la gente que forman parte de su entorno.

La lluvia parece intensificarse y, con ella, mis ganas de hacer algo más que rendirme e intentar olvidar. No quiero, me niego a tirar la toalla con Felipe. Lo amo y no tengo dudas de que él también siente algo por mí. Solo debo buscar la manera de que se dé cuenta. Me levanto decidida a enfrentar lo que venga y a no permitir que su pasado se convierta en una barrera infranqueable para nosotros. Quizás nuestro amor no sea tan complicado como parece y solo debamos escribir esa página a cuatro manos. No será sencillo, pero si a alguien le gustan los retos, es a mí.

Relleno mi taza de café y cojo un yogur de la nevera. Estoy feliz, animada y llena de energía. Hacía días que no me sentía así y es una sensación maravillosa. El teléfono vibra en la encimera, me apresuro a cogerlo, por si fuera Felipe, pero la pantalla me indica que la que llama es Rocío. Descuelgo. También me apetece mucho hablar con ella.

—¿Qué se cuenta la morena más guapa? —la saludo al descolgar con un tono demasiado efusivo.

—Poca cosa, aunque estoy feliz y sorprendida de escucharte tan entusiasmada.

Sonrío, a pesar de que ella no pueda verme, porque sé que no podré ocultarle nada a mi amiga.

—Es que ayer fue un buen día.

—Pues me alegro mucho, pero ya sabes lo que te toca. Vas a tener que contarme qué sucedió para que fuera tan especial.

—Salí a descubrir la ciudad con Maverick. Si no llueve, Londres es un lugar con mucho encanto. Creo que te gustaría —le cuento mientras mi mirada se centra en el gatito de vidrio que dejé ayer en la cocina.

—¿Y qué tal con Maverick? —pregunta con curiosidad.

—Muy bien. Es un encanto y bastante divertido. Siempre tiene una historia interesante que contar.

—Un encanto. No sé qué pensar de ese adjetivo —se burla—. Tengo la sensación de que los aires londinenses te han frito el cerebro, amiga. Jamás habías utilizado ese adjetivo para describir a un hombre.

—Estoy convirtiéndome en una señorita en toda regla. Mi padre estaría muy feliz si eso ocurriera. ¿No crees? —La mirada se me desvía hacia la mesa del salón y las imágenes de Felipe, con la cabeza entre mis muslos, me hace sonreír. Eso no sería del agrado de mi progenitor.

—Te voy a contar un secreto, Lidia. Tu padre me importa un carajo. Yo quiero que tú estés bien y lo de ser tan fina y educada no te pega nada. Estoy segura de que ayer te lo pasaste genial con Maverick, el encantador, pero no es esto lo que te tiene tan contenta, así que desembucha.

—Me sorprende lo lista y perspicaz que eres, cielo.

—Somos amigas desde que llevábamos dos coletas y nos comíamos los mocos. Te conozco demasiado bien.

—Yo no hacía esas guarradas.

—Lo hacen todos los niños pequeños. Pero no me cambies de tema y habla. No quiero tener que viajar hasta Londres para sacarte las palabras a base de chupitos.

—Sería fantástico que estuvieras aquí —lloriqueo con la idea de que sepa cuánto la echo de menos.

—De momento no puedo, aunque te prometo que pronto me escaparé. ¿Y bien?

Tomo aire a la vez que me muerdo el interior de la mejilla, porque me imagino que la noticia sorprenderá a Rocío. O quizás, no. Ya sabe que Felipe anda por aquí y lo que siento por él.

—Lidia, ¿sigues ahí? —pregunta ante la tardanza de mi respuesta.

—Sí, sí. Perdona, me he perdido en mis pensamientos.

—Que me imagino que nada tienen que ver con el inglés, ¿verdad?

—Ayer, después de llegar del paseo, Felipe vino a verme a mi piso.

—¿Quieres que me haga la sorprendida?

—No hace falta —le respondo riéndome—. Hoy te has levantado graciosilla, ¿eh? ¿Te has fumado algo?

—Ya sabes que no me drogo. Debe ser culpa del exceso de felicidad.

—Pues te sienta de maravilla.

—Lo sé, muchas gracias. Lidia, cariño, ¿vuelves a desviar el tema?

—No hay mucho que contar, a no ser que quieras que te explique cómo…

—Nada de guarradas, ¿me oyes? —Suelto una carcajada ante su rápida reacción y ella me acompaña—. No me puedo creer que solo haya ido a por sexo.

—Y no ha sido así. La verdad es que me ha sorprendido el motivo de su visita. Al principio me resistí a que entrara y me prometió que solo venía a hablar.

—¿Y le creíste? Si Felipe Navarro lo único que hace es gruñir.

—Esta vez cumplió. Me explicó momentos de su pasado, y ahora entiendo muchas cosas de su forma de ser.

—El agua de Londres debe contener alguna sustancia prohibida que cambia las personalidades de la gente. Yo de vosotros tendría mucho cuidado.

—Mira que eres burra.

—Ahora en serio, Lidia. Esto que me cuentas es muy importante. Lo sabes, ¿verdad? Las dos conocemos a Felipe y nunca

suele hablar de su pasado. Que se haya abierto contigo, es… una maravilla. Esto refuerza mucho más mi teoría de que siente algo por ti, pero que no tiene ni idea de cómo gestionarlo.

—Al parecer, tenías razón, amiga. Dice que soy muy importante en su vida y que desde que me fui no ha dejado de pensar en mí. El problema es que su pasado lo bloquea y sigue convencido de que no es capaz de amar. Quiero ayudarlo, Ro.

—Te entiendo, aunque sabes que no va a ser tan sencillo. Él está aquí y tú en Londres…

—Ya, pero yo estoy aquí porque quiero. Nadie me obliga.

—¿Estás segura de eso?

Cierro los ojos y el semblante serio y amenazador de mi padre se plasma en la mente. ¿Qué diría si lo dejara todo para perseguir a Felipe? No sabe quién es, pero estoy convencida de que no será de su agrado. Su apellido no es conocido y encima me saca dieciséis años. Se convertiría en una buena carnaza para ratificar que soy una irresponsable, como suele recalcar. ¿Desde cuándo me ha importado eso a mí?

—Siempre he hecho lo que me ha dado la gana.

—Si tú lo dices. —Un silencio algo incómodo se crea a través de la línea, porque las dos tenemos parte de razón—. Hagas lo que hagas, yo estaré aquí para apoyarte. Pero me gustaría que cualquier cambio que realices, lo hagas pensando en ti primero. Si no es así y las cosas no salen como deseas, el rencor te hará culpar a los demás y el esfuerzo no tendrá sentido. ¿Lo entiendes?

—Por supuesto. Lo último que quiero es precipitarme. Solo me ha contado un pedazo de su vida. Sabes que no soy tan impulsiva como para dejarlo todo sin más. Sin embargo, que haya dado un paso tan importante me da esperanzas.

—Y eso te tiene feliz.

—Así es. También influye que me regalara un increíble orgasmo.

—¿Pero no me has dicho que nada de sexo? —pregunta, sorprendida.

—La que ha disfrutado he sido yo. Él se ha ido con una erección…

—Vale, vale, no quiero más información innecesaria.

Justo en ese momento suena el timbre de la puerta. Mi corazón late con rapidez, emocionado al saber quién se encuentra al otro lado.

—Debe ser Felipe. Me dijo que volvería.

—Ten cuidado, ¿vale? A él lo quiero mucho, pero a ti también y no deseo que te rompa el corazón.

—Tranquila, no podrá conmigo.

Las dos sabemos que eso no es cierto, que Felipe es la única persona que tiene el poder de destruirme. Ni siquiera mi padre podría. No obstante, quiero pensar que, como dijo ayer, lo último que desea es lastimarme, así que voy a apostar por él.

Nos despedimos con la promesa de tenerla informada de mis avances. Un segundo timbrazo, algo más largo, provoca que me muerda una sonrisa al darme cuenta de que está tan desesperado por verme como yo a él. Me acerco a la puerta, abro y lo recibo con una enorme sonrisa, que me devuelve cuando nuestras miradas conectan. Madre mía, es el hombre más guapo del mundo.

Capítulo 24

Felipe

Su enorme sonrisa hace aparecer a la mía de inmediato. Todavía no se ha vestido. Lleva el cabello recogido en un moño despeinado, una camiseta larga hasta la mitad del muslo y sus pies están cubiertos por unos gordos calcetines. Le encanta ir descalza. Sus ojos, tan verdes como las esmeraldas, brillan con fuerza. El rubor de sus mejillas la hace más adorable si cabe y provoca que mi cuerpo se emocione. Una reacción que solo consigue ella.

Sus ojos me recorren de arriba abajo y eleva una ceja al darse cuenta de que mi vestimenta es más elegante de lo que cabía suponer para un domingo de vacaciones. Llevo un pantalón cargo azul oscuro, una camiseta básica de color blanco, acompañado por un jersey de punto beige, que se ciñe a todos mis músculos. Hoy he prescindido del cabestrillo

—¿Te gusta lo que ves? —le pregunto a la vez que estiro los brazos y doy una vuelta sobre mí mismo.

—Sabes que sí. ¡Qué guapo te has puesto para venir a verme!

—Porque hoy va a ser un día muy especial. ¿Puedo pasar? —le pido indicándole la bolsa que llevo en la mano.

—No me digas que me has traído un regalo.

—Casi, solo espero que te guste lo que tengo preparado para la jornada de hoy.

Observo cómo se muerde el labio inferior de esa manera tan excitante y que sabe que tanto me gusta. Entrecierro los ojos a modo de reproche y ella se ríe. Maldita bruja provocadora. Quizás es

una tontería, pero tengo la sensación de que, después de la conversación de anoche, estoy más cerca de ella. Ya no hay rencor ni duda en su mirada y eso me consuela. Aún tengo muchas cosas que explicarle, necesito que me entienda, que sepa lo importante que es para mí. Ojalá algún día sea capaz de decírselo con las palabras, de momento, tendrán que valer los hechos.

—Has conseguido intrigarme. Cuéntame, ¿qué tienes en mente?

Me acerco a la encimera de la cocina y coloco los productos, uno por uno. Harina, mantequilla, azúcar, huevos, pepitas de chocolate, levadura y crema de cacao. Cuando acabo el trabajo, elevo la mirada y ella sigue observando los ingredientes.

—Mi primera idea fue salir a dar un paseo, pero como ya es habitual en esta ciudad, llueve, así que descarté ese plan. Estuve pensando y me acordé de que una vez me explicaste de que te gustaba mucho hacer galletas con tu hermano, así que creí que era una buena opción. No soy él ni mi intención es sustituir esos recuerdos, pero…

Su abrazo sentido provoca que deje la frase en el aire. Por un momento temo haber metido la pata, aunque si así fuera, me estaría pegando o me echaría de su piso. Sin embargo, el calor de su cuerpo abriga el mío. Después de unos segundos, salgo de mi estupor y la acompaño en el gesto.

—Gracias por acordarte de estas cosas —dice separándose de mí a la vez que se limpia unas lágrimas revoltosas que caen por sus mejillas.

—Siento si me he excedido. Esto no se me da nada bien. Mi primer plan ya te ha hecho llorar.

—Es de alegría. Me encanta la idea de hornear galletas contigo. Hace mucho tiempo que no las preparo.

—Como ya sabes, mi destreza en la cocina es muy limitada, así que no tengo ni idea de qué saldrá de aquí. Por si acaso, he descargado una receta para poder seguir los pasos.

—Has pensado en todo, ¿eh?

Emplea un tono sexi mientras sus brazos rodean mi cuello y se pone de puntillas. Coloco la mano sana en su trasero y da un salto para enroscar sus piernas en mis caderas. La siento en la encimera y bajo el rostro hasta dejarlo delante del suyo.

—Quiero que hoy sea un día bonito para ti.

—Lo será.

Su lengua repasa mis labios y ese gesto es suficiente para que le coma la boca con pasión. Es un beso intenso, que busca transmitir todo lo que no sé expresar con palabras. Mi lengua encuentra la suya y entramos en una batalla, dulce y posesiva a la vez. El sonido de la entrada de un mensaje en su teléfono provoca que el beso se calme. Desvío la mirada hacia el aparato y consigo leer el texto enviado por Maverick antes de que esta se oscurezca de nuevo.

Me encantó pasar el día contigo.

Cuando quieras, repetimos.

Que tengas un feliz domingo.

Aprieto mis manos en su espalda de manera posesiva para acercarla más a mí y le muerdo el labio inferior con una ligera presión. Un gesto muy cavernícola, lo sé. Se queja y la suelto. Nuestros ojos se retan. Estoy celoso, joder. Y no pienso ocultarlo. Me remueve las tripas que ese tío la lleve de paseo y que pase más tiempo con ella que yo.

—¿Te has acostado con él? —pregunto con un tono que se acerca al reproche. Lidia apoya las manos en la encimera y me observa con una ceja elevada. Si su respuesta es afirmativa, va a doler de cojones.

—¿Y si así fuera? Soy una mujer libre, ¿no? —Asiento con la cabeza, aunque mi interior solo piense en que, durante estos años, siempre ha sido mía—. Maverick es un hombre maravilloso.

Lidia hace una pausa y el doloroso silencio se apodera de la estancia. Me gustaría chillar, exigir su exclusividad, igual que ella

tiene la mía, sin embargo, ¿en qué clase de persona me convertiría eso? Si lo acaba eligiendo a él, no me queda otra que bajar la cabeza, por mucho que me joda, y hacerme a un lado para que esta bruja de fuego sea tan feliz como se merece.

—Ya. —Es la única palabra que consigo formular. Me duele el pecho. ¿Será esto parecido a sufrir un ataque al corazón?

—Pero Maverick no es tú. Mi cuerpo te reconoce, Felipe y mi alma también. Y ese es el puto problema, que soy incapaz de olvidarte, ni siquiera con alguien tan perfecto como él. Así que espabila para deshacerte de todos esos pensamientos negativos que no te permiten avanzar, porque tú y yo formaríamos una gran pareja.

Noto cómo mi semblante muta y se me infla el pecho de orgullo al escuchar sus palabras. Sienta de maravilla que halaguen así. Me lanzo a su boca de nuevo, aunque esta vez me lo tomo con más calma o acabaremos los dos desnudos y haciendo cosas indebidas en la encimera. Que conste que me muero de ganas de follármela, pero eso tendrá que esperar.

—Será mejor que empecemos con las galletas o se nos juntará el desayuno con el almuerzo —le indico encima de sus labios. Pone pucheros, pero resisto a ese gesto que me encanta y doy un paso atrás.

—Eres feliz cortándome el rollo. Sin embargo, tienes razón. A ver, saca esa receta para que podamos seguir los pasos —pide mientras se baja de la encimera de un salto. Recupero el teléfono de mi bolsillo y busco la información que precisamos.

En un periquete, la cocina se transforma en un campo de batalla, porque ninguno de los dos tiene demasiada pericia en estos menesteres. Suerte que me he sacado el jersey y Lidia me ha prestado un delantal para no ensuciarme, pero, aun así, tanto mi pantalón como su pelo, tienen claras muestras de que nos hemos dedicado a la repostería.

Veinte minutos después, observamos con ilusión el resultado de nuestra sesión. Tienen muy buena pinta, sin embargo, eso no es lo más importante. Lo que sí de verdad me gusta, es el increíble rato que hemos pasado juntos. Ha habido risas, batallas, besos robados, manos traviesas e incluso alguna lágrima de Lidia al recordar el pasado. Ella también lleva su carga, pero sabe compartirla, hablar de cuánto le duele la pérdida de su hermano. Quizás por ese motivo, la tristeza es más llevadera.

—Habrá que probarlas, ¿no? —pregunta con una enorme sonrisa.

No soy un hombre de dulce, pero en este caso haré una excepción. Cojo un cacho de una de las galletas y me la meto en la boca, bajo la atenta mirada de Lidia. Me contempla con una sonrisa y algo de emoción mientras espera el veredicto.

—Está muy buena —afirmo a la vez que me hago con otro cacho y se lo ofrezco a ella. Sus labios y la punta de la lengua rozan mis dedos y contengo un jadeo por lo cachondo que me pone la escena.

—Es verdad, está deliciosa.

Disfrutamos de un par más en silencio, intercambiando únicamente miradas sugerentes. Beso sus labios para limpiarle un pequeño rastro de chocolate y Lidia no duda en encaramarse a mi cuerpo de nuevo. Doy varios pasos hasta que nos acercamos al sofá y me siento, con ella encima.

—Gracias por ayudarme con el desayuno.

—Ha sido un placer.

—¿Qué tal va el brazo? —pregunta curiosa mientras acaricia mis dedos.

—Bien. Diría que está curado. Ya no me duele y tengo muchas ganas de que me quiten el yeso y poder hacer vida normal. Aunque sé que me esperan unos meses de recuperación.

Suelta un suspiro, porque mi comentario nos ha devuelto a la realidad. En breve debo regresar a España y ella se quedará aquí.

No sé cómo voy a afrontar esta nueva separación, pero prefiero no pensar en eso ahora y que ella tampoco lo haga. Así que pierdo mi mano buena debajo de la camiseta hasta que llego a uno de sus pechos. El roce eriza su pezón. Mis ojos se pasean por su rostro y no pierdo detalle de cada una de sus pecas, que se intensifican y cobran vida por culpa del placer.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal? —Debería negarme, porque ahora mismo no me apetece tener que contarle mis penurias, no obstante, he tomado la decisión de abrirle mi alma y debo cumplir con mi propósito.

—Claro.

—¿Cómo os conocisteis Pablo y tú?

—Nos destinaron a Afganistán y fuimos asignados a la misma unidad.

—¿Te apetece hablar de ello? —Su mirada curiosa me impide oponerme.

—No hay mucho que contar. Cuando estás en lugares de guerra, tus compañeros se convierten en familia. Se comparten intimidades, anécdotas, deseos para la vuelta a casa… Siempre encajas más con unos que con otros y, nosotros, hicimos una piña de siete amigos. La mayoría éramos muy jóvenes y solo pensábamos en mujeres y diversión. Pero cuando te mandan a una misión peligrosa, maduras de golpe. Lo único que quieres es salir de allí con vida. El resto pierde importancia, sobre todo al ver que te han rodeado y tus opciones de volver a casa entero se ven reducidas de manera considerable. Tus compañeros van cayendo a tu alrededor y las fuerzas te flaquean. Ni siquiera tengo muy claro cómo salimos de allí. Aquel lugar se quedó con parte de nuestra inocencia y con las vidas de varios amigos, que regresaron en el interior de una caja de madera. Nunca te recuperas de algo así, solo tratas de sobrevivir y de ver pasar los días.

—¿Por eso decidiste abandonar el ejército? —pregunta mientras sus dedos me acarician el brazo a modo de consuelo.

—No quería seguir. Nunca fue mi vocación, así que después del entierro de mis compañeros, presenté la carta de dimisión. Cuando mi padre se enteró, tuvimos una fuerte discusión. Él insistía en que me debía a mi país y que morir por él era un auténtico orgullo. Trató de convencerme diciéndome que, si abandonaba mi profesión por miedo, destrozaría la reputación de nuestro apellido y que los Navarro no eran unos débiles. No le hice caso, me largué de casa y no lo volví a ver con vida.

—¿Te arrepientes?

—Creo que fue la mejor decisión que he tomado nunca. Debí negarme al inicio y no entrar a formar parte del ejército, pero ya no hay marcha atrás.

—Fuiste muy valiente. Estoy muy orgullosa de ti —dice elevando la cabeza para que nuestros ojos queden a la misma altura. Gracias a sus palabras, el corazón empieza a bombearme con más rapidez y me dejo llevar por los sentimientos. Esos que supuestamente no tengo.

La beso como agradecimiento y, en esta ocasión, no impido que su cuerpo se restriegue contra el mío, provocándome una gran erección. Tampoco que sus manos se introduzcan en el pantalón y busquen mi polla lista para la acción. Mantengo mis ojos en ella cuando se deja caer y me cubre el miembro con su humedad. Esta vez le permito llevar el control. Va a ser un orgasmo apoteósico.

Capítulo 25

Lidia

Me observo en el espejo con una enorme sonrisa. No hay duda de lo feliz que me siento y de que nuestra atracción siga intacta, así como el amor que le tengo. Solo espero que no vuelva a romperme el corazón, porque en esta ocasión, será complicado recomponerme.

He escogido un vestido verde que se ciñe a mi cuerpo y resalta el color de mi pelo. Creo que es perfecto para lo que sea que Felipe tiene preparado. Lo único que me ha pedido es que me pusiera elegante. Este hombre no es de organizar sorpresas, así que estoy muy emocionada e ilusionada con su actitud. El detalle de las galletas me dejó sin habla. Jamás imaginé que se acordaría de alguna de las anécdotas que le contaba en nuestros encuentros. Que Edgar volviera a mi mente, pero en esta ocasión por un pensamiento bonito, ha sido increíble. Ojalá pudiera regresar al pasado para controlar mis impulsos y no lanzarme al agua. Así él no iría a salvarme y estaría vivo.

Chasqueo la lengua por martirizarme de esa manera y permitir que las lágrimas acudan a mis ojos. Sin embargo, hoy no es día para llorar. Así que las contengo y le sonrío a mi reflejo. Recupero el móvil que estaba encima de la cama, lo desbloqueo, me hago una foto y se la mando a Rocío. Necesito compartir tantos sentimientos bonitos con alguien. Saco la lengua al espejo y después le guiño un ojo. Abro la aplicación y, al buscar el contacto de mi amiga, me doy cuenta de que no he contestado los mensajes de Maverick. No me estoy portando bien con él. Ayer lo besé y unas horas después, tenía un increíble orgasmo con Felipe. Soy una persona horrible. Tengo

que contarle cómo me siento para que no se haga ilusiones conmigo. Pero esa charla tendrá que esperar. Así que le respondo con un «igualmente» y regreso a mi objetivo principal. Enviar las instantáneas.

Rocío las recibe, pero no debe de estar activa, porque no responde. Decido salir de la habitación para encontrarme con Felipe en el salón. Oigo su voz. Habla por teléfono en inglés, idioma que domina bastante bien. Se gira y nuestras miradas se encuentran por un instante, ya que él no puede evitar repasarme de arriba abajo. Su pícara sonrisa de medio lado me hace saber que le gusta lo que ve. Doy una vuelta sobre mí misma y él asiente con la cabeza antes de colgar la llamada.

—Estás preciosa —dice a la vez que se guarda el móvil en el bolsillo.

—Me alegro de que te guste. Y ahora, ¿me vas a decir a dónde vamos?

—Todavía no. Acabo de llamar a un Uber. Nos recogerá en cinco minutos. Ojalá pudiéramos ir dando un paseo, pero sigue lloviendo —responde encogiéndose de hombros.

Me encanta verlo tan relajado. No recuerdo que nunca estuviera así, en paz, tranquilo, sin esas presiones que le provocan arrugas en la frente cada vez que frunce el ceño. Podría asegurar que, en lo que llevamos de día, ha sonreído más que en los dos años que tonteamos. Que conste que me encantan estas dos versiones de Felipe, sin embargo, esta última es más beneficiosa para él.

Lo observo mientras se pone el jersey con dificultad por culpa del brazo lesionado. Todavía tiene el pelo húmedo debido a la ducha que nos hemos dado juntos y que, para no variar, ha acabado en otro increíble orgasmo y muchas risas debido a la limitación de su extremidad. Como se nos ha hecho tarde, optamos por pedir una pizza, que ha escogido él. Era una masa con verduras, nada que ver con la de cuatro quesos que tanto me gusta. Según Felipe, debíamos

compensar toda la cantidad de azúcar ingerida con las galletas en el desayuno.

Bajamos cuando el Uber nos informa de que ha llegado. Nos montamos en la parte trasera y el vehículo pasea por las calles de Londres. Estoy nerviosa, porque no tengo ni idea de a dónde me lleva, hasta que las luces rojas que adornan el teatro *Piccadilly* me dan una pista. El coche se para y Felipe me informa de que ya hemos llegado a nuestro destino. Mis ojos se iluminan al ver el cartel del musical *Moulin Rouge*. Llevo muchos años intentando ir a este espectáculo y nunca he tenido ocasión. Él sabía la ilusión que me hacía y aquí estamos; una nueva sorpresa.

—¡Esto es increíble! —Se me humedecen los ojos de la emoción. No solo por asistir al evento, sino también por el gesto de Felipe. Sonríe, aliviado al ver mi reacción.

—Pensé que te gustaría —dice rascándose la nuca de manera nerviosa. Me impacta que el hombre serio y gruñón se muestre tan inseguro. Es tierno y raro a la vez.

Entrelaza nuestros dedos y entramos al teatro. El ambiente es vibrante. Ocupamos los asientos correspondientes y al mirar hacia los lados me doy cuenta de que se han debido vender todas las entradas, porque no hay un hueco libre. Las luces se apagan y empieza el espectáculo.

No puedo dejar de observar el escenario, a pesar de sentir la mirada penetrante de Felipe sobre mí. Parece encantado. Verle disfrutar, aunque sea en silencio, me llena de felicidad. Ha colocado su mano en mi regazo y no la ha movido de ahí en lo que llevamos de actuación. La música, la coreografía, el vestuario…, todo es espléndido y no dudo en levantarme del asiento para aplaudir cuando la función termina.

—¿Te ha gustado? —pregunta inclinándose hacia mi oído a fin de asegurarse de que lo escucho.

—Mucho. Gracias, ha sido maravilloso. Para no tener corazón, hoy te estás luciendo con tantos detalles —le digo. Me coloco

delante de él y beso sus labios. Se deja hacer y eso es fantástico.

Al salir a la calle vemos que ha parado de llover, así que Felipe me propone dar un paseo antes de acabar en nuestro último destino. A pesar de la humedad, el clima es bueno. No es que haga frío, pero ya es de noche y ha refrescado un poco. Me estremezco y no duda en prestarme el jersey. Huele a él y me encanta. Sus dedos buscan los míos, entrelazándolos. Sin duda, hoy es uno de los mejores días de mi vida. Me gusta que este hombre haga semejante esfuerzo. Felipe no es muy dado a escenas cariñosas delante de la gente, es reservado y, como, según él, no tiene ni idea de romanticismo, estos gestos son mucho más importantes para mí.

Paseamos comentando varias escenas del espectáculo. Mi tono es bastante más efusivo que el suyo. En esta ocasión, las expectativas que tenía se han cumplido con creces. Hablamos de manera distendida y estoy tan cómoda a su lado que el tiempo pasa con rapidez. No sé qué hora es, porque no llevo reloj, pero la ciudad empieza a aflojar el ritmo, así que debe ser tarde.

—Esta es la próxima parada —dice Felipe deteniéndose. Me giro y me encuentro con la entrada de un hotel—. Sabes que aquí se cena más pronto que en España y a estas horas ya no hay cocinas abiertas. Así que me he tomado la libertad de pedir la comida en el hotel donde me hospedo.

Su mirada me analiza. Sé que intenta averiguar si su gesto me ha molestado. Me muerdo el interior de la mejilla para no reírme al ser consciente de su apuro. No le pega nada estar indeciso. ¿Dónde está el Felipe decidido y rudo? ¿Ese que suele empotrarme en la pared y que me besa robándome el alma? No es que no me guste su caballerosidad, solo me sorprende. Lo saco de su inquietud con un roce casto en los labios, y su cuerpo se relaja con rapidez.

—Me parece una gran idea. —Tira de mi mano y su gesto brusco me hace sonreír.

Entramos en el vestíbulo y sigo a Felipe hasta el ascensor. Pica el botón con premura. Parece que su único objetivo no es solo la

cena. Sé que se muere de ganas de quitarme este vestido y, por supuesto, yo de que lo haga. Sin embargo, tendrá que esperar. Quiero que sufra un poquito antes de entregarme a él por completo.

Accedemos al elevador y desuno nuestras manos. Me apoyo en un lateral y le mantengo la mirada ardiente y que está a punto de derretirme. Es increíble la atracción que sentimos el uno por el otro. Las puertas se cierran y nos quedamos solos. Da un paso hacia mí y alargo la mano para frenarlo. Niego con la cabeza y Felipe eleva una ceja, sorprendido. Me muerdo el labio inferior y él entrecierra los ojos mientras una sonrisa provocadora asoma en su rostro. Ha entendido mi juego. Se mantiene en su lugar, pero no duda en alargar el brazo que no tiene lesionado y pasea sus dedos desde la base del cuello, pasando por mi esternón y directo al hueco que hay entre mis pechos. Gimo bajito ante el contacto. Se mueve hacia la derecha y pellizca mi pezón por encima de la ropa. Le doy un manotazo y sonríe de nuevo.

Observo cómo se apoya en el otro lado del ascensor. No es muy grande, así que nos quedamos bastante cerca. Entorno los ojos anunciándole que ahora es mi turno. Elevo la pierna y coloco mi zapato en su entrepierna. Su sexo ya está erecto. Presiono con control. Mi objetivo es ponerlo cachondo, no hacerle daño. Un jadeo ronco retumba en las paredes del elevador. Nuestras miradas de pupilas dilatadas se retan. Bajo el pie cuando el aparato anuncia que ha llegado a su destino.

—Vamos, bruja de fuego, o acabaré follándote aquí dentro.

La piel me arde y la humedad se hace más notable entre mis piernas. Ahora, no tengo claro que mi juego sea tan inocente como pensaba. Solo quería provocarlo, pero parece que he acabado yo más cachonda que él. Me encanta que sea vulgar cuando habla de sexo y este Felipe sí es el de siempre.

Pasa la tarjeta por el lector y la puerta de madera oscura se abre, dándonos acceso a la habitación. Delante de la cama han colocado una mesa redonda con dos sillas. Hay platos, copas y un

florero con tulipanes de varios colores. La emoción me invade al darme cuenta de que también se ha acordado de cuál es mi flor favorita. En una esquina hay un carrito lleno de recipientes con tapas. Me quito el jersey y lo dejo caer en la cama.

—Querían adornar la habitación con pétalos de rosa, pero me negué, eso sería demasiado para mí.

—Así está perfecto.

—Me alegro de que te guste. —Me invita a sentarme mientras aparta mi silla, y eso hago—. Espero que disfrutes de la cena.

El susurro de su voz tan cerca de mi oído consigue erizarme la piel y me remuevo en el asiento. Lo oigo levantar las tapas y empiezan a aparecer platos llenos de comida. De pronto la estancia se inunda de aromas y mis tripas rugen debido al hambre. Felipe se sienta delante de mí y me guiña un ojo.

—¿Qué te apetece? —pregunta, pasándose la mano por el pelo. Me quedo embobada con su gesto. Él se da cuenta y me sonríe con el ego inflado—. Yo todavía no estoy en el menú, nena. Tendrás que esperar al postre.

—Pues no voy a comer mucho, para no llenarme demasiado.

—De eso me encargaré yo más tarde —afirma con la voz ronca.

—Será si yo te dejo —replico, provocándolo.

—Lo harás, porque te conozco y sé que ahora mismo estás muy mojada y que tu mente solo piensa en todo lo que quieres que te haga antes de follarte; fuerte y duro.

—La imaginación es una herramienta muy poderosa —indico a la vez que apoyo una pierna en la cama y me subo el vestido con calma, y dejar así expuesto mi sexo.

—¿Quieres saber lo que tengo preparado para ti o prefieres imaginarlo?

—Me iría bien alguna pista —le pido con la voz tomada debido a la excitación.

—Voy a saborear todo tu cuerpo, de arriba abajo, sin dejarme ni un hueco por explorar —informa mientras se baja el pantalón y su miembro asoma, provocador—. Después te llevaré al límite y solo dejaré que te corras si eres una buena chica. El resto depende de tu creatividad.

¡Madre mía! Tengo tanto calor que a punto estoy de quitarme el vestido y abalanzarme encima de él. Necesito sentirlo, rozar mi cuerpo con el suyo, tocar su polla, besarla, chuparla… Que entre en mí sin miramientos, que estire de mi pelo o recibir una de esas cachetadas en el trasero que tan cachonda me ponen. Creo que voy a pasar directa al postre, aunque tengo claro que Felipe no me lo va a permitir. La noche promete y yo la estoy deseando.

Capítulo 26

Lidia

Lo peor de pasar un gran fin de semana, es que la burbuja explota y hay que regresar al trabajo. Ojalá pudiera coger unos días de vacaciones para estar más tiempo con Felipe. Saber que en breve tendrá que volver a España hace que mi corazón se encoja con fuerza.

El domingo fue un día increíble, lleno de sorpresas y también de orgasmos. Daría cualquier cosa porque esta versión de Felipe se mantuviera en el tiempo. Se convirtió en un hombre atento, detallista, romántico —en su justa medida, claro—, pasional, sensual, juguetón…, incluso conseguí arrancarle varias sonrisas. Ha quedado patente que tiene corazón, aunque sigue un poco escondido y que es capaz de querer, a pesar de sus miedos y dudas. Tengo que buscar la manera de que se dé cuenta del ser maravilloso que es.

Suspiro cuando mi mente regresa a mi despacho, en el que me encuentro rodeada de documentos legales. Las hojas se amontonan sobre el escritorio de madera oscura en un desorden controlado. Bueno, a medias. Estoy preparando un juicio importante que se celebrará la próxima semana y mi concentración debería ser absoluta. Sin embargo, mi cabeza se escapa a esos momentos compartidos con Felipe.

El sonido de la puerta al abrirse de golpe me hace dar un respingo, asustada por la intromisión. Al elevar la cabeza me encuentro con el semblante enfadado de Robert y a mi secretaria, persiguiéndolo y pidiéndole que no me moleste.

—Tenemos que hablar —dice el hombre sin preámbulos y con la voz cargada de reproche.

—Está bien, Hailey. No pasa nada, tranquila —le indico a mi secretaria con una sonrisa, para que no se inquiete.

—Lo siento. —Sale del despacho y cierra la puerta dejándome con este hombre lleno de ira. Lo miro y elevo las cejas. Hace falta mucho más que entrar en el despacho, como un toro bravo, para intimidarme.

—Te agradecería que, la próxima vez, respetes a Hailey y si no está, toques a la puerta antes de entrar. —La tensión de su cuerpo me demuestra que no le ha gustado mi comentario. Que se joda, por maleducado—. ¿En qué puedo ayudarte?

—No es cuestión de ayudarme, sino de aclarar por qué estás llevando el caso de Emily Clark. Es mi clienta y debería estar bajo mi responsabilidad —me reprocha cruzándose de brazos.

Sus palabras no me sorprenden, cuando decidí hacerme cargo del caso ya sabía que él vendría a reclamarme. Solo ha tardado un día más de lo que yo esperaba.

—La clienta solicitó, de forma específica, que quería un cambio de abogado. Al parecer, se ha enterado de que juegas al golf con su exmarido, Robert. Como te imaginas, esa información ha dejado en un mal lugar al bufete —explico a la vez que intento mantener la calma y contener mi lengua para no decirle que es un auténtico cretino.

—Eso no es verdad —replica, incómodo.

—Soy joven, pero no me tomes por estúpida. No haría nada en contra de mis empleados sin contrastar la información. ¿Quieres que te enseñe la fotografía que guardo en el móvil?

Su rostro se enrojece de la rabia. Odio que me subestimen por mi edad y por ser mujer. Veo como aprieta los puños a ambos lados del cuerpo y se tensa. Se encuentra entre la espada y la pared y lo sabe. Si sigue cabreándome, no me temblará el pulso para echarlo a la calle.

—Los dos formamos parte del mismo club y en ocasiones coincidimos en el campo, pero no somos amigos.

—Con tu experiencia, no hace falta que te diga que eso es suficiente para tumbar el caso y que la perjudicada sería la señora Clark.

—Aun así, no entiendo por qué no se me consultó antes. Llevo años trabajando con esta clienta.

—Lo sé, Robert. Por eso me sorprende que no hayas dado tú el paso al saber que ese hombre frecuentaba el mismo campo de golf. La señora Clark está muy enfadada y a punto estuvo de llevarse sus temas legales a otro despacho. —Robert resopla, pero sabe que tengo razón y poco más puede decir—. Mira, por todos los años que has dedicado a la empresa, voy a concederte que colabores conmigo, pero te quiero lejos de la clienta.

—Está bien —responde con la mandíbula apretada. Mi decisión no le entusiasma, no obstante, tendrá que obedecer—. No me gustaría que este tipo de situaciones se repitieran en un futuro, Lidia. Si tienes problemas con alguno de mis casos, quiero saberlo y no ser la comidilla del bufete.

—Si tú haces lo correcto, seguro que no habrá próxima vez, ¿verdad?

Entorna los ojos y sé que si pudiera me estrangularía con sus propias manos. Se gira y sale del despacho cerrando la puerta con más fuerza de la necesaria. Bueno, pues parece que tengo un enemigo.

Respiro con profundidad, aliviada de que la conversación no haya llegado a una mayor confrontación. De todos modos, sé que no será la última vez que tenga que lidiar con la desaprobación de este hombre. Parece que no le sentó demasiado bien que el puesto de director no fuera para él. Por las experiencias anteriores, ya he comprobado que trabajar en un entorno tan competitivo como este, significa navegar entre egos y expectativas de manera constante.

La puerta se entreabre y por el hueco aparece la cabeza de Hailey. Sonrío al verla. Ella sí que es una persona vitamina, de lo mejor que me he encontrado en este país.

—¿Todo bien? —pregunta con inquietud.

—Sí, no te preocupes. Ya sabes cómo es.

—Me encanta que haya alguien que le ponga en su sitio. No sé lo que le has dicho, pero se ha ido echando fuego por la boca.

—Nada que no fuera verdad, Hailey. Por eso está tan enfadado.

—Bueno, pues ya se le pasará. ¿Necesitas alguna cosa?

—Me iría genial un té de esos tan ricos que haces.

—Marchando.

Cuando se va, miro de nuevo los documentos que hay frente a mí. El caso que tengo entre manos es complicado, pero, como profesional que soy, voy a dar lo mejor. Y ni Robert ni nadie va a impedir que la señora Clark consiga todo lo que pide para su divorcio. Mientras organizo las notas, Hailey deja mi bebida en un lado y me sonríe al irse. Cojo la taza, soplo y le doy un sorbo. No puedo evitar que mi mente vuelva a divagar hacia los recuerdos del fin de semana con Felipe. Me pregunto qué estará haciendo ahora.

Estoy tentada a enviarle un mensaje, pero me contengo. Necesito mantener cierta distancia, por mi bien mental. Está el trabajo, que requiere toda mi atención, aunque también mis sentimientos. ¿Qué pasará cuando él regrese? No puedo implicar tanto al corazón o acabaré destrozada. Sacudo la cabeza para dejar a un lado de una vez mi vida personal.

Le doy otro sorbo al té a la vez que reviso los argumentos de ambas partes, busco precedentes y analizo cada detalle con la precisión necesaria. A medida que pasa el tiempo, el bullicio de la oficina se reduce. Estoy tan sumergida en este mundo de leyes que ni siquiera sé qué hora es.

Unos toques en la puerta hacen que levante la cabeza. Es Hailey. Lleva sus pertenencias en la mano. Me observa con la mirada

de una madre que está a punto de echarle una bronca a su hija. Hago una mueca y ella chasquea la lengua.

—Es tarde, deberías recoger e irte a casa a descansar —me pide.

—¿Qué tal si te aplicas estos maravillosos consejos que das?

—Yo ya estoy preparada, sin embargo, mírate tú, sigues sepultada en papeles. Espero que le hagas más caso al hombre que se encuentra aquí fuera. Me ha dicho que venía a buscarte para ir a cenar.

Elevo una ceja, sorprendida con su comentario. Miro el teléfono, pero no tengo nada apuntado en la agenda. Voy tan liada que podría haberme olvidado de que tenía una cena programada. Tampoco hay mensajes de Maverick ni de Felipe, aunque él no sabe dónde trabajo.

—¿Lo hago pasar? —pregunta Hailey ante mi silencio.

—Sí, claro. No había quedado con nadie, pero lo atenderé.

—Es muy guapo y agradable —indica con una sonrisa pícara.

—Pues con más razón. A ver de quién se trata.

Mi secretaria desaparece un instante y a su regreso trae a Felipe con ella. Al verlo, el corazón empieza a latirme con más fuerza y rapidez. Noto el rubor en mis mejillas ante la atenta mirada de los dos. El recuerdo de nuestros cuerpos desnudos, de sus besos apasionados o los orgasmos que me arrancó consigue que la piel se me erice. Está serio, como ya es habitual en él y esa pose de chico malo me pone a cien. Carraspeo, porque no soy capaz de reaccionar y parezco tonta.

—Gracias, Hailey. Vete a casa que es muy tarde. Nos vemos mañana.

—Está bien, pero intenta hacer tú lo mismo. Sáquela de aquí o acabará momificada y me quedaré sin trabajo.

—No se preocupe, yo me encargo de que se vaya a descansar. —Contengo una carcajada, porque con él a mi lado, puedo hacer de

todo, menos descansar.

Hailey nos sonríe antes de darse media vuelta y desaparecer. Me muerdo el interior de la mejilla, tiro la silla hacia atrás y me pongo en pie. La mirada de Felipe se desvía a mis piernas, descubiertas por la falda que llevo. Me la recoloco y rodeo la mesa para acercarme a él.

—¿Qué haces aquí? No te esperaba. ¿Cómo sabías dónde estaba el bufete?

—Demasiadas preguntas para un recibimiento —se queja a la vez que recorta la distancia que hay entre nosotros y me besa como si hiciera años que no nos vemos.

Ni siquiera se me ocurre oponerme. Es lo mejor que me podía pasar en un día tan estresante. Enredo mis brazos a su cuello y me dejo llevar por la pasión. Mi lengua tropieza con la suya y se miman con calma. Nos separamos para coger aire. Su mano abandona mi trasero y me acaricia la mejilla. Cierro los ojos ante ese contacto tan cariñoso.

—Tienes cara de cansada.

—La verdad es que lo estoy.

—Pues es hora de recoger —me pide.

—¿A dónde vas a llevarme? —indago mientras me siento en la mesa, aunque esté llena de papeles.

—Primero a cenar, después ya veremos. Depende de cómo te portes. —Elevo una ceja, haciéndome la ofendida.

Su mano buena se posa en mi muslo y sus caricias van subiendo hasta desaparecer debajo de mi falda. Abro las piernas, provocadora y ansiosa de más. Sus dedos llegan al borde de mis bragas y se mueven con habilidad para colarse por dentro. Gimo y dejo caer la cabeza hacia atrás cuando la yema roza mi clítoris. Me besa el cuello, la mandíbula, la boca… Estoy a punto de pedirle que lo quiero dentro de mí cuando la voz de Robert me hace dar un respingo. Empujo a Felipe para que saque su mano de entre mis piernas y obedece, aunque el gesto de su cara me hace saber que

no le ha gustado mi reacción. Pero estoy en la oficina y Robert es un empleado. ¿Qué clase de ejemplo daría si me pilla en semejante actitud? Aunque no tengo claro que no se haya dado cuenta de algo.

—Lidia, he encontrado este expediente… —Sus palabras se frenan y yo cierro los ojos y rezo, cosa que no suelo hacer para que no haya visto nada que me pueda comprometer—. Lo siento, pensé que estabas sola. Soy Robert, abogado del bufete. ¿Es usted amigo del señor O'Connor?

Me bajo de la mesa con rapidez y consigo interponerme entre los dos. Conozco a Felipe y, en este momento, está pensando en cómo mandar a la mierda a Robert o quizás en darle un puñetazo. La edad es algo que no lleva demasiado bien, aunque para nada aparente los cuarenta y cuatro años que tiene. Es verdad que, a mi lado, pues se nota un poco más la diferencia, pero eso a mí no me importa y a él tampoco debería.

—Felipe es un amigo —intervengo—. Deja el expediente aquí y ya le echaré un vistazo.

—Claro. Siento mucho la interrupción —se disculpa, aunque yo sé que es mentira—. Hasta mañana y un placer conocerte.

Felipe gruñe y yo me tapo la boca para que Robert no me oiga reír una vez abandona el despacho. Mi chico irascible tiene la mano cerrada en un puño y el cuerpo tenso.

—¿Quién es ese gilipollas? —pregunta.

—Un tocapelotas, así que no le des más importancia a su comentario. Vámonos, anda. Necesito aire fresco.

Lo beso para que se relaje un poco. Quiero volver a ver esa amplia y bonita sonrisa que me ha regalado estos días. Que se olvide de Robert y su mirada se centre de nuevo en mí. Quiero que sus pensamientos busquen la manera de arrancarme otro orgasmo, lejos de aquí, solos, en nuestra burbuja. Deseo aprovechar el tiempo hasta que esta estalle y arrase con mi mundo. Ya afrontaré las lágrimas cuando toque.

Capítulo 27

Felipe

Estoy sentado en la cama de mi habitación del hotel en el que me hospedo. El silencio envuelve la estancia, ni siquiera he puesto la televisión. Los ánimos han decaído al ver el mensaje con un recordatorio que acabo de recibir. En tres días debo regresar a España para quitar el yeso y comprobar qué tal va mi brazo.

La idea de volver me hace sentir un vacío en el estómago. Aquí, a pesar de todo, he encontrado una especie de refugio, un escape de la rutina y de esos molestos pensamientos que se suelen apoderar de mi mente, transportándome a un pasado que prefiero olvidar. Pero lo más importante, es que he estado con Lidia. Estos días me he esforzado para demostrarle cuánto la valoro, aunque no pueda quererla. Mi conciencia se ríe a carcajadas, porque si algo tiene claro, es que, a pesar de no saber lo que es el amor o cómo expresarlo, toda esta presión que siento en mi pecho cada vez que pienso en ella, tiene un nombre muy concreto. Joder, estoy loco de amor por esta mujer. Es ridículo no admitirlo.

No sé si lo hago bien o si, por el contrario, necesitaré más de un tirón de orejas por parte de Lidia para que deje de ser un capullo gruñón. Pero estoy convencido y lo que he podido corroborar durante mi estancia en Londres, es que voy a luchar por mi bruja de fuego. Aún no sé qué voy a hacer, porque nuestras vidas están separadas, no obstante, encontraré una solución.

Pensar en Lidia provoca que todas las emociones se pongan en guerra y me cueste bastante gestionarlas. Tan pronto soy un mar de dudas, como me convierto en el rey de la positividad. Me considero

una persona inestable cuando se trata de sentimientos y soy consciente de que me queda mucho que aprender. Sin embargo, si puedo elegir, me gustaría hacerlo a su lado. Sé que es más joven que yo y que también arrastra partes de su pasado difíciles de gestionar, pero formamos un buen equipo, un equipo maravilloso, diría yo. Solo me queda demostrárselo a ella. ¿Cómo? Pues ni puñetera idea.

Decido, ahora que estoy tranquilo en la habitación y que Lidia aún tardará en salir del trabajo, llamar a mi hermana. Ella es mi confidente, aparte de una mujer mucho más lista que yo. Entiende mis silencios, los gruñidos y las palabras que se quedan a medias. Le doy al botón de videollamada y espero mientras suena el tono.

—*How are you, brother?* —saluda con guasa una vez que aparece su cara en la pantalla. Estoy a punto de poner los ojos en blanco, pero antes me sale una sonrisa—. Vaya, vaya, parece que estamos de buen humor.

—Es imposible resistirse a tus payasadas, Amaia.

—Eso es un piropo, ¿verdad?

—Más o menos.

—Bueno, me conformo. ¿Qué tal te va por Londres? —pregunta mientras se sienta en el sofá. Sabe que mi llamada es importante, me conoce y, aunque siempre me preocupo por ella y su familia, suelo escribir más que hablar.

—Bastante bien. Es una ciudad increíble. Una pena que en unos días tenga que regresar.

—Control médico —afirma.

—Así es. La verdad es que no me apetece tener que volver tan pronto. Necesitaba estos días de descanso.

—Por qué me da en la nariz que hay algo o mejor dicho alguien que te retiene ahí. ¿Me equivoco?

—Eres muy lista, hermanita. Estos últimos días con Lidia han sido fascinantes. Estoy jodido, Amaia. A su lado descubro

sentimientos que no creía tener y disfruto mucho de su compañía. En todos los sentidos.

—Vale, vale. Lo he entendido, no hace falta que especifiques más —me pide tapándose los oídos. Niego con la cabeza, porque en ningún momento se me ocurriría contarle algo íntimo.

—No sé qué hacer con mi vida. Ojalá no tuviera que irme todavía —confieso.

—Veo que por fin has abierto los ojos. Me gusta que hayas asimilado que estás enamorado de esa mujer.

—Yo no he dicho tal cosa —refunfuño.

—Quizás no con esas palabras, pero es lo que sientes en realidad. Admítelo de una vez, Felipe. No es nada malo ni vergonzoso. Sentir amor es maravilloso, aunque en ocasiones duela de narices.

—Es que no sé…

—En serio, hermanito. Déjate de dudas, ¿quieres? Ojalá tuviera tan claro que me iba a tocar la lotería como lo estoy de tus sentimientos por Lidia. Deja de martirizarte de una vez. Olvídate de todo lo que decía papá y déjate llevar por las emociones. Porque si no lo haces, la perderás y después sí que serás un jodido ogro. Te quiero mucho, pero no sé si tengo tanta paciencia para aguantar esa horrible versión de ti.

—A veces me da un poco de miedo que seas tan sincera.

—E inteligente —remarca con orgullo.

—Eso también. —Su enorme sonrisa provoca que mi semblante se relaje. Cuando Amaia habla, todo parece sencillo, aunque después sea complicado de la hostia.

—Mira, me imagino que ahora lo ves cuesta arriba, y tienes razón. Estás en un momento… especial, digámoslo así. Que conste que me encanta verte contento. No has fruncido el ceño en toda la llamada —resoplo y, solo para fastidiarla, arrugo el entrecejo. Ignora mi gesto y continúa con su charla—: No obstante, creo que lo importante ahora es que regreses a casa y cuides de ese brazo.

Cuando todo esté en orden, toma la decisión que consideres oportuna.

—¿Y si me voy y pierdo los avances que he hecho hasta ahora con ella? —le pregunto sintiendo el peso de mis palabras. Solo de imaginarlo…

—Ay, hermanito, ¡qué verde estás! Si Lidia siente algo por ti ni el tiempo ni la distancia lo cambiarán. En este momento debes recordar que lo importante es tu salud.

Cierro los ojos y dejo que sus palabras se asienten en mi mente. Amaia es esa parte razonable de mi vida, la cordura y la que pone todo en perspectiva. En estos casos, no poder contar con ella sería un auténtico desastre.

—¿Le has dicho a Lidia cómo te sientes?

—En palabras, no. He intentado demostrárselo con hechos.

—El sexo no cuenta, Felipe.

—Joder, Amaia. Estoy hablando de gestos —refunfuño—. Hemos elaborado galletas y la he llevado a un musical.

—¿En serio?

—¿A qué viene ese tono de sorpresa?

—Bueno, a ver, nunca has sido el hombre más detallista del mundo. Y jamás te he visto cocinar. Además, estoy intentando recordar cuándo fue la última vez que me hiciste un regalo y, ¿sabes qué? Diría que eso no ha sucedido nunca.

—Porque eres de gustos raros. —Su carcajada inunda la estancia y produce un cosquilleo de felicidad en mi interior.

—Menuda excusa de mierda. Pero tranquilo, te perdono, porque te quiero mucho y sé que tú a mí también. Sin embargo, sabiendo qué eres capaz de esforzarte por una mujer, el año que viene no pienso tolerar quedarme sin un detalle por tu parte.

—Está bien, para el próximo cumpleaños, prometo esmerarme y compensar la falta de regalos de los anteriores.

—Perfecto. —Sonríe satisfecha con mi comentario—. Eres el mejor hermano del mundo y estoy muy orgullosa de ti, Felipe.

Escuchar sus palabras, en este momento tan raro de mi vida, consigue emocionarme y tengo que realizar un esfuerzo para retener las lágrimas. Estoy sensible, porque hasta hace unas semanas, las cosas iban por el camino correcto. Ahora está todo patas arriba. He tenido un accidente, me han operado de un brazo, estoy de baja y he venido de vacaciones a la ciudad donde se encuentra la única mujer que ha alterado mi mundo. Con ella he tenido muchas de mis primeras veces y es difícil gestionar todas las emociones que he ido conociendo. Por eso, sé que valdrá la pena luchar por Lidia, aunque mi vida tenga que seguir transformándose.

—Amaia, siento mucho si no te demuestro demasiado lo importante que eres para mí. Sé que algún día podré decírtelo y así te quede claro.

—Aunque no lo pronuncies, sé que me quieres, hermanito. —Asiento con la cabeza. Me da mucha rabia no poder expresarlo en voz alta—. No olvides que lo estás haciendo bien y que, el día menos esperado, tus cuerdas vocales, dirán lo que ya siente tu corazón. Paso a paso. Y ahora, tengo que dejarte, que se me ha metido algo en el ojo. Avísame cuando regreses a España, ¿vale? Te quiero.

Su voz va perdiendo intensidad y suena emocionada antes de colgar la llamada sin darme tiempo a contestar. La conversación con mi hermana me ha dado mucho en qué pensar. Me levanto y miro por la ventana. La ciudad sigue en movimiento, como un recordatorio de que el mundo continúa girando, sin importar mis dilemas personales y que, cada día que pasa sin avanzar, es un día perdido.

Decido salir a pasear, aunque sea un rato. Necesito aire fresco y la distracción de las calles londinenses. Además, en este momento, el tiempo nos ha dado una tregua. La brisa de la tarde me recibe al salir a la calle y empiezo a caminar sin rumbo fijo. Me detengo en una pequeña cafetería y pido un café. Mientras espero, mi mente

vuelve a Lidia de nuevo. Siempre tengo presente su sonrisa, esos ojos verdes esmeralda tan brillantes, las pecas que adornan su nariz y parte de sus mejillas. La piel blanca que se enrojece cuando está excitada o tiene vergüenza y también esos jugosos labios que tanto me gusta besar, morder o verlos alrededor de mi polla. Me remuevo en el asiento al percibir que mi miembro se emociona con estos pensamientos poco apropiados para este lugar.

Faltan unas horas para que salga de trabajar y, a pesar de que no hemos quedado en vernos hoy, me muero de ganas de abrazarla y de pasear con ella de la mano. Los días en Londres se acaban, debería hablar con Lidia, arriesgarme y decirle que no me quiero ir, que, si me lo pide, cuando me quiten el yeso, regresaré y buscaremos la manera de estar juntos. Sí, eso haré. Pago el café y abandono el lugar con las energías suficientes para dar el paso. Espero que todo salga bien.

Capítulo 28

Lidia

Hoy es otro de esos días en los que el trabajo me absorbe por completo. La vida en Londres es un torbellino constante, sobre todo cuando diriges la oficina de un bufete que lleva un pesado apellido en el mundo de la abogacía. La pila de documentos parece multiplicarse cada vez que parpadeo. ¿Dónde queda mi iniciativa de digitalizar la información? No debería quejarme, me gusta mi trabajo y estoy aquí por voluntad propia, aunque hay momentos en los que tiraría la toalla. Mandaría a mi padre al carajo y me iría con Felipe a una isla desierta.

He estado tentada en varias ocasiones de llamarlo y pedirle que viniera a buscarme. Así tendría una excusa para salir de aquí sin sentirme culpable. Sin embargo, la mujer responsable que habita en mí me ha hecho desistir. Tampoco quiero presionarlo, necesita su espacio y no deseo que mis ansias lo agobien.

Resoplo al tener que devolver mi atención al complicado caso que tengo entre manos. Me consuela saber que ya falta menos para que me pueda ir a casa. La pantalla de mi teléfono se ilumina con el nombre de Maverick. Noto un nudo en el estómago debido a lo culpable que me siento. En el fondo, sé que no puedo seguir engañándole ni a él ni a mí misma.

Lo saludo al contestar y trato de mantener un tono de voz casual.

—¿Cómo estás? —Suena alegre y despreocupado y eso solo me hace sentir peor.

—Bien, atareada con el trabajo. La semana que viene tengo varios juicios y trato de ponerme al día. ¿Y tú?

—También liado. Acabo de llegar de viaje. Hemos cambiado algunos proveedores y debíamos cerrar los tratos. ¿Me has echado de menos? Porque yo a ti, sí.

—La verdad es que no he tenido demasiado tiempo para pensar en nada que no sea el trabajo. —Es una mentira piadosa, con el propósito de que no siga haciéndose ilusiones. Un silencio incómodo se apodera de la línea. Me separo el móvil de la oreja, por si se ha cortado la llamada. Todo está en orden—. ¿Sigues ahí?

—Sí, perdona. Deberías desconectar, Lidia. Obsesionarse con la faena no es bueno. ¿Qué te parece si salimos a cenar esta noche?

Tomo aire y lo suelto de forma lenta. He estado posponiendo esta conversación, pero ya ha llegado el momento. Es absurdo no admitir que, aunque lo mío con Felipe vuelva a quedar en nada, yo lo amo y no puedo utilizar a una persona tan buena como Maverick para aliviar mi dolor. No soy esa clase de mujer.

—Necesito hablar contigo, tengo algo que contarte.

—Perfecto, ¿pues te paso a buscar a las siete por tu casa?

—No va a poder ser. Mira, he estado pensando mucho y no quiero que interpretes de manera incorrecta lo que existe entre nosotros.

Se vuelve a generar otro silencio y puedo imaginarlo procesando mis palabras. Me siento un ser horrible, no obstante, si lo alargo más, será peor.

—Quedamos en tomarnos las cosas con calma, y eso hacemos. Hemos fluido. Te besé y después tú me lo devolviste. No puedo decir que me haya enamorado de ti, pero me gustas mucho y creo que… ¡Ah, ya entiendo! Es por Felipe, ¿verdad? —pregunta con la voz teñida de resignación.

—Sí —confieso sin más rodeos—. Ya sabes que la historia entre nosotros es complicada. Él sigue de vacaciones y hemos pasado

algunos días juntos. No quiero engañarte ni darte esperanzas cuando mi corazón está en otro sitio.

—Lo entiendo y aprecio que me lo cuentes. Parece que nunca cerraste ese capítulo de tu vida —contesta, sereno, aunque sé que se encuentra dolido.

—Eres un hombre maravilloso, Maverick, y me alegro mucho de haberte conocido. Me encantaría que pudiéramos ser amigos.

—¿Vas a quedarte en Londres o correrás detrás de él? —pregunta con cierto reproche.

Su cuestión ha tocado un punto sensible y la rabia se apodera de mi ser. Me gustaría gritarle que lo que yo haga con mi vida a él no le importa una mierda, sin embargo, quedaría muy patente mi malestar y todas las dudas que tengo. Me duele no ser capaz de controlar la situación y de no saber qué hacer. ¿Dejaría todo si Felipe me lo pidiera? ¿Podría enfrentar a mi padre y abandonar el esfuerzo que he realizado hasta ahora? No tengo ni puñetera idea, así que le contesto lo más sencillo.

—Me quedaré. En estos momentos mi trabajo está aquí. —Intento sonar firme, sin embargo, no me sale con la seguridad que hubiera deseado.

—Quizás no tendría que meterme, pero lo hago porque me importas. Has tomado una decisión acertada, Lidia. Eres una mujer fuerte y no debes poner tu futuro en manos de un hombre que te utiliza y no te da la felicidad que te mereces. Te lo digo como amigo.

¿Qué coño sabrá Maverick? Quizás lo hace con buena voluntad, pero no tiene ni idea de cómo es mi relación con Felipe, ni todo lo que ha hecho estos días para demostrarme que me quiere. Está cambiando, lo sé, estoy convencida de ello. Felipe puede ser muchas cosas, sin embargo, jamás me pondría en una situación complicada.

—Gracias por tus palabras —le respondo para cortar la llamada lo antes posible. Ya no me apetece seguir hablando con él. Las cosas están claras entre nosotros y mi conciencia tranquila—. Te prometo

que, cuando baje el ritmo de trabajo, te llamaré y quedaremos para esa cena pendiente.

—Está bien, amiga. —La última palabra me da la sensación de que la dice con algo de retintín.

Terminamos la llamada y al colgar, siento una mezcla de alivio y tristeza. Sé que he hecho lo correcto, pero eso no significa que sea sencillo ni que a Maverick le haya parecido bien.

Intento concentrarme de nuevo en el trabajo, sin embargo, en mi mente sigue apareciendo Felipe. Pienso en las veces que me ha sonreído, que han sido muchas, su mirada intensa y penetrante, y como esas manos que tanto me gustan, recorrían mi cuerpo… Hay muchas complicaciones en nuestra relación, demasiados «peros», y parece un rompecabezas que nunca terminaremos de montar.

En lugar de poner el teléfono en la mesa, busco su contacto y lo llamo. La conversación con Maverick me ha dejado mal sabor de boca y siento la necesidad de hablar con él. Que me diga que estamos bien, que todo pasará y que encontraremos una solución para poder querernos.

Dejo que el tono suene durante un rato, hasta que la comunicación se corta sin obtener respuesta. Vuelvo a intentarlo, con el mismo resultado. Me parece raro que no coja el móvil. A lo mejor está en la ducha o se ha quedado dormido.

Lo que resta de tarde la paso entre la falta de concentración y la inquietud por no saber nada de Felipe. No me ha devuelto las llamadas ni tampoco ha contestado a los mensajes. ¿Habrá vuelto a España? No, me avisaría.

Doy por finalizada la jornada en la oficina, aunque me llevo varios expedientes con el propósito de revisarlos en casa. Necesito estar entretenida para no volverme loca con la falta de información por parte de Felipe. Recojo mis pertenencias y recorro los pasillos que ya se encuentran en silencio, porque la mayoría de los empleados se han ido. Cuando paso por la zona común, mi mirada se cruza con la de Robert. Me saluda con la mano y sonríe, con una

mueca que parece más la de un payaso diabólico. Hago un gesto con la cabeza y sigo mi camino.

No hace frío, pero tengo el cuerpo desajustado debido a tantos frentes abiertos y la piel se me eriza por el cambio de temperatura. Me ajusto la americana y camino hacia el metro. El día ha sido interminable y lo único que deseo es llegar a mi piso, ponerme cómoda y beberme una, dos o tres copas de vino tumbada en el sofá. Entro en el ascensor, apoyo el cuerpo en el cristal y cierro los ojos. Noto cómo empieza a formarse un ligero malestar en las sienes. Demasiada presión.

Una vez dentro del apartamento me deshago de los zapatos, cuelgo la americana, dejo el bolso en la entrada y me adentro en el salón mientras voy desabrochándome la camisa. Al encender la luz, un grito abandona mi garganta al encontrarme la figura de un hombre sentado en el sofá. Me tapo el torso y llevo la mano al corazón, porque a punto está de salirse de mi pecho. El individuo se pone en pie y se abrocha el botón de la americana mientras yo intento recuperar el control de mi respiración.

—Hola, Lidia —saluda mi padre con una expresión severa en su rostro.

—¿Qué haces aquí? Casi me matas de un susto. ¿Cómo has entrado? —indago a la vez que intento mantener la calma.

—He venido a ver qué tal está mi hija. Te recuerdo que el piso lo paga mi bufete, así que tengo todo el derecho de tener una llave.

—Claro que sí, pero vivo aquí y no puedes entrar cuando te dé la gana. Es mi intimidad, papá —le reprocho mientras mis dedos se apresuran a pasar los botones de nuevo por el ojal.

—Ha llegado una información a mis oídos y he venido a comprobar si es cierta o no —dice sin hacer caso a mi queja. Sus palabras me ponen en alerta.

—A ver, sorpréndeme. —Me mantengo firme, como ya es habitual en mí cada vez que me enfrento a mi progenitor. Si flaqueo, estoy perdida.

—Felipe Navarro. Cuarenta y cuatro años, exmilitar. Abandonó su carrera en el ejército por no saber aguantar la presión. Ahora es un simple chófer y se está tirando a mi hija —nombra con un tono cargado de desaprobación. No me sorprende que sepa tantas cosas de Felipe. Seguro que lo ha investigado—. Me parece que se te ha olvidado quién eres, Lidia.

—Lo recuerdo cada día, papá. Esa es mi desgracia —remarco con los ojos llenos de lágrimas—. Siento decirte que ya no soy una niña y sé lo que hago. No puedes venir a mi piso y juzgar con quién me acuesto.

—Ese hombre es dieciséis años mayor que tú y no tiene dónde caerse muerto. ¿Hace falta que te diga por qué está contigo? —replica levantando la voz.

—Felipe me quiere —respondo. Mi seguridad se ha ido al traste al sonar algo infantil. La carcajada que suelta mi padre me eriza la piel.

—Si me apuras, ya no se trata solo de la diferencia de edad, sino de la imagen que proyectas al bufete. ¿Qué pensará la gente cuando se entere de que Lidia O'Connor está liada con alguien que podría ser su padre?

Respiro hondo e intento mantener la compostura. Siempre es lo mismo. Para él, la vida personal es solo una extensión de nuestra profesión. Tal y como está la sociedad, quizás tenga parte de razón, pero Felipe es maravilloso, aunque no sea rico ni posea un apellido de renombre.

—Me importa una mierda lo que piensen los demás —declaro con firmeza—. Felipe es un gran hombre y me hace feliz. Si fueras un padre normal y me quisieras, aunque solo sea un poco, es lo único que debería preocuparte.

—Desde bien pequeña has sido una niña alocada, imprudente y egoísta. Le dije a tu madre, en multitud de ocasiones, que no podía consentirte tanto, porque nos darías muchos quebraderos de cabeza. No me hizo caso y acabaste matando a tu hermano. —Sus

palabras se convierten en dagas que se clavan por todo mi pecho y producen unas heridas que sangran sin control.

—Fue un accidente —susurro mientras las lágrimas resbalan por mis mejillas.

—Si tú no hubieses estado allí, él seguiría vivo. —Tiene razón y muchas veces, deseé ser yo la que se hubiera ahogado—. Me debes la vida de un hijo, así que no hagas más estupideces, céntrate en el bufete y no pierdas el tiempo con un hombre que se largará a su casa y te dejará sola. Ni eres especial ni única, Lidia. No te hagas ilusiones, porque en menos que canta un gallo, otra ingenua ocupará tu lugar en su cama.

—Puedes decir lo que te dé la gana, pero yo sé que Felipe me quiere. Voy a tomar mis propias decisiones y si me equivoco, será problema mío. No podrás controlar siempre todos los aspectos de mi vida.

—Lidia, esto es serio. No quiero que cometas un error del que está claro que te vas a arrepentir. Puse mi confianza en ti, no hagas que el que se lamente, sea yo.

—Si no estás contento con mi gestión, siempre puedes echarme —le digo, encarándolo—. Hasta ahora no has tenido ninguna queja del trabajo que realizo y lo que haga en mi vida personal, solo me corresponde a mí.

Nos quedamos en silencio por un momento y la tensión se puede palpar en el aire. Al final, mi padre suspira y se pasa una mano por el pelo. Sabes que soy tan cabezona como él y que no voy a dar la batalla por perdida.

—Está bien —cede. Ojalá pudiera creerlo. Finn O'Connor tampoco se rinde con facilidad—. Te estaré vigilando, Lidia. A la mínima queja vendré a por ti y no te gustarán las consecuencias.

Rodea la mesa de centro y lo sigo con la mirada hasta que sale del piso. Mañana cambiaré la cerradura. No quiero más imprevistos de este tipo. Me acomodo en el sofá y oculto el rostro entre las manos. Intento procesar lo ocurrido. Siento que estoy en una

batalla, no solo contra las expectativas de mi padre, sino también contra las mías y las decisiones del pasado. La sonrisa de mi hermano Edgar se hace presente en mi cabeza. Qué diferente sería todo si él siguiera vivo.

Me encuentro derrotada, destruida y solo hay una persona que es capaz de consolarme. Marco de nuevo el número de Felipe, que sigue dando tono, pero no contesta. Me parece muy raro, sin embargo, estoy tan exhausta que mi cerebro no tiene ganas de procesar qué puede ocurrir. Tumbo mi cuerpo en el sofá, encojo las piernas para ponerme en posición fetal y me dejo llevar por la pena, la angustia y la culpabilidad.

Mis pensamientos se marchan hacia el futuro, en cuanto me gustaría tomar mis propias decisiones y enfrentar lo que venga sin tener el aliento de mi progenitor en el cogote. Debería imponerme, porque, al final del día, yo soy la única que puede decidir mi destino. Y eso es algo que no permitiré que me arrebaten.

Capítulo 29

Felipe

Paseo de arriba abajo, igual que un león enjaulado, por la habitación de hotel en la que me han encerrado. Sí, parece una escena de película de acción, pero en este caso es real. Miro de reojo a los dos gorilas que custodian la puerta para que no pueda salir. Si fuera en otro momento de mi vida, no hubiera dudado en enfrentarlos. Suena egocéntrico, sin embargo, sé que podría con ellos. Muevo los dedos de mi brazo lesionado y hago una mueca de impotencia.

¿Quién me iba a decir hace unas horas, que me encontraría en semejante situación? Al salir de la cafetería, mi idea era ir a recoger a Lidia, pero de repente, dos hombres corpulentos se interpusieron en mi camino. Llevan trajes oscuros y unas expresiones que no dejan lugar a dudas sobre sus intenciones si no les obedeces. Uno de ellos se colocó delante de mí para que no pudiera avanzar.

—Felipe Navarro —afirmó con una voz grave y autoritaria.

—Sí, soy yo.

—Nos gustaría que vinieras con nosotros —dijo el otro a la vez que señalaba una furgoneta negra que esperaba junto a la acera.

Los miré de nuevo, valorando mis opciones, pero el gorila que se encontraba delante de mí se aseguró de que obedecía enseñándome el arma que guardaba debajo de la americana. Estaba claro que era un ofrecimiento sin opción a réplica. Me dejé llevar. Sé cómo funciona esto y no vale la pena discutir. Sabían mi nombre, así que no había posibilidad de un error. Lo que me tenía preocupado era, por qué yo. ¿Qué motivo tendrían para retenerme? Solo estoy de vacaciones.

—¿A quién debo el honor de acompañaros? —pregunté con una actitud despreocupada.

—En un rato lo sabrás. Nosotros solo cumplimos órdenes —respondió uno de ellos sin más explicaciones mientras se sentaba a mi lado.

El vehículo arrancó de inmediato y me pasé el trayecto barajando las posibilidades de lo que sucedía. No soy un santo, pero no tengo enemigos que puedan gestionar semejante despliegue. Llegué a la conclusión de que podía ser una broma, quizás de Pablo, así que me relajé un poco.

El viaje no duró demasiado. La furgoneta se detuvo en un callejón sin salida y los dos hombres me llevaron por zonas de servicio de un hotel. Los trabajadores ni se inmutaron, como si estuvieran acostumbrados a que dos grandullones vestidos de negro pasearan por esas zonas a menudo. Cogimos un ascensor y me encerraron en la habitación en la que nos encontramos desde hace dos horas. Me han quitado el móvil, como no podías ser de otra manera, así que no puedo comunicarme con nadie.

Pierdo la mirada por la ventana que da al interior del edificio, las vistas no podrían ser más feas. El sonido de la puerta al abrirse hace que me gire para saber qué sucede. Hago un gesto de negación y suelto una sonrisa burlona al ver quién acaba de entrar. Su pelo rizado y rojizo es inconfundible. Además, no es la primera vez que lo veo. Lleva muchos temas legales de mi jefe. Finn O'Connor, como padre, es una auténtica mierda, no obstante, como abogado, es uno de los mejores y más temidos.

—Gracias por venir, Felipe —dice con calma y casi de manera amigable.

—Creo que no tenía muchas opciones.

—Lo siento. Espero que te hayan tratado con respeto. Supongo que, si te hubiera invitado, no habrías acudido y quería asegurarme de hablar contigo antes de que vuelvas a España.

—Me halaga que una persona tan importante pierda su valioso tiempo en alguien tan insignificante como yo —le expongo. Conozco a este tipo de hombres y nunca me han dado miedo.

—¿Quieres tomar algo? Seguro que el minibar está lleno de bebidas. Corre de mi cuenta.

—Lo que me gustaría es que fueras al grano, así podría largarme y seguir con mis vacaciones.

—Sé que eres un hombre inteligente y sabes que te he traído aquí para hablar sobre Lidia.

—No es difícil de adivinar. Al fin y al cabo, es lo único que nos une.

—Pues quiero que esa unión desaparezca —dice sin rodeos—. Mi hija no puede estar con alguien como tú. Una persona tan herida emocionalmente. Lidia merece algo mejor.

Sus palabras son igual que un puñetazo en el estómago. No puedo negar que, en parte, tiene razón. Mi dificultad para querer y expresar los sentimientos siempre han sido un obstáculo en nuestra relación, pero eso va a cambiar. No quiero volver a perderla. Además, si este hombre quisiera la felicidad de su hija, no la humillaría ni la trataría con tanta frialdad e indiferencia. A él, lo único que le interesa es su apellido, la fama y el dinero.

—¿Y qué pasa si me he enamorado de su hija y no quiero alejarme de ella? —le pregunto, enfrentándolo. Me sorprendo a mí mismo por la claridad y la fuerza de mis palabras. Manda narices que la primera vez que asumo en voz alta mis sentimientos sea delante de esta persona.

—He visto a muchos hombres como tú, de esos que se creen que pueden cambiar, pero no lo hacen. Le llenan la cabeza de pájaros a mi hija y después lo único que les interesa es su fortuna. Eso no sucederá mientras viva.

—Tu dinero o el de Lidia no me importan —indico con una determinación que no había sentido antes—. Tu hija es una mujer increíble. Es fuerte, valiente, decidida y con las ideas bien claras. Ha

sabido salir adelante, a pesar de tener un padre que lo único que hace es intentar romperla. Ella recoge los pedazos y se convierte en alguien más resistente y tenaz. No precisa de nadie que la defienda, así que siento herir su ego.

—Un discurso muy bonito y enternecedor. Tienes un buen don de palabra para engatusar a muchachitas mucho más jóvenes que tú.

—No vayas por ahí —le reprocho. Doy un paso hacia él y lo encaro, pero los gorilas, rápido, me lo impiden. Aprieto la mandíbula de impotencia.

—Mira. Vamos a hacer una cosa. Si es verdad que estás tan enamorado de mi hija, te vas a alejar de ella y dejarás que haga su vida con Maverick. Es un muchacho emprendedor, con dinero y viene de una familia que está a la altura. Justo lo que Lidia necesita. A cambio, cogerás este cheque con una cantidad más que considerable y desaparecerás del mapa. Búscate una isla paradisíaca, disfruta de las mujeres y la buena vida. Es una forma maravillosa de jubilarse.

Me ofrece el cheque y elevo una ceja al ver semejante cantidad de ceros. Joder, es un importe demasiado jugoso para rechazarlo. Hay una parte de mí, la más grande, que me pide que rompa el papel y mande a la mierda a Finn O'Connor. Sin embargo, la otra babea ante tanto dinero. Podría hacer muchas cosas…

—¿Qué pasa si no lo acepto? —pregunto, sin dejar de observarlo. Su sonrisa burlona se esfuma y se pone serio.

—Que igualmente vas a desaparecer, aunque será por las malas. Lo entiendes, ¿verdad?

Es la primera vez, desde que he abandonado el ejército, que un pellizco de temor se apodera de mí. Sé que no es bravuconería, que lo dice con sinceridad y también que posee el poder para hacerlo y que nadie se entere. Este hombre es peor de lo que me imaginaba. Al parecer, Lidia no tiene tanta libertad como ella piensa. Su padre le domina la vida a su antojo. Por el comentario que ha hecho de

Maverick, no me extrañaría que su encuentro en el aeropuerto fuera una artimaña de Finn O'Connor. Lo que está claro, es que a su lado yo soy igual que una hormiga y no puedo luchar contra semejante gigante.

Me duele el pecho, porque jamás había sentido a mi corazón con tanta intensidad. Sé que ella lo superará, es joven, bonita y valiente. Y yo, bueno, jamás pensé que me enamoraría, así que, lo único que debo hacer es seguir con mi vida de siempre, aunque con los bolsillos mucho más llenos. La decisión que voy a tomar es egoísta y lamentable, pero ¿qué más puedo hacer? ¿De qué sirve luchar por ella si voy a acabar muerto a manos de este hombre? Mientras él tenga tanto poder, yo no puedo hacer nada. Doblo el cheque bajo la atenta mirada de Finn y me lo guardo en el pantalón.

—Una sabia decisión —dice con una nueva sonrisa—. Vuelve a España, cura ese brazo y después, disfruta de la vida. Sobra decir que mi hija no puede enterarse de lo que ha sucedido aquí, así que sé discreto, pero firme y convincente. Mis hombres te llevarán hasta el hotel en el que te hospedas. Allí encontrarás un billete de avión a casa para mañana a primera hora. Espero que hayas disfrutado de tus vacaciones.

—No te imaginas cuánto —le digo con tono de burla. Es feo que presuma de mis encuentros sexuales con su hija, pero solo quiero joderlo. Sé que lo consigo cuando aprieta los puños a ambos lados de su cuerpo.

Los dos gorilas que me trajeron me escoltan fuera. Nos metemos en la furgoneta de nuevo y me dejan en la calle delante del hotel, tal y como dijo Finn que harían. Qué perros más obedientes.

Subo a mi habitación y guardo de cualquier manera la ropa en la maleta. Me tumbo en la cama sin desvestirme. No creo que sea capaz de dormir. Mi móvil —que me han devuelto antes de salir de la furgoneta— vibra anunciándome una nueva llamada de Lidia. Ya van diez, pero todavía no me veo con la fuerza suficiente para

contestarle. Le enviaré un mensaje cuando esté en España. Soy un puto cobarde, lo sé.

Durante la noche, mis pensamientos se encargan de convencerme de que he hecho lo correcto, que no tenía otra opción y que Lidia estará bien, porque Maverick es perfecto para ella. Espero que sea feliz sin tener que cargar con una persona con tantas taras como yo. Me saco el cheque del bolsillo y noto que me quema entre los dedos. Finn O'Connor no me ha dado muchas opciones, sin embargo, es mejor escoger la más beneficiosa, la que me ayudará a resolver unos cuantos temas pendientes. Si tengo que dejar mi vida actual, que sea con la cuenta cargada de billetes para poder actuar con tranquilidad, aunque jamás pueda volver a reconstruir mi corazón.

Capítulo 30

Lidia

Me esfuerzo en concentrarme, pero no soy capaz de leer más de dos líneas sin que los ojos se me humedezcan. No sé la de veces que he desbloqueado el teléfono y releído el mensaje que me dejó Felipe esta mañana.

He vuelto a España.

Siento no haberte avisado antes.

Sabes que no me gustan las despedidas.

Espero que seas muy feliz.

En mi cabeza se han instalado miles de pretextos que disculpan la actitud de Felipe, porque no soy capaz de asumir, que lo que sentimos estos días, se evapore así, sin más. Me ha dejado sin respuestas y con un vacío que no sé cómo llenar. No es posible que me haya engañado y solo le interesase el sexo. Abrió su corazón, me explicó cosas muy íntimas, a no ser que todo fuera mentira. No, Felipe no es esa clase de persona. Puedes ser hosco o gruñón, pero no es un embustero. Entonces, ¿qué narices ha pasado? ¿Por qué se ha ido sin más? Me cuesta creerme esa excusa de que no le gustan las despedidas. Y esa frase final, deja muy claro que no volveremos a vernos. ¿Se ha rendido? ¿Su amor no era tan profundo como yo imaginaba?

Las preguntas y las dudas provocan que mis sienes palpiten con fuerza. Es un dolor demasiado intenso, casi tanto como el de mi corazón. He intentado ponerme en contacto con él para pedirle una

explicación, pero no ha habido suerte. Cuando oigo los pasos de Hailey acercarse, retiro con rabia las lágrimas que descienden por mis mejillas. Esta mañana, nada más entrar en el bufete y ver mi rostro, se ha dado cuenta de que algo sucedía. No me ha preguntado, sin embargo, tampoco ha ocultado su preocupación al verme.

Muevo los papeles sin ton ni son, como si estuviera trabajando y no mortificándome por culpa de un hombre. ¿Quién me lo iba a decir? La que se creía una mujer empoderada, con el corazón blindado y que aseguraba que jamás iba a sufrir por amor. Hailey carraspea y sitúa una taza delante de mí. Sus manos frenan las mías y las acaricia con cariño. Ese gesto provoca que llore como si un río se hubiera desbordado. Esto no puede ser sano.

—Cielo… —Hailey rodea la mesa y me abraza con fuerza.

Es triste que esos brazos no sean los de mi madre. De la que llevo sin saber nada desde hace varios meses. Estoy harta de que la gente me abandone y se olvide de mí con tanta facilidad.

—Solo es un momento de debilidad. Una *lloradita* y a seguir —le comento a mi secretaria mientras busco un papel en el bolsillo del pantalón. Le sonrío para tranquilizarla. Hailey entiende que no quiero hablar y lo respeta. Es una gran mujer.

—Te he traído una infusión de tila y valeriana. Te ayudará, ya lo verás.

—Gracias, eres un sol.

—Me aseguraré de que no entre nadie mientras te repones. —En mi rostro asoma un gesto de gratitud—. Si necesitas cualquier cosa, solo tienes que llamarme.

Cierra la puerta tras ella y vuelvo a quedarme con el peso de mis pensamientos. Debería irme a casa y llorar todo lo que me diera la gana sin que nadie fuera testigo de mi dolor, pero tengo tantas cosas que tratar, que no puedo permitírmelo. Estoy convencida de que mi padre volvería a increparme. A veces creo que me pone a

prueba solo para verme fallar. Ahora, lo que menos necesito, es una nueva batalla con él. Lo quiero lejos, cuanto más mejor.

Tengo hablar con alguien, vaciar esta carga que me oprime el pecho. Y la opción ideal, es Rocío. Ella siempre sabe cómo hacerme ver las cosas desde una perspectiva diferente. Le doy un trago a la infusión y respiro con profundidad para afrontar esta charla. No puedo desmoronarme o mi amiga no dudará en coger un avión y venir a consolarme. Me encantaría recibir un abrazo suyo, pero ella tiene su vida y sus problemas. Cuando descuelga la saludo, intentando sonar más alegre de lo que me siento.

—¿Cómo se encuentra mi querida amiga? ¿Qué tal va todo por Londres? —pregunta con su habitual tono cálido.

—Podría ir mejor. Por lo menos hoy no llueve. —Es curioso que el día que más triste me siento, salga el sol en la ciudad. Parece una burla.

—Me ha dicho un pajarito que tu padre está por ahí. Supongo que ha ido a asegurarse de que su hija no destruye su bufete.

—Lo conoces muy bien. Alguien le ha ido con el cuento de mis encuentros con Felipe y ha venido a poner orden.

—¿Y sabes quién le ha ido con el chisme?

—Me lo puedo imaginar. Hay un empleado que tenía y parece que todavía tiene muchas ganas de ocupar mi puesto. Supongo que vio la oportunidad de perjudicarme.

—Maldito sapo —se queja Rocío y su expresión me arranca una sonrisa—. ¿Te ha caído mucha bronca de papaíto?

—Nada que no pueda controlar. Entró en mi piso sin permiso, ha investigado a Felipe y me ha advertido de que él no es bueno para alguien como yo. El problema es que tiene razón.

—¿Por qué dices eso? En nuestra última charla estabas muy convencida de que Felipe había cambiado y que te quería, aunque no lo dijera en voz alta.

—Me dejé llevar por mis sentimientos y por la esperanza de que así fuera. Ha regresado a España y me ha informado con un simple

mensaje. Se ha encargado de aclararme que no nos volveremos a ver. Además, ha ignorado mis llamadas y mensajes. He estado tan ciega, Rocío.

—Esa actitud no es propia de Felipe. Lo buscaré y hablaré con él.

—No. Ya está claro. Supongo que la gente cambia, aunque en este caso no sea para bien. Lo que me da más rabia es que mi padre tenga razón.

—Ay, amiga. No sabes cuánto lo siento. Después de nuestra última conversación, pensé que las cosas empezaban a encarrilarse. Supuse que Felipe se había dado cuenta por fin de lo que sentía por ti.

—Pues ya ves que no ha sido así. Todos los hombres son iguales —me quejo.

—Permíteme que discrepe, Lidia. Lo que sucede es que no has tenido suerte, pero llegará y serás muy feliz.

—Parece que tú te has llevado a los buenos —indico. Rocío tiene un padre maravilloso y una pareja que la quiere con locura.

—La verdad es que soy muy afortunada. Pero volviendo a Felipe. Las dos sabemos que es una persona enigmática y, en ocasiones, algo impredecible, sin embargo, tiene un gran corazón. Es un hermano para mí, Lidia, y no acabo de entender que actúe de esa manera. ¿Y si ha sucedido algo que no sabes?

—¿Como qué? Me parece que buscar excusas para su reacción, lo único que va a provocarme, es más dolor. Él ha tomado la decisión y yo no voy a rogar el amor de nadie, ni siquiera el suyo. Seguiré mi vida centrada en el trabajo. Dicen que el tiempo lo cura todo, ¿no?

—Lo entiendo, sin embargo, no me entra en la cabeza su forma de actuar. Lo conozco y tiene que haber algo más.

—Rocío, ¿a dónde quieres llegar?

—A ver, es mucha casualidad que tu padre se entere de vuestra relación, te advierta de que él no es la persona correcta para ti y

después, como por arte de magia, Felipe decida cambiar sus planes y regresar a casa sin despedirse siquiera.

Sus palabras activan todos los mecanismos de mi cabeza. Lo que dice mi amiga tiene sentido, pero mi padre no sería capaz de amenazarlo, ¿no? El corazón empieza a latirme con rapidez, inquieta de que algo semejante pudiera suceder.

—Él no haría algo así —le digo con un tono más bajo de lo normal, cosa que indica mi falta de confianza.

—No lo sé, cielo. Quizás no soy muy objetiva, no obstante, confío más en Felipe que en tu progenitor. —A mí también me sucedía lo mismo, sin embargo, ahora, estoy tan confusa…—. Quizás deberías considerar todas las opciones, Lidia. Yo buscaré a esa cabeza hueca y hablaré con él.

—Está bien, intentaré tener la mente abierta. Si te enteras de algo me avisas, por favor. Tomaré medidas desde aquí, pero sabes que con mi padre nada es sencillo.

—Lo sé. Llámame si necesitas algo, ¿vale?

—Por supuesto.

—Y, Lidia, ve con cuidado, por favor.

Nos despedimos con la promesa de mantenernos al día de cualquier novedad que alguna de las dos consiga descubrir. Dejo el teléfono en la mesa, me levanto y estiro mi cuerpo, entumecido por culpa de tanta tensión. Me acerco a la ventana —estoy tan desubicada que ni la altura me preocupa— y observo el ajetreo de la calle. Parece que hoy tiene más vida. No hay paraguas y el sol ha animado a la gente a salir. Quizás eso mismo debería hacer yo para despejar la mente.

Las palabras de Rocío me han dejado descolocada. Si es verdad que mi padre le ha dicho algo, ¿por qué no nos ha defendido como he hecho yo? «Felipe nunca será capaz de amarte de la misma manera que lo haces tú, bonita», me recuerda la voz de mi conciencia. ¿Es posible que sus actos me hayan engañado? Las galletas, el teatro, nuestros paseos, la delicadeza de sus caricias o

esos besos que me prometían tantas cosas… No, todo eso fue real y debo averiguar qué narices ha pasado. A él no le gustan las despedidas, pero a mí no me molan nada las mentiras. Si es verdad que mi padre está detrás de su reacción, tendrá el placer de saber de qué es capaz su hija.

Capítulo 31

Lidia

Este fin de semana ha sido un vaivén de emociones. Mi mente no ha dejado de darle vueltas a la duda que Rocío plantó en mi cabeza. ¿Puede mi padre tener algo que ver con la repentina partida de Felipe? Es verdad que él no tardaría en regresar para su revisión médica, pero no me esperaba dicho desenlace. En mi cabeza, nuestra despedida era mucho más romántica, con la promesa de vernos pronto, no que se fuera con un simple mensaje. La idea de mi amiga me parece absurda y, al mismo tiempo, perturbadora y también posible. Es difícil de asimilar, sin embargo, Finn O'Connor es capaz de cualquier cosa. Mi padre siempre ha sido un hombre de métodos extremos, sobre todo si cree que está protegiendo su legado familiar.

No sería la primera vez que trata de imponer su voluntad cuando las cosas no son de su agrado, pero me cuesta creer que haya llegado tan lejos. Debería hablar con él, aclarar lo sucedido y salir de dudas para poder estar tranquila y seguir adelante. Si mi padre lo ha amenazado de alguna manera, quizás nuestra relación no esté perdida y mi futuro con Felipe sea posible. Soy abogada, sé que no debo sacar conclusiones sin tener toda la información en mis manos.

Así que me he pasado el sábado y el domingo tratando de reunir el valor para enfrentar a mi padre. La idea de que él tenga algo que ver me carcome por dentro. Eso no significa que Felipe esté exento de culpa, pero el dolor no sería tan penetrante. Conozco a Finn O'Connor y sé lo persuasivo que llega a ser.

Camuflo las ojeras todo lo que puedo, perfilo mis ojos, aplico el colorete justo y me pinto los labios de color rojo intenso. El resultado me da fuerza para afrontar la charla que tendrá lugar en unos minutos, tal y como quedamos ayer a través de un escueto mensaje por mi parte. Por suerte, todavía se encuentra en Londres. Se va esta tarde, así que debo aprovechar el momento. Aviso a Hailey de que me retrasaré y salgo del piso después de asegurarme que llevo todas mis cosas.

El Uber que he pedido ya espera delante de la puerta. Hoy he descartado el metro, no tengo ganas de moverme entre la gente. Informo al conductor del nombre del hotel y, diez minutos después, cruzo la majestuosa entrada de uno de los alojamientos más lujosos de la ciudad. Subo a la planta en la que se encuentra la habitación de mi padre y, un segundo después de tocar con los nudillos, mi progenitor abre, dándome paso. Viste de manera impecable, como ya es habitual en él. La estancia huele a una mezcla de jabón y colonia femenina. Hace muchos años que su matrimonio con mi madre es solo una simple tapadera. Él lleva una discreta vida íntima fuera de la unión con su mujer. Es vergonzoso y debería recriminárselo, ya lo hice una vez, pero no tiene que ser sencillo vivir al lado de una persona con una severa depresión y adicta a los somníferos y a vete tú a saber que más. Intenté ayudarla en alguna ocasión, pero se niega a recibir nada que tenga que ver con «la asesina de su hijo».

—¿A qué debo tu visita? Espero que no sea demasiado importante, es muy pronto para afrontar problemas —dice sin prestarme atención.

—Tenemos que hablar de Felipe —indico con seguridad. No soy una persona de irse con rodeos. En su rostro no hay el mínimo indicio de que le sorprenda el tema.

Me observa con la intensidad de siempre, esa que me hace sentir pequeña y estúpida. Eleva una ceja y cruza los brazos en el pecho. Trago saliva al darme cuenta de que se ha puesto a la defensiva. Y eso significa que…

—Creo que el otro día dejé claro lo que opino de ese hombre. No sé de qué más quieres que charlemos. A no ser que vengas a decirme que has recapacitado y ya no lo volverás a ver jamás.

—Fuiste a verlo, ¿verdad? —le pregunto en un susurro.

Lo sigo con la mirada mientras se sienta en una silla giratoria que hay delante de una mesa que hace la función de despacho. Cruza las piernas y coloca una de sus manos en el mentón. Es una posición de poder, retadora. La conozco bien y ya no me intimida igual que antes.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión? —interroga a la vez que me invita a sentarme. Me quedo de pie, quiero conservar cualquier ventaja que pueda tener. Es uno de los mejores abogados y, en estos momentos, no soy su hija, sino la parte contraria.

—Felipe no se iría de forma tan repentina. Lo conozco y sé que se hubiera despedido de mí. Todo iba bien hasta que apareciste tú. Menuda casualidad, ¿no? Te aprovechaste de Robert y su ambición para que me vigilara y te fuera con el cuento. ¿Qué le has prometido? ¿La dirección de la oficina o una buena jubilación?

Me sorprende que mi tono de voz haya sido firme y seguro, a pesar de que estoy muy nerviosa y no tengo claro que mis piernas aguanten estables durante toda la conversación.

—Al final yo tenía razón. Te dije que te haría daño, que no era el adecuado para ti ni para el futuro que te espera aquí en Londres —responde con calma, pero de manera vaga, cosa que me resulta desesperante.

—Dime la verdad, ¿fuiste a verlo? ¿Con qué lo amenazaste para que me dejara? —insisto mientras trato de ignorar el dolor que me producen sus palabras.

—Lo hice por tu bien. Le ofrecí una oportunidad para reconsiderar su vida. Y él aceptó —responde sin un ápice de remordimiento.

Algo se rompe en mi interior al escucharlo por todo lo que suponen sus palabras. La cabeza se me llena de mil preguntas y

dudas. Al fin y al cabo, lo que menos me sorprende es que mi padre haya ido a verlo. Una parte de mí espera que lo amenazara, que se lo pusiera tan difícil, que no tuviera oportunidad de defender nuestra relación. Porque si no ha sido así, su confesión acabará de hundirme.

—Soy tu padre y, aunque en ocasiones puedo ser una persona exigente y dura, me preocupo por mi familia. Ese hombre solo estaba contigo por el dinero, hija.

—No, mientes. Felipe no es así —lo defiendo. La voz empieza a perder su firmeza y el aire entra a trompicones en mis pulmones.

—Le ofrecí dinero para que se fuera y lo aceptó sin pestañear. Nunca me había costado tan poco convencer a alguien.

Un puño invisible se ha apoderado de mi corazón y lo está apretando sin pudor. El silencio envuelve la habitación. Solo se oye mi respiración acelerada. Intento procesar sus palabras. ¿Cómo ha podido hacerme esto?

—Felipe es una persona íntegra y jamás aceptaría dinero. —Ni siquiera sé cómo he conseguido pronunciar la frase sin desmayarme.

—¡Ay, Lidia! Eres una ingenua —se burla mientras busca su móvil en el bolsillo interior de su americana.

Examina algo y me lo tiende para que lo coja. Me tiembla todo el cuerpo. Sé que lo que voy a ver, no me va a gustar nada. Aun así, debo ser valiente, he venido a buscar respuestas, aunque no sean las que yo quería. Doy dos pasos y me apodero del teléfono.

—Solo tienes que darle al botón. Sabía que no me ibas a creer, porque es lo que haces siempre, así que lo grabé.

No me molesto en retirar la lágrima que desciende por mi rostro. Presiono la tecla y las imágenes cobran vida. No hay audio, pero eso es lo de menos. Mi mundo se paraliza cuando mi padre le ofrece un cheque a Felipe. Sé lo que va a suceder, aunque, por un momento, rezo para que no sea así. Lo acepta y se lo guarda en el bolsillo. Ese gesto es igual que una puñalada en el corazón y, duele

tanto, que tengo dudas de si podré recuperarme de semejante decepción. ¿Cómo se sigue después de esto?

—No tenías derecho a hacerlo. Tú no decides quién es adecuado para mí —le reprocho llena de furia y rabia que apenas puedo contener, además de una increíble tristeza que amenaza con desbordarse de un momento a otro. Le lanzo el teléfono que cae en su regazo.

—Ahora no lo ves, sin embargo, es lo mejor para ti.

—No te confundas, papá. Esto solo lo has hecho para ti y tu ego. Te crees que puedes manipular a todo el mundo como si fueran marionetas. —A pesar de mi estado de nervios, no me pasa desapercibida una imperceptible sonrisa de victoria y satisfacción—. Siento decirte que conmigo no te funcionará. Voy a ser feliz, a pesar de tus artimañas para que eso no ocurra. Sé que deseas castigarme por lo que le sucedió a Edgar, pero no lograrás acabar conmigo. Mi hermano lo era todo para mí y, habría dado cualquier cosa, porque el desenlace fuera diferente. Ahora ya no hay vuelta atrás y viviré con ese dolor toda mi vida. Yo no tuve la culpa, ¿me oyes? Solo era una niña.

Me da la sensación de que mi esfuerzo no ha servido de nada, porque su semblante sigue impasible. Sin embargo, yo cada vez tengo más dificultad para respirar, así que ha llegado el momento de largarme de aquí, de alejarme de esta persona que solo me lastima. Ojalá no tuviera que verla nunca más. Antes de que pueda llegar a la puerta, él habla de nuevo:

—Espero que hayas aprendido la lección, Lidia. Si quieres trabajar para mí, debes seguir mis normas.

—Vete a la mierda, papá.

Salgo de la habitación sin mirar atrás, pero con el alma destrozada. Presiono el botón del ascensor y bajo hasta el vestíbulo tratando de controlar mi respiración. Busco un baño y me encierro en uno de los cubículos. Vacío el contenido de mi estómago sin poder evitarlo. Me siento enferma y traicionada. Primero por mi

padre. La realidad de lo que ha hecho se asienta en mi mente como una piedra. No solo manipuló mi vida personal, sino que lo hizo con una frialdad que nunca había visto. Sin embargo, lo que más me duele es la actuación de Felipe. En mi cabeza no para de recrearse la imagen de cómo se guarda el cheque en el bolsillo. Ese recuerdo provoca una nueva e incontrolable arcada. Mi aspecto exterior debe ser penoso y ya no digo nada del interior. Estoy completamente rota. Me repondré, porque soy una mujer fuerte, pero el dolor no me lo quita nadie.

Cuando ya no queda nada que vaciar en mi estómago, salgo del cubículo, trato de arreglar el desastre de mi cara y abandono el hotel, cabizbaja para no llamar demasiado la atención. Fuera, el aire es fresco, pero no logra calmar el fuego de la traición que arde dentro de mí. La ciudad sigue su curso, ajena a mi dolor. La oficina está a solo diez minutos andando, así que opto por intentar despejar la cabeza mientras camino. Limpio algunas lágrimas que caen por mis mejillas y me prohíbo derramar ninguna más. Cuando regrese a casa podré desahogarme y llorar todo lo que quiera.

Al final, Rocío tenía razón, lo que, seguro que no se imagina, es que Felipe fuera tan rastrero como mi padre. La parte buena es que ya sé a qué atenerme. Con la verdad expuesta, ya puedo empezar a sanar. No será un camino fácil. Estoy rota, pero no vencida. Aquí empieza una nueva Lidia. Otra vez.

Capítulo 32

Felipe

De vuelta en casa, las noches se han convertido en una tortura de nuevo. Me despierto entre sudores fríos, atrapado en sueños en los que solo se escuchan gritos y explosiones. Me veo, una vez más, en el ejército, en medio de la batalla, rodeado de sangre. Mi padre me observa y niega con la cabeza, desaprobando cada uno de mis movimientos. Su voz resuena en mi mente: «Eres un débil, Felipe. Y siempre lo serás». Las pesadillas me dejan exhausto, pero sé que debo mantenerme fuerte. Durante estos días en Londres, había avanzado y no puedo permitir que mi pasado me arrastre de nuevo al abismo.

Mi padre siempre decía que los hombres no deben dejarse llevar por las emociones. «Son como trampas», repetía una y otra vez, «te atrapan, debilitándote». Crecí bajo esa sombra autoritaria y aprendí a esconder mis sentimientos, a ser fuerte y rígido igual que él. Era mi ejemplo. Sin embargo, cuando Lidia apareció en mi vida, fue como encontrar un oasis en medio del desierto. A su lado, me he dado cuenta de que puedo sentir, de que amar no es de frágiles, sino que hay que tener mucho valor para entregar tu corazón a otra persona. El problema es que mi reacción ha llegado tarde y yo he acabado de estropear mi oportunidad de ser feliz, al lado de la única mujer que me ha sabido querer tal y como soy.

Hace unos días que no sé nada de Lidia y me imagino que, a estas alturas, ya sabrá lo que ha sucedido. La echo de menos de una manera que no sabía que era posible. Cada vez que cierro los ojos, veo su sonrisa, esas pecas que adornan su rostro y que tanto me

gustan, su mirada felina y provocadora, nuestros momentos de intimidad… Cuando eso sucede, me doy cuenta de que va a ser muy difícil vivir tan lejos de ella. Debería haber luchado por nuestro amor, pero no era el momento para ello.

Aceptar el cheque y alejarme de Lidia, no estuvo bien. Lo sé y asumo mi error. Pero gracias a eso, me he dado cuenta de qué clase de persona es Finn O'Connor. Con él cerca, no tengo ninguna oportunidad de ser feliz con ella. Estoy convencido de que no es la primera vez que hace algo similar y seguro que con el mismo resultado. Se cree que está por encima de los demás, es confiado y algún día se tropezará con un rival muy superior a él. Espero estar ahí para verlo.

Por fin me han quitado el yeso y he empezado el proceso de recuperación. Según el traumatólogo, está todo en orden, aunque la debilidad del brazo todavía sea notable. Abro y cierro la mano izquierda y masajeo con cuidado la muñeca mientras reviso el correo electrónico que acabo de redactar. Necesito asesoramiento para gestionar parte de la cantidad de dinero que ha llegado a mis manos. Está perfecto, así que no dudo en presionar el botón de enviar. Ahora solo queda esperar la respuesta.

El sonido del timbre me pilla desprevenido y provoca que dé un salto en la silla. Maldigo ante la reacción, porque me he dado un golpe en el brazo lesionado y duele de cojones. No espero a nadie, así que ignoro la llamada. Sin embargo, la persona que se encuentra al otro lado insiste en varias ocasiones. Me mantengo callado, ya se cansará. La música de mi teléfono anunciando la entrada de una llamada me hace gruñir. Me apresuro a silenciarlo. El timbre da paso a unos nudillos y también a una voz que reconozco al instante.

—Felipe, abre la puerta, sé que estás ahí. Te he llamado y he oído tu móvil. No pensaba que fueras un cobarde.

Rocío es una mujer fantástica y muy hábil, como se ha podido comprobar. Le tengo un gran aprecio, es la hija de mi jefe y la he visto crecer, pero sé que no está aquí para una visita de cortesía.

Decido comportarme como el adulto que soy y le abro la puerta. Su expresión al verme es una mezcla de determinación, rabia y decepción.

—Tenemos que hablar —asegura a la vez que entra sin esperar mi respuesta. Antes de llegar al sofá, se da la vuelta con tanto ímpetu que casi tropiezo con ella—. Pero a ti, ¿qué narices te pasa?

Está enfadada y sé el motivo. Quizás no le falta razón, sin embargo, no voy a tolerar que se inmiscuya en mis asuntos personales. Elevo una ceja a la vez que me cruzo de brazos en una posición chulesca y a la defensiva.

—Espero que hayas venido a saber que tal me encuentro y no para entrometerte en mi vida.

—Me he enterado de lo que pasó en Londres. Lidia está destrozada. La habéis traicionado —dice con la voz cargada de reproche. Noto un nudo en el estómago, aunque intento mantenerme impasible.

—No me dejó otra opción.

—¿En serio esa es tu excusa de mierda? Aceptaste un soborno, Felipe. Decidiste cambiar el amor de una mujer increíble y que te quiere, por dinero. —Joder, escucharlo de otra persona suena mucho más horrible.

—Tomé la decisión que creí más adecuada. Ese hombre jamás dejará que esté cerca de su hija. No estoy a la altura.

—Claro y pensaste que, ya que debías dejarla, era mejor hacerlo con las manos llenas.

—No espero que entiendas mi decisión, Rocío. Debía dejarla, sí o sí.

Rocío me observa con los ojos entornados, analizándome en profundidad. Respiro hondo e intento mantenerme tranquilo y que no note que todas esas palabras no son más que mentiras. La figura autoritaria de mi padre me enseñó a no mostrar debilidad, a ocultar cualquier atisbo de emoción. Ahora, esas lecciones se diluyen, volviéndose borrosas y dejándome con el culo al aire.

—No te creo —me reta Rocío—. Hace años que te conozco y nunca has sido así. Y no me digas que las personas cambian.

—Es complicado —murmuro. Tengo que cortar este interrogatorio lo antes posible para que se vaya de una vez.

—Complicado no es una excusa válida —responde con firmeza —. Sabes que Lidia te quiere. Siempre pensó que cambiarías. Tenías que escucharla, estaba feliz con tus atenciones. Le has roto el corazón.

Sus palabras avivan un dolor que he intentado enterrar desde que regresé. Los días que pasé con ella en Londres han sido, sin duda, los mejores de mi vida. Pero junto a esa felicidad, aparece la figura de Finn O'Connor, el soborno con dinero y esa sonrisa soberbia.

—Siento mucho que tenga que pasar por algo así, pero no es tan sencillo como parece —insisto, consciente de lo evasivo y frío que suena—. Hay cosas que no puedo controlar.

Rocío da un paso hacia mí, retándome con la mirada. El silencio se ha vuelto una carga pesada y no sé cuánto tiempo más seré capaz de aguantar esta actitud de mierda. Ahora mismo, de lo único que tengo ganas es de coger un avión, plantarme en Londres y buscar a Lidia para disculparme y contarle cuánto la quiero. Sí, amigos, ya soy capaz de decirlo y asimilarlo, aunque en este momento no tenga a quién.

—Felipe, si de verdad sientes algo por Lidia, tienes que luchar. No puedes dejar que el miedo o el orgullo te detengan.

Supongo que se imagina que Finn O'Connor me ha intimidado tanto que he tomado una decisión bajo coacción. En parte es así, él me obligó, pero no lo hice por temor a sus amenazas.

—Ella se merece algo mejor —admito con voz firme.

—No eres perfecto, pero sí lo que Lidia necesita. Todos tenemos nuestras inseguridades. La diferencia está en cómo decidimos enfrentarlas.

Sus palabras me hacen reflexionar. Quizás tenga razón y haya otra forma de afrontar esta situación mejor de la que yo he escogido. Sospecho que, en este instante, ya no hay marcha atrás. Solo espero no haberme equivocado.

—Es muy bonito que te preocupes por Lidia, pero es mejor que te mantengas al margen. No quiero que las cosas se compliquen más —le pido tratando de sonar firme.

—No solo me preocupo por ella. Tú también eres importante para mí —contesta con una mezcla de frustración y compasión—. Te haré caso y no me meteré más, pero si alguna vez decides que vale la pena intentarlo, no dudes en hacerlo. A lo mejor, cuando te des cuenta, ya sea demasiado tarde.

—Gracias. —Me acerco a ella y dejo un beso en su mejilla. Rocío lo acepta con los ojos cargados de pena. Se da la vuelta para dirigirse a la puerta y la acompaño. Antes de salir, se vuelve hacia mí una última vez.

—Espero que sepas lo que haces y que el dinero que has aceptado te dé la felicidad que buscas.

La madera se cierra tras ella y me quedo con la vista clavada en el suelo. Sus palabras han conseguido sembrar las dudas en mi interior. Ojalá mis decisiones no sean un puto desastre. Siempre he sido el tipo de persona que evita las emociones y prefiere la lógica y el control. Y esta vez no sería menos, pero ¿y si me he equivocado y, por una vez, debía utilizar mis sentimientos?

Las palabras de mi hermana en nuestra última charla resuenan en mi cabeza igual que un pepito grillo:

«El amor no es un campo de batalla que puedas conquistar con estrategias militares o decisiones calculadas. Es un territorio nuevo y desconocido, para ti y para la mayoría de las personas. Uno que requiere vulnerabilidad y coraje. Y, aunque el miedo siempre esté presente, tal vez sea hora de enfrentarlo».

Me parece que debo arreglar mis malas actuaciones. Seguro que no será fácil, pero estoy dispuesto a poner toda la carne en el

asador para intentarlo. Espero tener suerte.

Capítulo 33

Lidia

Saludo al personal que me encuentro por el camino con la sonrisa ensayada. Mi mirada se tropieza con la de Robert, que hace un leve gesto con la cabeza a modo de saludo. Tengo la sensación de que sus labios se estiran en una mueca burlona, no obstante, con lo poco que he dormido, quizás sea producto de mi imaginación. No sé por qué narices, no lo he echado ya a la calle. «Porque tu padre no lo permitiría. Recuerda que es su aliado», evoca mi mente.

Hailey me recibe con su simpatía y entrega habitual. Se ha convertido en un gran apoyo durante estos días. No he sido capaz de explicarle todos los detalles de lo sucedido. Como la gran profesional que es, no ha hecho preguntas, pero me ha cuidado igual que si fuera una hija. Se asegura de que hago las paradas para comer, aunque mi estómago se encuentre tan cerrado que apenas entran dos bocados. A media mañana aparece con un té, nada de café, para no alterar mi estado de nervios. Y de vez en cuando, me sorprende con algún dulce. Es un cielo de mujer.

Después de asegurarme con Hailey de que no tengo nada importante programado en la agenda, entro en el despacho y me dejo caer en la silla. Estoy agotada. El juicio de la señora Clark no ha salido como esperaba y, aunque he intentado mantener la compostura profesional, el sabor de la decepción todavía circula por mi estómago. La clienta se ha marchado contenta, pero yo sé que podría haberla defendido mucho mejor, si no estuviera en este punto tan desastroso de mi vida personal.

El dolor de la traición es igual que una herida que se niega a cicatrizar. Me siento engañada, tanto por mi padre como por Felipe. Saber que el hombre al que amo aceptó una cantidad de dinero para alejarse de mí, es una humillación que no consigo superar. Han trastocado mi vida de una manera que jamás imaginé posible. Al final va a ser verdad que dejarse llevar por los sentimientos es un puñetero error. Ahora lo que necesito es tiempo para curarme y desintoxicar mi alma, pero, ante todo, mi cabeza. Se acabó sufrir por personas que no se lo merecen. Soy joven, inteligente y muy capaz de ser feliz sola, sin tener que depender de nadie ni tampoco comprometer mi corazón de nuevo.

Me echo atrás en la silla y cierro los ojos. El golpeteo de las gotas que impactan contra el cristal de la oficina provoca un momento de distracción y paz, que se ve interrumpido por el sonido del teléfono. Gruño, aunque levanto el auricular.

—Lidia, disculpa la molestia. Está aquí el señor Maverick Webb. Comenta que le gustaría hablar contigo.

Podría decirle que estoy muy liada. Es la excusa que he utilizado en la mayoría de las ocasiones que ha intentado ponerse en contacto conmigo, y han sido bastantes, ya sea vía telefónica o por mensaje. En una de esas charlas que no pude evitar, le conté lo que había sucedido con Felipe y mi padre. Él se encontraba de viaje y se ofreció a regresar para estar a mi lado. Me negué, por supuesto, aunque fue un bonito detalle. Se ha convertido en un amigo y está preocupado por mí, pero es que no me apetecía enfrentarme a su mirada de pena o la de «se veía venir».

—Hazlo pasar, por favor —cedo. Ahora no hay modo de evadirlo.

Un suave golpe en la puerta y Maverick asoma la cabeza con una sonrisa comedida. No es tonto, sabe que lo esquivo, pero no debo culparlo por ser insistente. En su lugar, yo haría lo mismo.

—¿Puedo? —pregunta de pie debajo del marco de la puerta.

—Claro —digo, tratando de esbozar una sonrisa.

Entra y se sienta en una de las sillas que hay frente a mi escritorio. Trae el pelo alborotado y unas ojeras que no me esperaba. Un pellizco de culpabilidad se apodera de mis tripas. En este momento me siento una persona egoísta y me doy cuenta de que el mundo no solo gira en torno a mí.

—¿Cómo estás?

—¿Bien? —respondo. Mi nuevo amigo eleva una ceja y me regala una sonrisa ladeada—. En realidad, no tengo ni idea de cómo me encuentro. Hay veces que me apetece reír, otras que me pasaría el día llorando, sin embargo, lo que más prevalece es la rabia. Últimamente, nada está saliendo bien. ¿Y tú? Tampoco parece que estés pasando por el mejor momento.

—Demasiados problemas que resolver, nada importante que no se arregle descansando. Oye, siento mucho lo que ha sucedido con Felipe y tu padre. Sé que ya te lo dije por teléfono, pero quiero que sepas que cuentas con todo mi apoyo.

—Lo sé y te lo agradezco mucho. Es bueno tener un amigo tan lejos de casa.

—Quizás te vendría bien salir a cenar, estar distraída —propone con una mirada de esperanza.

—Claro, pero tendremos que dejarlo para otro día. He tenido un juicio que no ha salido como esperaba y lo único que quiero es llegar a casa, quitarme los tacones y sentarme en el sofá con una copa de vino.

—Seguro que no ha sido tan malo como lo pintas. Además, recuerda que no siempre podemos controlarlo todo —dice con suavidad—. No tengo ninguna duda de que hiciste lo que estaba en tus manos.

Hago una mueca de desacuerdo, porque no creo que eso sea así. Soy capaz de mucho más, no tengo dudas. De ahí mi sensación de derrota.

—Lo sé, pero eso no lo hace más sencillo —replico a la vez que suelto un suspiro de resignación. Ahora ya no hay marcha atrás.

—¿Estás segura de que no te apetece salir a cenar? —insiste. En esta ocasión, su mirada es de súplica, como si tuviera muchas ganas de pasar tiempo conmigo o no quisiera estar solo.

—Haremos algo mejor. ¿Por qué no te vienes a mi casa y compartimos la botella de vino que pensaba abrir? Podemos pedir comida. Si aceptas, te advierto que no soy la mejor compañía. Es posible que me ponga a llorar sin motivo aparente.

—Ahí estaré para consolarte —comenta con un tono ronco en la voz.

De pronto, la estancia se queda en silencio y nuestras miradas permanecen enganchadas. El momento no es incómodo, aunque sí raro. En sus ojos percibo sentimientos que hasta ahora no estaban y eso me da un poco de miedo. No tengo claro que pueda superar a Felipe y su traición en bastante tiempo. El sonido del claxon de un vehículo en el exterior me saca de esta especie de aturdimiento. Carraspeo y le sonrío.

—¿Te va bien sobre las ocho? Todavía tengo temas que acabar aquí.

—Perfecto. Allí estaré.

Los dos nos levantamos de la silla dando por concluida la visita. Rodeo la mesa y me sitúo a su altura, al lado de la puerta.

—Hasta dentro de un rato —se despide. Su rostro se aproxima al mío y deja un suave beso, demasiado cerca de la comisura de mis labios.

Suelto el aire que contenían mis pulmones cuando abandona el despacho y vuelvo a quedarme sola. Ahora, no tengo claro si invitarlo ha sido una buena idea. Espero que no se pase de la raya o tendré que pararle los pies. Y será incómodo.

Me quedo un rato en la oficina acabando de revisar varios casos pendientes mientras mis pensamientos navegan entre los papeles y mi padre. Desde que murió Edgar, nunca se ha portado bien conmigo, pero jamás ha interferido en mi vida así, de esta manera tan drástica y dejando una cicatriz que duele tanto. Es verdad que

nunca me importó un hombre como lo hizo Felipe. La decepción regresa a mí de nuevo con sus recuerdos. Un ardor en el estómago se ha instalado de manera permanente cada vez que pienso en él, en lo que vivimos y con qué facilidad lo ha destruido. Maldito hombre.

Resoplo al darme cuenta de que poco o nada estoy avanzando, así que decido recoger mis cosas y abandonar la oficina. Hailey hace un rato que se ha ido, aunque lo hizo a desgana y obligándome a prometerle que no tardaría en marcharme yo también. Paro en una tienda *gourmet* que está situada a dos calles del edificio en el que se encuentra el bufete. Compro dos botellas de vino y algo para picar. Después ya decidiremos qué pedir de cena. Cojo el metro y el trayecto me parece un poco más largo de lo habitual. Últimamente, todas las parejas de enamorados deciden viajar bajo tierra a las mismas horas que yo. Demasiados fantasmas atormentándome. Me pregunto si alguna vez podré dejar atrás el dolor y abrir mi corazón de nuevo.

Cuando Maverick llega a mi piso, puntual, como siempre, ya estoy duchada, con ropa cómoda y he abierto una de las botellas de vino. Dos copas esperan en la encimera de la cocina junto a un plato de queso y unos colines. Él también ha dejado atrás su traje y lleva unos tejanos azul oscuro con un polo de marca en color granate. Es atractivo, pero no tanto como… Mierda, ahí está otra vez. Sacudo la cabeza para alejarlo y centrarme en mi visita.

Maverick me extiende unas flores mientras se aproxima y besa mi mejilla. Esta vez me aseguro de que no se acerca demasiado a la zona prohibida.

—Gracias, son preciosas —digo mientras busco un jarrón para ponerlas en agua.

—Pensé que podrían alegrarte el día. —Siento que me observa y me pongo nerviosa.

—¿Sirves un poco de vino? —le pido con el propósito de que centre esa mirada tan profunda en otra cosa que no sea yo.

—Claro.

Cuando ha acabado con la faena confiada me ofrece una de las copas y nos dirigimos hacia el salón. Coloca la suya en la mesa baja y sonríe.

—Vaya, pensé que te habrías deshecho de él —dice cogiendo la figura del gato que me regaló durante nuestro paseo por Londres.

—¿Por qué tendría que hacerlo? Me lo ha comprado un buen amigo —remarco, para que le quede clara mi posición. Un pequeño gesto con los labios me demuestra que no le ha gustado demasiado mi comentario.

Dejo mi copa junto a la suya y cojo los dos platos para picar. Si bebo el vino sin nada en el estómago, es posible que esta noche haga alguna estupidez de la que me arrepentiré durante mucho tiempo.

Nos sentamos en el sofá y le pregunto por sus negocios. Maverick habla con fervor y entusiasmo, se nota que disfruta con su trabajo. A mí me gusta escucharlo y consigue que no piense en lo que no debo. Además, este tema es una zona segura. Nos reímos y se instala cierta comodidad entre nosotros.

—¿Puedo usar tu baño? —pregunta con una sonrisa—. El vino empieza a hacer efecto.

Ya vamos por la mitad de la segunda botella. Menos mal que hemos acabado casi todo el *sushi* que pedimos, así como un pollo *teriyaki* exquisito.

—Por supuesto. Al fondo a la derecha —le indico.

Lo veo alejarse por el pasillo y oigo el sonido de la puerta al cerrarse. Le doy un sorbo a mi copa y, al dejarla en la mesa de nuevo, la pantalla del móvil de Maverick se ilumina con la llegada de un mensaje. No debería hacerlo y no suelo ser curiosa, pero algo me impulsa a echar un vistazo al ver el nombre de Pablo, su socio y el amigo de Felipe.

Toco la pantalla, que está bloqueada y bajo el mensaje para leer el texto.

¿Crees qué es buena idea asociarnos con Finn O'Connor?

No me fio mucho de ese hombre.

Dijiste que había sobornado a Felipe, ¿no?

Mav, antes de aceptar, deberíamos asegurarnos.

Hemos perdido mucha pasta, pero podemos remontar solos.

Mi corazón late con fuerza e intensidad. ¿Qué tiene que ver Maverick con mi padre? ¿Por qué hablan de él y de Felipe? Bloqueo con rapidez el mensaje cuando escucho el sonido de la puerta. Aparece de nuevo con una sonrisa y vuelve a sentarse, esta vez un poco más cerca de mí. Le devuelvo el gesto a la vez que intento aparentar normalidad, aunque mi mente sigue dándole vueltas a las palabras de su socio. Cojo la botella y relleno las copas de nuevo.

—Cualquiera diría que tratas de emborracharme —dice divertido. No estaría nada mal y poder así quedarme sola con mis pensamientos.

—No creo que varias copas de vino sean suficientes para tumbarte.

Decido que no es momento de preguntarle por esos mensajes. Sería muy feo que supiera que me he convertido en una cotilla. Además, necesito tiempo para pensar y entender qué ocurre. Quizás hablar con Pablo sea una buena opción. No importa lo que suceda, pero tener cerca a mi padre no puede ser beneficioso.

Después de una hora interminable y un efusivo abrazo, supongo que producto del exceso de vino, aunque no estuviera borracho ni nada por el estilo, Maverick se despide, dejándome sola en el piso. Me siento en el sofá y observo las flores que me ha traído. Entre Felipe, mi padre y Maverick, mi vida se asemeja a un complicado rompecabezas al que le faltan piezas para poder finalizarlo con éxito. ¿Qué les sucede a los hombres?

Capítulo 34

Felipe

Los días avanzan y trato de restablecer un equilibro entre el cuerpo y la mente. Estoy centrado de manera exclusiva en mi recuperación y mi brazo va ganando fuerza. Ese es el único aspecto de mi vida que parece funcionar. El resto deja mucho que desear. Hay demasiadas incertidumbres paseándose por mi mente y no sé cómo solucionarlas.

He salido a correr, actividad que me mantiene en forma y me ayuda a no volverme loco. Acelero mis zancadas cuando el rostro de Lidia se hace presente en mi cabeza de nuevo. Deberían darme el premio al más estúpido. Sabía que aceptar ese cheque no era buena idea, pero jamás imaginé que me costaría tanto mantenerme lejos de ella. Si por mí fuera, ahora mismo cogería un avión y regresaría a Londres para buscar a Lidia e implorarle perdón. No sería tan sencillo. La conozco muy bien y estoy convencido de que ahora mismo me estará maldiciendo o buscará algún conjuro de bruja para que mi cuerpo se llene de sarpullidos. Esa es la parte que más temo, no los sarpullidos, sin duda me los merezco, sino que nunca me perdone. Volveré y me arrodillaré si es preciso, pero antes debo hacer limpieza y no solo depende de mí. Así que tengo que esperar y mantener la calma.

Regreso al piso con la respiración acelerada por culpa del esfuerzo. El silencio crea una congoja en mi interior. Un nuevo temor que antes no existía. Le pido a Alexa que reproduzca mi lista de canciones a un volumen moderado. El sonido de la música me relaja. Bebo agua para reponer líquidos y me voy directo a la ducha. Me

deshago de la ropa sudada y antes de meterme debajo del chorro de agua, le echo un vistazo al rostro que me devuelve el espejo. Debería ir al barbero para adecentar mi pelo y recortarme la barba. He estado tan pendiente de mi brazo, que he dejado de lado el resto. Si Lidia me viera así se reiría. Mis labios se estiran al recordar su increíble sonrisa y esa mirada pícara que siempre me dedica. Bajo la vista para ser testigo de la emoción de mi polla. Se empalma así demasiado a menudo. Chasqueo la lengua, intentando ignorarla. Me giro, abro la mampara y el grifo para que empiece a salir el agua. Ni siquiera la regulo. Gruño al sentir el frescor en mi piel, pero ni eso consigue que mi miembro se relaje.

Centro la mente en la música que suena por los altavoces y tarareo la canción mientras paseo las manos llenas de jabón por el cuerpo. Evito a toda costa mi entrepierna, aunque ella va por libre y se mantiene dura y erguida.

—Maldita sea —me quejo por el poco control que tengo.

Llevo una de mis manos hasta la erección y la muevo con ritmo. Ni siquiera me lo tomo con calma. Quiero acabar de una vez. Porque la imaginación está muy bien, sin embargo, lo que yo deseo, no es machacarme la polla como un puto adolescente. Lo que quiero es correrme dentro de Lidia, encima de ella y también en su boca. Pensar en eso acelera mi ritmo cardiaco y me provoca un jadeo ronco. Sus pecas, esos ojos color verde esmeralda, sus pequeñas y perfectas tetas… El detonante de mi orgasmo es la imagen de su boca rodeando mi sexo y esa lengua juguetona que tanto me gusta. Apoyo la frente en el azulejo e intento calmar la respiración. Esto no puede ser bueno.

Salgo de la ducha, enfadado conmigo mismo, por no ser capaz de controlar mis instintos más básicos. Seco mi cuerpo y me visto con ropa cómoda. Ya no tengo previsto salir más de casa. Busco una cerveza en la nevera y me siento en una silla de la pequeña terraza. El clima es perfecto y el sol se empieza a esconder detrás de los edificios. El sonido del móvil me saca del momento relax. Gruño al verme interrumpido, pero quizás sea mi hermana y prometí cogerle

el teléfono. Si no lo hago, es capaz de volver a venir e instalarse de nuevo en mi piso durante una temporada.

El nombre de Pablo en la pantalla me hace fruncir el ceño. No he vuelto a hablar con él desde que regresé de Londres. Tampoco sé si se ha enterado de lo sucedido. Contesto con cierto recelo.

—¿Cómo estás, colega? ¿Qué tal va ese brazo? ¿Sigues en Londres o has vuelto a España? —pregunta al otro lado de la línea con un tono jovial. Algo me dice que conoce esta última respuesta.

—Voy mucho mejor. Regresé a España para quitarme el yeso y la rehabilitación progresa sin problemas. Gracias por preguntar, pero me parece que tú ya sabías que había vuelto a casa.

—Sí, me enteré hace unos días. Me alegro de que estés recuperándote bien. También sé lo que sucedió con Lidia —confiesa sin andarse por las ramas y se lo agradezco.

—Te lo ha dicho Maverick.

—Se lo contó ella. Parece que está destrozada. Creí que eras más inteligente, tío, y que esa mujer te interesaba de verdad —me reprocha.

—¿Has llamado para recriminarme mi actitud? Porque si es así, tardaré dos segundos en mandarte a la mierda y colgarte el teléfono.

—No, espera. Te conozco y me cuesta creer que hayas caído tan bajo aceptando un soborno para alejarte de Lidia. Me gustaría escuchar tu versión. ¿Qué pasó con ese hombre, Felipe? —me interroga, curioso.

Suspiro, sabiendo que tarde o temprano tendría que enfrentarme a este tema. Le cuento cómo esos hombres me esperaron y me llevaron al hotel, la aparición de Finn O'Connor, el soborno que me ofreció para que desapareciera de la vida de Lidia…

—Acepté el dinero. Sé que fue un error, pero era la única salida. Me amenazó con hacerme desaparecer, con la pasta o sin ella —le explico sintiendo el peso de mis palabras.

—Ese hombre es un cabrón.

—Sí, más vale mantenerse lejos de él. —Lo oigo maldecir. Conozco a Pablo y sé que algo le inquieta—. ¿Qué te preocupa?

—Maverick está considerando una oferta de O'Connor. Tenemos problemas económicos y se ha ofrecido a aportar el dinero y ser nuestro socio.

—No cedas, Pablo. Te meterás en la boca del lobo. Seguro que hay otra solución.

—Eso espero, porque después de lo que me has dicho, no me apetece nada tenerlo cerca.

—Finn O'Connor, con su dinero, controla más de lo que debería. Si le estorbas, no dudará en sacarte del medio. ¿Cómo se ha enterado de vuestro problema?

—Es amigo del padre de Maverick. Me dijo que coincidieron en una cena y le explicó lo que sucedía.

—¿Me estás diciendo que tu socio y O'Connor se conocen desde hace tiempo? —pregunto. Mi voz ahora es más grave.

—Parece que sí.

—Mierda —gruño mientras me paseo por el salón de mi piso. Todos los datos se mezclan en mi cabeza y, cada vez que algo se entrelaza, más me lleno de preocupación.

—¿Qué pasa por tu mente?

—Quizás el encuentro de Maverick y Lidia no haya sido una casualidad. Sospecho que O'Connor está involucrado de alguna manera. Ese hombre es peligroso y no da puntada sin hilo.

—Joder. Mav es un buen tío, no haría algo tan retorcido.

—No lo dudo. No obstante, si alguien nos coacciona, hacemos cualquier cosa, Pablo.

—Lo sabes por experiencia, ¿verdad?

—Así es. Me preocupa que te mezcles con esa gente.

—¿Y qué hago? Estamos en apuros, las cosas no van bien y su oferta es tentadora. Necesitamos una inyección de capital. Tengo un hijo en camino, Felipe. No puedo fallarle ahora.

—Te entiendo, pero vas a pagar un precio muy alto. O'Connor no da nada sin esperar algo a cambio.

Hay un silencio al otro lado de la línea, interrumpido solo por la respiración agitada de mi amigo. Sé que está sopesando mis palabras y calculando los riesgos.

—No sé qué cojones voy a hacer —susurra, alicaído.

—Piensa las cosas con calma y no te precipites. Te lo digo porque yo ya sé lo que es enfrentarse a ese hombre. Te acabará envolviendo en su red y, cuando menos te lo esperes, estarás atrapado. Me imagino que Maverick ya se encuentra en esa situación. Te voy a dar un consejo. Aléjate de ellos. Si necesitas pasta, deberías buscar otra salida.

—Hablaré con Mav. No puedo permitir que O'Connor se involucre. Gracias por avisarme. Y ahora, ¿me vas a contar en qué narices vas a invertir ese dinero? Porque nosotros necesitamos capital.

—Como te puedes imaginar, no voy a prestarle pasta al tío que quiere quedarse con mi chica.

—¿Significa eso que vas a tratar de recuperarla?

—No va a ser sencillo, pero me he dado cuenta de que amo a Lidia y mi vida sin ella carece de sentido. He descubierto que tengo un corazón que late con fuerza y no te imaginas lo feliz que he sido a su lado durante estos días. Quiero eso para el resto de mi vida.

—Vaya. Me encanta oír eso. Te deseo mucha suerte y si necesitas ayuda, ya sabes dónde encontrarme. ¿Nos veremos pronto?

—Espero que sí. Mantenme informado, ¿vale? Y ten mucho cuidado, colega.

Cuelgo el teléfono y me quedo mirando el horizonte. Aunque mi vida se esté llenando de decisiones difíciles, al menos he logrado advertir a Pablo y evitar así un desastre mayor. La conversación me ha dejado con una sensación extraña y más inquieto de lo que me gustaría. Ahora que tengo toda esta información, me preocupa que

Lidia esté tan cerca de Maverick. No son solo celos, que también, es la inquietud de que ese hombre tenga un contacto tan cercano con el padre de Lidia. ¿Qué estarán tramando esos dos? Debo averiguarlo.

Cuando vuelvo a asomarme al balcón, el sol ya se ha ocultado por completo, dejando un cielo teñido de naranja y púrpura. Respiro hondo, a ver si el aire fresco de la noche me calma. A pesar de todo, sé que debo seguir adelante, reconstruir poco a poco mi metedura de pata y tratar de que ese dinero maldito, empiece a dar sus frutos.

Recupero el correo que envié el otro día para saber cómo va el tema.

De: fnavarro@gmail.com

A: susanalopez@gestoresunidos.com

Asunto: Inversión dinero.

Querida Susana.

Espero que te encuentres bien. Te escribo para pedirte un favor importante. Recientemente, me han ofrecido una suma de dinero que, por razones personales y éticas, no puedo aceptar para mi propio beneficio. He decidido que lo mejor es donarlo a una causa que lo necesite de verdad. Sé que tú estás involucrada en varias organizaciones benéficas y confío en tu juicio para que este dinero sea utilizado de la mejor manera posible.

Por favor, hazme saber si puedes ayudarme con esto.

Un abrazo, Felipe.

De: susanalopez@gestoresunidos.com

A: fnavarro@gmail.com

Asunto: Re: Inversión dinero.

Hola, Felipe.

Cuánto tiempo sin saber nada de ti. Por aquí estamos como siempre. Y tú, ¿qué te cuentas? Por el texto de tu mensaje, deduzco que va todo bien.

Me pongo en marcha y te aviso cuando tenga las organizaciones adecuadas.

Un saludo,

Susana.

Escribo mi nuevo texto. Me pueden las ansias de colocar el dinero y verlo desaparecer. Es curioso que lo que a mí me estorba, consiga ayudar a mucha gente.

De: fnavarro@gmail.com

A: susanalopez@gestoresunidos.com

Asunto: Re: Inversión dinero.

Querida Susana.

Siento ser tan pesado, pero ¿tienes noticias para mí? Quiero deshacerme de este dinero cuanto antes.

Un abrazo,

Felipe.

Presiono «enviar» y siento una pequeña liberación. Es un paso en la dirección correcta. El siguiente no será tan sencillo y el problema más grande, que es Lidia, va a ser el más duro de todos. No me puedo rendir, no ahora.

Capítulo 35

Lidia

Los días pasan y yo soy incapaz de quitarme de la cabeza los mensajes que recibió Maverick en nuestro último encuentro. Mi mente no deja de darle vueltas a todo lo sucedido en estas semanas. Es de locos. Lo que más me inquieta, es saber que mi querido padre está detrás de cada uno de los acontecimientos.

Al final, he tomado una decisión. Necesito respuestas, aclarar qué trama mi progenitor con referencia a Maverick y de qué se conocen. Abro el ordenador y busco la ficha de Pablo Muñoz. Ahí están todos sus datos, ya que son clientes nuestros, incluida la dirección. Son más de las nueve de la noche y es posible que vaya a cometer una imprudencia, aun así, recojo el bolso, me pongo la gabardina y llamo un Uber mientras bajo en el elevador.

Veinte minutos después, estoy delante del edificio en el que viven Pablo y Amber, su esposa. Presiono el botón del quinto A y espero impaciente, deseando que estén en casa y acabar con esta incertidumbre de una puñetera vez. Elevo la mirada cuando oigo un ruido y la centro en la cámara que no deja de observarme.

—Lidia, ¿qué haces aquí? —pregunta la voz asombrada de Pablo.

Me imagino que soy la última persona a la que esperaba. Solo nos hemos visto una vez y aunque fue agradable, tampoco hay la confianza para presentarme en su vivienda sin más.

—Siento molestar, pero me urge hablar contigo. Es importante.

—Claro, sube.

Empujo la puerta cuando oigo el sonido que me da acceso al edificio. Cojo el elevador y, en la planta correspondiente, ya me espera Pablo.

—Menuda sorpresa. Ven, pasa.

—Sé que no son horas de aparecer así en tu hogar —me disculpo, aunque no se le ve molesto con mi intromisión.

—No te preocupes. Amber lleva un rato en casa y yo acabo de llegar. Entra, deja que te invite a algo. —Le sonrío, agradeciéndole su amabilidad.

Recorremos un largo pasillo decorado con varias pinturas y fotografías de la pareja en diferentes momentos de sus vidas. Es acogedor. Cuando llegamos al salón me encuentro con Amber, que se levanta del sofá con dificultad. Su barriga cada vez está más abultada y su rostro denota el cansancio que produce un embarazo.

—No te muevas, ya me acerco yo —le pido.

—Te lo agradezco. Hoy ha sido un día agotador. No te imaginas lo duro que es llevar un hijo a cuestas —dice acariciándose el vientre con cariño.

—Siento aparecer así de sorpresa.

—Es un placer tenerte aquí, aunque no voy a poder ofrecerte ningún dulce. Me has pillado desprevenida. ¿Quieres un refresco o una cerveza?

—Mi visita va a ser breve, pero gracias. Hay algo que me gustaría preguntarle a Pablo.

—Siéntate, a ver si te puedo ayudar —indica mientras espera a que me acomode y él hace lo mismo al lado de Amber—. Adelante, me tienes intrigado.

—Está relacionado con el trabajo. No sé si…

—No tengo secretos con mi mujer, así que puedes hablar abiertamente.

—Vale. Verás, el otro día estuve cenando con Maverick. Él se fue al baño y, en ese momento, recibió unos mensajes tuyos —

comento, observando cómo su expresión cambia de forma ligera—. Te prometo que no soy una persona cotilla, sin embargo, un impulso me llevó a echarles un vistazo. Hice mal, no hay excusa, pero los vi. Nombrabas a mi padre y a Felipe. He reflexionado sobre esto durante varios días y necesito entender qué está ocurriendo.

Pablo se aclara la garganta, se inclina hacia delante y apoya los codos en sus rodillas.

—¿Por qué no le preguntaste a Maverick?

—No sabe que los he visto. Además, por lo que entendí, es él quien propone asociarse con mi padre. ¿De qué se conocen? ¿Del bufete?

—Vuestros padres son amigos —admite mirándome a los ojos —. Se encontraron en una fiesta y Maverick le explicó que pasamos por un momento económico complicado. Parece que han tenido algunas conversaciones preliminares, pero no hay nada decidido, porque mi voto, aunque les moleste, también cuenta.

Algo en mi interior se resquebraja al saber que me han mentido de nuevo. Sin duda, mi encuentro con Maverick no debió ser tan casual como yo imaginaba. Qué manera de jugar con los sentimientos de las personas. Parece que el alma de Finn O'Connor ocupa el cuerpo de otra gente para joderme la vida.

—Entonces, desde que estoy en Londres, ¿nada ha sido casualidad?

—Ojalá pudiera responder a esa pregunta, Lidia. Creí que conocía a Maverick, pero ahora tengo mis dudas. Felipe piensa que es todo un montaje de tu padre.

—¿Has hablado con él? —interrogo mientras intento mantener la compostura.

—Necesitaba una opinión externa que supiera de qué va el tema y me diera algún consejo —responde con sinceridad.

—Pues siento mucho decirte que no creo que debas hacerle caso a ese traidor —gruño.

—Felipe es la persona más íntegra que conozco y pondría mi vida en sus manos. Ya lo hice una vez y lo volvería a hacer.

—Eso sería antes de aceptar un soborno de mi padre. Con los años cambiamos, quizás el antiguo Felipe sí que era un hombre legal, sin embargo, ahora tengo mis dudas —digo tratando de controlar el temblor de mi voz y la tristeza de mi cuerpo.

—Reconozco que no estuvo bien lo que hizo y él lo sabe. No obstante, no tuvo más opción. Tu padre es una persona muy poderosa.

—Sus excusas no me sirven. Me rompió el corazón, se quedó un dinero sucio para alejarse de mí. —Decir esas palabras en alto consigue que no sea capaz de controlar mis lágrimas. Llorar delante de ellos no debería ser una opción—. Lo siento.

—No te disculpes, Lidia —me pide Amber dándome un apretón en la mano—. Estás dolida y es normal. Si Pablo me hiciera algo así, lo mataría.

Levanto la mirada y le sonrío a la vez que me deshago de la tristeza que recorre mi cara.

—Menudo carácter, ¿verdad? —comenta Pablo divertido—. Yo jamás te haría eso, porque te quiero con locura.

—Más te vale. —Amber acerca el rostro hacia él y se dan un suave beso. Es una escena bonita, pero desvío la mirada para no interrumpir el momento.

—También sé que Felipe te ama, Lidia. Y, aunque no sé los motivos que lo llevaron a actuar de esa manera, estoy convencido de que no se va a quedar con ese dinero.

—Dudo mucho que sienta algo por mí, más allá de una atracción sexual o habría luchado, le plantaría cara a mi padre. Yo lo hice.

—Sé lo que te une a Finn O'Connor, pero es un hombre peligroso. Con esa clase de personas, no es bueno nadar a contracorriente.

—Ahora eso es lo de menos. Felipe tomó su decisión y no hay marcha atrás. Lo que me preocupa es saber qué implica que mi querido progenitor meta las narices en vuestra empresa y que consigue con ello.

—Poder, inversión, blanquear dinero… —Elevo las cejas ante este último comentario. Es un gran abogado, reconocido y afamado. No pondría en riesgo su legado o quizás sí—. Creemos que ha podido amenazar a Maverick o a su familia.

—¿Quiénes?

—Felipe y yo —resoplo al volver a oír su nombre—. Mav lleva unas semanas muy raro. Está nervioso y sus enormes ojeras demuestran que no descansa bien. Le he preguntado en varias ocasiones qué le sucede y su respuesta siempre es la misma; está preocupado por el problema económico en el que estamos metidos. Nos hemos visto en una situación similar antes y sí, no hay que tomárselo a la ligera. Yo soy el primero en inquietarme. Tengo un hijo en camino y esa responsabilidad, asusta. En las otras ocasiones nos sentamos y conseguimos analizar las diferentes salidas. Sin embargo, ahora no he tenido ni voz ni voto.

Sus palabras me ponen en alerta, porque, aunque no conozco en profundidad a Maverick, sí que es extraño que actúe de esa manera. Mi padre sobornó a Felipe, ¿por qué no podría hacer lo mismo con él? Pero si así fuera, ¿qué hay detrás de su interés? Me llevo los dedos al puente de la nariz en un gesto desesperado. Cada vez que intento aclarar mis dudas, estas se duplican, dejándome todavía más confusa.

—No sé qué decir.

—Parece que todos tenemos un enemigo en común y no es otro que Finn O’Connor.

—Os agradecería que me mantengáis informada de cualquiera novedad y yo haré lo mismo. Hablaré con personas cercanas a mi padre y también lo intentaré con Maverick —les informo.

—Está bien, pero ten cuidado —me pide Pablo con seriedad.

—Lo tendré. Aprecio que hayas sido honesto conmigo —comento a la vez que esbozo una pequeña sonrisa.

—Está en juego mi futuro. Además, aprecio mucho a Felipe y sé que haría cualquier cosa por ti, aunque ahora mismo sea difícil de entender.

—Ese es un tema cerrado. Debió de actuar de otra manera. Gracias por recibirme a pesar de las horas.

Me levanto del sofá y me despido de ellos con una sonrisa. Pablo me acompaña hasta la salida y acordamos mantenernos en contacto por si hay alguna información importante.

Al abandonar el edificio, el aire fresco impacta en mi cara. Saco el teléfono para pedir un Uber, pero decido que lo haré después, mi necesidad ahora es ordenar todos los pensamientos que se agolpan dentro de mi cabeza. La conversación me ha dejado con los sentimientos alborotados. Al parecer, mi progenitor está tratando de manipular las cosas a su favor una vez más. Debo averiguar qué se propone y por qué yo me encuentro en medio de sus maquinaciones. Tarde o temprano, tendré que enfrentarme a él, aunque antes investigaré por mi cuenta a fin de hacerme una idea más clara de lo que sucede. Sea cual sea la jugada de mi progenitor, estoy lista para enfrentarla.

Las palabras de Pablo, en referencia a Felipe, también navegan por mi mente. Estaba muy convencido de que me quiere. ¿Se lo habrá confesado él? No, es imposible. Nunca habla de sus sentimientos, en realidad y como bien marcaba siempre, no creo que los tenga. Espero que sepa aprovechar el dinero que aceptó del soborno y sea muy feliz. Yo también lo haré o, por lo menos, lo intentaré. He superado muchos baches en el camino. Este será uno más, pero lo conseguiré.

Capítulo 36

Felipe

La luz de la tarde se filtra por las persianas del pequeño despacho en el que me encuentro. Las paredes están cubiertas de diplomas y recortes de periódicos amarillentos, recuerdos de las hazañas del hombre que tengo frente a mí. Es un investigador privado. Se llama Carlos Méndez y parece sacado de una novela negra. Tiene una mirada escudriñadora y su bigote, recortado con precisión, le dan un aire a detective clásico.

—Te agradezco la rapidez de tu trabajo —le indico para llamar su atención. Es un hombre bastante peculiar.

Siempre supe que no me quedaría con ningún euro que me hubiera ofrecido Finn O'Connor, así que decidí distribuirlo. La parte más importante se repartirá entre varias ONG y el resto lo he empleado en destruir a la persona que me jodió la vida alejándome de Lidia. Quiero hundirlo, solo así podré suplicar mi perdón e intentar ser feliz con mi bruja de fuego.

Hablé con varios conocidos y todos me recomendaron a Carlos. Al parecer tiene un gran promedio de efectividad. Necesito encontrar información que me allane el camino. Estoy convencido de qué O'Connor no solo es el propietario del mejor bufete de abogados de la ciudad. Su forma de actuar conmigo me demuestra que está acostumbrado a salirse con la suya y no siempre de la manera más amigable.

—Si me has llamado, ¿es por qué has descubierto alguna cosa? —Carlos asiente, se reclina en su silla y entrelaza las manos sobre el pecho.

—Tengo lo que pediste del tal O’Connor. No ha sido fácil, pero he encontrado algo que podría interesarte.

Mi corazón se acelera emocionado. La posibilidad de que este hombre haya obtenido información que pueda hundir al poderoso abogado, es un destello de luz en medio de la penumbra.

—Cuéntame —inquiero inclinándome hacia adelante.

Carlos levanta varias carpetas hasta que da con la correcta. La coloca frente a mí con una mirada seria. No dudo en abrirla y sacar un informe escrito a ordenador.

—El señor O’Connor ha estado involucrado en negocios turbios durante años, pero siempre ha logrado mantenerse al margen y conservar una apariencia intachable a los ojos de los demás. Sin embargo, he descubierto un par de cosas que pueden cambiar eso. —Busca entre los papeles de la carpeta y me muestra algunas fotografías y documentos—. Aquí tienes pruebas de blanqueo de dinero a través de una red de empresas fantasma en el extranjero. Además, hay indicios de que ha sobornado a funcionarios con el objetivo de conseguir contratos de favor e incluso para quitarse del medio a personas que husmeaban demasiado.

Hago un esfuerzo a fin de controlar el temblor de mis manos mientras le echo un vistazo a las pruebas que me ofrece el investigador. Esto es más grande de lo que imaginaba. O’Connor no es solo un hombre corrupto, también es un criminal con todas las letras.

—¿Hay algo más? —indago mientras intento procesar la información. Carlos asiente y señala una hoja en particular.

—Este documento es la joya de la corona. Un contrato firmado por el letrado que lo vincula de manera directa con un cargamento ilegal de armas que fue incautado el mes pasado. Si esto sale a la luz, no solo perdería su poder, sino que también podría acabar en prisión.

La magnitud de lo que tengo en mis manos me deja sin aliento. Por un momento, me quedo en silencio valorando todo lo que esto

implica. Podría ser la caída de Finn O'Connor, pero también significaría arrastrar a Lidia al escándalo.

—¿Estás seguro de que las pruebas son sólidas? —pregunto a la vez que levanto la mirada hacia Carlos.

—Tanto como una roca. Las he verificado con mis fuentes. Si decides usar esta información, Finn O'Connor no podrá escapar.

—¿Y qué me recomiendas hacer ahora? —le consulto, buscando consejo. El hombre peculiar que tengo delante de mí se rasca el mentón.

—Tienes varias opciones. Puedes ir a la prensa, aunque eso causaría un escándalo mediático que salpique a muchas personas, incluida su hija. También podrías ir a las autoridades, lo cual sería más discreto, pero menos impactante. O, si prefieres, puedes usar la información para negociar con el señor O'Connor. Aunque esta idea es la más arriesgada, porque lo pondrías en alerta.

Reflexiono sobre sus palabras y sopeso cada alternativa. Esto empezó para hundirlo, sin embargo, ahora me doy cuenta de que cualquier movimiento podría afectar el futuro de Lidia de una forma que nunca se me pasó por la cabeza.

—Necesito tiempo para pensar —afirmo mientras guardo los documentos y cierro la carpeta.

—Entiendo. A tu ritmo, pero recuerda que cada día que pasa, es una oportunidad para que el letrado descubra que alguien lo ha investigado.

Me levanto y le agradezco su discreción y ayuda. Ha valido la pena la gran suma de dinero invertida. Al salir del despacho, el peso en mi mano de la carpeta que contiene las pruebas me recuerda que tengo el poder de derribar a un titán, aunque también de destruir a la persona que amo. La imagen de Lidia se abre paso en mi mente. La echo mucho de menos. No puedo permitir que pague por los pecados de su padre.

Las diferentes opciones se arremolinan en mi cabeza, provocándome un malestar en las sienes. Sé que debo actuar, no

solo por lo que es correcto, sino por lo que es mejor para ella. En este momento no puedo ser egoísta. El objetivo de deshacerme de O'Connor es poder ser feliz con Lidia, no obstante, si ese paso lleva a mi Bruja de fuego a perder su trabajo, quizás deba retirar mi venganza.

Me detengo en un parque cercano y me siento en uno de los bancos con el propósito de buscar claridad dentro del caos de mis pensamientos. Respiro con profundidad mientras dejo que el aire fresco llene mis pulmones. La decisión no será sencilla, pero debo tomarla con el corazón y la mente abiertos.

Finalmente, saco el teléfono, busco un contacto y presiono el botón de llamar. Los tonos suenan una, dos veces, antes de que una voz familiar responda al otro lado.

—Tengo que hablar contigo, pero no puedo hacerlo por teléfono. Voy a coger un vuelo. Nos vemos mañana y te cuento.



Me mantengo callado mientras Pablo revisa la carpeta que le he ofrecido. Necesitaba la opinión de un amigo que no estuviera tan involucrado como yo y pudiera ser objetivo. Carlos, el investigador, me ha dado varias opciones, pero no he sido capaz de decidirme por una. Si no estuviera Lidia por medio ya habría acabado con Finn O'Connor. Confío ciegamente en mi amigo y sé que me ayudará a ver las cosas con claridad y a escoger la mejor manera de hundir a ese hombre.

Pablo no hace ningún gesto y su pasividad me pone de los nervios. Muevo los pies con ansias, arrugo una de las servilletas que hay encima de la mesa de la cafetería en la que nos encontramos, solo me falta comerme las uñas. Cojo la cucharilla que me han puesto con el café y se me resbala de las manos, provocando que mi amigo levante la vista de los papeles y eleve las cejas.

—Di algo o me volveré loco —le pido, desesperado. Pablo cierra el dosier y coloca las manos entrelazadas encima—. ¿Y bien?

—No hay nada aquí dentro que me sorprenda, la verdad.

—A mí tampoco. Estaba claro que su riqueza no solo venía del bufete de abogados.

—¿Cómo has conseguido esta información? —pregunta, curioso.

—He utilizado parte del soborno para buscar al mejor investigador privado. La inversión ha valido la pena. —Pablo me mira a la vez que sonríe y niega con la cabeza.

—Sabía que le ibas a sacar provecho a ese dinero.

—El resto ha ido a parar a diferentes ONG —le confieso mientras le quito importancia con un gesto de hombros—. No te imaginas cuánta gente precisa de ayuda económica para seguir adelante. Ya sea dedicada a la investigación de enfermedades o cubrir el hambre en el mundo.

—Eres increíble, colega.

—No he hecho nada que tú no harías. Pero no he venido hasta aquí para que infles mi ego. Necesito tu opinión. ¿Qué cojones hago ahora?

—La respuesta es sencilla, acabar con él.

—Eso está claro. El investigador me dijo que podría mandar la información a la prensa o denunciarlo a las autoridades. También me dio como opción hablar con O'Connor, aunque esta alternativa es la más peligrosa y la que menos me gusta. No quiero ponerlo en alerta. Es capaz de fugarse y librarse de su castigo.

—Cualquiera de las dos primeras opciones me parecen buenas. No entiendo cuál es el problema.

—Lidia. —El ceño de Pablo se frunce haciéndome entender que no comprende a qué me refiero—. No quiero perjudicarla. Ya le he hecho mucho daño y, si toda esta información sale a la luz, O'Connor Legal Grup se irá a la mierda. Su apellido se verá comprometido, lo

mismo que su credibilidad, aunque no tenga nada que ver. Es una gran abogada y no deseo fastidiarle también su trabajo.

—Pues estás jodido, porque si quieres acabar con el gran abogado, ella saldrá afectada en mayor o menor medida.

—Lo sé y no te imaginas la rabia y la impotencia que siento —le explico pasándome las manos por el pelo con desesperación.

—La quieres, ¿verdad?

—Mucho, tanto, que estaría dispuesto a hacer la vista gorda con su padre y alejarme de ella para que sea feliz y viva tranquila.

—Esa mujer nunca encontrará la calma si su progenitor sigue cerca de ella. Al contrario, Felipe, acabará metiéndola en algún lío. Vino a verme porque se enteró de que había la posibilidad de que nos asociáramos. No le hizo gracia saber que Maverick conocía a su padre.

—¿Crees que puede estar en peligro? —le pregunto a la vez que un escalofrío me recorre el cuerpo ante la posibilidad de que eso sea posible.

—No. Es una mujer inteligente y me parece que empieza a darse cuenta a lo que se enfrenta y qué clase de persona es su progenitor. —Suelto todo el aire que retenían mis pulmones al escuchar su respuesta. Si algo le sucede a Lidia, yo…—. Deberías hablar con ella y enseñarle toda esta información.

—Me odia y con razón. No puedo presentarme así, sin más. Por otro lado, no quiero correr el riesgo de que, O'Connor, me descubra con ella.

—Tiene que saber a qué se dedica su padre. —Apoyo los codos en la mesa y dejo caer la cabeza, agotado de tantos inconvenientes —. ¿Confías en mí?

—Sabes que sí. Si no, no estaría aquí.

—Pues déjamelo a mí. Organizaré un encuentro. ¿Te puedes quedar unos días más?

—Sí. Solo debo avisar de mi ausencia en el fisioterapeuta. ¿Qué piensas hacer?

—Mañana te quiero en mi casa sobre las siete. Si hay más gente, podremos evitar que acabe contigo —dice Pablo, guiñándome un ojo, divertido.

—Muy gracioso. No quiero disgustarla ni que me odie más.

—Son las consecuencias que deberás asumir para luchar por su amor. Cuéntale por qué aceptaste el soborno, que hiciste con ese dinero y qué clase de padre tiene. Si te lo curras bien, a lo mejor te perdona. Eso sí, no te olvides de regalarle unas flores o una caja de bombones para allanar el terreno.

Elevo el dedo corazón, haciéndole una peineta y su carcajada resuena en las paredes de la cafetería. Me voy a dejar llevar por Pablo, porque es un amigo, no me juzga, me escucha y sus consejos siempre son buenos. Espero que esta idea tan loca salga bien, necesito el perdón de Lidia. Echo de menos sus risas, esa frescura que me envuelve y también su cuerpo. Espero ser capaz de controlarme cuando la vea, porque mis ganas de abrazarla y besarla son demasiado intensas.

Capítulo 37

Lidia

Camino por la avenida con pasos firmes. La ciudad está bulliciosa, es hora punta, sin embargo, mi mente se encuentra enfocada en cómo voy a abordar el tema de los mensajes con Maverick. Por fin, después de varios días persiguiéndolo, he conseguido quedar con él para comer. Sé que es un hombre muy ocupado, pero en esta ocasión, estoy convencida de que estaba dándome largas.

Acelero el ritmo porque ya pasan cinco minutos de la hora acordada y no quiero darle ninguna excusa para que pueda acortar el tiempo de nuestro encuentro y evitar mis preguntas. Necesito respuestas cuanto antes. Ya no aguanto más esta inquietud.

Llego al bonito restaurante italiano donde he quedado de encontrarme con Maverick. Lo veo sentado en una mesa del fondo. Él no me ha visto, está centrado en su teléfono. No parece el mismo hombre que conocí en el aeropuerto hace unos meses. Tiene el pelo más alborotado de lo normal, se ha aflojado la corbata y, estoy segura de que, cuando levante la mirada, descubriré unas ojeras bajo sus ojos. ¿Qué le estará pasando?

Le hago un gesto al camarero que se acerca a mí para indicarle que voy hacia la mesa del fondo. Me tiembla todo el cuerpo, no de miedo, sino de lo que puedo averiguar, porque sé que no me va a gustar. Se levanta al verme y esboza una sonrisa que no soy capaz de devolverle. Ya no me fio de él.

—¡Qué placer verte, Lidia! —dice de manera efusiva. En la mesa hay una botella de vino abierta y su copa manchada. Quizás vaya un poco pasado—. Estás tan bonita como siempre.

—Gracias. Ha resultado complicado quedar contigo. Si sigues trabajando tanto, vas a ser el más rico del cementerio. —Se ríe ante mi comentario.

—Qué pasa, ¿qué eres la única que se puede hacer rogar? —me reprocha dejándose caer en la silla. Arqueo una ceja ante su actitud. Vaya, ¿dónde ha quedado el hombre caballeroso?

—No sabía que nuestros encuentros se han convertido en una competición.

—Ignora mis palabras, hoy no está siendo un buen día —indica restándole importancia con la mano—. Pero siéntate y vamos a aprovechar el tiempo, que después tengo una reunión. ¿Qué te apetece comer?

Cojo la carta y la leo por encima. La verdad es que no tengo mucho apetito. Ya venía nerviosa y la forma de actuar de Maverick ha empeorado mi estado. Pido una ensalada con un nombre raro, de las que llevan muchos ingredientes. Cuando el camarero se va, mis ojos se tropiezan con los de mi acompañante. Le brilla la mirada, por culpa del alcohol y una sonrisa tonta asoma a su cara.

—Y bien, ¿a qué debo el honor de tu insistencia? —Quizás no sea el momento adecuado, considerando su estado, pero quiero respuestas.

—El día que estuviste en casa, leí unos mensajes que te envió Pablo. —Su postura pasa a ser tensa, pierde la sonrisa y se remueve en la silla.

—No tenías derecho a mirar mi teléfono —se queja.

—Lo sé, pero no pude resistirme. No me gustó lo que leí.

—¿Y eso tendría que importarme? Me parece que no te debo ninguna explicación.

—Yo creo que sí. Me has mentido, Maverick. Sabías desde el principio quién era, ¿verdad? —Su cuerpo se encoge de manera sutil dándome una respuesta muda—. ¿Qué te ha ofrecido mi padre para que te metieras en mi vida?

—Estás diciendo tonterías. —Su tono de voz ha disminuido de manera considerable y parece que el alcohol ha abandonado su cuerpo de golpe.

—Conozco a Finn O'Connor. Sé de lo que es capaz de hacer por salirse con la suya. Supongo que tú eres su nueva víctima. ¿Te ha sobornado cómo a Felipe? —Niega con la cabeza.

—Eso no funcionaría conmigo. El patrimonio de mi familia es elevado.

—¿Entonces?

La mesa se queda en silencio mientras el camarero deja los platos delante de nosotros. Reto a Maverick con la mirada para que me responda una vez nos quedamos solos de nuevo.

—Tiene una información que compromete a mi padre y podría mandarlo a la cárcel. —Vaya, vaya con papá.

—¿Qué debías hacer?

—Conquistarte y en unos meses, casarme contigo. Todo iba bien hasta que Felipe apareció de nuevo —se queja con un lamento.

Medito sus palabras y, sabiendo que mi progenitor no ejecuta una acción sin intención, me imagino que los Webb tendrán algo interesante para él.

—¿Qué quiere de vosotros?

—Ser socio mayoritario en la empresa de contenedores del puerto. —Frunzo el ceño ante la ambición y la habilidad de mi padre. Al parecer los tiene cogidos por las pelotas.

—Cuéntamelo todo desde el principio —le pido. Está abatido y preocupado. Me da un poco de pena, pero muy poquita.

—Nuestros padres se conocen hace años, incluso han hecho negocios juntos. El tuyo le propuso al mío una nueva alianza y sé negó. No sé de qué iba, pero no parecía demasiado transparente. Para llevarlo a cabo, se necesita el puerto, así que, ante el rechazo de mi padre, O'Connor lo amenazó con fundirlo en la cárcel. Tuvo que ceder, Lidia, y con el fin de asegurarse que no se tiraba atrás,

me metieron a mí en sus trapicheos. Debía enamorarte y transferirle parte de mi empresa, por lo que tanto he luchado. No deja de presionarme. Recibo llamadas suyas cada día para recordarme que debo cumplir con mi parte del plan. No consigo descansar. Creo que estoy a punto de volverme loco.

Un escalofrío me recorre el cuerpo al darme cuenta de que mi padre es mucho peor de lo que yo imaginaba. ¿En qué momento se ha convertido en un ser tan cruel? Siempre pensé que la muerte de Edgar lo había cambiado, que la tristeza de perder a un hijo lo transformó en una persona oscura, triste. Sin embargo, esto va mucho más allá.

—Siento que te hayas visto envuelto en esta situación, Maverick —le comento al verlo tan destrozado.

—Supongo que somos dos daños colaterales. No puedo más, Lidia. Lo siento por mi padre, pero estoy preparando todo para largarme del país. Necesito alejarme de esta presión. Quiero que arregles los documentos necesarios para pasarle mi parte de la empresa a Pablo.

—¿Estás seguro?

—Sí. Es lo mejor. Es un gran hombre y un extraordinario amigo. Sé que le irá genial. Han sido muy buenos conmigo y no quiero que se vea implicado con tu padre. Debe mantenerse lejos de esta batalla.

—Vale, lo prepararé todo.

—Gracias. No hace falta que te diga que seas discreta, ¿verdad?

—Lo seré, no te preocupes.

—No te imaginas lo que me duele haberte lastimado, Lidia. Felipe te quiere mucho, estoy seguro de ello. No debí irme de la lengua cuando apareció, pero con él aquí, no podía realizar mi cometido. Al contárselo a tu padre, me dijo que ya se encargaba él de quitarlo del medio. Lo siento mucho, ruego que me perdones.

Sus ojos se llenan de lágrimas, dándole credibilidad a sus palabras de arrepentimiento. Alargo la mano y envuelvo una de las

suyas, para que se tranquilice. Su confesión tira al suelo la idea de que Robert era el soplón que le iba con el cuento a mi padre. ¿Y si estaba equivocada? Lo que está claro es que Finn O'Connor no es buena persona y, al parecer, me ha estado manipulando a su antojo durante estos años. He sido una auténtica ilusa. Creí que iba a salir de esta comida con mis dudas resueltas, sin embargo, eso no ha sucedido.

Observo cómo Maverick coge la botella y, cuando está a punto de rellenarse la copa, se lo impido. Tiene que reaccionar. Beber no lo va a llevar a ningún sitio. Sé que se siente culpable por lo sucedido, pero esta no es la manera de arreglarlo.

—Vamos a hacer una cosa. Pediremos un Uber, te llevaré a tu casa y descansarás un rato mientras yo preparo los papeles que me has solicitado. ¿Te parece?

—He venido en mi coche.

—Ya, pero no estás en situación de cogerlo. No queremos más líos, ¿vale?

—Está bien. Antes de irnos necesito que me digas que me perdonas. Yo no quería, te lo juro.

—Hablaremos de esto cuando tu cuerpo no contenga tanto alcohol.

Lo ayudo a levantarse, le pido al camarero si puede ponernos la comida que no hemos probado para llevar y seguimos mi plan al pie de la letra. Paso casi todo el viaje con la cabeza de Maverick apoyada en mi hombro. Parece que decir la verdad lo ha desinflado. Me cuesta tres intentos despertarlo al llegar a nuestro destino. Suspiro de alivio al conseguir quitarle los zapatos y tumbarlo en la cama.

Cuando estoy a punto de salir del piso, recibo un mensaje de Amber invitándome a cenar a su casa esta noche. No dudo en aceptar la propuesta, así podré poner al día a Pablo. Tiene que saber lo que me ha confesado Maverick. Son buenos amigos y se merece conocer la verdad.

Después de toda la información que he recibido, no creo que sea capaz de concentrarme en el despacho, así que doy por finalizada la jornada laboral. Llamo a Hailey a fin de avisarla y decirle que se puede ir a casa. Intentaré relajarme y me prepararé para esta noche. Me apunto en la agenda hablar con Robert el lunes a primera hora. Debo aclarar si tengo al enemigo en casa o no antes de actuar. Me da la sensación de que se vienen días complicados. ¡Ay, papá! ¿Qué estarás tramando? ¿En qué te has metido?

Capítulo 38

Felipe

Le he arrancado el papel al botellín de cerveza que me ha ofrecido Pablo, me he levantado y sentado un número incontable de veces y todo por culpa de los nervios que se han instalado en mi estómago. Es casi la hora acordada con Lidia para que se presente en el piso de mi amigo. Podré volver a verla y explicarle lo que ha sucedido. Se merece la verdad, me perdone o no.

Para ser honesto, no tengo grandes expectativas de que eso ocurra, aunque, según mi hermana, las cosas van a salir bien. Ayer la llamé con el propósito de ponerla al día y pude contagiarme un poco de su positividad. La necesitaba para afrontar esta noche. Se alegró de oírme tan convencido de mis sentimientos y seguro de lo que iba a hacer en unas horas. Me pidió que la mantuviera informada. Le prometí que, si salía bien, buscaría la manera de pasar unos días con ellos y le pediría a Lidia que me acompañara.

Noto la mirada de Pablo desde la puerta de la cocina. Sabe que estoy inquieto y ha intentado entretenerme con recuerdos de los buenos momentos que hemos pasado juntos. Amber, que apenas conocía esa parte de la vida de su marido, no ha dejado de reír en toda la charla. Después de este repaso, me doy cuenta de que hay más instantes de felicidad que de desdicha, aunque estos últimos pesen mucho más en la mente.

—¿Todo bien? —Oigo que pregunta mi amigo con la voz calmada.

Asiento con la cabeza, aunque sé que mis gestos y mis ojos deben delatar la tormenta interna que me consume. La ansiedad me

tiene al borde del ataque al corazón y la espera se me está haciendo interminable.

—Tranquilo, tío. Seguro que todo saldrá bien. —Pablo intenta infundirme confianza a la vez que coloca una nueva cerveza frente a mí.

—Espero que tengas razón.

Le doy un trago al líquido frío mientras la sonrisa luminosa y el brillo de los ojos de Lidia, después del orgasmo, se pasean por mi cabeza sin control. Tengo que recuperarla o mi vida no tendrá ningún sentido.

El sonido del interfono me saca de mi ensimismamiento. El corazón me da un vuelco y siento cómo la adrenalina inunda mi cuerpo. Pablo se acerca a la puerta, y yo intento calmarme, respirando con profundidad. Escucho a mi amigo saludarla y cómo se dan dos besos. Las voces se van aproximando, están animados, pero yo he olvidado todo lo que había ensayado que iba a decirle. Lidia no sabe que estoy aquí, así que no espero una reacción demasiado efusiva. Me imagino que, si lo supiera, ya no habría venido.

Al instante siguiente, mi Bruja de fuego entra en la sala. Me pongo en pie y paseo mis manos por los tejanos, para deshacerme del sudor producido por los nervios. Su presencia ilumina la estancia, como lo hace siempre. Está preciosa, aunque su rostro pasa de la alegría al cabreo en unas décimas de segundo. Lo que ha tardado en verme.

—Hola —la saludo y elevo una mano. Pablo se tapa la boca ante mi ridículo gesto y yo frunzo el ceño.

—¿Qué hace aquí este traidor? —pregunta dirigiéndose a mi amigo—. Me habéis engañado. Ya vendré otro día.

—Espera, mujer —le pide Amber saliendo de la cocina—. Tienes que escuchar lo que ha venido a decirte.

Lidia se cruza de brazos adoptando una postura poco receptiva. Aquí está mi primera prueba de fuego. La conozco y no cederá con

facilidad. Es dura de pelar y eso me encanta.

—Sé que soy la última persona a la que te apetece ver, pero necesito hablar contigo y enseñarte algo importante —le informo sin moverme del sitio. Su mirada recorre mi cuerpo y se frena en el brazo izquierdo al darse cuenta de que ya no llevo el yeso.

—Está bien. Cuéntame, cuanto antes empieces, antes acabas y así puedo irme a mi casa.

—Tienes que quedarte a probar el postre. Me he pasado toda la tarde en la cocina y lo he hecho especialmente para ti —intervine Amber a fin de evitar que se vaya. Lidia pone los ojos en blanco de una manera cómica que me arranca una sonrisa. Esta desaparece cuando vuelve a centrarse en mí.

—Menudos amigos me he buscado —se queja, aunque el tono ha sido suave. Amber y Pablo se miran y sonríen—. Tráeme algo fuerte para beber, voy a necesitar fuerzas si quiero aguantar esta cena.

—Solo tengo cerveza o vino. —Pablo se encoge de hombros ante la mirada ceñuda de Lidia.

—Pues cualquiera de las dos cosas me vale. —Deja el bolso en la mesa de centro y se sienta en un sillón individual. El que se encuentra más alejado de mí.

Me quedo pasmado mientras observo sus movimientos. Lleva un bonito vestido verde que resalta el color rojizo de su pelo y se ciñe a su cuerpo esbelto y que tan bien conozco. Cruza las rodillas, dejando al descubierto parte de sus muslos. Me remuevo al recordar todas las veces que sus piernas han envuelto mis caderas. Este no es el momento adecuado para pensar en nada que anime a mi polla. Mis ojos abandonan las piernas y llegan a su cara. Es la mujer más bonita del mundo. Sus dedos largos y finos colocan un mechón rebelde detrás de su oreja y yo no puedo dejar de mirarla, hipnotizado. Asoma la lengua y se moja esos preciosos y exquisitos labios rojizos que tantas veces me han besado y han mimado mi

miembro. La nariz llena de pecas, esa mirada encendida y… ¿burlona?

—¿Te encuentras bien, Felipe? Pareces acalorado. Ten cuidado, que los de tu edad, sois propensos a sufrir un ictus. —Pillado, y me ha dado donde sabe que más me duele.

—Estoy perfecto. Me halaga que te preocupes así por mí.

—No me apetece acabar el día con la imagen de un cadáver.

—Ya está bien, dejad de lanzaros pullas. Estamos aquí para solucionar un problema grave. Cuando esto acabe, os encerráis en una habitación y allí descargáis toda vuestra ira —nos regaña Pablo.

—Con él no voy ni a la vuelta de la esquina. —El rostro serio de mi amigo hace recapacitar a Lidia—. Vale, lo he entendido.

—Genial. Por qué no empiezas a hablar tú, Felipe, mientras se acaba de preparar la cena.

—He estado investigando a tu padre y encontré algo que creo que deberías saber —digo dirigiéndome a Lidia.

Cojo la carpeta que descansa en la mesa de centro y se la tiendo. Ella la toma con manos temblorosas, la abre y no dejo de observarla mientras lee y examina los documentos que hay en su interior. El silencio invade la estancia. Pablo y yo nos miramos a la espera de su reacción. Su rostro refleja una mezcla de sorpresa y desilusión. Después de unos minutos que se han hecho eternos, levanta la vista y clava sus ojos en los míos.

—¿Cómo has encontrado todo esto? —susurra.

—Con una parte del dinero que acepté del soborno, contraté a un buen investigador privado. Necesitaba respuestas.

—Pues ya las tienes, ¿no?

Su tono es calmado y, aunque ha sido por un segundo, he notado cierto alivio en su rostro al saber en qué se ha utilizado algo de ese maldito dinero.

—Así es. Todo eso es suficiente para acabar con tu padre.

—¿Por qué no lo has hecho ya?

—Por ti. —Eleva las cejas, interrogándome, pero como no dice nada, continúo—. Podría perjudicarte y no quiero hacerte daño.

—Es tarde para eso. —Sus palabras se clavan igual que si fueran puñales en mis entrañas.

—No tuve más opción.

—Yo no pienso lo mismo, pero eso ya es agua pasada. Centrémonos en mi padre —pide de manera seca.

Noto a mi corazón, ese que conseguí reparar, resquebrajarse de nuevo. Ante mi silencio, Pablo, que se sienta a mi lado, toma el mando de la charla.

—Si esa información sale a la luz, todo lo que tenga que ver con Finn O'Connor desaparecerá. Incluso el bufete. Vuestra vida quedará expuesta y eso salpicará a tu madre y también a ti, aunque no tengáis nada que ver con sus trapicheos.

Lidia vuelve a centrar la mirada en la carpeta. Pasa los papeles con calma, la que empieza a faltarme a mí. De vez en cuando, eleva la vista y nos observa. Mi pierna izquierda cobra vida y comienza a moverse sin control. Solo se frena cuando la oigo carraspear.

—Entonces, ¿estáis esperando mi conformidad para proceder?

—Como ya he dicho con anterioridad y aunque no te lo creas, mi prioridad es evitar hacerte daño. —Hago un silencio antes de continuar—: Más de lo que ya lo he hecho. Estamos hablando de tu trabajo, Lidia. Eres una gran abogada y lo puedes perder todo si enviamos esta documentación a la prensa o a las autoridades.

—Así que, si me niego, ¿dejarás a mi padre impune? —Asiento con la cabeza. Necesito que sepa que ella es mi prioridad. Cierra la carpeta y suelta un suspiro.

—Esos papeles ahora te pertenecen. Es justo que seas tú quien decida el futuro de tu familia.

Sé que esta decisión puede ser un gran problema para ella, porque la sitúa entre la espada y la pared. Pero a pesar de su juventud, Lidia es una mujer muy centrada, una luchadora con la cabeza fría que sabrá hacer lo correcto.

—Vaya, no sé si darte las gracias o mandarte a la mierda —se queja arrugando los labios. Pablo y Amber sueltan una carcajada y yo no puedo evitar que se asome una nueva sonrisa—. Necesito tiempo para pensar.

—Claro. Solo te voy a pedir que tengas mucho cuidado. No sé hasta dónde es capaz de llegar tu padre para salvar su culo.

—Empiezo a darme cuenta de que no es el hombre que me imaginaba. Siempre ha sido una persona exigente, conmigo más que con nadie. Puedo entenderlo, soy su hija. Pensé que lo tenía dominado, que, al conseguir cada reto que me proponía, era yo la que ganaba. Sin embargo, he estado engañada todo este tiempo. Solo he sido una muñeca en sus manos.

—No te mortifiques, cielo. Al fin y al cabo, es tu padre. ¿Quién piensa mal de su familia? —interviene Amber con el propósito de darle ánimos.

Me encantaría levantarme del sofá y acercarme a ella para abrazarla y asegurarle que nunca más me alejaré, que seré su apoyo y no dejaré que se caiga. Las lágrimas recorren sus mejillas, aunque se deshace de ellas con rapidez. No le gusta llorar en público. Trago saliva y siento un nudo en mi garganta que cada vez se hace más grande por no poder aliviar su dolor.

—El problema es que no solo me lastima a mí —confiesa recuperando la compostura—. He hablado con Maverick. Lo manipula con amenazas.

—Lo sabía —chilla Pablo—. Os dije que no era un mal tío.

—Y tenías razón. Está destrozado, porque se encuentra en una situación sin salida.

El timbre del horno interrumpe a Lidia y nos anuncia que la cena está lista.

—¿Qué os parece si comemos para reponer fuerzas? Todavía quedan muchas cosas de las que hablar —propone Pablo poniéndose en pie.

Aceptamos la sugerencia y nos levantamos para acercarnos a la mesa. Mi amigo y su esposa se dirigen a la cocina, dejándonos a Lidia y a mí solos. Nuestras miradas se encuentran. Los dos tenemos muchas cosas que decirnos, pero este no es el momento. Deseo que llegue mi oportunidad para disculparme y abrirle mi corazón, ahora que soy capaz de hacerlo. Qué curiosa es la vida, ¿verdad?

Capítulo 39

Lidia

El cosquilleo de mi estómago todavía no ha desaparecido desde que entré en el piso y vi a Felipe en el salón. A pesar de lo enfadada que estoy con él, mi corazón siente ese pellizco de deseo que me es tan familiar. Hay veces que dudo si lo podré olvidar algún día. El problema es que hay una parte de mí que no quiere hacerlo y, luchar conmigo misma, es agotador.

Llevaba semanas sin verlo, está tan guapo y sexi como siempre. Su presencia es un recordatorio de todo lo que hemos compartido. Risas, silencios, enfados y mucho sexo. Me encantaría sacudirlo y preguntarle por qué lo hizo, ¿por qué tomó esa decisión? Exigirle respuestas que quizás no estoy preparada para oír. Esos últimos días juntos fueron increíbles. Creí que por fin nuestro amor podía ser posible, que él se había dado cuenta de que puede querer y que no está tan roto como pensaba. Al aceptar el soborno de mi padre y alejarse de mí, lo estropeó todo. «Deberías darte cuenta de que el único culpable de esta situación es Finn O'Connor», me recuerda la parte positiva de mi ser. Esa que siempre me da un empujón cuando nota que estoy hundiéndome. «Se alejó sin decir ni una palabra. ¿Y si lo vuelve a hacer?». «Ya, pero ha vuelto y se preocupa por ti. No quiere lastimarte». Mi batalla interna queda interrumpida por la voz de Pablo.

—Lidia, ¿estás bien? —Elevo la mirada y me encuentro que todos me observan. No sé cuánto tiempo llevo metida en mi mundo.

—Sí. Tengo demasiada información en la cabeza.

—Es normal. Lo que sucede no es fácil de digerir —apoya Felipe, que se ha sentado frente a mí.

—Hasta que decidas qué hacer, debes tomártelo con calma —me sugiere Pablo—. Sabes que puedes contar con nosotros, ¿verdad?

—Lo sé y os lo agradezco un montón. A ver, dentro de lo malo, hay una buena noticia para vosotros —informo señalando a Pablo y Amber.

—No voy a decir que no a algo positivo. Cuéntanos.

—Maverick me ha pedido que prepare los documentos para cederos su parte de la empresa.

—¿Cómo?

—Está cansado de luchar y si la compañía queda en tus manos, mi padre no podrá utilizarla para manipularlo.

—Me alegro de esta decisión, pero ¿cómo hemos llegado a todo esto? —Quieres saber Pablo, abatido.

—Papá Webb es propietario de una empresa de contenedores en el puerto, que parece ser muy interesante para papá O'Connor.

—Traería la mercancía con más facilidad sin que nadie sospechase —interviene Felipe de manera muy acertada.

—Correcto. Cuando Maverick me lo explicó, no lo entendí, pero al ver los documentos de esa carpeta, até cabos.

—Entonces, para que Webb le entregue la empresa o parte de ella, los extorsiona y mi socio se encuentra en el medio. —Esta vez es Pablo el que interpreta los sucesos.

—Eso es. Mi fabuloso progenitor le pidió a Maverick que me conquistara y buscara la manera de casarse conmigo. No pudo negarse, así que cedió.

—Todo iba bien hasta que apareció Felipe —dice Amber.

—Maverick no supo qué hacer y se lo comentó a mi padre, que buscó una solución para deshacerse del problema.

—No me gusta nada ser un problema —gruñe Felipe.

—Ni que lo digas, porque aceptaste el soborno y le dejaste el camino libre —le reprocho.

—Él imagina que eso fue lo que hice y veo que tú también —dice, dolido—. Si no me hubiera apartado, tu padre no tendría ningún inconveniente en sacarme del medio. Estoy convencido de que no sería la primera vez que alguien de su entorno desaparece de manera misteriosa.

Un escalofrío me recorre todo el cuerpo al pensar que eso pueda ser así. Mi padre, un asesino. ¿Sería capaz de matar a Felipe para conseguir su objetivo? Algo me dice que sí. Una persona así no puede quedar impune, sea quien sea.

—Y ¿hacía falta que cogieras el dinero? —me quejo.

—Como has podido comprobar, Finn O'Connor es un hombre muy inteligente y no se creería que iba a renunciar a ti sin nada a cambio. Me habría descubierto. No iba a arriesgarme y dejarte sola con una persona así.

Fijo la mirada en la suya y, por un momento, todo desaparece a nuestro alrededor. Está arrepentido, lo sé, lo conozco y saber que es así, consigue que mi coraza empiece a resquebrajarse. Aunque solo es el principio y no pienso ceder con tanta facilidad.

—No sé si te has dado cuenta, pero sé cuidarme solita. —Felipe se apoya en la silla y cruza sus brazos en el pecho mientras yo elevo una ceja, retadora.

—Me parece que tenéis muchas cosas de las que hablar —comenta Pablo, impidiendo así, que nos enzarcemos en una nueva batalla dialéctica.

—Es el momento del postre. —La energía de Amber, a pesar de su embarazo y las horas que son, hace que baje las lanzas de guerra y sonría.

—Vamos a comprobar si es cierta la fama que asegura tu marido que tienes o solo lo dice por cariño.

Sin duda, Amber cocina como los ángeles y los maravillosos postres, compuestos por una deliciosa tarta *Red Velvet* y unas

tartaletas de *Custard*, remata esta rara cena llena de risas, confesiones y también reproches.

Cuando vemos que la embarazada casi se queda dormida encima de la mesa, decidimos dar por terminada la velada. Le prometo a Pablo mantenerlo informado del papeleo con relación a su empresa y de la decisión que tome referente a mi padre, aunque esa ya la tengo más que clara. Él asegura que hablará con Maverick para intentar ayudarlo.

Felipe y yo bajamos juntos en el ascensor, rodeados de un silencio incómodo. Nos miramos sin saber cómo actuar. Parecemos dos extraños que no tienen un tema de conversación, a pesar de todo lo que debemos aclarar. Lo que no ha cambiado es la increíble atracción que sentimos cada vez que estamos solos. Si en este momento nos tocáramos, dejaríamos a media ciudad sin luz.

Salimos del portal y saco el teléfono para llamar a un Uber. ¿Es normal que tenga las mismas ganas de irme y dejarlo atrás, que de quedarme y no alejarme de él nunca más? Me muerdo el interior de la mejilla al darme cuenta de lo nervioso que está. No parece el mismo hombre seguro y serio de siempre. Me hace gracia verlo así, tan vulnerable.

—¿Te apetece dar un paseo? —me pide a la vez que se guarda las manos en los bolsillos del pantalón.

—Vale, pero esto no significa que te haya perdonado ni que el dolor de tu traición desaparezca sin más.

—Está bien —acepta—. Solo espero que eso cambie cuando pueda explicarme.

Enfilamos la calle, uno al lado del otro, metidos en nuestros pensamientos. Sé que esta charla no será fácil, pero necesito escuchar su versión, entender por qué lo hizo y cuál era su objetivo, aunque algo ha dejado caer en la cena.

—Veo que estás mucho mejor del brazo —le pregunto para romper el incómodo momento.

—Sí. Sigo con la fisioterapia, pero ya casi he recuperado la mayoría de la fuerza —responde mientras se saca la mano del bolsillo y la extiende, cerrando y abriendo el puño.

—Me alegro.

—Y yo, estaba muy limitado. Ahora ya puedo vestirme, ducharme con comodidad y coger pesos.

Una imagen de Felipe, con sus manos en mi culo y empotrándome contra la pared, se hace presente en mi mente sin permiso. Reprimo un jadeo y, por el rabillo del ojo, veo que me mira y sonríe. Sabe que mis pensamientos son poco adecuados. Maldito hombre.

Para que mi imaginación no se vaya a donde no debe, decido que ha llegado el momento de afrontar el peliagudo tema del soborno. Carraspeo y me lanzo de cabeza a riesgo de romperme la crisma.

—Necesito saber por qué, Felipe. —Mi voz suena más débil de lo que me gustaría.

—Me retuvo contra mi voluntad. No supe a qué se debía hasta que lo vi aparecer. Me pidió que te olvidara, insistió en que no era el hombre adecuado para ti y supongo que tiene razón. Aun así, me negué. Sin embargo, no me dejó alternativa. Me ofreció el cheque y me dijo que, o desaparecería con el dinero o lo haría sin él. Tuve que pensar con rapidez y decidí, aunque sabía que me iba a traer consecuencias contigo, coger el jodido cheque y marcharme. Si quería enfrentarme a él, era mejor hacerlo con el bolsillo lleno.

—Yo luché por nosotros. Me negué a alejarme de ti. Esperaba lo mismo por tu parte —comento con el corazón repleto de dudas.

—Y lo hice, Lidia. ¿No lo ves? Quizás escogí una opción complicada, pero jamás podría competir con el poder de tu padre. No sin conseguir la información que guardas en el bolso y, el dinero, fue la clave para llegar hasta ahí.

Nos hemos parado en mitad de la acera, desierta a estas horas de la noche. Mientras nos miramos me doy cuenta de que, a pesar

de todo lo que ha pasado, lo sigo queriendo con locura. Es el amor de mi vida y, en este momento, aunque rodeada de confusión e incertidumbre, entiendo que conseguir la felicidad no siempre es sencillo, sin embargo, vale la pena luchar por alcanzarla. Y eso pienso hacer. No voy a permitir que Finn O'Connor se salga con la suya y le demostraré que Felipe es el hombre perfecto para mí.

Capítulo 40

Felipe

No sé en qué momento me he aproximado tanto a ella. La punta de nuestros pies casi se roza y el calor de los cuerpos es más que evidente. Tiene los ojos brillantes y las pecas resaltan en el puente de su nariz y en los pómulos. No entiendo cómo no me di cuenta antes de lo importante que es para mí.

—Tuve miedo, Lidia. Sobre todo, de no ser capaz de convencerte de que lo hice por nosotros. —Mis palabras quedan suspendidas en el aire y el silencio se extiende entre los dos. Espero, con el corazón en un puño, a que ella hable.

—Me enseñó un vídeo en el que cogías el cheque. Te odié con toda mi alma. Nunca me sentí tan dolida y utilizada. Llegué a creer que mi padre tenía razón y que solo te habías acostado conmigo por mi dinero —dice con los ojos llenos de lágrimas.

—Lo siento mucho. —Apoyo mi frente a la suya y busco sus manos para entrelazar nuestros dedos—. No espero que me perdones de inmediato. Solo quería que supieras la verdad. Estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario para demostrarte que puedes confiar en mí.

—Me encuentro abrumada por toda la información que debo asimilar.

—Tómate tu tiempo. Yo no pienso irme a ningún sitio —le confieso. Me separo de ella y busco sus ojos. Aunque me muera de ganas de tenerla entre mis brazos y besarla de nuevo, iremos a su ritmo. Disponemos de toda la vida.

—Solo hay dos cosas que tengo claras —afirma con nuestros dedos todavía entrelazados.

—¿Cuáles son?

—La primera es que mi padre debe pagar por lo que ha hecho. Quiero que la información que tenemos llegue a manos de las autoridades. Y cuanto antes mejor.

—Sabes que eso no es un problema. Pero ¿estás segura? ¿Has pensado en lo que va a implicar para ti?

—Serán unos meses complicados y es posible que me quede sin trabajo. Lo tengo asimilado y lo superaré. Siempre lo hago. —Acaricio sus dedos mostrándole mi apoyo. Es una mujer fuerte y no dudo de que así será.

—Lo sé. Además, sabes que cuentas conmigo para lo que necesites. —Asiente con la cabeza y una suave sonrisa escapa de sus labios—. ¿Y la segunda cosa?

—Te quiero. Hace mucho que lo sé. —Mi corazón palpita con emoción al oír sus palabras. Supongo que eso significa que no está todo perdido y me encanta. Abandono sus dedos para rodearle la cintura y acercarla más a mí.

—Durante mucho tiempo, pensé que el amor era un cuento lejano, algo reservado para personas débiles. Sin embargo, aquí estoy, con el corazón tan acelerado que es probable que intente escapar de mi pecho.

—¿Todo eso significa que tú también me quieres? —pregunta a la vez que coloca sus brazos alrededor de mi cuello y se muerde el labio, provocadora. Sonrío. Sé que se muere de ganas de que se lo diga.

—Has cambiado mi vida. Admito que siempre he estado equivocado. Me dejé guiar por mi padre y nadie me sacó del error hasta que llegaste tú. —Me mira con curiosidad y ladea la cabeza como un pajarillo que intenta entender un nuevo sonido—. He pasado mucho tiempo pensando que no era capaz de amar, que era

algo que solo experimentaban los demás, pero me he dado cuenta de que no es tan difícil cuando das con la persona adecuada.

—Espero que estés hablando de mí —refunfuña con desesperación.

—La verdad es que… —Dejo la frase en aire y su cuerpo se tensa solo un instante, hasta que se da cuenta de que le estoy tomando el pelo.

—No juegues así conmigo —se queja dándome un manotazo en el pecho. Me río mientras evito que se aleje de mí.

—Te amo —le confieso al fin a la vez que elevo su cabeza para que nuestras miradas se encuentren. Quiero que vea que no solo son palabras—. Me has enseñado que el amor es real, que yo también puedo experimentarlo y que no debo huir de mis sentimientos, porque amar no me hace frágil.

Sus ojos brillan con una mezcla de sorpresa, emoción y dicha. Nunca he sido bueno con las palabras, pero hoy, creo que he sabido transmitir lo que siento.

—No te imaginas cuánto he esperado este momento. —Sus labios buscan los míos y nos fundimos en un beso tierno que me sabe a gloria—. Prométeme que no volverás a hacer nada semejante a mis espaldas. No eres mi príncipe azul, Felipe. Eres mi compañero, mi mitad. La persona que debe luchar a mi lado, ni delante ni detrás.

—Te lo prometo. Aunque te pido que tengas un poco de paciencia conmigo. Soy novato en esto del amor.

—Aprenderemos juntos.

Acaricio mi nariz con la suya, en un gesto cariñoso y sonrío con el alma antes de volver a buscar su boca. No sé el tiempo que transcurre hasta que nos separamos de nuevo para poder respirar.

—¿Y ahora qué? —pregunta Lidia con una sonrisa juguetona.

—Lo primero es arreglar el tema de tu padre. Buscar la mejor manera de proceder. Después, supongo que solo tenemos que

empezar a escribir nuestra historia, lo que seremos juntos, día a día —respondo sintiéndome más seguro que nunca.

—Me parece una idea fabulosa —dice dando un pequeño salto y enroscando sus piernas alrededor de mi cintura. Ríe, feliz y su emoción me contagia—. Llévame a la cama, Felipe Navarro.

—Será un auténtico placer.

Acabamos en la habitación del hotel en la que me hospedo. Cuando entramos por la puerta, la ropa empieza a volar sin control. Los dos necesitamos el contacto de nuestras pieles. Le quito el vestido, que queda esparcido por el suelo, mostrando un bonito sujetador de encaje y un tanga a juego, que poco dejan a la imaginación. Sus pezones están duros y no dudo en bajar la boca y morderle uno por encima de la ropa. Su gemido hace que mi polla brinque dentro del pantalón. Pide alivio, que alguien la saque de su encierro. Sus manos pasean por mi torso desnudo y recorren los músculos, erizándome la piel. Joder, cómo la echaba de menos. Nuestras bocas se devoran y las lenguas empiezan una pelea de poder. La tumbo en la cama y la observo desde arriba, apoyado en mis piernas. Su pelo rojizo se extiende en la ropa blanca, tiene las mejillas sonrosadas y las pecas resaltan emocionadas. Es una puñetera diosa, mi bruja de fuego.

Tardo medio segundo en deshacerme de su ropa interior, dejándola desnuda, dispuesta para mí. Me arrodillo en el suelo y la arrastro por las pantorrillas hasta colocarla al borde del colchón. Hundo la cara entre sus piernas y mi lengua se recrea con su sabor.

—Deliciosa.

—No pares, por Dios.

Añado uno de mis dedos y sus manos acaban en mi cabeza, tirándome del pelo con fuerza. Ese gesto consigue que yo sea más brusco y rápido hasta que ella tiembla ante el orgasmo que arrasa con su cuerpo.

Me observa con la respiración agitada y la mirada nublada debido al placer recibido. Sonrío mientras me pongo en pie. Mis

dedos desabrochan los botones del pantalón y me deshago de ellos, junto con el bóxer. Todo sin perderla de vista. Su rostro de felicidad es lo que quiero ver cada noche y cada mañana. Se incorpora en los codos y se muerde el labio inferior al observar mi miembro erecto por completo. Me acerco a ella e intenta coger mi polla, pero se lo impido.

—Eso tendrá que ser después. Necesito follarte. Quiero hundirme en ti y sentir tu calor —le pido con un tono bastante desesperado. Demasiado tiempo lejos de ella.

—Pues no sé a qué esperas —me anima mientras sus dedos se pasean por su sexo, provocándome. Aprieto la mandíbula y presiono mi miembro para no correrme sin apenas tocarla.

—¿Sin protección? —indago.

—Por mi parte sí.

—Por la mía también. Estos días lejos de ti solo pensaba en cómo conseguir tu perdón.

Tumbo mi cuerpo encima del mío y busco su boca mientras mi polla, desesperada, se abre camino entre sus piernas. Su interior húmedo me cobija sin problema. Jadeamos. Acelero el ritmo y entro y salgo de ella sin control. Manoseo sus pechos, busco sus labios. Los beso y los muerdo, lleno de pasión y amor. Me advierte de que está a punto de correrse de nuevo y yo no dudo en hacerlo también. Los dos, a la vez, sincronizados.

Nuestras respiraciones siguen aceleradas por culpa del orgasmo compartido. Me tumbo boca arriba con el objetivo de no chafarla y abro los brazos para que se enrosque a mi cuerpo. Lidia no duda en apoyar la cabeza en mi hombro y una de sus manos acaba en el centro de mi pecho.

—Aquí está —dice. Mi ceño se arruga sin saber a qué se refiere. Eleva la vista y me mira con una enorme sonrisa—. Tu corazón. Siempre ha estado aquí. Ahora late con más fuerza.

—Porque te quiero.

—También. Pero yo creo que se debe al sobreesfuerzo. Ya tienes una edad.

Abro mucho los ojos ante su insolencia. Será posible. Le pellizco un costado y de su dulce boca sale un chillido mezclado con su risa.

—Te aseguro, que hay jovencitos que no me llegan ni a la suela del zapato.

—Eso tendrás que demostrarlo —me reta.

—Pues prepárate, pequeña, porque esta va a ser una noche inolvidable.

Y así fue. No solo por el increíble sexo que compartimos en varios rincones de la habitación y el baño. También por poder abrazarla en los pocos momentos que la dejé descansar o poder decirle sin duda cuánto la quiero, ahora y siempre.

He descubierto que el amor no es una cadena que te retiene o te hace más débil, sino unas alas que te permiten volar. Con Lidia a mi lado me siento listo para enfrentar cualquier cosa que el futuro nos depare. Quizás un matrimonio, hijos, quién sabe.

Capítulo 41

Lidia

Están siendo unos días difíciles. Suerte que Pablo y Amber han estado pendientes de mí en todo momento. Son muy buena gente y, aunque sé que Felipe les pidió que no me dejaran sola, ellos lo hacen de corazón.

Una gran sonrisa asoma en mi rostro al acordarme de mi hombre y la fabulosa noche que pasamos el fin de semana. Lo perdoné, cómo no iba a hacerlo. Todo lo que hizo fue, primero por mí y después por nosotros. Utilizó el propio dinero de mi padre para recopilar información y así poder encerrarlo. Tuvo la oportunidad de hacerlo en cualquier momento, pero prefirió hablarlo conmigo, ya que soy una de las más perjudicadas. Dos días atrás, me enteré por Pablo que el resto del soborno lo donó a diferentes ONG y eso provocó que lo quisiera un poquito más. Si eso fuera posible.

Escuchar, por fin, de su boca, que me quiere, ha sido una experiencia inolvidable. Miles de veces soñé con ese instante durante los años que estuvimos juntos sin estarlo del todo. Ahora pasamos por un buen momento, aunque tengamos que estar separados unos días más. Felipe regresó el domingo a España, para no levantar sospechas y gestionar el tema de mi padre desde allí. Decidimos que, la mejor opción, era acudir a las autoridades, aunque le pedí que no hiciera nada hasta que yo pueda arreglar unos cuantos temas aquí, en Londres.

Inicié la semana con las pilas recargadas y dispuesta a resolver todo lo antes posible. Así que contacté con el dueño de un bufete local para ver si había posibilidad de que se quedara con esta oficina

cuando todo estallara por los aires. A él no le dije eso, claro. Solo que iba a suceder algo que nos impediría mantener dicha sucursal. Mi idea es que el personal no se quede en la calle. Hay muchos que llevan trabajando años y dando la cara por O'Connor Legal Grup. Tuve suerte y ese hombre aceptó mi propuesta, aunque todavía no pueda hacerse efectiva. Se quedaría con el local, el personal y los clientes. Todo por un precio mucho más bajo de lo que tocaría, pero las prisas apremian. Le pedí que mantuviera nuestro acuerdo en silencio. Sobre todo, con el propósito de que mi padre no lo supiera y empezara a sospechar. De momento, no tengo poder para cerrar estos acuerdos, pero si las cosas salen como deberían, Finn O'Connor iba a pasarse una buena temporada en la cárcel. Sus bienes quedarían en mi poder, al ser la descendiente, y en ese momento se produciría la venta. Lo tengo todo planeado, ahora solo falta esperar y que nada se tuerza.

Me levanto de la silla del que será mi despacho por poco tiempo más, estiro el bajo de la falda y me acomodo la camisa. Rodeo la mesa, cojo la americana, me la pongo y abrocho uno de los botones. Recupero el móvil y la tableta y suelto un profundo suspiro antes de salir. Los pasillos se encuentran en un silencio estremecedor, el personal está reunido en la sala de juntas, tal y como solicité.

Entro con una sonrisa y los murmullos se callan de golpe. Noto la mirada de extrañeza de todos. No es habitual que tengamos este tipo de reuniones por la tarde y menos un jueves. Me imagino que sospechan que algo ocurre. Levanto la muñeca y mi reloj marca las seis. La hora acordada con Felipe para que entregue la documentación a la policía. Ya no hay vuelta atrás. Carraspeo. Un modo de darme fuerzas antes de iniciar mi charla.

—Gracias a todos por venir. Seré breve. A estas horas, en España, se está presentando a la policía un expediente con información sobre varios delitos graves perpetrados por el señor Finn O'Connor, dueño de este bufete. —Hago un silencio intencionado y las expresiones y los rostros de asombro invaden la sala—. Como imagináis, ese acto afectará a la oficina.

—¿Nos vamos a quedar sin trabajo? —pregunta una chica al borde de las lágrimas.

—Pues claro. Si meten al jefe en la cárcel será un escándalo y el bufete desaparecerá —interviene un hombre situado al final.

—No nos precipitemos, dejemos hablar a Lidia —les pide Robert en un tono autoritario. Nuestras miradas se encuentran y le sonrío a modo de agradecimiento.

—Será una etapa complicada para mi familia, no os voy a engañar. El tema es grave y adelantándome a lo que pueda suceder, he cerrado un trato con Morgan and Aston Group para que se quede con la oficina. Dentro de todas las cláusulas, se ha añadido una en la que deben mantener el personal y asumir los clientes que estén dispuestos a seguir con los nuevos cambios. —Una serie de suspiros de alivio se hace eco en la estancia y el personal empieza a relajarse —. Quizás no sea sencillo, pero es la opción más favorable para todos. Solo me falta deciros que ha sido un placer trabajar con vosotros, aunque fue por un tiempo breve. Os deseo lo mejor.

Alguien, al fondo de la sala, empieza con unas palmadas a las que se van uniendo el resto de las personas. Su apoyo consigue que mis ojos se humedezcan y a duras penas pueda controlar mi emoción. Uno por uno, se acercan a mí para darme un abrazo o estrecharme la mano y desearme mucha suerte. Está claro que la voy a necesitar.

—Robert, ¿puedo hablar un momento contigo en mi despacho? —le pido antes de que abandone la sala.

—Claro.

La última en abrazarme es Hailey, que no puede dejar de llorar. La voy a echar muchísimo de menos. Ha sido una secretaria increíble.

—Gracias por todo lo que has hecho por nosotros. He tenido muchos jefes a lo largo de mi carrera, pero nadie mejor que tú.

—Me lo has puesto muy fácil. Eres una persona maravillosa, Hailey, y espero que seas muy feliz el resto de tu vida. Ha sido un

auténtico placer trabajar contigo. Si vienes a España, llámame, me encantará verte.

Vuelvo a mi despacho con el corazón calentito y también muy triste por cómo han acabado las cosas por aquí. Pestañeo para evitar que las lágrimas me traicionen y me dejen expuesta. Soy una prestigiosa abogada, aunque quizás por poco tiempo. Ese pensamiento me entristece, sin embargo, no pienso rendirme y menos ahora que puedo contar con Felipe. Unos golpes en la madera piden permiso para entrar, a pesar de que la puerta se encuentra abierta.

—Pasa, Robert.

—Siento mucho lo que está sucediendo. La prensa ya se ha hecho eco de la noticia. ¿Qué hay de cierto en lo que dicen?

—Por desgracia, todo es verdad. Toma asiento, por favor.

—Vaya —murmura mientras accede a la petición.

—Antes de irme, quería disculparme contigo, Robert. Como nuestra relación laboral no siempre fue cómoda, pensé que habías hablado con mi padre para perjudicarme y así quedarte con mi puesto.

—¿Qué? ¡No! Nunca he hablado con el señor O'Connor sobre ti. A ver, no voy a negar que me dolió que te pusieran al mando. Por mi experiencia y los años que llevo en el grupo, pensé que podría ser un buen candidato para el puesto. Al llegar tú, tan joven y siendo la hija del jefe, creí que era muy injusto. No obstante, jamás haría algo semejante por ambición. Lo único que deseo es jubilarme tranquilo y disfrutar con mi esposa de los años que nos queden juntos.

—Agradezco tu sinceridad. A pesar de nuestras desavenencias, sé que eres un gran profesional. Por ese motivo, te he sugerido al nuevo jefe a fin de ocupar el cargo de director. Estoy convencida de que estás capacitado para ello.

—No sé qué decir —comenta, emocionado.

—Con un gracias será suficiente —respondo con una sonrisa.

—Aunque al principio tuve mis dudas, debo decir que has sido una gran jefa. Aunque el tema de modernizar los expedientes…

—Es avanzar o morir —le digo riéndome y él se une a mi alegría —. Te quiero pedir un último favor.

—Claro, dime.

—Si te aceptan para el cargo, me gustaría que te apoyaras en Hailey, es una gran secretaria y sé que te ayudará mucho. Aunque seas un gruñón.

—Cuenta con ello.

Me levanto y doy por finalizada la charla. Robert hace lo mismo. Rodeo la mesa y extiendo la mano para estrecharla con la suya. Él responde a mi movimiento, pero estira con fuerza y me da un abrazo cariñoso. Esta es una lección parar no juzgar a la gente de manera precipitada.

Con todos los papeles de la venta firmados y mis cuatro pertenencias en una caja, abandono el que fue mi despacho durante estos meses, con una mezcla de tristeza y nerviosismo por lo que está por venir. Veinte minutos después, entro en mi piso, dejo la caja en el suelo y me quito los tacones. Aún no he tenido fuerzas para abrir las redes sociales ni mirar los diarios digitales. Necesito un momento de paz. Decido enviarle un mensaje a Felipe e informarle que mi parte está realizada.

Estoy en el piso.
Voy a darme una ducha.
Después te llamo.

Me responde con el pulgar hacia arriba. Me encanta que sepa dejarme mi espacio y no me presione de manera constante. Sabe que cuando esté preparada, lo llamaré y planificaremos nuestro siguiente paso. Empleo más tiempo del debido debajo de la ducha, con la esperanza de que el agua caliente se lleve parte de mis problemas. Sin embargo, eso no ocurre. Vestida y con el pelo

húmedo, me dirijo hacia la cocina y le echo un vistazo a mi teléfono. Hay miles de llamadas perdidas, mensajes y audios de conocidos curiosos por saber qué ha pasado. Nada importante, así que los ignoro.

A mi amiga Rocío le informé hace unos días de lo que iba a suceder. Se quedó alucinada. Insistió en venir a Londres, para estar a mi lado. Le dije que no era necesario, que si necesitaba cualquier cosa se lo diría. Además, pronto nos veríamos en España. Lo que más le sorprendió fue saber que Felipe y yo estábamos juntos y que esta vez iba en serio. Le conté todo, con pelos y señales, bueno el tema del sexo, no, por supuesto. Se alegró tanto por nosotros, que se ofreció para montar una fiesta cuando las aguas se calmasen.

Unos toques en la puerta me devuelven al presente. Pregunto quién es para asegurarme de que no se trata de algún periodista hambriento de exclusivas. Me sorprenden las voces de Pablo y Amber.

—¿Qué hacéis aquí? —les pregunto a la vez que me hago a un lado para que entren. Me dan un beso y un abrazo a su paso.

—No te íbamos a dejar sola en un momento así. Hemos traído vino y postre —comenta Pablo levantando ambas cosas que cuelgan de sus manos.

—Pues menos mal, porque aquí solo tengo agua.

—Suficiente para mí —dice Amber con una sonrisa mientras su mano acaricia la enorme barriga que ya tiene.

—Toma, esto es para ti. —Pablo mira la carpeta que le ofrezco igual que si fuera una bomba—. Maverick me ha hecho llegar los documentos firmados. Ya es oficial. La empresa es tuya.

Mi amigo mira a su esposa y sonríe de una manera triste.

—No es el desenlace que esperaba, pero no voy a negar que estoy contento.

—Ojalá que encuentres el apoyo económico que necesitas para continuar.

—Por suerte, la restauración es muy jugosa y ya tengo a tres candidatos como posibles nuevos socios.

—Es una buena noticia. ¿Has sabido algo de Maverick? —indago —. Me hizo llegar los papeles por un mensajero y no me he atrevido a llamarlo.

—Solo sé que se ha ido a Miami.

—Espero que le vaya muy bien.

—Y yo. Es un buen tío. —Un silencio se apodera de la sala hasta que vuelve a hablar con tiento—. ¿Has visto o leído la prensa? —Niego con la cabeza.

—Me daba miedo hacerlo sola.

Mientras mi amigo coge el mando de la televisión, mi móvil suena con una videollamada entrante. Al ver el nombre de Felipe, me alejo un poco de ellos.

—¿Cómo estás? —pregunta al descolgar.

—Creo que bien. Todavía no he visto nada. Están aquí Pablo y Amber.

—Lo sé. Me alegro de que no estés sola. Te quiero, Lidia.

—Y yo a ti.

Levanto la mirada de la pantalla al oír el nombre de mi padre en televisión. Es el canal internacional de España. En la imagen sale nuestra casa familiar rodeada de vehículos de la policía. Sacan a mi padre esposado y con el rostro cubierto por una prenda oscura. Un escalofrío me recorre el cuerpo. Es una sensación rara. Una mezcla de alivio y tristeza por lo que está sucediendo.

—Eres muy fuerte, nena. Y yo voy a estar ahí. Lo superaremos, juntos, uno al lado del otro. Ni delante ni detrás.

Las palabras de Felipe son el detonante para que mis lágrimas, esas que he logrado contener durante todo el día, abandonen mi rostro sin control. Amber se acerca a mí y me abraza con cariño.

Dentro de lo malo, soy una mujer muy afortunada. Ahora toca afrontar lo que viene, pero no estoy sola y eso es maravilloso.

Epílogo

Amaia

Tres años después…

Ver a mi hermano, gateando por el jardín, detrás de su pequeña de un año, es una estampa que creí que jamás vería. Me llena el corazón de felicidad. Felipe nunca lo tuvo fácil. Las ideas de nuestro exigente padre le hicieron mucho daño y acabó ejerciendo una profesión que nunca quiso. Estar en una guerra y perder a varios compañeros en el campo de batalla, fue un duro golpe para él. Gracias al acoso psicológico sometido por nuestro progenitor, pensó que no tenía corazón, que era una persona sin sentimientos, pero dicha imagen es el claro ejemplo de que eso no es así.

Está loco con su niña, una cría pelirroja muy parecida a su madre, aunque esa peculiaridad no le afecte a mi hermano en absoluto. Lidia fue la mujer que consiguió sacar a Felipe de ese pozo de tristeza constante y le estaré eternamente agradecida por ello. Ahora es como una hermana para mí, aunque nos llevemos diez años.

Hablando de la edad. Hoy es mi cumpleaños. Un cambio de dígito que me inquieta mucho más de lo que imaginaba. Cuarenta no es más que un número, lo sé. Aunque en ocasiones no puedo evitar sentir nostalgia por lo rápido que pasa el tiempo. Mi Samuel hace poco que sopló sus siete velas, crece con mucha rapidez y apenas lo he saboreado. Unos meses atrás, pensamos en darle un hermanito, pero está costando más de lo que esperábamos.

Supongo que el combo de la edad, el estrés y las ganas, nos lo pone más difícil. Ya vendrá y si no se diera el caso, no pasa nada. Soy feliz, y mucho. Tengo a mi lado un hombre que me quiere y me lo demuestra cada día. También un hijo sano y algo holgazán, todo sea dicho, y un trabajo que me llena por completo. Sí, al final y gracias a la insistencia de mi marido, hace dos años, inauguré mi negocio de servicios contables y asesoramientos a empresas. No ha sido sencillo conciliar mi vida personal con la profesional, aunque he contado con el apoyo de mi media naranja en todo momento. Somos un gran equipo.

—¿Ves lo mismo que yo? —pregunta mi cuñada situándose a mi lado en el banco de madera que adorna nuestro jardín.

—Increíble, pero cierto. Quién nos iba a decir que el hombre borde y sin corazón cambiaría tanto, ¿verdad?

—Esa niña hace lo que quiere con su padre y eso que apenas habla —se queja Lidia, arrancándome una sonrisa. La miro y me percato de nuevo de esas ojeras profundas que marcan su dulce rostro.

Ella pasó de tenerlo todo, igual que una princesa de un cuento, a ser señalada y verse obligada a cambiar de vida por culpa de un padre manipulador, corrupto y asesino. Nunca le faltó nada tangible, aunque sí lo más importante, el amor de las personas que deberían estar ahí apoyándote en todo momento. Como hizo nuestra madre, aunque la vida nos dejó sin ella demasiado pronto.

Lidia es una mujer increíble, a la que admiro un montón por su fortaleza y esa capacidad de resurgir de las cenizas. Después de pagar todas las deudas que tenía su padre antes de entrar en la cárcel, su economía se vio muy afectada. Tanto, que tuvo que vender varias propiedades y, aun así, le fue complicado saldar el agujero que por poco se la engulle a ella también. Felipe no se despegó en ningún momento de su lado y, entre los dos, consiguieron salir adelante. Mi cuñada tuvo que empezar de cero, en un pequeño despacho de abogados y llevando los casos más simples

y los que nadie quería. Poco a poco, con mucha calma y alguna que otra lágrima, consiguió demostrar su potencial y que ella nada tenía que ver con Finn O'Connor aparte de su apellido. En estos años, ha sido mamá de una niña y hace unas semanas logró establecerse por su cuenta. Está empezando, pero no tengo ninguna duda de que le irá fenomenal.

—¿Estás bien? Tienes mala cara —le pregunto girándome hacia ella.

—Estoy embarazada —dice mientras una lágrima resbala por su mejilla.

—¡Ay, Lidia! Eso es una gran noticia —comento, entusiasmada.

—Supongo, pero no sé si es el momento adecuado. Estoy arrancando el despacho, Lía es muy pequeñita y Felipe está a tope de trabajo y tiene a dos empleados de baja.

—¡Eh! ¿Dónde queda la mujer valiente que puede con todo? Somos una familia y nos apoyaremos. ¿Mi hermano lo sabe?

—Todavía no. Lo he confirmado esta mañana con un test de embarazo. Si por mí fuera, no se lo diría hasta que estuviera a punto de dar a luz. No sé si seré capaz de soportar casi nueve meses de vigilancia constante como sucedió con Lía.

—Lo hace porque te quiere —aseguro con una sonrisa.

—Ya, pues podría quererme un poquito menos —se queja poniendo pucheros y arrancándome una carcajada.

Felipe recoge a Lía y se la coloca sobre el hombro igual que si fuera un fardo mientras la pequeña no para de reír. Cuando se entere de la noticia se volverá loco de felicidad. A pesar de la cantidad de trabajo que tiene, siempre ha dado preferencia a sus chicas por encima de todo. Mi hermano ahora dirige una empresa de seguridad privada con varios empleados y que cada vez crece más. El accidente de coche que tuvo le abrió los ojos y se dio cuenta de que, a pesar de que siempre lo trató muy bien, hacer de chófer y mano derecha del señor Scott, no lo llenaba. Vio una oportunidad y se lanzó de cabeza.

—¿De qué os reís? —pregunta, curioso cuando llega a nuestra altura y yo sigo con la risa tonta.

—Tu hermana, que cualquier cosa le hace gracia. Supongo que ya empiezan a afectarle los cuarenta. Vigila, porque a partir de ahora, el suelo pélvico se debilita y se te escapará el pipí.

—Qué asquerosa eres —gruño y mi risa se corta de golpe.

—No seas mala, cariño. Mi hermana está en la flor de la vida. —Le lanzo un beso como agradecimiento—. ¿Qué tal sigues del estómago?

Lidia se encoge de hombros, haciéndose la inocente, y yo tengo que morderme el labio inferior para no lanzarle la noticia a Felipe. Sería una buena venganza por reírse de mi edad.

—Algo mejor. La cena de ayer me sentó mal.

—Te dije que no deberías comer tanto.

—Tienes razón, cariño. Siempre la tienes —le dice a la vez que se levanta y deja un suave beso en sus labios. Lía, al ver a su madre tan cerca, estira los brazos para que la coja.

—¿Has llamado a la clínica? —Quiere saber mi hermano.

—Sigue igual. No hay novedades. —Felipe asiente y le acaricia el rostro para que sienta su apoyo.

Después de lo que sucedió con Finn O'Connor, Lidia se vio en la necesidad de ingresar a su madre en una clínica psiquiátrica para que los profesionales pudieran cuidar de ella como es debido. La mujer, en vez de mejorar, se ha ido debilitando de tal manera, que apenas conoce, tampoco habla y algunos de sus órganos empiezan a fallar. El día menos pensado, les avisarán del triste desenlace.

—Dile a mamá qué hay aquí.

—Caca —responde la pequeña Lía a su padre con una sonrisa.

—Iba a cambiarla.

—Ya lo hago yo. Corre, vamos a limpiar ese culete apestoso.

Los dos miramos a Lidia mientras se dirige al interior de la vivienda y sonreímos. Felipe ocupa el asiento que ha dejado su

mujer y pasa el brazo por mis hombros para acercarme a su cuerpo.

—¿Qué tal llevas el cambio de dígito?

—Bastante bien, la verdad. Duele un poco, pero se pasará —le confieso apoyando mi cabeza en su cuerpo.

—Este año te he traído un regalo, para que no me lo eches en cara de nuevo.

—Si lo ha escogido tu mujer, no sirve.

—Yo me he encargado de todo. Espero que te guste.

—El mejor regalo, es teneros aquí conmigo y verte tan feliz con la vida que has creado. Sabía que algún día lo conseguirías.

—Tú también has contribuido con tus consejos. Te quiero mucho, hermanita.

—Y yo a ti. —Me abrazo a él con fuerza y sus labios dejan un tierno beso en mi pelo.

—Es embriagador ser tan dichoso y, hay veces que tengo miedo de que la burbuja explote y regrese ese Felipe sin sentimientos.

—Eso nunca sucederá. Tienes a tus chicas, que te cuidarán pase lo que pase.

—Es verdad. Espero que el que está en camino sea un niño para equilibrar las cosas. Si sale otra pelirroja más, estoy jodido.

Me separo de él y lo miro con los ojos muy abiertos ante la sorpresa de averiguar que ya conoce el estado de Lidia.

—¿Cómo te has enterado? Tu mujer me ha dicho que no lo sabías.

—Eso cree ella. Ya estoy acostumbrado a que me subestime.

—¿Estás contento?

—Me parece que estallaré de alegría de un momento a otro.

La voz de mi hijo nos informa de que la comida ya está lista, así que nos levantamos, pero antes de abandonar nuestra zona de intimidad, vuelvo a abrazarlo con todo mi cariño. Felipe es un claro ejemplo de que el amor puede cambiar a la gente. Solo hay que

encontrar a la persona correcta, creer en ello y luchar con uñas y dientes.

Agradecimientos

Este libro no habría sido posible sin el amor y apoyo incondicional de algunas personas muy especiales en mi vida.

En primer lugar, quiero expresar mi agradecimiento a mi marido, por la paciencia y la comprensión. A Gorka y Aroa, quienes con su alegría y curiosidad diaria me inspiran a seguir creando.

Agradezco de corazón a Gabriela (@madameardent), cuya creatividad y talento han dado vida de nuevo a la cara visible de este proyecto de una manera única y especial. También a Sandra (@correccionessandrag), por su atención al detalle y dedicación para asegurar que cada palabra esté en su lugar de la forma correcta.

Mis amigas, Yoli, Lore y María Jesús por siempre estar presentes, a pesar de la distancia. Han sido una fuente constante de ánimo y apoyo, recordándome la importancia de rodearse de personas maravillosas.

A ti, lector, cuyo interés y entusiasmo me impulsan a seguir escribiendo. Te agradezco que me hayas acompañado en este viaje literario. Finalmente, a todas las personas que me siguen y apoyan mi contenido por las redes sociales, gracias por sus comentarios y por compartir este proyecto con el mundo.

Cada uno de vosotros ha dejado una huella en este libro, y por eso, os estoy eternamente agradecida.

Nos vemos en la próxima historia.

Con mucho cariño.

Sonia.

Sobre la autora



Me llamo Sonia Puente, nací y vivo en el Principat d'Andorra, un pequeño país entre España y Francia, rodeado de montañas.

Soy una apasionada de la lectura, sobre todo del género romántico y erótico, pero también disfruto con una buena novela negra o la ficción histórica.

Empecé con la escritura en el 2018 con ***Mi pequeño mundo***. Actualmente tengo quince libros publicados, un relato navideño y un thriller ***¿Estás preparada para morir?***, bajo el pseudónimo de S. Bridge.

Todos ellos los podréis encontrar en Amazon.

Me encantan los finales felices, de esos que te hacen suspirar, y perderme dentro de las historias, rodeada de música y velas aromáticas. Ninguna de las dos cosas puede faltar mientras escribo o leo.

Me fascina Nueva York, ciudad que he tenido la suerte de visitar, y estoy segura de que en otra vida viviré allí.

Si queréis saber más sobre mí, solo tenéis que buscarme en las redes.

@soniapuenteescritora Sonia Puente Duro

Descubre mis libros escaneando este código

